



Novela ganadora del
Premio Crawford

DE CAMINO AL FINAL



CHRISTOPHER
BARZAK

Lectulandia

Adam McCormick acababa de cumplir quince años cuando el cadáver fue encontrado en el bosque. Así comienza el otoño que cambiará su vida para siempre. Jamie Marks era un chico muy parecido a Adam, un chico al que nadie prestaba demasiada atención; un chico al que casi nadie iba a echar de menos. Es entonces cuando, por primera vez, Adam siente que tiene un objetivo. Ahora más que nunca, Jamie necesita un amigo. Pero mientras Adam siga aferrado al fantasma de Jamie, su amigo seguirá atado a un mundo al que no pertenece... y los lazos que unen a Adam con la vida serán cada vez más frágiles. Para encontrar su camino de vuelta, Adam debe aprender por sí mismo el verdadero significado de estar vivo.

Lectulandia

Christopher Barzak

De camino al final

ePub r1.0

Titivillus 09.12.2018

Título original: *One for Sorrow*

Christopher Barzak, 2007

Traducción: Virginia Sanmartín López

Diseño de cubierta: Arian Camillen & Masterfile & Kamil Vojnar / Getty Images

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*Para mi madre y mi padre
Y para Regina y Ron*

«Los pormenores de la muerte, al igual que los pormenores de la vida, son conocimientos necesarios».

Thomas Lynch

«Todo lo que regresa a la vida después de muerto duele».

Toni Morrison

«La muerte es la meta hacia la que todo se apresura».

Robert Pinsky

«Eso es lo malo. Que no hay forma de dar con un sitio tranquilo, porque no existe. Cuando te crees que por fin lo has encontrado, te encuentras con que alguien ha escrito un “Jódete” en la pared. De verdad les digo que cuando me muera y me entierren en un cementerio y me pongan encima una lápida que diga “Holden Caulfield” y los años de mi nacimiento y de mi muerte, debajo alguien escribirá “Jódete”. De hecho, soy optimista».

J. D. Salinger, *El guardián entre el centeno*

Preparados...

Listos...

¡Ya!

Al principio

Había un chaval, al que yo conocía, que siempre se sentaba en clase con la cabeza apoyada en la mano. Siempre parecía estar cansado o cabreado por algo, o a veces simplemente parecía triste.

Se llamaba Jamie Marks, pero todo el mundo le llamaba Cándido.

No estoy seguro de cuándo, ni dónde, ni por qué le pusieron ese nombre, pero creo que tenía algo que ver con que tenía quince años y seguía siendo *boy scout*. La verdad es que no era un mote muy bueno, y de vez en cuando me preguntaba por qué, cuando a veces los de los dos últimos cursos le gritaban en los pasillos del instituto: «¡Eh, Cándido! ¡Cándido Marks!» y se reían como idiotas, Jamie no hacía nada para que pararan. Simplemente fingía que no lo había escuchado. A veces había bronca. Alguno de esos imbéciles no se contentaba con que se hubiera quedado callado, así que le empujaba contra una taquilla y le decía alguna gilipollez tipo: «¡Responde cuando se te habla, Cándido!». Pero debía ser *boy scout* hasta la médula, porque nunca hacía nada para vengarse. Simplemente se escabullía hacia lo más profundo de su ser, muy lejos, donde nadie pudiera encontrarlo.

El primer año de instituto empezamos a sentarnos juntos en clase de informática. Yo no sabía nada de ordenadores, solo los utilizaba para jugar, así que a veces me ayudaba. Yo nunca se lo pedía. Cuando veía que me atascaba, simplemente me ofrecía sus servicios. Su tono de voz era suave, no duro como me había imaginado que sería después de todo. Era un buen chico, la verdad. Ojalá hubiera sabido cómo ser su amigo.

Aquel verano cumplí los quince, y cuando volvió a llegar el otoño, entré en el equipo de *cross* del instituto. Era un buen corredor. Bajaba de los cuatro minutos y medio en la milla. Mi madre siempre me llamaba «su relámpago». Y entonces volvía a contar la misma historia de siempre, la de que nací después de cuarenta horas de parto y que mis pulmones eran demasiado pequeños y que tenía un soplo en el corazón. «El médico pensaba que no vivirías», me contaba, a mí o a cualquiera que estuviera por allí escuchando. «Pero eras un luchador, mi hombrecito valiente. No dejaste de luchar para vivir».

Supongo que estaría bien que contara alguna cosa sobre mi madre y el resto de mi familia.

Vivimos en una casa de rancho blanca de una planta, en una carretera secundaria de un pueblecito de Ohio. Con la ayuda de algunos amigos, mi padre construyó la casa justo después de casarse con mi madre. Era albañil, y estaba orgulloso de los edificios que habían cobrado vida gracias a sus manos. Cuando pasábamos en coche

por el campo o por uno de los pueblos cercanos, señalaba las construcciones en las que había participado. Decía cosas del tipo: «Hice los armarios en ese de ahí», y señalaba por mi ventanilla, moviendo el dedo delante mi cara. Nunca sabía lo que intentaba decirme, así que yo simplemente asentía, observando el vello negro que se le rizaba por el brazo. Daba igual lo que le contestara. Mi padre casi nunca tenía mucho que decir.

Mi madre, por el contrario, es muy habladora. Es capaz de callar a cualquiera, excepto quizás a mi abuela. Casi siempre tiene un buen consejo o una palabra de ánimo para todo el mundo. Normalmente está de buen humor, menos cuando mi padre y ella han discutido, y cuando eso ocurre, se puede pasar días enteros muy triste, y todos sabemos que tenemos que mantenernos alejados. Recuerdo que en uno de sus peores momentos me paró cuando iba a mi habitación y me dijo: «Nunca dejes tu felicidad en manos de nadie. Se le caerá. Seguro que se le caerá». Al final siempre se le pasaba y volvía a sonreír como si posara anunciando algo alegre, aunque nunca me creí esa sonrisa, menos cuando era pequeño y no me enteraba de nada. Pronto aprendí que las sonrisas mienten.

Además de mis padres, está mi hermano Andy. Es dos años mayor que yo. Él ya estaba en el último año cuando empecé a correr en el equipo de atletismo del instituto. A veces los profesores me llamaban por su nombre y después de darse cuenta de su error decían: «Lo siento. Adam. Adam McCormick. Esperemos que seas un poquito más formal que tu hermano».

Me parece que sí que soy un poquito más formal. Todos mis profesores se dieron cuenta en seguida. Poco después de su preocupación inicial por si era como Andy, al que se le conocía por formar parte de lo que podríamos llamar la pandilla de acabados amantes del *heavy metal* que hace novillos y siempre huele a marihuana, empezaron a escribir comentarios en mis trabajos o en los exámenes que hacía: «¡Muy bien, Adam! ¡Vas por buen camino! ¡Sigue así!».

Eso fue antes de que empezara a suceder todo lo malo. O quizá debería decir que fue antes de que empezara a suceder todo lo malo que ya había empezado a cobrar vida hacía años. Lo que pasa es que nadie se dio cuenta al principio. O quizá debería decir que lo que pasa es que nadie se dio cuenta excepto mi abuela, que murió en la primavera en la que yo todavía tenía catorce y estaba en el primer año de instituto. Se vino a vivir con nosotros cuando mi abuelo murió de cáncer de pulmón, y ya llevaba un año con nosotros cuando una mañana entré en su habitación a despertarla para el desayuno y la encontré muerta.

Antes de morirse, nos habíamos acostumbrado a que mi abuela predijera que se acercaba una enorme desgracia. Siempre tenía algún extraño dicho o refrán para explicar cualquier cosa fuera de lo normal. Mis padres decían que era de la madre patria y que nunca abandonaría ese tipo de pensamiento, pero yo siempre pensé que lo que decía tenía cierto sentido. Y lo que había estado diciendo durante varios meses

antes de morir fue: «El dedo de Dios se acerca, lo veo en el cielo. Si no tenéis cuidado, seréis los elegidos para la tristeza».

A mí me dijo: «Si ves que su dedo se acerca, corre muchacho. Corre lo más rápido y lo más lejos que puedas. ¿Lo has entendido?».

Yo asentí y ella me sonrió, haciendo que se le plegaran las arrugas de la cara. Me dio unas palmaditas en la mano. La piel de sus palmas era suave y parecía como si se le hubiera despegado de los huesos. Me senté en el borde de su cama y le dije: «Correré lo más rápido y lo más lejos posible. Estaré pendiente del dedo de Dios. Lo prometo».

Pero creo que no estuve demasiado atento. Quizá fuera porque mi abuela ya llevaba seis meses muerta cuando empezaron a aparecer las señales, y por aquel entonces ya se me había olvidado. «Las cosas malas llegan de tres en tres», decía siempre. Pero ahora me doy cuenta de que, a veces, no reconoces una serie de cosas malas hasta que no las tienes justo delante.

La primera cosa mala que ocurrió fue la desaparición de Jamie Marks a finales de septiembre. Un día estaba sentado a mi lado en clase de informática y al día siguiente su sitio estaba vacío.

La última vez que lo vi, volvía a casa corriendo después del entrenamiento. La casa de los Marks me pillaba de camino. Desde la calle parecía como metida en un hoyo, gris y cenicienta, rodeada de arcos y sauces llorones. El jardín delantero estaba sembrado de hojas rojas y naranjas, y había un pequeño cobertizo gris apartado a un lado de la casa por el que asomaba el morro de un tractor. En el jardín había cuatro jaulas para perros, una en cada esquina: dos debajo de los árboles que había cerca de la carretera y otras dos bajo los que estaban cerca de la casa, y los perros corrían de acá para allá atados a los árboles con cadenas, rondando. Un camino largo bajaba serpenteando la colina desde la carretera, hasta el cobertizo. La verdad es que el camino solo se había formado por los surcos de neumáticos en el césped, por donde el señor Marks metía y sacaba a la carretera un tráiler de dieciocho ruedas. Trabajaba de conductor para una compañía de Youngstown, que estaba a una hora de camino, y no se dejaba ver mucho por el pueblo.

Cada vez que pasaba corriendo por casa de los Marks, no podía evitar mirar hacia la ventana de la cocina, para ver si estaba Jamie. Lo había visto ahí un día de la primavera anterior, poco después de que muriera mi abuela, observando cómo corría. Así que a partir de ese momento, cada vez que pasaba por allí corriendo, miraba para ver si me estaba observando.

Los perros ladraron furiosos cuando pasé, pero Jamie no estaba en la ventana el último día que lo vi. Aquel día venía andando por el camino de surcos con su uniforme de *boy scout* para recoger el correo. Lo saludé con la mano y él me devolvió el saludo como si fuéramos amigos, y creo que en cierto modo lo éramos, pero no del todo. Todavía no. Pensé en preguntarle por qué era *boy scout*, pero en vez de eso seguí corriendo. Y entonces, de pronto gritó:

—¡Qué bien te veo, McCormick!, —y me paré en seco.

Seguí levantando las rodillas, sin moverme del sitio, mientras él se acercaba al buzón, levantaba la tapa y sacaba el típico montón de propaganda del súper y papeles de «¿Lo has visto?» con fotos de niños desaparecidos. Luego levantó la mirada y —siempre lo recordaré— dijo:

—De todas formas, nunca llega nada que valga la pena.

Lo dijo como si hubiera estado esperando algo mejor, como si pensara que algo que fuera a cambiar su vida en cuanto abriera el sobre fuera a llegar aquel día. No dije nada. Me conformé con observar cómo separaba las cartas. Al mirar el uniforme y las gafas que se le resbalaban por la nariz, pensé si las gafas tendrían algo que ver con su apodo. Pero nunca se lo llegué a preguntar. A veces te arrepientes de ese tipo de cosas. A veces te arrepientes de no hacer preguntas sencillas.

El uniforme le quedaba raro, pero quizá fuera porque yo nunca había estado en los *boy scouts*. Intenté imaginármelo con la ropa que llevaba yo, pero cuando abrí la boca dije:

—Está chulo el uniforme.

Se sorprendió tanto como yo por el cumplido, pero acabó dándome las gracias, aunque era evidente que no se lo había creído.

Me preguntó qué pensaba sobre el programa que habíamos aprendido en clase de informática aquel día.

—No está mal, pero no lo habría entendido sin tu ayuda. —Se encogió de hombros como si aquello fuera del tipo de cosas que hacía sin el menor problema, y de pronto me di cuenta de que le estaba preguntando si iba a ir al baile de antiguos alumnos, en octubre.

—Ni hablar —me contestó—. Eso es para animadoras y deportistas. —Nada más decirlo, se miró los pies como avergonzado, pero pude ver una sonrisilla—. Lo siento —dijo—. No me refería a ti.

Me encogí de hombros igual que él cuando le hice el cumplido y le dije que no me incluyera en ese grupo.

—Yo corro —le dije—. Pero corro por mí.

—Eso lo respeto —dijo Jamie. Luego echó un vistazo a la carretera, como si esperara a alguien, y lo último que dijo antes de llevarse el correo fue:

—En un rato me tengo que ir a una reunión de los *boy scouts*, pero dame un toque un día de estos.

Al día siguiente su sitio estaba vacío y dos días después todo el pueblo empezó a buscarlo. Yo me uní a la búsqueda, con la esperanza de que lo encontraría en algún lugar sano y salvo, quizá simplemente escondiéndose, por cualquier razón, pero fue Gracie Highsmith, una chica de mi clase, quien encontró su cadáver dos semanas después.

Fue ese día, el día que Gracie Highsmith encontró el cadáver de Jamie, cuando el dedo de Dios descendió sobre mi familia. Era octubre. La estación de la siega, así la

llamaba mi abuela. Durante días, las tormentas oscurecieron el cielo, pero no cayó ni una gota.

Ahora, al mirar atrás, no sé por qué no lo vi venir. Yo veía las cosas del mismo modo que mi abuela, y aquello debería haber bastado para saber lo que iba a pasar. Y sabía lo de contar cuervos, y la diferencia entre soñar y ver el futuro, y siempre tomaba un camino diferente al que había tomado si, por alguna razón, tenía que darme la vuelta y volver a casa. Sabía que cuando un gorrión cantaba, un espíritu estaba bajando del cielo. Y sabía que siempre estábamos rodeados de fantasmas, los viéramos o no. «No hables demasiado con ellos», me advertía siempre mi abuela. «Pueden ser simpáticos, pero al final siempre resultan ser criaturas envidiosas».

Así que cuando todo esto empezó —cuando mi familia fue elegida para la tristeza — yo estaba sentado en mi habitación, jugando a un videojuego llamado *Sin mañana*. Mi personaje era un caballero que llevaba una espada y un escudo. Estaba atrapado en las nueve capas del infierno y tenía que matar a toda clase de monstruos vivientes para encontrar la salida al mundo de los vivos. Mientras yo despedazaba a los esqueletos, mis padres estaban en la sala de estar, chillándose.

La verdad es que en aquel momento no significó nada para mí, mis padres se habían estado peleando por cualquier cosa desde que yo recuerdo. Normalmente era por dinero, o por quién hacía más cosas, o por quién era más listo. A veces era porque mi padre se quedaba sin trabajo, y cuando eso pasaba, mi madre y él se desgañitaban. La excusa de él era que en la construcción el trabajo era estacional, pero había una larga lista de hombres que mi madre podía recitar de carrerilla a los que nunca despedían.

Mi padre era bebedor y a veces mi madre también era bebedora. Normalmente mi padre bebía cuando perdía el trabajo, luego mi madre y él se peleaban, y entonces era cuando ella empezaba a beber y la pelea iba incluso a peor. Al final acababan dejándolo, y las cosas volvían a la normalidad, o tan cerca de la normalidad como podíamos. Mi hermano y yo nunca nos metíamos en sus peleas. Suponíamos que eran cosas de adultos y que al final todo acabaría bien. Pero aquel día, mi padre le dijo a mi madre que era un despojo. Y ahí fue cuando la segunda cosa mala empezó a cobrar vida.

Mi padre dijo:

—No eres más que un despojo, Linda.

—¿Ah, sí? ¿Eso crees? Bueno, pues ahora lo veremos —contestó mi madre.

Entonces se metió en el coche, arrancó y salió por la entrada, lanzando gravilla en todas direcciones al pisar el acelerador. Se iba al bar Abel, o eso dijo, a tomarse una cerveza y a buscar un hombre de verdad.

Ahora, al mirar atrás, me doy cuenta de las grietas que estaban abriendo. Me doy cuenta de que, con cada cosa desagradable que se decían, estaban atrayendo la desgracia, abriendo entradas para que la oscuridad se introdujera en nuestras vidas.

Así que cuando la segunda cosa mala llegó, no debería haber sido una sorpresa, pero en ese momento no entendí cómo podía haber pasado.

Cuando mi madre estaba a medio camino del Abel, chocó de frente con una mujer borracha llamada Lucy, que justo en ese momento volvía a su casa desde el Abel. Las dos iban conduciendo cerca de la curva ciega de la autopista 88, Lucy zigzagueando un poco y mi madre fumándose un cigarrillo, sin preocuparse siquiera de dónde caía la ceniza. Cuando giraron para meterse en la curva, Lucy se cruzó al carril de mi madre y simplemente ¡pum!, chocaron. El coche de mi madre dio tres vueltas de campana hasta caer en la cuneta y el coche de Lucy se quedó inclinado contra el guardarraíl. Fue Lucy la que llamó a la ambulancia por el móvil, repitiendo una y otra vez: «¡Dios mío, creo que he matado a Linda McCormick! ¡Oh, Dios mío, he matado a esta pobre mujer!».

En ese mismo instante, Gracie Highsmith se estaba haciendo famosa. Mientras mi madre y Lucy Hall iban de camino a estrellarse, Gracie estaba paseando por las viejas vías muertas que atravesaban el pueblo, el bosque y el puente cubierto que cruzaba el arroyo Sugar Creek. Coleccionaba piedras, y aquel día había salido a dar una vuelta después de clase para buscar algo especial: un poco de cuarzo o un trozo de carbón o níquel con una forma rara, una punta de flecha, o uno de los aisladores de vidrio azul que a veces caían de los cables de alta tensión. Sin embargo, lo que se encontró al levantar una piedra de la vía, fue un ojo azul mirándole fijamente.

En ese preciso instante dos gritos resonaron el aire.

Uno fue el grito de Gracie Highsmith. Su grito entró en erupción en algún lugar de las profundidades de su pecho, en un lugar que ni siquiera ella sabía que existía. El grito creció antes de que pudiera salir. Se extendió por el corazón y los pulmones hasta subir por la garganta y salir por la boca como un manantial de los horrores.

El segundo grito fue el de mi madre. Mientras el coche daba vueltas en el aire, mientras giraba una y otra vez lanzando su cuerpo sin cinturón contra el volante, haciendo que se golpeará la cabeza contra la ventanilla, su grito desgarró el silencio de la noche junto con el de Gracie, haciendo añicos el parabrisas, salpicándolo todo de sangre. Su grito resonó en el aire hasta que el coche se paró sobre el lado del copiloto. Y entonces todo se oscureció y lo único que escuchó fue un tictac y unos pasos que se acercaban a ella. Lo último que vio fue a Lucy Hall rodeando los restos del accidente, mirando por el parabrisas entre las manos ahuecadas, gritando: «¡Lo siento! ¡Dios mío, perdóname!».

Y bajo las capas de tierra y grava, bajo las vías oxidadas y las traviesas podridas, Jamie Marks salía de su cuerpo. Ya lo habían encontrado. Y al haberlo encontrado, ya podía empezar a vivir de nuevo.

Hallado el cadáver de un joven

Un ojo. Un ojo azul rodeado de grava. El párpado ligeramente abierto, mirando fijamente. La boca de Gracie Highsmith que se abre. Por un instante, no sale nada de ella. Simplemente se queda sin aliento y mirando fijamente el ojo del joven muerto. Es cuando ve el parpadeo de destellos azules cuando empieza a gritar.

Podía imaginarme a Gracie Highsmith —una quinceañera solitaria que coleccionaba piedras y sacaba sobresaliente en todas las asignaturas, una chica que andaba por los pasillos del instituto escuchando música en su iPod— cuando encontraba aquel cadáver, y veía cómo el fantasma de Jamie salía de aquel saco de carne por primera vez, asumiendo un nuevo estado, sólido como la carne que había dejado atrás, visible únicamente para aquellos que supieran verlo. Podía imaginarme su grito, la fuerza que adquirió, el modo en que resonó por todo el pueblo durante días, durante semanas. Pero lo que no podía imaginarme, ni siquiera al enfrentarlo directamente, era el nuevo estado de mi madre.

Mi madre estaba tendida en una cama del hospital con tubos que le salían de la nariz. Tenía un ojo cerrado por la hinchazón, que ya estaba negro y brillante. El otro se agitaba mientras dormía. Respiraba con la boca abierta, haciendo un ruido sibilante como un ronquido, y cuando me puse delante de ella y miré dentro de la boca, vi que la sangre le había teñido los dientes de color rosa y que le faltaban varios: uno de delante y uno de los colmillos. *No va a poder comer, pensé, ¿verdad?*

Nos quedamos por allí vigilando mientras ella respiraba muy fuerte y el monitor cardíaco que tenía al lado emitía los pitidos que demostraban que seguía viva. Cuando se despertó varias horas más tarde, parpadeando con el ojo sano, me vio a mí primero y dijo:

—Pequeñín, ven aquí y dame un abrazo.

Yo no era pequeñín, pero no le dije nada. Pensé que ya había tenido suficiente. Al minuto vino un médico para preguntarle cómo estaba y mi madre le dijo que no sentía las piernas. Él dijo que podría ser un problema, lo de no sentir las, pero que con el tiempo se solucionaría solo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó mi padre desde la esquina donde estaba de pie, mirando al suelo. Cuando nos giramos para mirarlo, no levantó la mirada.

—Tranquilo, colega —dijo el médico, como si se creyera un surfista o algo así—. Solo se trata de una hinchazón alrededor de la médula espinal, señor McCormick. Estará bien en un par de semanas.

En cuanto se fue el médico, mi padre levantó la mirada y empezó a hablar.

—Ahora tenemos que estar unidos —dijo—. Lo superaremos. No os preocupéis. —Nos rodeó con los brazos a Andy y a mí, como si fuera nuestra pose habitual, y los dos nos quedamos mirándolo, preguntándonos qué querría. Era uno de sus trucos, ser

simpático, para conseguir que hiciéramos cosas para él. Esta vez, su charla pretenciosa y su sentimiento familiar venían a decir que nos íbamos a llevar a mi madre a casa y que la íbamos a meter en mi cama para que pudiera descansar adecuadamente, y que yo iba a dormir en la litera con Andy. Y durante las tres semanas siguientes, mi padre siguió diciendo cosas del tipo: «No te preocupes, cariño. Ya es hora de que los hombres tomen el mando», mientras arrancaba la moqueta y barnizaba el suelo para acomodar la casa a la silla de ruedas. Yo me encargaba de fregar los platos y Andy de lavar la ropa. Mi padre traía *pizza* o pollo frito para cenar, y empezamos a comer en la sala de estar, mirando la televisión, en vez de en la mesa del comedor.

Mi madre descansaba en la cama con las piernas que ya no volvería a sentir más estiradas bajo las sábanas, como si fueran las de otra persona que estuviera durmiendo con ella. Yo le llevaba sopa en una bandeja y, a veces, le frotaba los pies.

—¿Y ahora? —le preguntaba, esperanzado—. ¿Las sientes ahora? —Pero ella simplemente negaba con la cabeza y me sonreía débilmente.

—Lo siento, cariño —decía—. Lo siento mucho.

No sabía cómo sentirme, pero en seguida decidí que no iba a enfadarme. Así es como actuaba mi padre cuando algo no salía como él quería. Me dije a mí mismo que ese tipo de cosas estúpidas simplemente ocurrían. Ocurrían todo el tiempo. Un día eres un quinceañero mediocre con unos padres que se pelean constantemente y un hermano que la paga contigo porque cree que mola humillarte en público y entonces, de repente, pasa algo que empeora las cosas. En serio, no es que yo sea morbosos. A veces las cosas malas simplemente ocurren todas al mismo tiempo.

Mi abuela había dicho que las cosas malas llegan de tres en tres, y si había algo de verdad en eso, supuse que aquel era el momento de empezar a contar. Porque dos cosas malas habían ocurrido en menos de un mes: a mi madre la habían dejado parálitica y a Jamie Marks lo habían encontrado asesinado. Si mi abuela estuviera viva, habría estado intentado adivinar lo que pasaría después.

Se lo comenté a mi madre una noche, mientras le acercaba la cuchara con sopa a los labios temblorosos. Ya habían pasado algunas semanas desde que había venido a casa, y podía comer sola perfectamente, pero al parecer le gustaba que la cuidaran.

—Las cosas malas llegan de tres en tres —le dije—. ¿Te acuerdas de que la abuela siempre lo decía?

—Tu abuela era una inculta —dijo mi madre.

—¿Y qué se supone que significa eso? —pregunté.

—Significa que ni siquiera acabó primaria, Adam.

—Eso ya lo sabía —dije, sosteniendo la cuchara cerca de la boca.

—Bueno, yo solo te lo recuerdo.

—Vale —dije, y tomó otra cucharada de caldo de pollo. A partir de ahí, decidí que tenía que guardarme mis pensamientos para mí solo.

En el instituto, sin embargo, todo el mundo comentaba.

—¿Te has enterado de lo de Jamie Marks? —decían todos—. ¿Te has enterado de lo de Gracie Highsmith?

Yo fingía que no sabía nada. Quería escuchar lo que comentaban los demás. El ambiente estaba cargado de rumores. Que nuestro instituto fuera tan pequeño facilitaba las cosas. Los seis cursos de secundaria estábamos apelotonados en el mismo edificio, hombro con hombro, respirando el mismo aire.

—¿Os habéis enterado? —preguntó una chica a primera hora. Miró a toda la clase, por lo visto nos estaba preguntando a todos—. Gracie Highsmith vio uno de sus dedos sobresaliendo de la grava —dijo—, como el de un zombi que intenta salir a gatas de su tumba.

—Así que apartó algunas piedras y ahí estaba —dijo un chico que se estaba vistiendo a mi lado en el vestuario durante la segunda hora. Se puso los pantalones de chándal y siguió—: Todavía tenía un ojo abierto y la miraba fijamente.

—Así que gritó y le volvió a tirar la grava en el ojo y se fue corriendo a su casa —dijo un chico que se lavaba las manos a mi lado en el baño entre clase y clase—. Y efectivamente, cuando por fin llegó la policía, vieron que las traviesas estaban sueltas y los tornillos partidos.

—Así que quitaron las traviesas —dijo Marty Chapman durante la comida, imitando la retirada de las traviesas con las patatas fritas—. Cavaron en la grava y encontraron el cadáver.

—Daba mucho asco —dijo el chico que ocupaba el sitio de Jamie a mi lado en clase de informática—. Creo que uno de los polis tuvo que apartarse y vomitar.

Aguanté las clases de Álgebra, de Biología y de Historia pensando en polis vomitando, pensando en el cadáver de Jamie. No podía dejar de pensar en aquellas dos cosas. En cierto modo me gustaba la imagen de los polis echando el hígado por la boca, apretándose el estómago, sorprendidos al recordar que eran humanos como todos nosotros. Pero no estaba tan seguro de lo que pensaba sobre el cadáver de Jamie, descomponiéndose bajo las traviesas.

Al principio de cada clase, todos los profesores nos soltaron el mismo rollo, como si se hubieran reunido para ponerse de acuerdo en contarnos la misma historia: «Es comprensible que algunos estéis preocupados y angustiados, así que utilizaremos esta hora para expresar todos esos sentimientos, pero si no os sentís cómodos hablando aquí, el consejero puede recomendar un buen psicólogo a vuestros padres».

La única profesora que nos dejó tranquilos fue la señora Motes. Nos daba Lengua Inglesa. Aquel otoño estábamos leyendo a los primeros autores americanos de cuentos y, aunque hubieran encontrado el cadáver de Jamie, siguió con la clase sin armar mayor alboroto. Elizabeth Moore, una sabelotodo que siempre tenía algo que decir en clase, preguntó: «¿Es que no vamos a hablar sobre lo que ha ocurrido, señora

Motes?»; y la señora Motes le contestó que podríamos, por supuesto, pero que ya llevábamos todo el día hablando sobre eso.

La señora Motes escaneó la habitación como buscando a alguien que fuera un gran comentador de aquella tragedia. Al final posó su mirada en mí. Quise decirle que había escogido al chico equivocado. Yo era simplemente un oyente. Pero siguió mirándome fijamente y al final dijo: «Creo que lo que ha ocurrido es horrible, de verdad. Y si alguien quiere hablar de lo horrible que es, creo que debería hacerlo. Creo que debería quedarse después de clase y hablar conmigo si quiere. Pero por lo demás, creo que lo mejor sería que nos centráramos en Nathaniel Hawthorne».

Sentado en mi pupitre con la mejilla apoyada en la mano, me imaginé a Jamie bajo aquellos raíles, mirando fijamente la parte inferior de los trenes que pasaban con estruendo por encima de él. Aquellas vías no se habían utilizado desde que las acererías de Youngstown cerraron allá en los ochenta, pero de todas formas me imaginé los trenes recorriéndolas. Jamie inhalaba cada vez que un destello de cielo aparecía entre los furgones y exhalaba cuando lo cubrían. Cuando ningún tren pasaba por encima de él, cuando ningún metal chirriaba en las vías, finalmente se dormía. Pero en sus sueños, volvía a ver los trenes, chispas azules saltando de los carriles de hierro. Un cielo de trenes lo cubría. Casi se asfixia, había demasiados.

Unos días después de que los polis acabaran su trabajo en el lugar del crimen, mientras conducía de vuelta a casa desde el instituto, mi hermano dijo: «Nos vamos a acercar por allí, unos cuantos. ¿Quieres venir?». No tenía que dar más explicaciones. Supe inmediatamente adónde iba a ir. Pero los amigos de Andy eran del último curso y les gustaba meterse conmigo, así que negué con la cabeza y dije que no. Le dije que tenía que pasar a recoger el dinero que me debía un amigo. Seguramente supo que mentía, pero de todas formas me dejó en casa.

Cuando se fue, corrí la cortina de la ventana que daba a la parte delantera y empecé a repasar mi anuario. Fui pasando las páginas hasta que encontré a Jamie sonriendo en un cuadrado en la página cincuenta y dos. Recorté su foto con el cúter X-Acto de mi padre y me quedé mirándola durante un rato, tratando de entenderlo a través de la forma de su cara, a través de sus gafas redondas. Pero al haberla cortado del anuario, la luz se filtraba lo suficiente a través del papel como para que la cara del otro lado se desdibujara con la de Jamie, y cuando le di la vuelta al cuadrado, me di cuenta de que era mi cara.

Yo no estaba sonriendo. La verdad es que yo no sonreía mucho. Recuerdo que aquel día el fotógrafo no lo consiguió. Lo intentó y lo intentó, pero al final desistió. Pues ese era el rostro que me miraba, en blanco y negro, duro como la piedra, en el lado opuesto de la foto del joven desaparecido.

Tragué saliva varias veces. «De todas formas no me gustaba esta foto», susurré. Tenía gordura infantil cuando me la echaron y parecía más bien un niño pequeño. Seguí dándole vueltas a la foto una y otra vez, como a una moneda, preguntándome,

si hubiera sido yo, ¿habría escapado? Decidí que debió haber sido muy difícil escapar de ellos —no podía evitar pensar que había sido más de un asesino— y que seguramente yo habría muerto igual.

Cogí la foto, salí afuera y la enterré en el jardín de mi madre, entre las filas de palos que, apenas unas semanas antes, habían separado las hortalizas, las zanahorias con las zanahorias y los rábanos con los rábanos. Aplasté suavemente la tierra, aspiré su olor fresco, y susurré: «No te preocupes. Todo saldrá bien».

Cuando mi madre salió de la cama y empezó a utilizar la silla de ruedas estaba animada. Dijo que un día, pronto, volvería a andar. Pero cuando vio que las piernas no empezaban a mejorar y los médicos le dijeron que necesitaría fisioterapia, simplemente negó con la cabeza. «El daño ya está hecho», dijo mirando a mi padre, que apartó la mirada. Nos dijo que no era para tanto, que de todas formas le gustaba no tener que estar siempre de pie. Aun así, empecé a encontrármela de vez en cuando oculta en una esquina en la silla de ruedas, con la cabeza entre las manos y repitiendo: «No, no, no». Llorando.

Lucy Hall, la mujer que la dejó parálitica, seguía llamando a mi casa y pidiéndole perdón, pero mi madre nos decía que le dijéramos que no estaba en casa.

—Decidle que en estos momentos estoy fuera hablando con unos abogados —nos decía—. Decidle que la van a dejar sin un duro en cuestión de segundos, que la van a hacer pagar hasta el último céntimo.

Así que yo le decía a Lucy:

—No está en casa, señora.

Y Lucy decía:

—Dios mío, dile a esa pobre mujer que lo siento. Pídele que por favor me perdone. Dile que haré lo que ella quiera.

Después de cada llamada le decía a mi madre que Lucy decía que lo sentía mucho y al final mi madre decidió hablar con ella. Su conversación sonó como cuando mi madre habla con su hermana, mi tía Beth, que vive en California cerca del océano, un lugar que yo apenas podía imaginar, un lugar en el que nunca había estado. Mi madre no dejaba de gritar:

—¡No puede ser! ¿Tú también? ¡No me lo puedo creer! ¿Tú te lo puedes creer? ¡Ay, Lucy, esto es demasiado!

Sonreía y se reía como una persona de verdad por primera vez en semanas. No me gustó que hablara con Lucy Hall, que se lo había arrebatado todo, pero me gustó volver a escucharla reír.

Dos horas más tarde, Lucy metió su coche en nuestra entrada, venga a tocar el pito, como si una vez no fuera suficiente. Mi madre salió sola en la silla de ruedas y bajó la rampa que mi padre le había hecho, seguía sonriendo y riéndose, aunque Lucy y ella todavía no habían intercambiado ni una sola palabra en persona.

Lucy era como el ruido de su bocina: excesiva. Era alta, llevaba los labios pintados de rojo y el pelo con una permanente de rizos muy pequeños. Llevaba unas pulseras de plástico enormes, pendientes de aro y unos pantalones elásticos de color rosa chillón. En seguida se agachó para abrazar a mi madre, luego la ayudó a subirse al coche. Se marcharon juntas sin dejar de reírse, y cuando volvieron a casa varias horas después, noté que el aliento les olía a humo y a güisqui.

—Lo más sorprendente —dijo mi madre sin pronunciar bien— es que yo iba de camino al bar sobria, y Lucy volvía a casa borracha. —Utilizó los dedos para ilustrar la dirección que había llevado cada coche, como si yo no supiera cómo había ocurrido el accidente. Dijo que las dos habían discutido con sus maridos aquel día. Y que las dos habían salido para ponerlos celosos. Al enterarse de aquello, mi madre y Lucy sintieron que el destino las había unido—. Un auténtico Big Bang —dijo mi madre.

Lucy dijo:

—Un choque de almas.

La única pena es que su encuentro había resultado bastante doloroso.

—Pero las cosas importantes nacen del dolor —dijo mi madre, asintiendo con un gesto de complicidad mientras se rellenaba el vaso. Dio unas palmaditas a la mano que Lucy había apoyado en la silla de ruedas—. Si tenía que tener algún accidente con alguien —dijo—, me alegro de que ese alguien fuera Lucy.

Pensé en la foto de Jamie y de mí que había enterrado. Desde entonces me había estado chocando con todo. Con las paredes, con las taquillas, con la gente. Daba igual lo que fuera, me chocaba. Aunque estuviéramos en la misma clase, no le había conocido tan bien como me habría gustado, y cuando intentaba preguntarle a la gente sobre él, lo único que hacían era mirarme fijamente, como si acabara de salir de una nave espacial o algo así. Me quedé mirando a mi madre y a Lucy y me pregunté: *si hubiera vivido, ¿habríamos encontrado un modo de ser amigos? ¿Seríamos como ellas?* Quizá él tendría la cabeza echa un lío por todo, pero seguiría aquí, seguiría respirando. Seguiría siendo posible.

Después de que mi hermano y sus amigos volvieran de donde habían escondido a Jamie, todo el mundo pensó que estaban locos, pero que, en cierto modo, eran unos valientes. De pronto se hicieron populares, lo cual era un gran paso para una pandilla de acabados. Las chicas le pedían a Andy que las llevara aquí o allí, que fuera su protector, y él escogía a las guapas que llevaban maquillaje y falditas ajustadas.

—Deberías ir, Adam —me sugirió un día cuando llegamos a casa del instituto—. A lo mejor te gusta.

—Demasiado espectáculo para mí —dije. No quería hablar de Jamie con él. Pero de repente, al pasar por su lado, me agarró de la parte de atrás de la camiseta y me paró de un tirón.

Cuando levanté la mirada, me miró fijamente, como si me hubiera convertido en una hormiga. En algo tan diminuto que tenías que fijar la vista para verlo bien.

—Tú no tienes ni puta idea, imbécil —dijo—. La gente solo tiene curiosidad.

Me preguntó si estaba insinuando que ir a aquel lugar era morboso y retorcido.

—¿Es eso lo que quieres decir? —continuó—. Porque si eso es lo que insinúas, Adam, estás totalmente equivocado.

—No —dije—. Yo no estoy insinuando eso. No estoy insinuando nada de nada.

No tenía ganas de escuchar sus historias. Ya tenía demasiadas historias en la cabeza. En cualquier momento podía empezar a soltar el monólogo de detalles que había repetido desde que fue al lugar donde habían escondido a Jamie, así que me di la vuelta para irme a mi habitación y, cuando giré la esquina, Andy dijo:

—¡Eh! ¡Al final no te he contado cómo era!

Me senté delante del ordenador y me quedé mirando fijamente mi reflejo en la pantalla apagada. Empezaba a pensar que en realidad nadie conocía a Jamie Marks. Pero aun así, solo habían hecho falta un par de semanas para que todos empezaran a afirmar que lo habían visto: esperando en el cruce de las vías en la calle Sodom-Hutchings, señalando hacia el lugar donde lo habían escondido; merodeando en pequeños círculos fuera de la casa de Gracie Highsmith con las manos cogidas detrás de la espalda, la cabeza agachada y el gesto serio. En todas aquellas historias, siempre era transparente. Las cosas lo atravesaban. La lluvia era un ejemplo. Otro era las hojas de los árboles, que caían traspasándole el cuerpo. Los chicos del instituto decían: «¡Yo lo he visto!», con el mismo entusiasmo que cuando iban a la carretera Hatchet Man para ver al fantasma del asesino de los setenta, un hombre que vivió en el bosque que rodea la carretera, y que en realidad nunca utilizó un hacha sino un cuchillo de caza. Gracie Highsmith no había vuelto al instituto desde que lo encontró, así que nadie podía verificar la historia de que Jamie estaba debajo del arco que había fuera de su casa. Sin embargo, la historia crecía cada vez más, sin que ella la aprobara, y no parecía muy acertada. Pensé que si era verdad que el fantasma de Jamie estaba fuera de su casa, la única que debería contar la historia tenía que ser Gracie. Era suya, y quien la contara no era más que un ladrón.

Las historias no importaban, me decía a mí mismo. La mayoría de esos chicos eran incapaces de verse a ellos mismos, así que no digamos a un fantasma. Aun así, después de escucharlos día tras día durante semanas, decidí que había llegado la hora de verlo por mí mismo.

Al día siguiente, en vez de ir al entrenamiento de *cross*, fui al cementerio. Me habría gustado ir al funeral, quedarme detrás donde nadie pudiera verme, pero en el periódico habían dicho que sería solo para la familia. Si por algo estaba enfadado, era por eso. ¿Cómo habían podido dejar fuera a todo el mundo? Todos los del pueblo habían ayudado a buscarlo, le habían llevado comida a la madre de Jamie durante el

tiempo que estuvo desaparecido. Y luego resulta que solo la familia podía asistir al funeral. A mí me pareció un poquito egoísta.

El cementerio estaba desierto a finales de octubre, como si fueran a rodar una película sobre Halloween. Las lápidas estaban inclinadas. El musgo verdeaba en las paredes de los mausoleos familiares. Bajé el camino, crujiendo la grava a cada paso, y miré a ambos lados los ángeles de piedra, los pilares tallados, las tablas de mármol lisas y blancas que dividían el terreno. Conocía muchos nombres, o me sonaban. Ya sean familiares, o amigos, o amigos de familiares, o enemigos ancestrales de la familia, cuando vives en un pueblo donde toda la población cabe en tres iglesias, conoces a todo el mundo. Incluso a los muertos.

Examiné las lápidas hasta que encontré la suya. La tierra con la que habían tapado la tumba todavía estaba fresca. Aún no había dado tiempo a que creciera la hierba. Pero la gente ya había dejado por allí baratijas, recuerdos y objetos simbólicos, trozos de ellos mismos. La huella de una mano. Un trozo de vidrio de color rosa. Dos cigarrillos colocados como los postes de una valla. Un sonajero. Y en el borde inferior de la tumba, alguien había incluso garabateado su nombre.

Me agaché y, recorriendo la curva de las letras con la punta del dedo, susurré el nombre. Y fue como si leerlo en voz alta hubiera sido una especie de hechizo, porque de repente oí pasos, y apareció Gracie Highsmith, acercándose a mí por el camino.

Me quedé atónito. A parte de la familia de Jamie, había pensado que yo sería el único en ir allí. Pero ahí estaba ella, la chica que había dibujado su nombre en la tierra con el dedo. Las letras parecían delicadas y suaves; se ensortijaban con pequeñas florituras. ¿Acaso pensaba que escribir su nombre con letras bonitas importaba?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Gracie parpadeó como si no me hubiera visto en su vida. Yo diría que le entraron ganas de preguntarme quién coño era yo para preguntarle eso, pero en su lugar dijo:

—Vengo de visita. ¿Qué haces tú aquí?

Se levantó viento y le echó el pelo en la cara. Se lo metió detrás de las orejas con mucho cuidado. Llevaba unas Dr. Martens negras, unos pantalones militares verdes y una camiseta blanca con un chaleco negro lleno de insignias de grupos de música. Tenía un aspecto un poco *punk*, pero no podría asegurar cuál era su estilo. No se vestía como las demás chicas. Ni como las animadoras con el pelo largo y las caras maquilladas, ni como las chicas inteligentes con jerséis y pantalones de pinzas. Una vez, en secundaria, se rapó la cabeza y todo el mundo decía que era bruja. En cierto modo, a mí me gustaba su cabeza así, con la piel brillante, pero no fui capaz de hacer el esfuerzo de decírselo. Y cuando pasó el tiempo, ocurrió lo mismo que con Jamie. El momento pasó, le creció el pelo y ya fue tarde, como siempre.

Clavé la punta del zapato en el suelo, no sabía qué responder. El modo en que había dicho «tú» me hizo pensar que no le caía bien. Pero nunca había hablado con

ella; en general, yo no hablaba. Entonces, ¿por qué no le caía bien? Pero se cansó de esperar a que le respondiera y se giró para mirar la tumba de Jamie.

—De visita —dije, después de que se diera la vuelta. Me fastidió no poder responder algo diferente a lo que ella había dicho y me crucé de brazos.

Gracie no miró hacia atrás. Siguió mirando la tumba de Jamie. Empecé a pensar que quizá fuera a robarla. Me refiero a la lápida. A ver, todo el mundo sabía que la chica coleccionaba piedras y una lápida completaría cualquier colección. Me pregunté si debía llamar a la policía y contárselo. Me los imaginé llevándosela esposada, agachándole la cabeza para meterla en la parte de atrás del coche. Me la imaginé mirándome con odio por la ventanilla de atrás mientras se la llevaban. Al rato, me obligué a dejar de soñar despierto y, cuando lo conseguí, me di cuenta de que estaba arrodillada y llorando.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero cada vez iba a más. Me refiero a que le daba igual si había alguien cerca o no. Lloraba como un bebé, a moco tendido. Pensé que quizá debía decirle algo, pero no sabía qué. Así que simplemente grité:

—¡Eh! ¡No hagas eso!

Pero no funcionó. Siguió llorando. Incluso refunfuñó un poco y le dio un puñetazo al suelo.

—¡Eh! —dije otra vez—. ¿Es que no me has oído? Te he dicho que no hagas eso.

Pero seguía sin escucharme.

Así que empecé a bailar.

Choqué los talones en el aire e hice un paso doble. Tararéé una canción para llevar el compás. Di una palmada por detrás de la espalda y brinqué como mi padre me había enseñado una vez, y cuando vi que mis idioteces no la distraían, empecé a cantar el *Hokey Pokey*.

Canté a pleno pulmón y seguí bailando. Canté cada estrofa como si fuera pura poesía:

Pon tu pie izquierdo
Saca tu pie izquierdo
Pon tu pie izquierdo
Y muévelo así
Baila el Hokey Pokey
y date la vuelta
Eso es todo. ¡Bien!

Mientras cantaba y bailaba, me iba acercando a una tumba recién cavada, a solo unas parcelas de la de Jamie. La lápida ya estaba puesta, pero todavía no se había celebrado el funeral. La tumba estaba esperando a Lola Peterson, pero en su lugar, mientras cantaba a voz en grito la última estrofa, fui yo quién tropezó y cayó dentro.

Me caí en la tumba cuando cantaba: «Te metes dentro enterito», y casi me atraganto con mi propia lengua al aterrizar. Aunque afuera todavía era de día, la tumba estaba oscura y llena de barro. Se me habían hundido los zapatos y cuando intenté sacarlos, hicieron un ruido como de ventosa. El viento era frío y había hojas por todas partes. Un gusano serpenteaba mitad dentro mitad fuera por el muro embarrado que tenía delante. Cuando intenté salir trepando y vi que no podía agarrarme, empecé a preocuparme por si me quedaba atrapado en la tumba de Lola Peterson toda la noche, pero al final la cabeza de Gracie asomó por el borde.

—¿Estás bien? —preguntó.

Su pelo caía hacia mí como rollos de cuerda.

Encontró una escalera apoyada en el cobertizo para herramientas del cementerio y me la pasó. Mientras subía, me dijo que era un tonto, pero se reía. Tenía los ojos rojos de llorar y las mejillas agrietadas por el viento. Cuando le di las gracias por ayudarme, me dijo:

—De nada. Me ha gustado tu bailecito.

Después nos sentamos en el camino que separaba las tumbas y me habló de cuando encontró a Jamie. Se parecía mucho a lo que iban contando por ahí, pero las palabras que salían de su boca sonaban de un modo diferente.

—Ya me da igual —dijo—. La verdad es que ya aburre. Es de lo más banal.

—¿Qué es banal? —pregunté. Ya lo sabía, pero quería escucharla hablar.

—¿No sabes lo que significa banal? —Se rio—. Salió en el vocabulario de clase de lengua hace como cuatro semanas, idiota.

—¿Cómo te puedes acordar de eso?

—Salió en el último examen de vocabulario para el que estudié —dijo—. El de justo antes de encontrarlo. —Bajó la mirada y se metió las manos en los bolsillos. Cuando volvió a levantar la mirada, continuó—: ¿Sabes dónde puedo encontrar cuarzo por aquí?

—¿De verdad que coleccionas piedras? —le pregunté, y asintió sonriendo.

—Las piedras son lo mejor del mundo. Nadie puede hacerles nada. Te podrías pasar por mi casa mañana y así las ves. Ven a eso de las cinco. Mis padres estarán en el consejero matrimonial.

—Vale —dije—. Sería genial.

Gracie agachó la cabeza y me miró a través del flequillo castaño antes de irse. Un minuto después, se dio la vuelta y se despidió levantando la mano por encima de la cabeza. Le devolví el gesto como si fuéramos amigos, aunque no lo éramos. Todavía no.

Esperé a que se marchara. Esperé hasta que escuché el chirrido y el ruido metálico de las puertas delanteras de hierro forjado. Y entonces me arrodillé al lado de la tumba de Jamie y borré su nombre de la tierra. En su lugar escribí el mío, grabándolo bien profundo en la tierra. Pero yo escribí mi nombre de un modo diferente. Mis letras eran alargadas e inclinadas. Mis letras eran rotundas y feroces.

Cuando llegué a casa me encontré con que ya habían cenado. Mi madre ya se había ido a la cama, volvía a dormir en el cuarto de mis padres; Andy estaba en el campo de atrás fumándose un porro; y mi padre estaba en la sala de estar viendo el canal del tiempo. Era capaz de ver el parte meteorológico durante horas, escuchando la musiquilla de fondo, observando las palabras que decían lo que nos esperaba al día siguiente, desplazándose por la pantalla eternamente. Lo veía todas las noches durante un par de horas hasta que Andy y yo empezábamos a refunfuñar. Al final cambiaba de canal, pero nunca reconocía que era porque refunfuñábamos.

Cuando me senté a comerme un trozo de pastel de carne, cambió de canal sin que yo se lo pidiera y puso un resumen de las noticias sobre la búsqueda de los asesinos de Jamie. Me pregunté por qué el presentador los llamaba «los asesinos de Jamie Marks», del mismo modo que se podría decir los perros de Jamie, o las condecoraciones de *boy scout* de Jamie, como si los poseyera o se los hubiera ganado, así que le pregunté a mi padre qué pensaba él.

Pero no me contestó a la pregunta. En vez de eso, empezó a murmurar sobre lo que haría con los asesinos si hubiera sido su hijo. Tenía la cara roja y manchada, y llevaba la camisa de cuadros escoceses desabrochada, dejando al descubierto un trozo de pecho peludo.

Dejé el tenedor en el plato.

—¿Qué harías? —le pregunté—. ¿Qué harías si hubiera sido yo?

Mi padre me miró y dijo:

—Ataría una cuerda a los sobacos de esos cabrones y los metería poco a poco en una tinaja llena de pirañas. ¡Espacio! Eso es muy importante. Para dejar que esos pequeños chupones se fueran comiendo poco a poco su carne.

Volvió a mirar la televisión.

Pensé que aquel era un buen comienzo.

—Pero ¿y si la policía los cogiera primero? —le pregunté esperando algo más realista—. ¿Qué harías entonces?

Mi padre volvió a mirarme y contestó:

—Metería una pistola *de extranjis* en la sala del tribunal y cuando subieran a esos cabrones al estrado, me levantaría de un salto y les volaría la puta cabeza.

Se levantó de un salto del sillón y puso las manos como si sujetara una pistola, apuntando a una persona invisible en la habitación. Apretó el gatillo una, dos, tres veces. ¡*Pum, pum, pum!* Todos muertos, todos los maleantes. Así de sencillo.

Yo asentí. Me sentí querido, como si fuera el favorito de mi padre. Seguí imaginando diferentes situaciones, preguntándole una y otra vez «¿Y si...?»: «¿Y si el juez dijera que son inocentes y después los vieras comiendo en un restaurante? ¿Qué harías entonces?». «¿Y si se escondieran en un almacén abandonado con un montón de armas de fuego y rehenes? ¿Entonces qué?». Daba igual lo que le soltara; siempre los mataba. ¡Hasta me entraron ganas de comprarle una camiseta donde

pusiera «El mejor padre del mundo»! Ni me acordaba de la última vez que habíamos hablado. En aquel momento estuvimos muy unidos, por primera vez en mucho tiempo, y aquella noche me fui a dormir pensando todavía en situaciones en las que podría vengarse.

Según mi padre, la casa de Gracie Highsmith era una preciosidad de dúplex. Cada vez que pasábamos con el coche, recordaba el trabajo que había hecho su cuadrilla en aquel lugar. La casa era blanca como la nuestra, solo las contraventanas eran negras, y unos pilares de madera blanca sostenían el tejado. También tenían una entrada circular, asfaltada y con un arce en el centro. «Son adinerados estos Highsmith», decía siempre mi madre cuando estaba de buen humor. Pero cuando estaba triste, simplemente decía que eran unos ricos esnobs.

La casa estaba resguardada en un recodo de las vías donde Gracie había encontrado a Jamie. Había salido a dar una vuelta por las vías para buscar algún trozo raro de carbón o de níquel cuando se lo encontró. Había visto el dedo asomando por la grava como todo el mundo decía. Creyó ver un destello, algo brillante, así que se agachó para revisar las piedras y cuando levantó una, el ojo azul de Jamie la estaba mirando. Todo eso me lo contó en su habitación, en el primer piso de su casa, al día siguiente. La habitación estaba pintada de amarillo fuerte y surcada de estanterías con piedras, como la sala de un museo. La cama y el tocador blanco que había al lado eran lo único del cuarto que lo hacía parecer una habitación.

Gracie cogió una piedra marrón del tamaño de un puño con manchas negras incrustadas. Las zonas marrones parecían papel de lija, pero las manchas negras eran suaves como el cristal.

—La encontré en el cauce del río, al pie del barranco Marrow el verano pasado —dijo—. Es uno de mis mejores hallazgos.

—Tiene algo especial, la verdad es que sí —confirmé, y sonrió orgullosa, como una madre.

—Pues esto no es nada —dijo—. Espera a ver el resto.

Me enseñó un pedazo de cuarzo transparente y un trozo de arcilla azul endurecida; una geoda con el hueco lleno de pirámides de cristal rosa; una concha marina que encontró misteriosamente en el bosque detrás de su casa, que no estaba cerca del agua; una piedra lisa con un fósil del esqueleto de un pez impreso; y un trozo de cuarzo rosa con forma de corazón, que dijo que era su favorito. Nunca me había fijado en lo bonitas que podían ser las piedras. Hizo que me entraran ganas de coleccionarlas también. Pero ese era el territorio de Gracie. Supuse que yo tenía que encontrar algo mío.

Nos sentamos en la cama y escuchamos a un grupo de Cleveland que nunca había oído, pero que a Gracie obviamente le encantaba porque programó el reproductor de cedés para que sonara la misma canción una y otra vez. Era muy *punk*. La letra iba sobre crecer lleno de ira y sobre cómo iban a tomar el control del mundo y hacer que

todos pagaran por ser unos estúpidos idiotas, sobre que no necesitaban nada ni a nadie, que ellos solos se bastaban. Gracie asentía y apretaba los dientes mientras escuchaba. Su cabeza se movía a pocos centímetros de la mía, con el pelo castaño extendido sobre la almohada.

Me gustaba que estuviéramos solos en su casa, escuchando música y mirando piedras. Me sentía excéntrico y maduro. Se lo comenté a Gracie y ella asintió.

—Se piensan que somos unos niños —dijo—. No se enteran de una mierda.

Luego hablamos sobre hacernos mayores, nos imaginamos yendo a la universidad, el trabajo que tendríamos a los cuarenta, siendo padres y luego abuelos, y luego siendo tan viejos que no podríamos caminar sin andador. Al momento, éramos tan viejos que los dos nos apretamos el pecho como si estuviéramos sufriendo un infarto y nos echamos a reír. Nos quedamos mirándonos fijamente, sin decir nada, luego apartamos la mirada, como si nos fuéramos a convertir en piedra si seguíamos mirándonos.

—¿Qué clase de funeral te gustaría tener? —me preguntó Gracie al rato.

—No lo sé —contesté. Nunca había pensado demasiado en funerales—. ¿Es que no son todos iguales?

—Todos los funerales son diferentes —dijo Gracie—. En los cementerios mexicanos ponen un montón de adornos brillantes y coloridos para sus muertos; no son tan serios como los nuestros. El Día de los Muertos, las familias van a los cementerios y comen juntos al lado de las tumbas de sus seres queridos.

—¿Dónde has aprendido eso?

—En ciencias sociales. El año pasado.

—Seguro que los mexicanos nunca habrían celebrado un funeral privado —dije. *Qué lástima que Jamie no fuera mexicano*, pensé.

—Ahora veo tumbas por todas partes —me dijo Gracie. Estaba echada boca arriba y miraba fijamente al techo. Observé cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración—. Están por todas partes —dijo—, desde que...

Se paró y soltó un gran suspiro, como si acabara de confesarme algo importantísimo. Me preocupó que esperara algo a cambio, una confesión mía, así que murmuré un sonidito de apoyo y esperé que aquello fuera suficiente.

—Están por todas partes —repitió—. El cementerio del pueblo, el terreno de la familia Wilkinson, ese viejo lugar cerca del barranco donde está enterrada Frances *la Flipada*. Y ahora las vías. Bueno, ¿es que no se va a acabar nunca?

—Las camas también son como tumbas —dije, y se giró hacia mí, lanzándome esa mirada misteriosa.

De pronto quise besarla. Pero en lugar de hacerlo, dije:

—No, en serio.

Y le hablé de la época en la que mi abuela se vino a vivir con nosotros después de morir mi abuelo. De cómo, una mañana, mi madre me mandó a que la despertara para el desayuno —me acuerdo porque olía a beicon cuando me levanté—, así que entré

en la habitación de mi abuela para despertarla. Pero no se despertaba, así que volví a llamarla. Pero seguía sin despertarse. Al final, la zarandeeé un poco y la cabeza se le quedó colgando. La cogí de la mano, esperanzado, pero estaba fría.

—¡Ah! —dijo Gracie—. Ahora entiendo lo que quieres decir. —Me miró fijamente, le brillaban los ojos. Su mirada daba miedo, pero me gustaba. Se dio cuenta de que me gustaba y, con un movimiento rápido, se puso encima de mí, sujetándome las caderas con las rodillas. Casi me echo a reír, pero su pelo cayó sobre mis ojos, atenuando la luz.

Me besó en los labios y me besó en el cuello. Luego empezó a balancearse, rozándose contra mi pene, y yo hice lo mismo. No sé por qué, pero la cogí de las caderas. Los muelles de la cama chirriaban.

—Eres muy frío, Adam —susurró—. Eres muy frío, muy frío. —Olía a tierra y a arcilla. Mientras se balanceaba, miraba al techo y abría mucho la boca. No estaba seguro de si estaba fingiendo o si realmente conseguía algo con aquello, pero al rato jadeó varias veces y se desplomó sobre mi pecho. Yo seguí rozándome, intentando que el momento durara, pero paré cuando me di cuenta de que no iba a llegar más lejos.

Se levantó y fue hacia la ventana, se arrodilló y miró afuera.

—¿Estás enfadada? —pregunté.

—¿Por qué iba a estar enfadada, Adam?

—No sé —dije. Quería preguntarle qué había significado aquello, pero no se dio la vuelta—. ¿Qué haces? —le pregunté en su lugar. No era tan buena pregunta como «¿qué estás pensando?», que es la que tendría que haberle preguntado.

—Está otra vez ahí abajo —susurró. Escuché lágrimas en su voz y me acerqué a ella. No miré afuera. La abracé, junté las manos bajo su pecho y la apreté contra mí—. ¿Por qué no se marcha? —dijo—. Vale, yo lo encontré. ¿Y qué coño pasa? No tiene que seguirme para siempre, joder.

—Dile que se vaya —le dije.

No respondió.

—Dile que no quieres verlo más —le dije.

Apartó mis manos de su barriga y giró la cara hacia mí. Se inclinó y me besó, buscando mi lengua con la suya, acariciándome la parte de atrás de la cabeza como si ella estuviera al mando. Cuando se apartó, dijo:

—No puedo. Lo odio, pero también lo quiero. Es como si... no sé, como si me comprendiera. Estamos en el mismo rollo, ¿me entiendes? Me molesta tanto como lo quiero. Tendrían que haberlo querido, ya sabes. Nunca tuvo algo así. No del mismo modo en que todo el mundo lo merece.

—Tú pasa de él —le dije.

Gracie frunció el ceño, luego se irguió y fue hacia la puerta.

—Creo que deberías irte ya —dijo—. Mis padres están a punto de llegar.

Estiré el cuello para mirar por la ventana, pero su voz chasqueó como un látigo.

—Vete, Adam —dijo.

Me puse el abrigo y salí por la puerta pasando de lado.

—No te lo mereces —le dije al salir.

Me fui a casa corriendo, con el viento en contra, y en seguida empezó a llover. Las frías gotas aterrizaban en mi cara, me caían por las mejillas, se me metían por el cuello. Jamie no estaba afuera cuando salí de casa de Gracie, y estaba empezando a sospechar que se lo había inventado, como todos los demás. *Menuda arpía*. Pensaba que ella era diferente.

Cuando llegué a casa, entré por la puerta de la cocina, y mi madre me estaba esperando en la entrada, en la silla de ruedas.

—¿Dónde has estado? Dos noches seguidas. Te estás comportando de un modo muy misterioso. ¿Dónde has estado, Adam?

Lucy estaba sentada en la mesa del comedor, fumándose un cigarrillo. Cuando la miré, apartó la mirada. La espiral de humo se introducía en la lámpara que colgaba sobre ella.

—¿Qué es esto? —dije—. ¿Una inquisición?

—Solo estamos preocupadas —dijo mi madre.

—Pues no os preocupéis —le dije.

—No lo puedo evitar —me contestó.

—Tu madre te quiere mucho —dijo Lucy.

—Tú no te metas, paralizadora.

Las dos se quedaron con la boca abierta.

—¡Adam! —dijo mi madre—. Ya sabes que Lucy no pretendía que esto ocurriera. Discúlpate ahora mismo.

Mascullé una disculpa, poniendo los ojos en blanco.

Mi madre empezó a dar vueltas por la cocina en la silla de ruedas. Alargó el brazo para llegar a los armarios y sacó unas latas de tomate y de judías. Abrió el congelador e intentó sacar carne picada. No podía llegar tan alto, así que Lucy se levantó de un salto y corrió a bajársela.

—Chile —soltó mi madre—. Ahí fuera hace mucho frío y necesitas un buen chile picante. El chile hará que entres en calor.

Luego volvió a empezar con lo mismo de siempre.

—Mi niño milagro —dijo—. Mi chiquitín, mi regalo. Lucy, ¿sabes que Adam nació prematuro y con los pulmones poco desarrollados y un soplo en el corazón?

—No, querida —dijo Lucy—. Eso es terrible.

—Pero fue todo un luchador —dijo mi madre—. No dejó de luchar. Quería vivir con todas sus fuerzas. ¡Ay, Adam! —dijo, poniendo la lata de judías en el abridor—. ¿Por qué no me dices dónde has estado? Ha llamado tu entrenador. Dijo que no habías ido al entrenamiento.

—No he estado en ningún sitio —dije—. Déjalo ya.

—Lo que ocurre es que están pasando demasiadas cosas al mismo tiempo, ¿verdad? —dijo Lucy—. Pobrecillo. Deberías mandarlo a que viera al doctor Phelps, Linda. A los críos les resulta difícil asumir cosas como lo que le ha pasado al hijo de los Marks.

—Es una opción —dijo mi madre.

—¿Podrías dejar de hablar de mí delante de mí? —les dije—. Dios, vaya par de ridículas. No os enteráis de una mierda.

Entonces mi padre entró en la cocina, echando un vistazo como si fuera un policía.

—¿Qué es todo este follón? —dijo. Su voz resonó por toda la habitación, así que me tapé las orejas con las manos y todos me miraron como si fuera yo el que tuviera un problema.

—¡Anda, vete a matar a alguien! —dije. Abrió la boca como justo antes de entrar a reñirnos, así que hice lo posible por escapar de allí. Abrí la puerta que tenía detrás y salí corriendo.

Al principio no sabía adónde iba, pero para cuando llegué al límite del bosque, ya me había hecho una idea. La lluvia seguía cayendo ininterrumpidamente y el viento tarareaba entre los árboles una canción parecida a la que le había escuchado cantar a mi abuela una vez. Una canción de la madre patria sobre un pájaro negro que arrancó un bebé de los brazos de su madre y se lo llevó al país de los muertos. Las hojas caían a mi alrededor como estrellas rojas y doradas atravesando la niebla. Me abrí paso entre las zarzas hasta que pude ver un muro de penumbra donde acababa el bosque y casi se veían las viejas vías del tren.

Pero ya tenía su aliento en mi cuello antes de que pudiera llegar allí. Supe que era él antes de que dijera nada. Sentí su aliento en el cuello, frío y húmedo, y luego me rodeó la barriga con sus brazos, como había hecho yo con Gracie, y antes de que me diera cuenta, ya lo tenía subido a la espalda.

—No te pares —susurró, agarrándose fuerte, y lo llevé así todo el camino hasta que llegamos al lugar donde Gracie lo encontró.

Habían señalado aquel tramo de vías con la cinta amarilla de la policía, por eso supe que era el lugar exacto. Pero había algo que no estaba bien. Algo no encajaba. No habían levantado las traviesas como yo había pensado. Y el hoyo donde habían enterrado a Jamie... estaba ahí, sí, pero al lado de las vías. Me di cuenta de que nunca estuvo debajo. Nunca miró entre las tablillas mientras los trenes pasaban por encima de él.

Las historias cambian. Cambian con demasiada facilidad y con demasiada frecuencia.

—¿A qué esperas? —dijo Jamie, bajándose de mi espalda. Yo estaba de pie en el borde del hoyo—. Adelante. Prueba.

Me di la vuelta y ahí estaba, desnudo, ni rastro del uniforme de *boy scout*, con la piel pálida manchada de barro. Iba todo despeinado, y uno de los cristales de las gafas estaba hecho añicos. Tenía un tajo en la cabeza cerca de la sien izquierda, negro y pegajoso por la sangre. Sonrió. Tenía los dientes llenos de arenilla.

Di un paso hacia atrás y caí en el hoyo. No era muy profundo, no era como la tumba de Lola Peterson en el cementerio. Solo caí unos pocos centímetros hasta tocar fondo. Mis ojos se quedaron a la altura de la entrepierna de Jamie. Bajó la mano hasta ahí y se tocó.

—Quítate la ropa —me dijo.

Me la quité.

—Tumbate —me dijo.

Me tumbé.

Se puso encima de mí, y estaba muy frío, muy frío. Me abrazó más fuerte, intentando que su cuerpo entrara en calor. Me dijo que allí había sitio para los dos y que debería llamarle Cándido.

Yo le dije:

—Nunca me ha gustado ese nombre.

—A mí tampoco.

—Entonces no te llamaré así.

—Gracias —me dijo, y me abrazó más fuerte con aquellos brazos fríos y mojados. Me dijo que ella no le había dejado abrazarla. Le contesté que ya lo sabía. Le dije que simplemente estaba siendo una egoísta.

—No te preocupes —le dije—. Ahora te he encontrado yo. Ya no tienes que preocuparte por nada. Te he encontrado.

—Yo te he encontrado a ti —dijo apartándose para mirarme.

—No vamos a discutir —dije.

Apoyó la mejilla en mi pecho y la lluvia nos envolvió. Mientras lo sujetaba, me imaginé que estaba volviendo a la vida, que de algún modo podía ayudarlo. No lo miré, pero pude sentir como se aferraba, como se aferraba a mi cuerpo para vivir.

Al rato escuché voces, un sonido lejano y metálico, como una radio con el volumen muy bajo. Cuando las voces se escucharon más fuertes, me puse de pie y vi las luces de unas linternas que se dirigían hacia nosotros. Mi padre, Andy y Lucy. Me imaginé a mi madre dando vueltas por la cocina en la silla de ruedas. Me la imaginé agarrándose la cabeza con las manos, tirándose de los pelos, diciendo: «¡Levántate! ¡Levántate y ve a por él, joder!». Pero no podía. Ni podía, ni escaparía nunca de esa silla.

—¡Adam! —gritó mi padre, atravesando la lluvia con su voz.

No me moví. Ni siquiera cuando ya estaban justo encima de mí, con las caras blancas y pálidas como la del cadáver de Jamie.

—Ya os dije que el chalado este estaría aquí —dijo Andy.

—Dios mío, tu pobre madre —dijo Lucy, y se tapó la boca con la mano.

—Adam, sal de ahí. Sal de ahí ahora mismo —me ordenó mi padre y alargó la mano—. Venga, vamos —dijo, doblando un poco los dedos.

Me agarré de la mano, tiró de mí hacia la grava que rodeaba el hoyo, y me quedé allí tumbado, desnudo, como un recién nacido. Los tres se quedaron de pie, rodeándome, mirándome fijamente. Mi padre se quitó el abrigo y me lo puso por encima para taparme. Al ver que no me movía, me dijo que andando, que nos íbamos a casa, así que al final me levanté y empecé a caminar por las vías.

Al marcharnos, levanté la mirada y eché un vistazo a través de la lluvia, hacia el remolino de oscuridad. Y aunque era de noche y el cielo estaba cubierto de nubes, vi algo. Un avión, o un trozo del mismo cielo, que caía. Parpadeé varias veces, tratando de borrar la imagen. Pero después de varios intentos, supe que era inútil. Aquello era real, y estaba descendiendo con fuerza y rapidez. Lo vi. El dedo de Dios nos estaba señalando.

Y justo en ese momento supe que lo mejor era que empezara a correr.

El chico que oía a las sombras

Cuando mi padre me sacó de la tumba, Jamie no vino conmigo. Se quedó en el hoyo mientras nosotros caminábamos por las vías. Los guijarros rodaban bajo mis talones y mis dedos; las traviesas me arañaban los pies desnudos. El abrigo de mi padre me calentaba, pero me raspaba los hombros. Era una chaqueta de camuflaje que solía llevar cuando iba de caza. Olía a sudor, a corteza de árbol, a hojas y a moho, a oscuras mañanas de expedición por el bosque para subir al puesto de árbol. Quería quitármela cuanto antes, pero hacía frío y la lluvia me estaba acibillando las piernas desnudas, así que me la dejé puesta.

Lucy se había agachado a recoger mi ropa de la tumba de Jamie antes de marcharnos, y me la pasó diciéndome: «Por el amor de Dios, al menos ponte los pantalones». Pero le aparté la mano de un manotazo.

Miré hacia atrás solo una vez, para ver si lo veía. Seguía allí, asomando la cabeza y los hombros por la tumba. Levantó una mano pálida para despedirse mientras nos marchábamos, luego volvió a meterse, como si se hundiera.

Cuando subí a la furgoneta, me quité la chaqueta y me la puse en el regazo. Mi padre no dijo nada, simplemente metió la llave, se secó la frente, puso la furgoneta en marcha y tiró hacia la autopista 88.

Estaba sentado al lado de mi hermano en la parte de atrás, mirando fijamente hacia delante, hasta que la luz de los faros se fue debilitando y el gris de la carretera iba desapareciendo en la oscuridad. Intentaba no sentir nada, adormecerme hasta el punto de que nada importara, cuando... ¡pop! De pronto me di cuenta de que estaba fuera, volando sobre las copas de los árboles y los cables telefónicos. Por debajo de mí, un fragmento de luz bajaba por la carretera como el pitido en el monitor cardíaco de mi madre. Todos estaban dentro de esa luz, protegidos. Y cuando me concentré, el techo de la furgoneta desapareció y pude verlos allí dentro: al padre, al hermano, a la paralizadora y al cuerpo en el que solía vivir.

El hermano se sentaba lo más lejos posible del cuerpo, apoyado en la puerta corrediza. Respiraba fuerte en la ventanilla, empañándola de huellas. La paralizadora iba al lado del padre, meneando la cabeza cada vez que el padre pasaba por un bache o tomaba una curva demasiado rápido. Seguía regañando al cuerpo, diciéndole cosas del tipo: «Pero ¿en qué estabas pensando? ¿Es que solo te preocupas por ti mismo?».

El cuerpo no respondía. Estaba sentado tranquilamente y en silencio, mientras yo, en lo alto, me imaginaba el coche de la paralizadora dando bandazos contra el de mi madre: el choque, el crujido de la espalda de mi madre, su sangre salpicando el parabrisas. Sin embargo, el cuerpo no mencionó nada de eso. El cuerpo era mejor que eso. Pensé que la paralizadora debería considerarse afortunada porque justo en ese momento el cuerpo podría haber abierto la boca y quemarla viva con sus palabras.

Ellos estaban abajo, muy lejos; y yo, yo estaba en las nubes, vagando. Sin embargo, antes de que la furgoneta llegara a su destino, noté el tirón. Tuve que bajar, tuve que descender a través de los cables telefónicos y las copas de los árboles, volver a la furgoneta y volver al cuerpo. Después ya no miré más hacia abajo, sino que observé a mi padre girando bruscamente el volante para meterse en nuestra entrada.

La luz se derramaba por todas las ventanas de nuestra casa, acumulándose en el césped delantero y en las copas de los árboles. Normalmente mi madre iba detrás de todos apagando las luces, quejándose de las facturas, pero ahora había encendido todas las fuentes de luz posibles. Estaba sentada en la sala de estar, sujetando las cortinas del ventanal con una mano, observando cómo salíamos de la furgoneta.

Entramos en la cocina por la puerta del garaje, y un momento después, mi madre entró con la silla de ruedas. Me miró de arriba abajo, moviendo la cabeza como si no me reconociera.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vas desnudo?

Pase por su lado, sin contestar, me fui a mi habitación, cerré la puerta con llave, tiré la chaqueta al suelo y me eché en la cama, todavía cubierto del polvillo de la grava. Pero ni siquiera con la puerta cerrada pude dejarlos del todo fuera. Sus voces se movían como las líneas de un monitor cardíaco, murmullos de preocupación y picos de ira.

—¿Qué he hecho mal? —dijo mi madre. Era lo que solía decir cuando Andy hacía alguna cagada. Supe que había alcanzado un nuevo nivel de dificultad.

—Todavía tiene mucho que aprender —dijo mi padre—. Los has mimado demasiado, Linda.

—La palabra no es mimar —dijo mi madre—. La palabra es querer, John. Q-u-e-r-e-r. Querer.

—Pero John tiene razón, Linda —dijo Lucy—. No puedes consentírsele todo siempre.

Me entraron ganas de partirle la cara. Quería ver cómo le goteaba la sangre por las mejillas y preguntarle qué se sentía.

—Es cuestión de tiempo que abráis los ojos —dijo Andy con tono reivindicativo—. Ese mocoso siempre se sale con la suya.

—¡Cállate! —dijo mi madre.

—¿Lo ves? —bufó—. Incluso ahora te pones de su parte.

—¡En esta familia no hay partes! —dijo mi madre. Mi padre gruñó, pero no supe distinguir si significaba que estaba de acuerdo o que no.

Andy resopló y se quejó, así que me imagino que debió haber sido un gruñido de conformidad. Un momento después, cruzó el pasillo dando golpetazos, y cuando pasó por mi puerta, dijo:

—Eres un puto idiota, Adam. —Luego cerró su puerta de un portazo.

—¡No quiero más portazos en esta casa! —chilló mi madre.

—¡Putas! —le gritó Andy. Puso un cedé de *heavy metal* antes de que ella le devolviera el grito, y luego ya no pude escuchar nada más que guitarras berreando. Si mi madre hubiera podido andar, habría recorrido el pasillo en un segundo, dispuesta a partirle esa cara de gilipollas, pero ahora era incapaz de llegar a las puertas antes de que las cerráramos de un portazo, así que habría sido un esfuerzo inútil. Se crea una economía de movimientos cuando estás en una silla de ruedas. Tienes que escoger tus batallas.

A medianoche, Lucy empezó a recoger sus cosas para volver a casa con su marido, un hombre que llevaba una tienda de coches a las afueras del pueblo. Se llamaba Doug, pero todos le llamaban Mulo, no sé por qué. Cuando abrió la puerta para marcharse, dijo: «Lo siento, pero tengo que irme a casa con el niño. A Mulo le importa un pito que esté, pero sí le importa que no esté». Cuando cerró la puerta, solté el aire que había estado conteniendo. Ya podía respirar tranquilo ahora que ella había vuelto a la historia a la que pertenecía.

Después de eso, di vueltas y más vueltas, pero daba igual cómo me pusiera, no me podía dormir. Miré fijamente el techo, miré fijamente la almohada, miré fijamente ese espacio oscuro que había en mi cabeza donde normalmente veía los sueños. Pero nada de eso me ayudaba. El tictac del reloj de la mesita de noche iba marcando las horas.

Tenía calambres en los músculos como si hubiera corrido una larga carrera. Pero era mi interior lo que se estaba transformando, no mis músculos. Notaba que la sangre se reorganizaba, que mi ADN se reescribía, como cuando Peter Parker se convierte en Spiderman. No dejaba de pensar que sería alguien o algo completamente diferente por la mañana, pero no me podía imaginar quién o qué. Le susurré a la almohada: «Ya no eres la persona que creen que eres. Ya no eres la persona que tú crees que eres. Eres otra persona».

Cuando por fin todo el mundo se fue a dormir y se escucharon los ronquidos desde sus respectivas esquinas, salí de la cama y fui a la cocina. No había comido nada, así que registré el frigorífico hasta que encontré un poco de chile que había dejado mi madre. Lo calenté en el microondas, asegurándome de apagar el temporizador antes de que sonara. Me comí dos platos hondos, uno detrás del otro, luego saqué el helado del congelador.

Estaba echándome el helado en un cuenco cuando lo escuché toser —una vez, dos veces—, me giré y vi que estaba al otro lado de la encimera, donde solía ponerse mi madre para hacer cosas como cortar las verduras y quitarle la grasa al pollo. En mi lado de la encimera estaba la cocina; al otro lado estaba la sala de estar, con la mesa de caoba y el aparador que nos dejó mi abuela.

Jamie estaba de pie al lado de la mesa. Seguía desnudo, pero su piel no brillaba como cuando estaba al aire libre. Allí dentro parecía gris y sucia. Un moretón le cubría la mejilla izquierda y tenía huellas de dedos marcadas en el cuello. No sé

cómo no me había dado cuenta antes. Y también tenía el tajo cerca de la sien, negro y pegajoso por la sangre. Sentí un escalofrío, pero dije:

—Lo conseguiste. —Sonreí para que pareciera que no pasaba nada.

—Claro que lo conseguí —dijo. Y cuando rodeó la esquina, vi sus piernas y sus rodillas veteadas de barro, arañazos y sangre, como si lo hubieran arrastrado. Abrió los brazos mientras se acercaba a mí y por poco vuelvo a salir corriendo por puerta.

Pero no lo hice. Dejé que me rodeara con sus brazos. Apoyé la mejilla en su hombro y le dije a mi cuerpo que no temblara. *No pasa nada*, me dije. *No pasa nada*. Y al final me calmé.

—Pensaba que te había perdido —le dije hablándole al cuello.

—No puedes perderme —dijo—. No podrías perderme aunque quisieras.

Me aparté y él se subió las gafas rotas que se apoyaban en el caballete de la nariz. De repente parecía mayor. Un mechón de pelo le caía por encima del tajo y pensé que ni de lejos tenía aspecto de cándido. *Quizá sea porque por fin se ha quitado ese uniforme de boy scout*, pensé.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Bajé la mirada y dije:

—Es que estoy un poco preocupado.

—¿Por qué?

—No tiene nada que ver contigo —dije—, así que no sufras. —Esperé un poco antes de seguir hablando. Quería que me dijera algo que me hiciera sentir mejor, pero simplemente se quedó mirándome, con el gesto vacío, como una hoja en blanco. Fingí que me interesaban las vistas desde la ventana de la cocina. Afuera, había un pino en la parte de atrás y un campo cubierto de hierba con postes de valla encordados con alambre de púas para impedir que las vacas del vecino salieran del pasto. Cuando vio que llevaba un rato sin hablar, me cogió de la barbilla y me giró la cabeza, mirándome como si fuera algo que examinar.

—¿Te apetece echar una partida en el ordenador?

Se le iluminó la cara, como si se hubiera acordado de algo maravilloso. Pero al segundo, su sonrisa se desvaneció y dijo:

—Pero no sé cómo. En mi casa no tenemos ordenador. Mis padres no se lo pueden permitir. Así que solo conozco los programas que aprendemos en clase.

—No te preocupes —le dije—. Yo no tengo ni idea de esos programas de ordenador con los que me ayudas, pero te puedo enseñar a jugar al *Sin mañana*.

Así que nos fuimos a mi habitación, y allí le presenté los placeres de clavar estacas en el corazón de los vampiros durante sus buenas seis horas. Pero él llevaba razón. Era un jugador espantoso. No dejaba de darle al botón de saltar cuando quería esquivar algo, y le daba al botón de pelear con criaturas que eran demasiado poderosas para él cuando lo que tenía que hacer era que su personaje diera media vuelta y echara a correr. A pesar de todas sus meteduras de pata, no sé cómo consiguió pasar el primer nivel. Y con mi ayuda, el siguiente. Y cuando por fin

habíamos viajado a la tercera capa del infierno, la luz del amanecer ya empezaba a ribetear lentamente las cortinas de mi ventana.

Para entonces ya tenía los ojos secos e irritados, e incluso yo estaba cometiendo errores estúpidos: hacía que mi caballero se cayera en fosas, me metía en salas donde los demonios se unían en mi contra. Con errores como aquellos, no había la más mínima posibilidad de salir del infierno y ganar. Así que asumí la derrota y dije:

—Tengo que dormir un poco.

—¿Ya? —dijo Jamie.

Le dije que llevábamos toda la noche despiertos, luego apagué el ordenador y me tiré en la cama. Él se acercó y se puso a mi lado. No le dije nada al ver que se giraba para ponerse cómodo. Simplemente me quedé allí tumbado, sintiendo su espalda contra la mía, sintiendo las frías chispas de su piel contra la mía. Alguna vez me había preguntado cómo habría sido que se hubiera quedado a dormir en casa, como escuchaba que lo hacían otros chicos, pero nunca me había imaginado que fuera así.

Entonces empecé a hablar del juego, aunque no estuviéramos jugando. En aquel momento, hablar del juego parecía importantísimo. No quería pensar que su cuerpo, magullado y destrozado, estaba al lado del mío. Le expliqué el juego unas diez veces, y él seguía diciendo:

—Vale, ajá. —Y de vez en cuando me rozaba con la pierna y yo volvía a temblar.

—Estoy muy contento —me dijo en un momento dado, interrumpiendo mi charla sobre cómo luchar contra una horda de duendes—. Me sentía muy solo allí.

Esperé a ver si se explicaba mejor, pero al ver que no seguía, le solté lo que estaba deseando saber.

—¿Quién lo hizo? —le pregunté.

Se giró, y después me giré yo. Estaba seguro de que iba a confesar. Sin embargo, negó con la cabeza, parecía afectado.

—No me preguntes eso, Adam —dijo—. Si te caigo bien, aunque solo sea un poco, no vuelvas a preguntármelo.

—¿Por qué? —le pregunté.

Me dio la espalda y suspiró.

—Duele demasiado —dijo—. Recordar duele demasiado.

Cuando me llamó a la mañana siguiente, le dije a mi madre que estaba enfermo, y me dijo a través de la puerta que le enviaría un justificante al director con Andy. Pero solo me dejó dormir hasta primera hora de la tarde, hasta que volvió a llamar. *¡Toc, toc!*

—¿Adam? —llamó con tono preocupado. *¡Toc, toc!*—. Cariño, ¿por qué has cerrado con llave? ¿Estás bien?

—No va a salir, Linda —dijo Lucy desde la sala de estar—. Al menos por ahora. Vamos a ver alguna telenovela mientras sigue enfurruñado.

Antes de que mi madre se marchara en la silla de ruedas, dije:

—Te dejo aquí la comida, cariño. Por favor, come algo, hazlo por mí. —Luego escuché que se encendía la tele, una música trágica anunció el comienzo de la telenovela, y mi madre y Lucy empezaron a comentar sobre quién se acostaba con quién, quién estaba poseído por el diablo; cuanto más escuchaba, más veía que aquella cháchara se estaba convirtiendo en todo un mantra.

—Es un canalla.

—Tendría que darse cuenta de que su marido la está engañando.

—¿Quién iba a decir que era una princesa?

Y en seguida me volví a dormir.

Ya era de noche cuando volví a despertarme. En la sala de estar se escuchaba la musiquilla del canal del tiempo. Refunfuñé al escucharla, luego me di la vuelta y encontré un hueco vacío en la cama. Jamie se había ido, pero su huella embarrada seguía impresa en las sábanas.

Cuando me levanté, vi que alguien había registrado mi habitación de arriba abajo. Todos mis pantalones y mis camisetas estaban esparcidos por el suelo, las perchas también, pero la puerta del armario estaba cerrada. No entendía por qué Jamie habría hecho algo así, pero tenía que haber sido él.

Seguía cubierto de polvo de la noche anterior, así que abrí la puerta y entré corriendo al baño. Me metí en la ducha y observé cómo el barro giraba alrededor del desagüe hasta que solo quedó agua clara. Después me sequé y me enrollé una toalla en la cintura. Sacudiéndome el agua del pelo como un perro, abrí la puerta y me encontré con mi madre en el pasillo. Levantó la mirada y dijo:

—Jamás te vuelvas a atrever a cerrar con llave y no dejarme entrar.

Luego giró la silla de ruedas y se fue a la cocina, donde se escuchaba el tintineo de los tenedores de mi padre y de Andy contra los platos.

Volví a mi habitación, cerré otra vez con llave, me senté en la cama y abrí mi libro de Ciencias Sociales. Me puse a buscar el tema donde salía lo de los funerales mexicanos que Gracie mencionó, pero en el libro de aquel año no había continuación del curso anterior, así que en vez de funerales mexicanos, acabé leyendo sobre una tribu africana que hablaba con chasquidos. Pensé que seguramente los chasquidos eran mejor que las palabras. La verdad es que las palabras nunca funcionan, excepto para la persona que las dice. Los demás escuchan lo que quieren. Pensé que podría empezar a chasquearle a la gente en vez de hablarle. Sería igual que decir: «¿Qué tal? Yo bien. Mi madre se ha quedado paralítica y mi padre nunca habla. Mi hermano me odia y encima está esa mujer rara en mi casa que dejó paralítica a mi madre. Todo el mundo cree que es normal». Puedes pasarte el día diciendo a la gente ese tipo de gilipolleces y ellos simplemente se reirán y asentirán.

Después me quedé levantado jugando al *Sin mañana*, esperando a que Jamie volviera. Ya había pasado las cinco primeras capas de infierno a eso de la una de la madrugada y estaba guiando a mi caballero por un laberinto de oscuros pasillos en un castillo, cuando escuché algo que venía de detrás de la puerta del armario. Escuché

atentamente. Sonaba como si alguien estuviera llorando. No estaba seguro. Así que me levanté, me acerqué y abrí la puerta, y me lo encontré sentado allí dentro con las rodillas contra el pecho, rodeándolas con los brazos, llorando sin derramar lágrimas.

—¿Jamie? —dije.

Levantó la mirada, frunciendo el ceño.

—Lo intenté —dijo—, pero no puedo ponerme nada de esto. Es tuyo.

—¿Te está grande?

Negó con la cabeza.

—Ya se han utilizado —dijo—. No me lo puedo poner así.

No estaba seguro de lo que quería decir, pero le dije que podía ponerse mi jersey de los Indians de Cleveland que ya no me iba a poner más, y encontré unos pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte viejas que había llevado el año anterior. No se podía creer que le estuviera dando todo aquello.

—¿Estás seguro? —dijo, con las manos estiradas, moviendo los dedos.

—Claro que estoy seguro —dije.

Se lo puso todo en un momento, como si temiera que fuera a cambiar de opinión, y me senté en el ordenador para seguir jugando al *Sin mañana*. Él se quedó en medio de la habitación mirando la ropa que llevaba puesta, tocándola una y otra vez, comentando que llevábamos la misma talla.

—Quién iba a decir que usamos la misma talla —dijo—. ¿No es genial? —Era como si se alegrara de que realmente tuviéramos algo en común. Apoyó las manos en mis hombros y bajó la cabeza poniéndola junto a la mía, para tener la misma perspectiva del ordenador que yo. Me rozó la mejilla con su mejilla magullada, pero no temblé ni un poquito.

Le ordené a mi caballero que abriera una puerta y tres esqueletos guerreros listos para una emboscada vinieron hacia mí con las espadas en alto. Hice clic en el botón de ataque y mi caballero cogió su espada de la Llama de la Verdad y los mató, uno detrás de otro.

—Parece guay —dijo Jamie—. ¿Cómo se llama?

—*Sin mañana* —contesté.

No mencioné que era el mismo juego al que había jugado la noche anterior. En vez de eso, pausé el juego y le pregunté:

—¿Adónde has ido?

—¿Qué pasa?

Giré la silla para señalar la ropa del suelo.

—Cuando me he despertado, mi habitación estaba hecha un desastre y tú te habías ido. Solo quiero saber lo que ha pasado.

—Frío —dijo.

Simplemente eso. Frío. Estaba a punto de darle un guantazo por idiota cuando dijo:

—Estaba buscando una salida.

—¿Una salida? ¿Por eso destrozaste mi habitación?

—Fui sin querer. —Una sonrisilla estúpida se dibujó en una de sus comisuras.

—¿Te suena algo llamado «puerta»?

—No puedo pasar por esa —dijo.

—¡Ah! —dije—. Claro.

—En serio, Adam. Puedo pasar, pero no para llegar adonde iba.

—Así que, en su lugar, pasaste por el armario. —Me levanté del ordenador y me senté en la cama.

Él se acercó y se sentó a mi lado, apoyó la mano en mi pierna, intentado captar mi mirada.

—Oye —dijo—. Tenía que encontrar un espacio muerto. Esa es la verdad.

—¿Espacio muerto? —le pregunté. No giré la cabeza, pero moví los ojos para echar un vistazo a su cara.

Jamie señaló con la cabeza la puerta que daba al pasillo.

—Esa puerta lleva a algún sitio —explicó. Luego señaló el armario—. Esa no. Espacio muerto. Una puerta que no lleva a ningún sitio. A no ser que sepas cómo crear una salida de la nada.

—Esa lleva a mi armario —le indiqué—, donde suele estar colgada mi ropa.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo.

—No —contesté—. La verdad es que no.

Puso los ojos enrojecidos en blanco y dijo:

—Si no me crees, te lo enseñaré. —Me agarró de la mano y tiró de mí hacia el armario—. No te sueltes —dijo—. Y hagas lo que hagas, no mires atrás.

Yo asentí, me metió en el armario y cerró la puerta.

—No hables —susurró—. Te pueden oír, y todavía no estás preparado para estar aquí. Eso podría enfadarlos, así que no digas nada.

—¿A quiénes?

—A los hombres sin piel —dijo Jamie.

Mientras dábamos unos pasos hacia el fondo del armario, estiré el brazo para agarrarme a algo, pasando los dedos por la pared mientras andábamos. Pero a los cinco pasos, la pared desapareció y, de pronto, lo que estaba tocando era aire húmedo y espacio vacío y no estaba dentro del armario ni de lejos.

Escuché murmullos de voces a mi alrededor, pero no podía ver nada. Algo húmedo me rozó el brazo y me aparté, pero Jamie me sujetó con fuerza. Algo crujía bajo mis pies, algo como ramitas que se quiebran, algo como hojas marchitas. Se escuchaba un borboteo de agua cerca y me pregunté si estaríamos en un bosque. A lo lejos, los lobos aullaban.

Al cabo de unos minutos, Jamie se paró y choqué contra su espalda. Un chasquido, luego bisagras chirriando. Apareció un cuadrado de luz, que me cegó, y cuando recuperé la visión, vi que estábamos en otro armario, mirando una habitación amarilla surcada de estanterías con piedras.

—Es la habitación de Gracie —dije.

Jamie asintió.

—¿Cómo hemos llegado aquí?

—El espacio muerto no es lo que parece —dijo—. Simplemente tienes que saber cómo utilizarlo.

Le solté la mano y salí por el umbral. Miré fijamente la cama de Gracie, el edredón blanco y las almohadas mullidas. Me acordé de ella encima de mí, balanceándose una y otra vez. Me acordé de ella yendo hacia la ventana y mirando el arce que había delante de la casa. Ahí era donde todo el mundo decía que Jamie paseaba en círculos, rodeando una y otra vez el árbol, mirando la cara de Gracie en la ventana, esperando que lo dejara entrar.

Me acerqué a la ventana y miré afuera. Pero allí no había ningún fantasma. Estaba conmigo. Me acerqué tranquilamente a las estanterías de piedras, cogí el cuarzo rosa con forma de corazón que me había enseñado y me lo metí al bolsillo. Quería tener algo de ella, algo que me recordara que había sido real, aunque me hubiera echado a patadas.

—No deberíamos quedarnos aquí —dijo Jamie.

—¿Dónde está la gente?

—En el piso de abajo —contestó, echando un vistazo a toda la habitación, de la puerta a la ventana y luego al armario—. Vamos —dijo poniéndose bien las gafas rotas—. Si nos pilla aquí, nos matará.

Me agarró de la mano y volvimos a meternos en el armario. Jamie cerró la puerta y la oscuridad volvió a rodearnos. Anduvimos por el mismo lugar por donde solo podía ver sombras que pasaban, por donde solo podía escuchar suaves murmullos y crujidos, el movimiento del agua y los aullidos de los lobos. Anduvimos por el espacio por donde solo podía sentir un viento gélido soplándome en la cara. Luego Jamie abrió la puerta de mi armario y ya estábamos de vuelta en mi habitación con mi ropa por todo el suelo. Había un par de zapatillas de deporte en el borde de la cama. Tenía que empezar a correr antes de que fuera demasiado tarde, pero no sabía hacia dónde debía correr.

Así que decidí buscar una señal. Eso es lo que haría mi abuela. Ella siempre decía que antes de hacer cualquier cosa, había que tenerlo todo bien atado. Tenía las zapatillas de deporte y el cuerpo que me llevarían adonde fuera que me marchase. Solo necesitaba saber adónde correr. Decidí que cogería una brújula. Algo de ropa y comida. Quizá un cuchillo. Los cuchillos son útiles. Cogí un cuaderno de la mochila y empecé a hacer una lista. Jamie estaba tumbado en la cama y observaba como me paseaba por la habitación, haciendo planes. Un mapa. Una linterna también sería de ayuda. Y me di cuenta de que tenía algo más para llevarme. Dentro del bolsillo delantero, tenía el corazoncito rosa de Gracie Highsmith.

Al día siguiente, tampoco fui a clase, y como parecía que a mi madre y a mi padre les daba igual, decidí que seguiría sin ir. Me quedé en mi habitación jugando al *Sin mañana* con Jamie. Dejamos la ropa tirada por el suelo. Normalmente, él salía mientras yo dormía. Me preguntaba adónde iría, a qué sitios podía ir una persona muerta. Aunque después de su reacción cuando le pregunté por su asesinato, pensé que lo mejor era dejar las cosas como estaban.

No quería molestar a mi madre ahora que estaba en una silla de ruedas y todo le estaba resultando muy duro, pero varios días después de que Jamie me llevara por el espacio muerto, me desperté y escuché que estaba en la cocina preparando el desayuno. Por primera vez en días tenía hambre y, como de todas formas ya lo estaba preparando, salí y le pregunté qué estaba haciendo.

—Huevos revueltos —dijo, sin apartar la mirada de la sartén—. ¿Quieres?

Asentí, y aunque no me estaba mirando, rodó hasta el frigorífico y sacó un cartón de huevos. —Solo quedan dos —dijo—. ¿Es bastante?

—Sobra —dije—. Gracias. —Levantó un poco la cara al escucharme decir algo agradable.

Andy apareció y se zampó los huevos en menos de un minuto.

—Me voy volando. Ya pasaré a verte por el manicomio, Adam —dijo, luego abrió la puerta lateral y se marchó riéndose.

Mi madre se acercó en la silla con un plato de huevos.

—¿Tostadas? —me preguntó.

Yo asentí. Se acercó a la encimera, abrió una bolsa de pan, y empezó a estirar el brazo para meter una rebanada en el tostador. Se estaba retorciendo para poder llegar, así que dije:

—Espera. Yo lo haré. —Puse los huevos en la mesa, cogí el pan y lo metí en el tostador.

Bajó la mirada y suspiró.

—Gracias, cielo.

Me apoyé en la encimera, esperando a que saliera la tostada mientras mi madre me miraba fijamente. Tenía el pelo enredado de dormir. Al final abrió la boca y dijo algo que debí haber visto venir, pero como siempre, fui la última persona en darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Tienes cita con el doctor Phelps —dijo. Esperó un momento y siguió—. Hoy. —Luego se alejó en la silla de ruedas, abrió el frigorífico y fingió que dentro había algo interesantísimo.

—No voy a ir —le dije.

La tostada saltó del tostador.

—Sí, sí que vas a ir.

—No, no voy a ir.

Giró la silla de ruedas y dijo:

—Soy tu madre, y si te digo que vas a ir a ver al doctor Phelps, es que vas a ir.

—Tú no puedes obligarme —le dije. Me la imaginé persiguiéndome por toda la casa en la silla, dándole a las ruedas. En la época en que le funcionaban las piernas, ya le ganaba. ¿Qué le hacía pensar que podría cogerme ahora que ni siquiera podía ponerse de pie?

—No —dijo—. Yo no puedo, llevas razón.

Me senté en la mesa para comer, sintiéndome un cabrón.

—Tu padre nos llevará a la consulta —dijo un minuto después—. Estate listo a mediodía. Ya sabes que tu padre no espera a nadie.

No hacía falta que dijera ni una palabra más. Había jugado su última carta y me había ganado.

Me levanté de la mesa, sin terminarme el desayuno. Quería contarle a Jamie lo que había pasado, pero cuando llegué a mi habitación, la cama estaba vacía y la puerta del armario estaba cerrada. Se había vuelto a marchar. Otra vez estaba solo. De camino al manicomio, como había dicho mi hermano.

A la hora de la verdad, la visita al doctor Phelps no fue tan mal. Tenía la piel muy blanca con manchas marrones de la edad, me recordó a algunas de las piedras de Gracie. Estaba calvo, excepto por un círculo de pelo blanco grisáceo alrededor de la coronilla, parecía un nido de pájaro con un huevo grande en medio y con manchas marrones por el paso del tiempo. Cuando hablaba emitía un ruido sordo con la garganta, como si todo lo que dijera fuera a acabar en tos. Pero lo mejor del doctor Phelps era su completa ignorancia. Podía decirle cualquier cosa que él simplemente seguía.

—Bueno, cuéntame, Adam —me dijo, muy amablemente—. ¿Qué te hizo desnudarte y meterte en el lugar donde encontraron al hijo de los Marks?

—Tenía curiosidad —contesté—. Mi hermano no para de llevar gente allí. Él y sus amigos se montan orgías con sus novias. Pensé que si me escondía allí, podría ver algo de acción.

—¿Y la ropa?

—Ah, eso —dije. Hice un gesto como si apartara de un manotazo una pregunta tan tonta—. Ya sabe —dije—, me suelo masturbar desnudo. Solo quería estar preparado.

—Ya entiendo —dijo el doctor Phelps. Seguía asintiendo como siempre, pero me dio la impresión de que ya le estaba cogiendo el truco. Así que decidí soltarle algo que imaginé que le gustaría.

—Y también, bueno, puede que pensara en suicidarme y no quería que nadie me desnudara. Cuando mi abuela murió, mi madre tuvo que desnudarla y volver a vestirla con ropa decente antes de que llegara el sepulturero. Pensé que quizás así se lo pondría más fácil. Si ya estaba desnudo, lo único que tendrían que hacer luego sería vestirme.

Se le iluminaron los ojos al escucharme. Como a una señora mayor en el bingo, con todos los músculos de la cara en tensión.

—¿Y qué sentiste cuando murió tu abuela? —me preguntó, nervioso—. ¿Aquello también te afectó?

—Ah, sí —contesté—. La verdad es que me jodió bastante. Era la mejor amiga que tenía en el mundo.

Sonrió. Parpadeó y asintió. En aquel momento intuí que aquello era justo lo que quería y que a partir de ahí sería así. El doctor Phelps y yo malgastaríamos el dinero de mis padres durante el tiempo que ellos quisieran alargar aquello, mientras yo le entretenía con las peores situaciones que pudiera imaginar.

Mis padres entraron cuando ya habíamos acabado, y mi madre le preguntó si no sería mejor que yo esperara fuera.

—De ningún modo —dijo el doctor Phelps—. Nada de lo que hablemos aquí se le debería ocultar a Adam. Sin secretos, esa es mi política. —Pensé que, al fin y al cabo, quizá el tontito no fuera tan malo.

Les dije a mis padres que lo que me hacía falta era tiempo.

—Adam ha sufrido un golpe muy duro. Hay chicos que superan la muerte con más rapidez que otros. —Esa fue su explicación—. Lo que necesita es pasar algún tiempo en casa con la familia. Y también tres sesiones a la semana, aquí en mi consultorio.

Mi padre pensó que no nos podíamos permitir las sesiones, pero que dos semanas sin ir al instituto estaría bien. Mi madre dijo:

—Dos sesiones a la semana. —Y asunto zanjado.

Cuando salíamos del consultorio, el doctor Phelps me cogió del hombro y me dijo:

—La muerte es complicada, Adam. Pero todos nos enfrentamos a ella. No te preocupes. Todo irá bien.

A ver, tonto del culo, pensé, ¿te crees que estás hablando con un idiota? Pues claro que todos nos enfrentamos a ella. Seguramente yo me había enfrentado a ella más que él en toda su vida. Me «metí» en ella. Justo donde lo habían enterrado, por el amor de Dios. ¿Se puede estar más cerca para enfrentarte a ella?

Pero yo sabía que lo decía con buena intención. Igual que todos. Todos los que se hacen llamar maduros, personas mayores, público adulto. Todos tenían buenas intenciones, aunque te hicieran sentir como si no supieras nada por el simple hecho de ser un crío.

Así que hice lo aconsejado y pasé más tiempo con mi familia, intentando hacer que todo pareciera normal. Me sentaba con ellos en la sala de estar y miraba *realities* estúpidos en la televisión, que la verdad es que no tenían nada de real. Como ese programa donde sueltan a la gente en una isla desierta y tienen que comer gusanos y pescar solo con las manos. A mi padre le encantaba ese programa, casi tanto como el

canal del tiempo. Le gustaba el participante ese que pertenecía al cuerpo de operaciones especiales de la Marina, que en un programa se pintó la cara de camuflaje para ir de caza. Incluso fabricó una lanza. No sé cómo, pero encontró un jabalí, aunque en los programas anteriores daba la impresión de que no existía ningún tipo de vida en la isla. La cosa fue que se escuchó un bufido y la cámara tomó una vista panorámica del jabalí, que en realidad era un cerdito que seguramente habían llevado de América, y el soldado le clavó la lanza al lechón y se pavoneó como si fuera alguien importante. Mi padre pensaba que aquello era lo mejor del mundo. Estoy seguro de que se estaba imaginando a él mismo en la isla, lo que haría para sobrevivir, con quién se aliaría, a quién intentaría echar de la isla. Él también sería un asesino de cerdos. Veía cómo se lo imaginaba una y otra vez. En su mente, se estaba llevando a cabo la matanza del cerdo.

Pero de repente, soltó:

—¿Qué coño miras? —dijo—. ¿Tienes algún problema o qué?

Me di cuenta de que lo había estado mirando fijamente a él en vez de a la televisión, como se suponía que tenía que hacer. Mi miró durante unos segundos, y cuanto más me miraba, más se le separaban los ojos: lo contrario de cruzarse. Uno se iba hacia la izquierda y el otro hacia la derecha. Y mi padre ahí sentado, sin decir nada, mientras sus ojos se iban apartando. Al final sacudió la cabeza y los ojos volvieron a su sitio. Luego bajó de golpe el reposapiés del sillón y lo movió hacia la izquierda, mascullando algo en voz baja.

Pensé en contarle aquello al doctor Phelps, pero al final no necesité sus respuestas. Simplemente recordé algo que siempre decía mi abuela. Decía que si una persona no puede mirarte a los ojos, o bien te está mintiendo, o bien es incapaz de ver la persona que realmente eres.

—No hagas amistad con ese tipo de gente —me decía—. Te harán daño, o no te entenderán, o las dos cosas.

Andy llegaba todos los días a casa contando lo que la gente iba diciendo de mí en el instituto, pero casi siempre fingía que no lo escuchaba. Sin embargo, una noche, unos días antes de que tuviera que volver a clase, empezó a hablar sin parar.

Yo estaba en la cocina con mi madre y con Lucy, en mi papel de chico normal, evitando a mi padre para que él no tuviera que evitarme a mí, cuando Andy dijo:

—Tío, Adam, ¿tú te crees eso de que Gracie Highsmith es algo fuera de lo normal? ¡Ja, ja, ja! —Movié la cabeza con esa estúpida sonrisilla.

Mi madre le mandó callar desde la silla de ruedas. Lucy frunció el ceño y dijo:

—Andrew, no le hables así a tu hermano. No está bien.

—¡Ja, ja, ja! —siguió Andy, y se marchó de la sala de estar antes de que la paralizadora pudiera reñirle más.

—Menudo gilipollas —dijo Lucy cuando se marchó. Esperé a que mi madre dijera algo, pero no lo hizo.

Así que le dije:

—Eh, no puedes hablar así de mi hermano. Andy es un gilipollas, está claro, pero tú no eres quién para decirlo.

—¡Adam! —me riñó mi madre—. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¡Ya la has oído! —dije—. Eso, déjala que diga lo que quiera.

—¡Te estaba defendiendo!

—¡Le ha llamado gilipollas! ¡Eso es pasarse de la raya! Tú puedes llamar a Andy gilipollas. Papá puede llamar a Andy gilipollas. Yo puedo llamar a Andy gilipollas. Pero Lucy no debería tener ese derecho en absoluto.

—¿Me has llamado gilipollas? —preguntó Andy, que volvía a la sala de estar—. Vaya, eso no mola nada, Lucy. Pensaba que eras legal.

—Te aseguro que no te he llamado gilipollas —respondió Lucy. Se llevó la mano al pecho, las pulseras tintinearón. Se giró hacia mí—. Adam, no tengo ni idea de qué va todo esto. Entiendo que no te caiga bien por razones por las que tu madre ya me ha perdonado, pero por favor, respeta nuestra amistad y no te inventes cosas así sobre mí. ¡Yo nunca, nunca, ni en un millón de años, diría algo así!

Estaba a punto de llamarla mentirosa cuando me di cuenta de que Lucy estaba diciendo la verdad. No sabía de dónde venía lo que escuché. Oí que la voz de Lucy decía: «Cabrón. Cabroncete». Pero su boca no se había movido, ni un poquito. Sus labios rojos seguían firmemente apoyados el uno contra el otro. Pero sus orificios nasales estaban ensanchados.

Ahí fue cuando la vi por primera vez. Justo detrás de ella: su sombra lanzada contra la pared.

—¿Por qué no me dejas vivir en paz, cabroncete? —dijo la sombra de Lucy. Vi cómo se le movía la boca. Levantó una mano para echarse el pelo detrás del hombro, pero Lucy no se movió ni un milímetro.

—Lo siento —dije—. Pensé que... seguramente escuché mal.

—Bueno —contestó ella—. Gracias. Me disgusta mucho que pienses que yo diría algo así. Vosotros sois como mi familia. Os quiero a todos. —Agarró el bolso y sacó el paquete de tabaco. Le temblaban las manos, y le costó varios intentos que saliera la llama del mechero—. Creo que tengo que recargarlo —murmuró, sin levantar la vista.

Ya me estaba marchando de la habitación cuando su sombra volvió a hablar.

—Así me gusta —dijo—. Circula, chaval. Saca tu culo de aquí antes de que te lo saque yo de una patada.

Me giré al doblar la esquina y vi que Lucy estaba exhalando una nube de humo.

Jamie estaba jugando al solitario en el ordenador de mi habitación. La cama volvía a estar sin hacer y mi ropa seguía esparcida por el suelo, y aunque pensaba que me parecía bien, la verdad es que no. Solo podía aguantar su desorden cuando estaba bien con mi familia.

—¿Qué haces? —le pregunté—. ¿Por qué no recoges?

Jamie no me miró. Siguió haciendo clic con el ratón, dándole la vuelta a las cartas, colocándolas en sus montones.

—¡He conseguido la mejor puntuación! —dijo. Se dibujó una sonrisilla en una de sus mejillas. Nunca sonreía del todo, solo por un lado. Una especie de felicidad torcida.

—¡Eh! —grité—. Te he preguntado que por qué no recoges tu porquería.

Levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

—La sombra de Lucy me está amenazando, mis padres me están llevando al puto doctor Phelps ese y lo único que te preocupa es la puñetera mejor puntuación del solitario. —Empecé a recoger la ropa y a meterla en el armario—. Solo te pido que no esparzas mierda por ahí para que yo tenga que limpiarla. Y si vas a dormir en mi cama, hazla cuando te levantes.

—Yo no duermo —dijo Jamie. Su sonrisa desapareció al apartar la mano del ratón.

—¿Y entonces qué haces? ¿Por qué te acuestas si no puedes dormir? ¡No tiene sentido!

Apartó la mirada y yo me sentí del siguiente tamaño: pon el pulgar y el índice casi juntos, que solo quede un espacio muy fino entre los dos. Pues así, de ese tamaño me sentí.

Era obvio, aunque yo no quisiera admitir ese tipo de cosas sobre él, pero en ese momento se descubrió todo: Jamie no dormía. Tampoco comía. No tenía que ir al baño. No tenía que respirar.

—Tampoco puedo oler nada y a veces me entra tanto frío que tengo que consumir recuerdos para volver a entrar en calor.

—¿Consumir recuerdos? —dije, y él asintió, mirándose las rodillas—. ¿Qué significa eso?

Se tumbó en la cama y empezó a sacudirse y a dar vueltas, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cara en tensión como si le doliera algo.

—Sí —dijo—. Te quiero —soltó después—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —Y siguió—. Nada, nada, déjalo.

Olía como a pelo quemado. No vi humo por ningún sitio, pero aquel aroma invadió la habitación. Tenía el gesto retorcido, se le marcaban los músculos bajo la piel, se apretó los hombros con las manos, y entonces... ¡pum!, se acabó. El olor a pelo quemado desapareció de la habitación, se fue en un segundo, y el tajo que tenía cerca de la sien empezó a cambiar. Se le suavizó el gesto, se le sonrosó la piel por el calor. Fue como si de repente estuviera vivo, lo cual me hizo pensar que quizá no tenía por qué estar muerto, que quizá podíamos encontrar un modo de hacerle vivir de nuevo.

—¿Qué recuerdo has consumido? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No lo sé. Ya no está. No podría recordarlo aunque quisiera.

Después lloró, en voz baja, sin lágrimas, y empezó a temblar.

—No me queda nada —dijo—. Todo está desapareciendo. Está todo perdido.

Me acerqué a él y lo rodeé con mis brazos, lo abracé hasta que dejó de temblar, como me obligué a hacer aquella primera noche. Pero ahora ya no sentía escalofríos al tocarlo. Pensé que si le abrazaba el tiempo suficiente, dejaría de sentir aquel dolor. Pero igual que Gracie en su tumba, siguió llorando.

Llevaba razón. No le quedaba nada. Nada de nada. Además, casi nadie podía verlo y con el tiempo, que nadie pueda verte hace que te sientas bastante mal. Hasta el momento, Gracie y yo éramos los únicos que lo habíamos visto, los únicos que habíamos hablado con él, y ahora Gracie se estaba comportando de un modo muy raro.

En vida, todos los del instituto lo habían tratado como a un pardillo. Era bueno en informática y no llevaba ropa normal. Todo el mundo sabía que los Marks no tenían mucho dinero, pero por lo menos podrían haber intentado conseguirle ropa que le hubiera ayudado a encajar mejor. Pero en vez de eso, llevaba zapatillas de tenis con la lengüeta colgando, camisetas de una talla más pequeña. Y el uniforme de *boy scout* no ayudaba para nada. Y fue entonces cuando caí en la cuenta, en una milésima de segundo me sentí como un estúpido. Aquel uniforme de *boy scout*... no era algo que él quisiera. Simplemente era un conjunto más y todo el mundo se había reído de él por llevarlo.

—Lo siento —le dije. Y justo entonces, justo allí, en mitad del desorden de mi habitación que él había desordenado, recordé lo que Gracie había dicho aquel día en su cuarto: «Tendrían que haberlo querido, ya sabes. Nunca tuvo algo así». Llevaba razón.

—No pasa nada, Adam —dijo. Me abrazó, apoyando la mejilla en mi hombro, dejando caer todo el peso en mis brazos. Pude sentir el frío de su respiración —su respiración inútil— en el cuello, el calor del recuerdo consumido ya estaba abandonando su cuerpo. Le di unas palmaditas en la espalda y le volví a decir que lo sentía.

—Olvídalo —me dijo.

Lo intenté. Intenté consumir aquel recuerdo para no sentir remordimientos. Pero yo no estaba muerto todavía, solo estaba de camino a morir, y es más difícil consumir recuerdos cuando todavía te queda vida. Cuando estás vivo, tienes que aprender a vivir con cosas como el remordimiento.

Los pormenores de la muerte

Gracie Highsmith no dejaba de llamar. Una, dos, hasta tres veces. Cada vez que llamaba le decía a mi madre que le dijera que estaba durmiendo. A mi madre no le hacía mucha gracia.

—Creo que deberías hablar con ella —me decía—. Parece buena chica.

—Oye —le contestaba—, ¿no te acuerdas de cuando llamaba Lucy?

Mi madre asentía y volvía a coger el teléfono.

—Lo siento, guapa —decía—. Está durmiendo. Le diré que has llamado.

Pensaba que ya había dejado de atosigarme, pero entonces, un par de noches antes de que tuviera que volver al instituto, estaba conectado y de repente salta un mensaje de la ventanita esa, de alguien que se hacía llamar «ÍgneaenOhio». Lo abro y me encuentro el siguiente mensaje: «Por qué no m devuelves las llamadas?».

Así que yo escribo: «¿Xq t preocupa?».

Y ella contesta: «¡Venga! ¡Ya sabes xq!».

«No, no sé xq. Creo q tendrías q dejar 1 pokito + claras tus intenciones».

Ella envía un icono con la cara enfadada.

Yo le envío uno sacando la lengua.

«Vale, tú sigue así», escribe. Y entonces ÍgneaenOhio se va, desaparece, así sin más.

A tomar viento. Seguía furioso con ella por haberme echado de su casa.

Pero entonces ocurrió algo inesperado. La noche antes de que tuviera que volver al instituto, de repente me entraron ganas de hablar con ella. Quería una amiga. Pensé en llamarla y decirle: «Eh, ¿qué pasa? ¿Qué tal tus piedras?», como si no hubiera pasado nada. Como si ella no hubiera faltado a clase durante semanas porque había encontrado un cadáver y yo no hubiera faltado a clase durante semanas porque había encontrado al mismo fantasma que ella, o como si no hubiéramos tenido aquella especie de sexo o no le hubiera robado su corazón rosa, aunque no se hubiera dado cuenta.

Pero no pude. Me quedé mirando fijamente el teléfono, levanté el auricular con un gesto decidido, marqué cada número como si fuera la decisión más importante del mundo y entonces —antes de que sonara el primer tono— colgué. Me dije a mí mismo que daba igual, que de todas formas ya era demasiado tarde para llamar. Y además, a saber lo que estaba pensando en realidad. Tanto llamar... a lo mejor era para gritarme en vez de para hacer las paces.

Ya había visto algo así en mis padres. Después de que Lucy dejara parálitica a mi madre, no se habían peleado mucho, pero de vez en cuando se avivaba la vieja chispa y mi padre decía algo totalmente estúpido. A principios de aquella semana había ocurrido cuando llegaron a casa después de la consulta con el médico de mi madre. El

médico intentó convencerla de que siguiera yendo a fisioterapia, pero mi madre le dijo que ella estaba bien, que todo iba bien, que el mundo era un lugar maravilloso. Había ido a fisioterapia de vez en cuando, casi siempre por insistencia de mi padre, pero ya no quería seguir manteniendo la esperanza.

—El daño ya está hecho —le repitió al médico, y una vez más mi padre hizo una mueca, sintiéndose culpable.

Cuando llegaron a casa, mi padre estaba disgustado con ella por no seguir intentándolo, y le dijo:

—Entonces muérete de una puta vez, Linda.

—Ah, claro —contestó mi madre—. Eso es lo te gustaría, ¿verdad? ¿Verdad? Pues espera, John McCormick. ¡Porque a lo mejor sí que voy a fisioterapia! Y puede que algún día vuelva a andar y cuando lo haga, ¡te patearé ese asqueroso culo!

Estuvieron cada uno por su lado durante un par de horas. Luego mi madre vino al garaje, donde estábamos trabajando en la furgoneta. Andy le pasaba a mi padre las llaves inglesas y los trapos como si fuera un auxiliar de quirófano, mientras yo estaba sentado en el asiento del conductor con la mano en el contacto, listo para girar la llave cuando mi padre me indicara con un gesto que lo encendiera. La puerta de la cocina se abrió de golpe y apareció mi madre sentada en la silla de ruedas, con un botellín de cerveza en la mano, con gesto triste y compasivo.

—Eh —dijo—. Oye, John. —Mi padre levantó la mirada del motor. Seguramente pensó que iba a disculparse, pero lo que recibió fue—: ¡Hijo de puta! —Le lanzó el botellín de cerveza como si fuera un hacha. Casi le da a mi padre en la cabeza, pero él levantó el brazo y le rebotó en el codo. La espuma salió disparada de la botella y se esparció por todo el suelo del garaje.

»¿Cómo te atreves a hablarme así? —gritó mi madre.

Se gritaron el uno al otro hasta que mi madre se quedó sin voz, lo que significaba que mi padre había ganado. Después mi madre rodó hacia atrás, hizo una pirueta para dar la vuelta y volvió a su habitación llorando. Un minuto después, mi padre fue dando tumbos hacia la puerta, apretando el botellín que le había lanzado mi madre.

Antes de salir, se paró en la puerta y nos miró. Centró su atención en Andy.

—Chicos, recordad esto. Recordad lo que vuestro padre os va a decir en este preciso instante. No os caséis —dijo—. No os caséis nunca.

Nosotros ya habíamos oído aquella lección de vida antes. Simplemente asentimos. Luego mi padre se fue a su habitación, para seguir peleándose o para hacer las paces.

Pensé que sería inútil hablar con Gracie si su única intención era comportarse como mis padres: gritar y decirse el uno al otro que no valían un duro.

Así que en vez de llamarla, me fui a la cama. Pero tampoco me podía dormir. Le di la vuelta a la almohada, el lado caliente por el lado frío; intenté dejar la mente en blanco; incluso probé esa estupidez de contar ovejas. Pero nada de lo que intentaba me ayudaba.

Ya eran las cuatro de la mañana cuando se me empezaron a cerrar los ojos y entonces empecé a alejarme, cada vez más, corriendo en dirección a la oscuridad. Y entonces, de pronto, vi un punto de luz a lo lejos. Una voz que me resultaba familiar me llamaba para que me acercara. Así que fui hacia allí, hacia la luz.

Conforme me acercaba, la oscuridad se fue disipando, y de pronto me di cuenta de que estaba fuera de la casa, corriendo por el camino de tierra de atrás hacia la autopista 88. Alguien corría a mi lado. Eché un vistazo y vi que era mi abuela, levantando las rodillas bajo el camión floreado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Me echó un vistazo y sonrió, moviendo los brazos como pistones.

—Cielo —dijo—. Estoy aquí para decirte una cosa, y es que no te pares y que no mires atrás.

—Pero no sé adónde voy.

—Tienes que trazar un plan —afirmó.

—Lo he intentado, pero no se me ocurre nada. Aunque he hecho una lista. Me voy a llevar un cuchillo.

Jadeó un poco antes de seguir hablando.

—Lo primero: corre en la dirección correcta o te perderás. Lo segundo: deshazte del fantasma.

—Me necesita —le contesté en seguida.

—No —gruñó, negando con la cabeza—. Lo único que necesita es sentar el culo donde tiene que estar.

—No lo entiendes —le dije—. Lo que le pasó no es justo.

—No, ya lo sé. Pero es uno de los pormenores de la vida.

—¿El qué?

—La muerte —dijo, y en cuanto la palabra salió de su boca, empezó a quedarse rezagada. Ni siquiera me planteé reducir la marcha. No paré, seguí poniendo un pie delante del otro. Antes de que se quedara demasiado atrás, gritó:

—Si sigues así, muchacho, aprenderás esos pormenores a las malas. Estarás de camino a morir en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Te quiero, abuela! —grité. Le lancé un beso por encima del hombro, luego volví a girarme hacia el oscuro camino que tenía delante.

El camino que tenía ante mí parecía infinito, una franja gris de pavimento tirada en medio de la oscuridad. Siguiendo la línea central como una cuerda floja, corrí toda la noche, observando como mis pies engullían los kilómetros, uno detrás de otro. Corrí hasta que empezaron a dolerme las piernas y a darme calambres en el costado. Pero incluso entonces, seguí corriendo. Cuando me desperté, estaba más cansado que antes de haberme dormido. Y desconcertado. «Corre», me había dicho mi abuela, «y no mires atrás. Ve en la dirección correcta». Pero fuera cual fuera la dirección correcta, no la encontraría hasta el día siguiente, hasta la mañana en que tuve que volver al instituto.

—¡Arriba, Adam! Arréglate. Tu hermano ya está fuera calentando el coche.

Parpadeé y me encontré a mi madre sentada en la puerta de mi habitación. Cuando vio que ya abría los ojos, dio marcha atrás y media vuelta. Una de la ruedas chirrió, luego rodó por el pasillo y se metió en la cocina. Me pareció oler a salchichas, a algo grasiento, seguro, pero eso era lo único que podía asegurar.

Salí de la cama y mis pies chocaron contra la madera noble del suelo. Lo de los suelos está bien, sobre todo cuando entra la luz del amanecer y le da a la madera un tono pastel, pero echaba de menos la moqueta que teníamos antes del accidente. Lo suave que era, y apoyar los pies por la mañana sin que crujiera el suelo.

Ropa. Nada especial. Me puse unos pantalones vaqueros, una camiseta, una camisa de franela sin abrochar, calcetines y zapatos. Lograr que todo aquello tomara forma requirió casi toda mi atención. No sé por qué, pero era como si el mecanismo de la cremallera fuera algo totalmente desconocido para mí y los cordones me resultaban tan complicados como una ecuación matemática.

Cuando por fin conseguí que todo estuviera con la cremallera subida, abotonado y atado, fui a la cocina con mi madre. Estaba hablando por teléfono con mi tía Beth, que vivía en California, donde era bastante temprano. Mi madre estaba asintiendo y diciendo:

—Ya, ya. ¡Ya lo sé, Beth, ya lo sé! No sé qué mosca le ha picado.

Puse los ojos en blanco. Mientras hablaban, iba dando vueltas sujetando el teléfono inalámbrico entre el hombro y la oreja, y me pasó un plato con tortitas y beicon. No eran salchichas, pero me había acercado.

Cuando colgó, dijo:

—Tu tía Beth me ha dicho que te diga que te quiere y que te verá en Navidad. Y que más te vale que hables con ella como solías hacer o te dará una paliza que no olvidarás en tu vida.

—Ya puestas, ¿por qué no hacéis un comunicado oficial?

—Tu tía te quiere. Es que está preocupada. Ya sabes que no tiene niños. Tu hermano y tú sois como sus hijos.

—Lo que tú digas.

Mi madre frunció el ceño.

—¿Por qué tienes que ser tan negativo?

—¿Por qué tienes que ser tú tan negativa?

—Yo no soy negativa —me contestó—. Tú eres el negativo.

—Entonces, ¿por qué no vas a fisioterapia? —le pregunté.

—¡No empieces como tu padre! —dijo. Alargó el brazo para apartar la sartén del fuego, la agarró del mango y la soltó en el fregadero, donde se hundió bajo el agua jabonosa.

—¿Dónde está Lucy? —le pregunté. Lucy era un tema de conversación seguro. No era muy normal que no estuviera en casa.

—Todavía está en su casa. Como estás tan empeñado en pelearte con ella, pensamos que lo mejor sería que viniera cuando ya te hubieras ido al instituto.

—Vaya par.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —mascullé. Me tragué un trozo de tortita.

—Si no quieres decir nada cuando hablas —dijo mi madre—, entonces no hables. Dejé el tenedor y me bebí de un trago lo que me quedaba de leche.

—Me voy de aquí —dije, y cogí la mochila.

—No te has terminado el desayuno.

—Ya he tenido bastante.

Ya había tenido bastante y eso que todavía no había llegado al instituto. Andy me estaba esperando en su coche, un viejo Malibu Classic de principios de los ochenta que había restaurado con mi padre. Hacían ese tipo de cosas juntos. El coche era como su hijo, de color negro azulado con una franja de un azul más claro que lo dividía. Molaba mucho desde un punto de vista retro. El interior olía a humo y a marihuana. Andy había clavado una bandera de la Confederación en el techo interior, aunque nosotros no éramos del sur. Mi hermano solo permitía que saliera de los altavoces un tipo de música: *heavy metal*. Aun así, era mejor que ir en autobús con todos los de secundaria que no hacían más que cotorrear cosas sin sentido.

Era como si lo viera a cámara lenta. Todos en silencio, el conductor mirándome mientras yo subía los escalones. Y después cómo volvía la conversación, zumbando por todo el autobús. Empezaría a escuchar los susurros desde mi asiento, al lado del conductor, que me estaría mirando por el retrovisor. «Chiflado», me dirían. «Desgraciado». «Chalado». Todas las palabras que suponía que me merecía revoloteando a mi alrededor, tropezando y posándose en mí como una plaga de moscas.

Ir con mi hermano era, sin lugar a dudas, la mejor opción.

Andy salió disparado de la entrada, lanzando gravilla al pisar el acelerador. Puso un cedé y bajó un poco la ventanilla. Del bolsillo delantero se sacó un paquete de Camel y un mechero plateado que le había regalado mi abuela. El mechero había pertenecido a mi abuelo durante la Segunda Guerra Mundial, o eso nos habían dicho. Andy se encendió un cigarrillo y tiró el humo con fuerza por la ventanilla. Ni me miró, simplemente subió la música lo suficiente como para que el coche vibrara.

Mi hermano no llevaba el mechero de mi abuelo por una cuestión sentimental. Lo había pedido porque tenía una calavera y unas tibias cruzadas en un lado y la inicial «F» en el otro. Mi abuelo se llamaba Francis. Andy pensó que era gracioso que la inicial de mi abuelo coincidiera con la de «flipado». A veces, sus amigos y él se fumaban un porro después de clase, y cuando le pedían a Andy el mechero, al que llamaban Francis *el Flipado*, él decía: «Toma, flipado». O decía: «¿Te refieres a Francis *el Flipado* o al flipado de tu padre?». Todos los amigos de Andy tenían

envidia de su mechero, porque le proporcionaba una fuente inacabable de chistes flipados. Menuda suerte.

A mí nunca me pareció gracioso. No podía evitar pensar en la verdadera Frances *la Flipada*, la chica que estaba enterrada en el viejo cementerio de la familia Wilkinson a las afueras del pueblo. Pero Andy nunca había sido muy bueno relacionando cosas. Nunca había visto señales, ni fantasmas, ni sombras. En realidad, era como si fuera ciego y sordo. Aunque por desgracia sí que podía hablar y vivir en la misma casa que yo.

Mientras íbamos hacia el instituto, observé por la ventanilla los campos que íbamos pasando, la tierra marrón emblanqueciendo, los rastrojos de tallos de maíz rotos y amarillos cubriendo el terreno. Los cuervos rebuscaban entre los restos de una siega de finales de octubre, levantando las cabezas para observarnos al pasar a toda velocidad. Empecé a contarlos como solíamos hacer mi abuela y yo cuando era pequeño. Hacía años, me había enseñado una rima que decía algo así:

Uno por la pena,
dos por el gozo,
tres por las mozas,
cuatro por los mozos,
cinco por la plata,
seis por el oro,
siete por un secreto
que jamás será contado.

Conté cuatro cuervos y me pregunté qué significaría el verso. Los mozos podía significar cualquier cosa, y seguro que mi abuela habría sacado alguna predicción de eso. Pero también podía no significar nada. Simplemente era una vieja rima.

Cuando llegamos al instituto, los autobuses ya estaban alineados en el aparcamiento. Los chavales salían de ellos en tropel y entraban en el instituto, iban charlando, con los libros apretados contra el pecho, o en las mochilas que llevaban colgadas a la espalda, o apoyados en la cadera a modo informal. Era fácil adivinar quiénes habían encontrado su grupo y quiénes no. La mayoría de los que todavía no lo habían encontrado iban a toda prisa con gesto de preocupación; los que caminaban tranquilamente por los pasillos era muy probable que ya hubieran encontrado una pandilla. O por lo menos eran buenos fingiendo que pareciera así.

Pongamos como ejemplo a Marty Chapman, delegado de mi clase de segundo año, capitán del equipo de béisbol, lanzador de disco, sobresaliente en todas las asignaturas, tranquilo paseante de pasillos. Era el chico que todo el mundo quería ser. Andaba por los pasillos con la cabeza alta, dispuesto a sonreírle a todo el mundo.

Siempre podías contar con Marty Chapman para un hola y un qué tal, así que cuando salí del coche de Andy, me dirigí hacia donde estaba. Necesitaba un hola y un

qué tal en ese preciso instante, aunque fuera de Marty, que prácticamente le decía hola a todo el mundo. Si Marty me saludaba, el resto del día iría bien. Hice la prueba, pero pasé por el pasillo totalmente desapercibido. Un fantasma.

Así que me acerqué directamente a él y le dije:

—Eh, Marty. ¿Qué tal va?

Y esta fue su respuesta: la boca de Marty se abrió, pero únicamente parpadeó muchas veces mientras retorció los labios. Pude ver claramente cómo se formaba la «o», la «o» de «hola» a punto de salir rodando del fondo de su garganta. Luego giró rápidamente la cabeza en dirección contraria y se fue a toda prisa.

Después de aquello, empezó a invadirme un poco el pánico.

En cuanto Marty se fue, el estómago me dio un vuelco. Noté cómo llegaba: ese ardor aumentado poco a poco en el centro del pecho, el mismo que sentía cuando era pequeño y me costaba respirar. Pulmones poco desarrollados, así lo llamaba mi madre. Su niño milagro. Qué gracia. Yo no era ningún milagro. Era un chalado que se había metido en el hoyo donde habían escondido a un chico asesinado. Una mirada de Marty Chapman me bastó para comprender cómo me iban a ir las cosas.

Pero respiré profundamente, como me había enseñado el médico. Pensé en aire y nieve, y en frío, y en lo fácil que es respirar en invierno, cuando echas vapor por la boca y puedes comprobar que no es simplemente un concepto, que tu vida está justo ahí, delante de ti, entrando y saliendo, vibrando como la lengua de una serpiente. Jamie todavía me necesitaba. No podía permitir que ni Marty Chapman ni nadie me afectaran. Y seguía necesitando hablar con Gracie, volver a tocarla, si me dejaba. Si no me tuviera miedo, la tocaría, o dejaría que ella me tocara (que es lo que en realidad pasó). Y entonces, al poco rato, empecé a recuperar la respiración.

Entré en el instituto, aunque sabía que la reacción de Marty era solo el principio. Y llevaba razón: todo el mundo se quedó mirándome. Las cabezas se giraron interrumpiendo cualquier conversación, surgieron de las profundidades de las taquillas. Me abrí paso por el pasillo y, mientras andaba, todo el mundo se apartaba.

Antes incluso de llegar a mi taquilla, escuché los insultos. Todas las palabras que había imaginado que susurrarían en el autobús me seguían por el pasillo. Ahí estaban. Pero no podían tocarme. Yo era hielo y roca. Prohibida la entrada. Miraba las palabras y las detenía al vuelo, apartándolas de su trayectoria antes de que pudieran entrar en mí.

Aguanté Química, Historia y Lengua Inglesa sin levantar la mirada del libro a no ser que fuera necesario, ni siquiera la levanté cuando la señora Motes me preguntó qué tipo de novela inventó Edgar Allan Poe. Yo sabía la respuesta y ella sabía que la sabía, y no se rindió ni siquiera después de que murmurara: «La novela policíaca». Continuó haciéndome preguntas, hasta que al final empecé a contestar:

—No lo sé. No lo sé. No lo sé.

—Claro que lo sabes, Adam —dijo—. Vamos. ¿Qué significa que la casa se caiga a pedazos al final de *La caída de la casa de Usher*?

—Que los cimientos eran poco estables —contesté.

—Estás pensando literalmente —dijo—. Ahora de verdad. ¿Por qué se cae a pedazos al final? ¿Qué está diciendo Poe?

—Poe está diciendo que todo tiene un final, es la cosa más lógica del mundo.

—Casi —dijo la señora Motes—. ¿Qué significa esto? —Se escucharon unos chasquidos en la pizarra, y luego como la tiza volvía a su cajón—. ¿Adam?

Levanté la mirada. Había escrito las palabras «*ad infinitum*» en la pizarra.

—No sé latín —le dije.

—Es una lástima que ya no se imparta, es una lengua importante —dijo la señora Motes.

Justo en ese momento, Elizabeth Moore, que se sentaba dos filas por delante de mí y tenía su comentario preparado como siempre, dijo:

—Bueno, creo que el latín es una lengua muerta, señora Motes.

—Ya lo sé, Elizabeth.

Y Elizabeth, con una sonrisa de satisfacción, dijo:

—Bueno, entonces ¿qué utilidad tiene saberla?

La clase se quedó en silencio. Fuera hacía sol y había árboles que observar. En uno de los viejos arcos había un cuervo, saltando de rama en rama. *Uno*, conté mentalmente. Uno por la pena.

—*Ejem* —dijo la señora Motes.

Me giré hacia ella.

La señora Motes se apartó un mechón descarriado de pelo entrecano de los ojos y dijo:

—Solo porque una lengua esté muerta no significa que no sea importante. Gran parte de la lengua inglesa, tu lengua, tiene raíces latinas. Poe solía utilizarla en sus escritos y le daba buen resultado. La lengua puede estar muerta, o mejor dicho, muriendo, pero su fantasma sigue rondando tu gramática y tu vocabulario.

Elizabeth Moore no dijo nada. Me giré para volver a mirar el cuervo y justo en ese momento salió volando envuelto en un zumbido de plumas. La señora Motes, suplicando de nuevo mi atención, dijo:

—*Ad infinitum* significa «hasta el infinito», Adam. —Un segundo después suspiró, frustrada o triste, o sintiéndose ambas cosas, y cuando me giré hacia ella, vi que también había estado mirando por la ventana.

A la hora de gimnasia, me fui directo al vestuario. Si jugabas en algún equipo del instituto, tenías una taquilla en el gimnasio para que no tuvieras que ir llevando y trayendo la ropa de casa tan a menudo. Todas mis camisetas y pantalones de deporte estaban allí, junto con un par extra de zapatillas. No me las había puesto en semanas.

Estaban al fondo de la taquilla, con las punteras tocándose. Me imaginé a un chaval invisible llevándolas en mi lugar.

Llevaba semanas sin ir al entrenamiento de *cross*. Con el tiempo, el entrenador había dejado de llamar para preguntar si todavía seguía en el equipo. Pero aunque ya no corriera para él, yo me seguía considerando un corredor. La única diferencia era que yo ya no corría por aquella pista de ceniza en la parte de atrás del instituto. Ahora estaba corriendo a mi ritmo, por una pista que nadie podía ver.

Sonó el segundo timbre y el resto de la clase entró en tropel, quitándose a toda prisa la ropa del instituto, poniéndose los pantalones de chándal en lugar de los vaqueros. Yo ya estaba casi preparado, sentado en uno de los bancos, atándome las zapatillas, esperando a que apareciera el entrenador para meterme a prisa, cuando escuché a Matt Hardin, el mejor jugador de baloncesto del instituto, decir mi nombre. No lo dijo como si me llamara para preguntarme algo; lo dijo lo bastante alto como para que lo escuchara hablar de mí desde el otro lado de las taquillas. No entendía lo que decía, pero me daba igual. *Hielo, roca, aire, respira*, me dije. Me recordé que no tenía que hacer caso de nada.

Y estaba ahí yo sentado, ignorando a Matt Hardin y atándome las zapatillas, cuando apareció por la esquina todavía en ropa interior, pasándose los dedos por las mechas rubias. Steve Carroll y Jesse Logan, sus lacayos, lo seguían, y cuando me rodearon, Matt dijo:

—Bueno, McCormick, ¿y a ti qué coño te pasa?

Yo no dije nada, simplemente tiré mi ropa dentro de la taquilla y cerré la puerta. *Hielo, roca, aire, respira*. Miré hacia la puerta del gimnasio. Un chaval la abrió para salir y dejó entrar el ruido de las pelotas de baloncesto botando y las zapatillas chirriando. Luego la puerta se cerró y nuestras voces volvieron a ser el único sonido en toda la habitación. Empecé a andar hacia la puerta.

Pero antes de que pudiera ir a ningún lado, la mano de Matt Hardin aterrizó en mi hombro.

—¡Eh! —dijo—. Ni se te ocurra volver a dar un puto paso cuando te esté hablando, maricón. ¿Qué coño pasa contigo? ¿Te pone hacerte pajas con los muertos? —Se rio, pero seguía cogiéndome.

Giré el cuello para poder mirarlo por encima del hombro. Noté que se me retorció la cara. Intenté no decir nada, pero me hervía la sangre; aquel ardor me bajaba por la columna vertebral, todo lo contrario a un escalofrío, y le solté con los dientes apretados:

—Que te den por el culo, salido. —Era un insulto que sabía que odiaba, y me soltó el hombro.

Me dio un empujón y dijo:

—A los mayores no se les contesta, capullo. —Aunque solo era un año mayor que yo.

Bajé la mirada y vi su sombra, que estaba entre los pies de Steve y Jesse, y me concentré en ella, buscando su voz, tratando de engatusarla para que hablara. Pero no habló. Solo escuchaba a la sombra de Lucy, pero estaba en un apuro, así que entrecerré los ojos y traté de mirar dentro de Matt en vez de simplemente escuchar. Su interior era oscuro y peludo, pero no había barreras, así que entré, buscando, escogiendo y descartando cosas hasta encontrar lo que necesitaba; y volví a levantar la mirada.

—¿Y a ti qué más te da cómo me la casco, Matt? —Ladeé la cabeza, arqueé las cejas—. ¿Qué? ¿Es que quieres mirarme?

Hasta ese momento, Hardin parecía muy seguro de sí mismo, pero cuando le solté lo que había encontrado en su sombra, abrió mucho los ojos y se puso rojo. Y entonces su puño subió por debajo de mi mandíbula, la cabeza se me fue hacia atrás y los dientes me castañearon. De repente me vi cegado por los cuadrados fluorescentes del techo que tenía justo arriba.

Se me echó encima en un segundo, pero lo aparté de un empujón hacia las taquillas, luego me incorporé antes de que pudiera reponerse y le agarré uno de los mechones con mechas. Una, dos, hasta tres veces. ¡*Pum, pum, pum!* Estampé su preciosa cara contra las taquillas, mientras Jesse Logan llamaba al entrenador y Steve Carroll decía: «¡Suéltalo de una puta vez, gilipollas!».

Alguien me agarró y me apartó, pero seguí mirando fijamente a Hardin, echando chispas por los ojos, respirando cada vez más fuerte. No se movía de donde lo había dejado desplomado en el suelo.

—¡McCormick! —gritó el entrenador. Me sacudí para que me soltara—. ¿Qué coño estás haciendo?

—¡Me ha pegado! —dije, y me limpié la sangre de los labios para mostrarle la prueba.

—Eso no es razón para que le estampes la cabeza contra las taquillas —gritó el entrenador—. Ahora calmaos de una puta vez y consideraos afortunados de que haya sido yo el que os haya pillado, gilipollas. De lo contrario, ¡los dos estaríais expulsados durante las dos próximas semanas!

Hardin se puso de pie y pasó por mi lado, sin dejar de mirarme a los ojos hasta que dio la vuelta a la esquina, de nuevo a su lado de las taquillas. Me dirigí hacia la puerta del gimnasio otra vez. Pero antes de que pudiera ir a ningún lado, una mano me agarró del hombro y me frenó.

—McCormick —dijo el entrenador—. A mi despacho. Ya.

Lo seguí hasta su despacho y me sentó en la silla al otro lado de su mesa. Me repantigué, como hacen esos acabados cuando se meten en líos y se quedan mirando fijamente el calendario de los concursos de atletismo que está colgado en la pared de detrás. Había faltado durante cuatro semanas, un mes lleno de «X» rojas, y me daba igual.

—¿Por qué has dejado de correr? —me preguntó el entrenador.

—Sigo corriendo —le contesté.

—Vale, ¿por qué ya no corres para mí?

—No corro para nadie —le dije—. Ya no.

—Es una pena, McCormick. Te necesito. El equipo no va muy bien. Sé que últimamente estás teniendo problemas, pero...

—No —dije antes de que pudiera acabar—. Por favor, no. Se lo agradezco, pero de verdad, no tiene ni idea.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Aparté la vista del calendario y lo miré a los ojos. Eran marrones y tenía arrugas en los rabillos. Se le estaban encaneciendo las sienes. Examiné su cara, pero no había nada que me dijera que él tenía respuestas.

—No lo entendería —le dije, y me levanté.

—Hoy practicaremos los bloqueos en fútbol americano —gritó el entrenador por detrás de mí—. Pero creo que será mejor que tú corras unas vueltas, McCormick. Creo que ya has tenido demasiado contacto por hoy.

Fue entonces, unos minutos después, mientras mis piernas me impulsaban por la pista de ceniza, mientras mis brazos bombeaban y mis puños se abrían y se cerraban, mientras inspiraba y espiraba, *hielo, roca, aire, hielo, roca, aire*, con la pista de ceniza grisácea ante mí, cuando por fin me di cuenta de cómo Hardin y todos los demás se habían enterado de que me había metido donde habían enterrado a Jamie.

¿Quién más sabía por qué no había ido al instituto aparte de mi hermano?

A la hora de la comida, me senté solo en una mesa en la esquina del fondo de la cafetería, sorbiendo una Coca-Cola y comiendo patatas de bolsa, intentando no pensar en lo mucho que me odiaba mi hermano. Pero no había nada que consiguiera distraer mi atención. Así que saqué un cuaderno de la mochila y me puse a morder un boli durante un rato. Luego mi cabeza empezó a llenarse de los primeros pensamientos claros que había tenido en semanas, y esto es lo que escribí:

Cosas que sé sobre los muertos y otros comentarios

1. Mi padre es un hombre incapaz de dirigirse a mí como si yo fuera una persona de verdad.
2. Al contrario de lo que la gente piensa, a las madres se les pueden pasar por alto fácilmente las primeras señales de advertencia con respecto a sus hijos.
3. Cuando estás muerto, no tienes que preocuparte por nada si no quieres.
4. La gente no es lo que parece, esté viva o muerta.
5. Los muertos desean poder ver, oír, oler y saborear con todas sus fuerzas.

6. Los muertos no son tan educados como los vivos. Te dejan la habitación hecha un desastre.
7. Cuando estás muerto, les puedes hacer lo que te dé la gana a los vivos sin preocuparte, porque ¿qué le pueden hacer ya los vivos a los muertos?
8. La amiga de mi madre, Lucy, es exactamente lo que parece, y lo he sabido desde el principio.
9. Los muertos son unos maleducados. Se pasan por tu casa sin avisar y no se disculpan.
10. Los muertos cogerán cualquier cosa que les des.
11. Los muertos cogerán cualquier cosa que quieran, aunque no les des permiso.
12. Cuando corres mucho, no te metes en líos porque estás todo el rato en movimiento. Y si eres lo bastante rápido, cuando la cagas, nadie te pillá.

Cuando sonó el timbre, fui a mi taquilla, saqué la chaqueta y me fui. Andy ya estaba fuera en el coche, con la música a tope. Me subí pero no nos miramos, como siempre. En lugar de eso, me concentré en respirar. *Hielo, roca, aire, respira*, me dije. *Hielo, roca, aire, respira*.

Lo siguiente que recuerdo es que estábamos llegando a la entrada de casa y cuando paró el coche, abrí la puerta, tiré mi mochila al suelo y corrí hacia él cuando estaba saliendo por su lado. Me lancé sobre él como si fuera un luchador y entonces nos enzarzamos en una maraña de piernas, labios sangrando, gritos que iban subiendo de tono.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Se lo has contado a todo el mundo! ¿Cómo has podido? ¡Soy tu hermano! ¡Te odio! ¡Te odio!

Luego mi madre gritando en la puerta principal.

—¡Parad! ¡Dejad de pelearos ahora mismo!

Detrás de mi madre, apareció Lucy.

—¡Chicos! ¡Chicos! —gritó—. ¡Voy a llamar a la policía! ¡Voy a llamar a la policía para que se os lleven a los dos ahora mismo! —Incluso movió el dedo índice señalándonos y las pulseras de plástico tintinearón al chocar.

Andy estaba encima de mí, machacándome la cara y escupiéndome.

—Te voy a matar, puto maricón. ¡Te voy a matar!

Mi madre bajó la rampa en la silla de ruedas, con cara de odio. Le di a Andy un rodillazo en la entrepierna y los ojos se le pusieron en blanco.

—¡Flipa, Francis! —le grité—. ¿Te ha gustado?

—¡No deshonréis el nombre de vuestro abuelo, pequeños hijos de puta! —gritó mi madre.

Entonces mi padre llegó a la entrada, de vuelta a casa tras un largo turno en la obra. Andy y yo nos dimos un par de puñetazos más, y luego mi padre se metió en medio del follón. Apartó a Andy de un tirón y dijo:

—¡Se acabó! ¡Ya está! ¡Finito!

—¡Ha empezado Adam! —gritó Andy—. ¡Se me echó encima!

Yo estaba tirado en el suelo, rabioso. Dentro de mí, una lengua muerta se agitaba como lava líquida. Si abría la boca, esa lengua muerta aniquilaría aquella casa, a aquella gente y a sus sombras.

Mi padre dijo:

—¿Eso es verdad, Adam? ¿Has empezado tú? —Él seguía mirando a Andy. Esperé a ver si me miraba, pero no lo hizo.

—Contéstale ahora mismo a tu padre —dijo mi madre.

Un grupo de cuervos se posaron en el campo al otro lado de la carretera, con las cabezas inclinadas, graznando insultos, con ojos de gula, como si yo fuera su próxima comida.

Me levanté, tenía la cara chorreando de sangre y salpicada de gravilla. *Les quedan dos días, estaba pensando. Quizá tres. Dentro de una semana, pensé, es Acción de Gracias. Pero yo ya me habré ido.*

—Tienes razón, chaval —dijo la sombra de Lucy—. Venga, díles lo que estás pensando. Sabes que lo estás deseando.

Pero no lo hice. Decidí que las palabras ya no eran necesarias con aquella gente. Me aparté, pasé corriendo al lado de mi madre y me metí en casa, donde me encerré con llave en mi habitación.

Jamie estaba en la cama. Se incorporó y preguntó:

—¿Estás listo?

Yo asentí.

—Pero tenemos que esperar a que no nos vean.

—A mí nunca me ven —dijo Jamie.

—Pues ahora desearán haberlo hecho —contesté.

—¿Por qué estás enfadado, Adam?

—No empieces como el puto doctor Phelps —le grité.

Se le formó una lágrima en el rabillo del ojo, tembló y luego se evaporó antes de que pudiera dejar un rastro húmedo.

Bajé la mirada y le pedí perdón.

—No es por ti. Son ellos. Contigo estoy bien. ¿Vale? —Me acerqué y me senté a su lado—. ¡Eh! —dije—. Todo va a salir bien. Es solo que tengo que salir de aquí sea como sea para que eso ocurra.

Se giró hacia mí. Junté las manos entre las rodillas y lo miré fijamente.

—Tienes razón —dijo—. Tienes que salir de aquí. Y yo conozco un lugar adonde puedes ir.

—¿Adónde?

—A la granja de los Wilkinson. Frances nos dejará quedarnos por un tiempo.

—¿Frances? —dije.

—Sí, ya sabes, Frances.

—¿Te refieres a Frances *la Flipada*?

—Sí —respondió Jamie—. Ella nos alojará, no hay problema. Será perfecto.

—Perfecto —repetí, escupiendo la palabra en mis manos ahuecadas, donde rodó como una canica. Yendo a toda prisa a ningún lugar. Yendo a ningún lugar.

Los muertos son muertos que están muertos

Durante los días siguientes, mientras esperaba a que Jamie volviera de la granja de los Wilkinson, fui al instituto como si todo fuera normal. Pero iba en autobús en vez de con mi hermano. Mi padre nos había prohibido cualquier tipo de contacto, algo que a mí me pareció bien, pero seguro que a Andy le molestó no poder torturarme de forma individual. Y no es que le hiciera falta que yo estuviera cerca para torturarme. Se las había arreglado muy bien en mi ausencia.

La única diferencia entre el primer día que volví a clase y los siguientes fue que las cosas no fueron tan complicadas. En seguida se corrió la voz de que le había estampado la cabeza a Matt Hardin contra una taquilla hasta que el entrenador me apartó, y además, el autobús escolar había pasado por nuestra casa justo cuando Andy y yo nos estábamos dando la paliza en la entrada. Así que cuando miraba a los que habían estado diciendo cosas sobre mí el día anterior, podía ver cómo les temblaban hasta los huesos.

Gracie no había vuelto todavía al instituto, y como todo el mundo me tenía miedo, no le podía preguntar a nadie qué le había pasado. Al final le pregunté a la secretaria del director si Gracie estaba enferma, y la secretaria me dijo que ya no iba a venir más a clase. Sus padres la habían sacado del instituto.

Cuando el autobús me dejó en casa más tarde, fui directo a mi habitación y marqué su número. Solo que esta vez no colgué. Tenía una pregunta que hacerle. Gracie era una experta en todo tipo de cosas sobre la zona, así que una vez pasamos mi «Eh, soy yo, Adam» inicial, y su «Eh, ¿qué pasa?» tan evasivo, una vez pasamos toda esa fase en la que resulta muy delicado volver a decir algo, le pregunté lo que me había estado atormentando desde que Jamie me dijo que nos íbamos a quedar con Frances *la Flipada*.

—¿Sabes algo sobre ella?

—¿Te refieres a Frances Wilkinson?

—Sí. ¿Qué sabes de ella?

—Lo mismo que todo el mundo. ¿Me has llamado para eso, Adam? ¿Para averiguar algo sobre un fantasma?

—No, es que tenía curiosidad.

—Me sé la historia, claro. ¿De verdad que nunca la has oído?

—Nunca —dije. Era mentira, pero quería conseguir toda la información posible y también quería escuchar a Gracie hablar. Me gustaba escuchar las locuras que decía sin pensar. Ojalá yo pudiera hablar así, pero no se me daba bien—. Creo que estoy fuera de onda.

—Tú siempre estás fuera de onda —dijo Gracie—. Casi siempre estás en otro mundo. Pero da igual. A mí me gusta. Bueno, pues esto es lo que sé. Así que atento.

»Había una chica que se llamaba Frances Wilkinson, y como la mayoría de los chicos de su edad, vivía con sus padres. Esto fue por los años treinta o cuarenta, creo, y Frances tenía trece o catorce cuando ocurrió todo.

»Los Wilkinson vivían en esa casa de tablillas grises que hay en la colina que baja al barranco Marrow. No creo que nadie haya vivido allí durante los últimos veinte o treinta años, pero la gente que pasa por la casa dice que a veces se ve a una chica pasar por la ventana de la fachada.

—Espeluznante —dije.

Gracie continuó.

—Espera, que la cosa mejora. Al lado de la casa, los Wilkinson tenían un cementerio familiar. Todavía sigue allí. Hay cinco lápidas: una de la madre, dos de los bebés que nacieron muertos, una del padre de Frances, y luego la de Frances. Había una valla de hierro forjado rodeando el lugar, pero ya casi se ha derrumbado.

»Según dicen, Frances Wilkinson estaba loca. Dicen que ya se podía intuir cuando era pequeña. Siempre tenía el ceño fruncido y nunca trataba de hacer amigos en el colegio, y todo el rato intentaba escaparse. Y cuando la encontraban y la llevaban de vuelta a casa, parecía estar peor que cuando se había marchado.

»Una vez encontré unas fotos tuyas. Ya sabes, en esos periódicos antiguos que guardan en la biblioteca. No se parecía mucho a sus padres, eso te lo aseguro. El señor Wilkinson era alto, con barba y bigote. La señora Wilkinson llevaba esos vestidos con estampado de flores, y en las dos fotos que vi, llevaba puesto un delantal y tenía las manos en la cintura. En esas mismas fotos, Frances tenía el ceño fruncido, la cara la tenía inclinada hacia abajo, pero los ojos miraban hacia arriba, directamente a la cámara. Parecía una niña chalada diabólica, la verdad. También llevaba el mismo vestido en las dos fotos, una copia del de su madre, pero atado a la cintura con un fajín en vez de con un delantal. Se podría decir que no eran muy pudientes, pero al parecer eran muy trabajadores e iban a la iglesia todos los domingos. Eran como cualquier familia de entonces, la verdad, solo que más de pueblo. Así que cuando Frances asesinó de pronto a sus padres, todos los de por aquí se quedaron superalucinados.

»Supuestamente, utilizó el cuchillo de carnicero de su madre. Primero mató a su padre mientras dormía y luego a su madre mientras se estaba bañando. Después se apuñaló en el estómago, en el porche delantero.

»Eso fue un domingo antes de ir a misa, y más tarde, aquel mismo día, el pastor fue a ver por qué no habían ido a la iglesia aquella mañana. Una masacre, es lo que dijo él. Nadie en el pueblo podía creerlo. Igual que hoy en día. Cuando ocurre algo malo, todo el mundo se queda con la boca abierta. Y no sé por qué la gente se comporta así, siempre tratando de fingir que no saben que en la vida ocurren putadas.

»Lo de Frances me lo contó un amigo de mis padres un Halloween, pero no sabía los detalles, así que fui a la biblioteca y me puse a buscar por mi cuenta. Y entonces fue cuando empecé a entenderlo, ya sabes, que la gente está loca y punto. Me di

cuenta de por qué, incluso ahora, la gente sabe la historia y de por qué mi madre siempre niega con la cabeza cuando pasamos por esa choza podrida con el cementerio familiar al lado. Empecé a entender por qué la gente sigue yendo allí.

»Lo que se supone que pasa cuando vas allí es que te pones alrededor de la tumba de Frances y todos al mismo tiempo gritan: «¡Frances, *la Flipada!* ¡Frances, *la Flipada!* ¡Frances, *la Flipada!*!», para convocarla. Después de eso, parece que todo sigue igual, pero cuando intentas marcharte, sientes una extraña fuerza que te retiene. Y al girarte, la ves allí, con su vestido andrajoso y sus zapatos harapientos. Con la cara manchada de estar en la tumba y los mechones pelirrojos revoloteando como las serpientes de Medusa. Y los ojos. Te mira con los ojos entornados, entrecerrados, como si te estuviera juzgando. Luego te obliga a agachar la cabeza, mientras te escupe por profanar su tumba. Y solo después de haber terminado, es cuando por fin deja que te vayas.

Gracie respiró profundamente al acabar.

—Y eso es todo —dijo—. La he retocado un poco.

—Por supuesto —dije, muy educado, aunque su manera de contar las cosas era una floritura registrada, como las letras de trazo ondulado con las que escribió su nombre en la tumba de Jamie. Le hice mi otra pregunta después de unos momentos de silencio en los que pareció que los dos estábamos pensando en todo lo que había contado Gracie.

—Oye —dije—, ¿sigues enfadada conmigo?

Gracie bufó.

—No estoy cabreada contigo, Adam. Dios, ¡eres tan tieso! Cálmate. O mira, mejor, vente para acá. No me gusta hablar por teléfono.

—¿Por qué?

—Creo que mis padres han pinchado la línea.

—¿Por qué iban a pinchar la línea?

—Porque no se fían de mí. Ahora estoy estudiando en casa. Ya no volveré al instituto. Culpan a los peligros del sistema de educación pública de que haya encontrado el cadáver de Jamie.

—¿Qué tiene que ver la educación pública con todo eso?

—Pues nada —dijo ella—. Si yo no digo que tenga sentido.

—Menuda mierda.

—Pues sí —dijo Gracie—. ¿Qué estás haciendo ahora mismo? —me soltó.

Estaba tumbado en la cama mirando al techo, dándole vueltas al corazón de cuarzo rosa de Gracie, imaginándome que Gracie hacía lo mismo, pasarse una roca entre los dedos. No le dije que tenía su piedra con forma de corazón. Le dije que estaba jugando al solitario en el ordenador.

—¡Ah! —Parecía decepcionada. Nuestra conversación sufrió una pausa durante un instante y el teléfono empezó a quemarme la oreja. Al final, Gracie suspiró y dijo:

—¿Vas a venir o qué?

—Claro —le dije, y salí inmediatamente, escabulléndome mientras mi madre y Lucy veían la televisión, pedaleando casi diez kilómetros en mi bici de diez marchas tan rápido como podía.

Cuando llegué a casa de los Highsmith, apoyé la bici en el arce que había en la entrada y no me dio ni tiempo a llamar. Gracie abrió la puerta principal, me cogió de la mano y me subió a su habitación. Sus padres no estaban en casa, y antes de que dijéramos nada, ella ya estaba sobre la colcha blanca de la cama, haciéndome gestos para que me acercara.

Luego nos besamos, mis labios magullados encontrándose con los suyos agrietados, sus manos deslizándose por debajo de mi camisa. Me estremecí cuando me tocó la barriga con los dedos y me metió la lengua en la boca como una serpiente. Me puso boca arriba, se puso encima de mí y empezó a bajarse la cremallera de los pantalones. Ya se estaba meciendo, pero dije:

—Espera.

Puso una cara rara, arrugó los ojos como si fuera a decir que ella no esperaba a nadie. Pero se paró, y le dije:

—Deja que lo haga yo.

Sonrió cuando cogí la cremallera y la bajé como si estuviéramos en una película. La eché a un lado y la puse de espaldas, le cogí los vaqueros por el doble y tiré mientras ella se los bajaba de la cintura. Yo estaba pensando: *Ay Dios, ay Dios, ay Dios*. Pero en el buen sentido. Esperaba estar haciéndolo todo bien.

Una vez quitados los vaqueros, empezó a subirme la camisa hasta la cabeza. Al llegar al cuello me perdí, pero tiró y me la sacó por la cabeza como en un truco de magia. Y entonces nos convertimos en un centauro y una sirena: la mitad de nuestros cuerpos desnudos, la otra mitad tapada.

—¿Llevas condones? —me preguntó.

—¿Condomes? —pregunté—. ¿Para qué quieres que lleve condones?

Hizo un gesto como si fuera idiota.

—Para no quedarme embarazada, idiota.

—¡Embarazada! —exclamé—. ¡Venga ya! ¡No llevo condones!

—Bueno —dijo—, entonces tendremos que hacerlo estrictamente sin penetración.

Me quedé pensando durante un momento. No estaba muy seguro de si entendía a qué se refería, pero dije:

—Claro, genial.

Olía a girasoles. La verdad es que no sabía cómo olían los girasoles, pero olía a esa palabra.

Si Gracie estaba nerviosa, yo no me di cuenta. Me refiero a que a mí nunca me habían tocado así, pero ella parecía saber lo que estaba haciendo. Sus movimientos eran decididos, y pensé que quizá lo estaba haciendo todo sin dudar porque solía ver escenas así en películas y en libros, o solía escucharlo de otros chicos del instituto.

Fuera cual fuera la razón, sabía cómo tocarme igual que sabía cómo hablarme: sin hacer que fuera raro.

Me desabrochó los pantalones y me bajó la cremallera, igual que se le había bajado yo. Luego me tocó a mí deslizarme los pantalones mientras ella tiraba para quitármelos. Se subió la camisa por encima de la cabeza y no llevaba sujetador, así que los pechos aparecieron ahí de repente. Me senté con los calzoncillos *boxer* puestos y el pene comprimido contra la parte delantera. Gracias también me los quitó.

—Qué bonito —dijo, bajando la cabeza hacia él—. Tienes un pene bonito, Adam —dijo.

La verdad es que no sabía qué responder, así que le di las gracias y le dije que sus pechos parecían muy cremosos.

—¿Cremosos? —dijo con una risilla.

—Sí, cremosos. Como el chocolate blanco.

—¡Qué dulce! —dijo. Luego su boca cubrió mi pene, estaba caliente y húmeda. Me temblaba la respiración mientras sus labios iban bajando, y bajando, recorriéndolo, y de pronto dejé de sentir el resto del cuerpo. Era todo polla. Solo polla. Todo lo demás desapareció.

—¡Oh, Dios mío! —dije, pero solo salió un suspiro. Lo dije un par de veces más durante los siguientes pocos minutos. Se me pusieron los ojos en blanco y miré las aspas del ventilador del techo que había sobre nosotros, y entontes apareció esa luz brillante y cegadora durante un segundo, luego mi cuerpo volvió, temblando como la cuerda de un arpa punteada.

Gracie sacó un pañuelo de una caja que había en la mesita de noche y escupió en él. Después de tirar el pañuelo en la papelera, dijo:

—Dios no tiene nada que ver con esto.

Se tumbó junto a mí, enrollándose hacia mi lado. Estaba casi seguro de que en ese momento me tocaba a mí hacer algo, así que bajé la mano y deslicé el dedo dentro de ella. Gimió un poco, cerrando los ojos mientras yo iba inspeccionando. Estaba húmeda y caliente, el vello era suave y castaño. Al rato, abrió los ojos y dijo:

—¿No vas a besarme?

—¡Pues claro que te voy a besar! —le contesté, y me incliné para besarla mientras le tocaba ahí abajo.

Cuando terminamos de besarnos, dijo:

—Ha sido muy dulce, Adam, pero ¿es que no vas a besarme ahí abajo?

Me quedé pasmado. Ella me lo había hecho a mí, pero no se me había ocurrido hacerle lo mismo. Aunque tampoco parecía gran cosa, así que le dije:

—¡Sí! ¡Pues claro que te voy a besar ahí abajo!

Así que fui bajando por su cuerpo hasta llegar al sitio. Con los ojos cerrados, introduje un poquito la lengua y arqueó la espalda. También gimió un poco y eso me dio ánimos para volver a hacerlo. Un simple sonido por su parte y ya estaba listo.

Acerqué más la cabeza, buscando con la punta de la lengua, con toda la lengua, moviéndola y presionándola como había escuchado que se suponía que se hacía. Y después de estar un rato haciéndolo, se estremeció igual que lo había hecho yo, temblando hasta que todo acabó. Cuando se calmó, soltó un largo suspiro y dijo:

—Ven aquí y abrázame.

Nos quedamos en la cama un rato, escuchándonos respirar, sin estar seguros de lo que habíamos hecho o de si deberíamos haberlo hecho, pero tampoco es que hubiéramos hecho todo lo que se podía hacer, así que no sentí que tuviera que preocuparme. Me puse a pensar en la palabra girasol y en cómo debía ser oler a girasoles, como Gracie, porque aquella palabra me seguía viniendo a la cabeza. No el sonido de la palabra, sino la imagen, la palabra en sí: girasol. Vi las rocas alineadas en las estanterías de la habitación de Gracie y me acordé del corazón de cuarzo rosa que había robado. Decidí que debía devolvérselo, pero no en aquel momento. Esperaría a ver cómo se desarrollaban las cosas. Había un montón de cosas más que podía coleccionar sin robar. Incluso palabras. Eso estaría bien. Nadie las quería, así que yo las coleccionaría. Decidí que mi primera palabra sería *ad infinitum*. Y la segunda sería girasol.

—Mira al sonrisillas —dijo Gracie, y llevaba razón. Estaba sonriendo como un loco.

Me preguntó cómo iban las cosas en mi casa y le contesté:

—No muy bien. Creo que me voy.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde vas a ir?

—Jamie está hablando con Frances *la Flipada* —dije—. Dice que podemos quedarnos en su casa.

Gracie entrecerró los ojos.

—Así que por eso me estabas haciendo esas preguntas. ¿Qué coño te pasa, Adam? ¿Por qué sigues haciendo el tonto con Jamie Marks? ¡Está muerto! ¿Es que no lo pillas?

—No estoy haciendo el tonto con Jamie —dije—. Dios, pareces mi abuela. Lo ha pasado mal. Precisamente tú deberías entenderlo.

—No me hagas sentir culpable —dijo Gracie. Salió de la cama y empezó a vestirse otra vez. Primero la ropa interior, luego los pantalones y la camiseta. *Plis, plas*, ya está, mi desnudez era la única prueba que quedaba de que algo extraordinario había ocurrido allí.

—No necesito que nadie me diga por quién tengo que sentir lástima.

—Entonces no sientas lástima —dije.

—No lo haré —dijo Gracie. Pero dudó, se cruzó de brazos y echó un vistazo por la ventana, ya estaba anocheciendo. El árbol que había fuera, en la parte delantera, no tenía hojas, las ramas se veían negras después de una fría llovizna de noviembre.

—Pero ¿por qué a la granja de los Wilkinson? —preguntó al final.

—Tengo que marcharme —dije—. Tengo que marcharme o me volveré loco.

—¿Y por qué no vamos a algún sitio que valga la pena? —dijo, introduciéndose en mis planes como quien no quiere la cosa. ¿Por qué apretujarnos en esa granja destartalada? Es estúpido.

—Bueno, ¿a dónde irías tú, señorita Sabelotodo?

—A algún sitio donde no haya estado nunca. A algún sitio maravilloso —dijo Gracie—. ¿Dónde no has estado nunca, Adam? —Se le iluminó la cara al preguntármelo, y de pronto fue como jugar a pedir tres deseos. ¿Qué iba a desear? ¿Adónde iría?

—California —respondí, sin que me llevara ni demasiado esfuerzo ni demasiado tiempo pensarlo—. Mi tía Beth vive allí, pero siempre es ella quien viene a vernos. Dice que aquello es como otro país. Que allí hay gente de todas clases. Y de todas partes. De China, de México, de Rusia. Ir allí sería como ir a Disney World, creo, solo que más real.

—¡Pues entonces vamos! —dijo Gracie. Y al segundo ya estaba delante del ordenador de su padre buscando los horarios de los trenes.

—Mi padre trabaja para la red de trenes Amtrak —me explicó—. Podemos comprar los billetes con su cuenta.

—¿Y ya está?

—Ya está —dijo Gracie. Me incliné sobre su hombro mientras ella tecleaba nuestros nombres, direcciones y números de teléfono. No estaba seguro de si sabía de lo que estaba hablando, de si de verdad podíamos reservar los billetes así sin más, pero por lo menos era otra posibilidad.

—Podemos irnos este domingo —dijo.

—¿Lo dices en serio? Eres genial —contesté, y me agaché para darle un beso.

—¿Por qué? Muchas gracias, caballero —dijo, poniendo acento del sur.

—Es un placer, señorita —le contesté.

Luego volvimos a desnudarnos, y volvieron a aparecer girasoles, y girasoles, y más girasoles, durante su buena media hora.

Antes de que los padres de Gracie volvieran del consejero, yo ya estaba en la bici y pedaleando de vuelta a casa como un loco. Pasé zumbando por granjas, campos y establos a punto de derrumbarse, gritando las cosas al pasar.

«¡Cuervos!», grité cuando adelanté a toda velocidad a tres de esos carroñeros negros que deambulaban en un pasto. «¡Arces!», chillé al pasar una fila de arces que tenían unos cubos atados a los troncos para recoger la savia que luego sería hervida y convertida en almíbar. «¡Vacas!», vociferé al pasar rodando por la vaquería Morgan. «¡Poste telefónico! ¡Nubes! ¡Charca! ¡Ford Escort estropeado que lleva en esa puñetera cuneta más de un año!». Estaba loco de nombrar cosas, tenía tantas palabras en la cabeza que cuando llegué a casa, entré por la puerta arrastrando los pies y medio cantándolas.

Mi madre estaba en la cocina haciendo lasaña. Cuando me escuchó llegar cantando, giró la silla para apartarse de la cocina y se rio.

—¿Por qué estás tan contento de repente?

—Por nada —contesté, como si no hubiera acabado de tener un poquito de sexo con Gracie, como si no hubiera acabado de sentir la palabra girasol abriéndose dentro de mí y mirando al sol. Pasé por el comedor, donde estaba mi padre sentado en la mesa y leyendo la sección de deportes, haciendo ruiditos y carraspeando; no levantó la mirada ni me saludó, y seguí hacia mi habitación.

Andy estaba durmiendo en su cuarto. Se echaba una siesta de tres horas porque el instituto le dejaba totalmente agotado, o eso es lo que le decía a mis padres. La verdad es que era para que se le pasara el colocón de los porros que se fumaba después de clase. Yo no decía nada porque me gustaba que estuviera así, fuera de juego, babeando. Cuando estaba así no tenía que escuchar sus comentarios: que si siempre me estaba metiendo en líos, que si la gente del instituto pensaba que era raro, que si acaso pensaba que a mis padres les gustaba tener a un psicópata como hijo. Supongo que tenía presentes sus propios intereses cuando me lanzaba esos dardos venenosos. Así nadie se daba cuenta de todas sus cagadas. Como los insuficientes y muy deficientes en su boletín de notas y los castigos después de clase. Daba igual. Aunque lo supieran, mi padre simplemente decía: «Los chicos son así», y mi madre, aunque parecía escéptica, no le llevaba la contraria.

Yo, por otra parte, tenía «problemas para socializarme». Yo tenía «dificultades con las interacciones sanas». Yo «parecía estar en un continuo estado de melancolía». Yo «rara vez entablaba una discusión con los profesores». Y encima el consejero del instituto me estaba espionando para informar al doctor Phelps, que prefería tener observaciones sobre mi comportamiento fuera de nuestras sesiones. Aunque no me dijeran que me estaban espionando, me di cuenta en seguida. En aquellos primeros días en los que volví a clase, después de la pelea en los vestuarios —de la que el entrenador nunca informó, pero de la que todo el mundo sabía—, el consejero parecía estar siempre en mi visión periférica, con la libreta en una mano y el bolígrafo en la otra, mirando fijamente. Con toda la atención centrada en mí, las malas notas de Andy y su desinterés general por ir a clase quedaron en el olvido.

Cuando miré en su habitación, me lo encontré durmiendo boca arriba, con los brazos colgando por los lados de la cama, la cabeza inclinada hacia atrás sobre la almohada, roncando. Su cazadora vaquera estaba colgada en el pomo de la puerta. Y ahí fue cuando se me ocurrió devolverle que me hubiera partido el labio y que empeorara las cosas entre mis padres y yo en general.

Metí la mano en los bolsillos delanteros. Primero en uno, luego en el otro. Pero solo encontré envoltorios de chicle, monedas frías y polvillo. Descolgué la cazadora del pomo y busqué en los bolsillos interiores hasta que noté el frío metal del mechero de mi abuelo. Premio. Lo agarré con la palma caliente de mi mano y volví a colgar la cazadora antes de irme a mi habitación.

Jamie estaba esperando en el ordenador, con la cabeza apoyada en una mano, mirando fijamente el pez del salvapantallas que nadaba de un lado a otro. Cerré la puerta y eché la llave antes de sentarme en la cama y preguntarle:

—¿Cómo estaba Frances?

—Frances estaba Frances —dijo Jamie. Movié el ratón y el salvapantallas desapareció—. Me ha dicho que nos podemos quedar el tiempo que queramos, pero no le hace mucha gracia.

—¿Por qué?

—Porque tú no estás muerto, Adam —contestó—. Es un poco escéptica.

—¿Que no estoy muerto? —dije—. ¿Y qué se supone que significa eso?

—Significa que cree que seguramente no tienes mucha idea, eso es todo. Ignorante, así es como lo ha dicho. «Los vivos son tan ignorantes, Jamie», me ha dicho. «¿Cómo puedes soportarlos?».

—¿Y qué le has dicho tú?

—Le he dicho que en general tenía razón, pero que tú eras diferente. No te preocupes. Tú sé tú mismo y ella se dará cuenta de que está equivocada.

—Bueno, está equivocada en varios sentidos —le dije, recordando lo que mi abuela me había dicho—. Estoy de camino a morirme y eso tiene que contar para algo.

—También es verdad —dijo Jamie, sin parecer muy impresionado. Supongo que para un muerto, los muertos son muertos que están muertos—. De todas formas, me dijo que nos podemos quedar allí. Sigues dispuesto a ir, ¿no?

—Estoy dispuesto —dije. Aunque hubiera hecho planes con Gracie, quería marcharme ya—. Pero deberíamos esperar a que todo el mundo se vaya a dormir. Así tendremos ventaja.

Jamie asintió. Luego no dijimos nada durante un rato, simplemente nos quedamos mirándonos el uno al otro, él en el ordenador y yo en el borde de la cama, dando golpecitos con el pie en el suelo. Ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo, como si me estuviera examinado en busca de algo. Los orificios nasales se le ensancharon, como si oliera un cambio. Se puso bien las gafas y me miró fijamente, como si yo fuera un cuadro borroso en un museo, hasta que al final le dije:

—¿Qué coño estás mirando?

—Nada —respondió tranquilamente—. Es que pareces diferente. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien —le contesté—. Estoy muy bien. ¿Por qué no iba a estar bien?

—No sé. Pero si tú estás bien, yo estoy bien.

—¡Pues bien! —concluí.

Puso los ojos en blanco, se levantó y se acercó para acostarse a mi lado. Se quitó las gafas y frunció el ceño.

—Supongo que ya no las necesito —comentó, su voz sonaba a hielo derritiéndose. Parecía tan desesperado mientras miraba fijamente las gafas, aquella

lente destrozada por quien fuera que lo había asesinado. Las plegó y las puso encima de la mesita de noche—. De todas formas veo igual sin ellas —dijo—. Ahora todo es igual. Nada va ni a mejor ni a peor. Así es como van a ser las cosas para siempre, ¿verdad?

—No pienses así —lo animé—. Las cosas volverán a ir bien. Nosotros haremos que vuelvan a ir bien. Tú y yo, ¿vale?

—¿Y cómo vamos a hacer que vuelvan a ir bien? Se acabó —dijo—. Está todo perdido. —Se giró hacia la pared, respirando fuerte como si intentara no llorar, así que lo rodeé con el brazo y doblé las piernas para que encajaran detrás de las suyas, y lo abracé hasta que paró de hiperventilar. Cuando terminó, se giró hacia mí y dijo:

—¿Qué haría yo sin ti, Adam?

Yo simplemente me encogí de hombros.

—No tienes que preocuparte por eso. Me tendrás siempre.

—Nos tendremos el uno al otro —dijo, y nos quedamos así, agarrados, hasta que anocheció y vimos que ya era seguro que saliéramos hacia la oscuridad.

Frances *la Flipada*

Cuando llegó la hora de marcharse, cuando la casa estuvo en silencio y todo el mundo durmiendo, cogí mi mochila con las dos mudas de ropa y las provisiones que había saqueado de la cocina, y salí por la puerta lateral que estaba más alejada de las habitaciones. Mientras cerraba la puerta poco a poco, mientras recorría sigilosamente la gravilla de la entrada, mientras me paraba en el buzón y me daba la vuelta para echar un último vistazo, susurré un adiós a todo lo que iba pasando. La luz de mercurio del garaje estaba encendida, iluminándolo todo con su brillo blanco y púrpura. Mi sombra estaba tumbada en la gravilla de la entrada delante de mí, alta y estrecha, un yo más grande de lo que solía ser.

—¿Eres el yo del futuro? —le pregunté, pero simplemente negó la cabeza.

—¿Tú qué crees? —dijo—. Ya no te quedan más opciones. Ya no te harás mayor. Este es el camino que has escogido.

—Pues vale —le dije—. Qué te den a ti también. —Luego me subí de un salto a la bici y pedaleé hacia la autopista 88.

Mientras iba de la autopista 88 a la carretera de Fisher Corinth, observé todas las granjas y casas, sus ventanas oscuras, el brillo de los riachuelos en los pastos bajo la luz de la luna, y me imaginé que era el último hombre en la tierra y que todo el pueblo era simplemente lo que quedaba del mundo en el que una vez viví. Al final de una carretera secundaria cubierta de polvo y piedras que salía de Fisher Corinth, me estaba esperando: la granja de los Wilkinson. La luz de la luna le daba un tono azul grisáceo, estaba medio destartada, pudriéndose, a punto de caerse o desplomarse sobre sí misma.

El musgo rodeaba la base de la casa y el porche estaba combado en el centro. El establo que había en un lateral se había desplomado y parecía una enorme hoguera fúnebre esperando a ser encendida. El cementerio familiar estaba al lado, las lápidas estaban desconchadas, erosionadas por los años y el tiempo. Estaban inclinadas las unas hacia las otras, un poco descentradas. La valla de hierro forjado que las rodeaba estaba oxidada, la puerta delantera tirada en el suelo y un sauce llorón se alzaba en una de las esquinas del fondo, oscureciéndolo todo con la sombra de sus ramas. Se levantó un viento frío y agitó las hojas, me entraron escalofríos. Luego voces, voces tenues, que llegaban de debajo del sauce. Me acerqué y los vi, dos siluetas bajo las ramas: Jamie y Frances *la Flipada*.

Carraspeé y dejaron de hablar. Jamie echó un vistazo y me saludó con la mano.

—¡Eh! —me gritó—. ¡Lo has conseguido! Entra por la verja.

Estaba un poco nervioso. Me preguntaba cómo sería ella. ¿Mala y loca? ¿Dulce y trastornada? ¿Agradable? ¿O una arpía? La mayoría de los chicos o habían hecho esto antes de cumplir los quince o lo habían evitado a toda costa. Yo era de los que lo

habían evitado, sobre todo porque pensaba que visitar la tumba de Frances era algo estúpido. No parecía tener mucho sentido el ir allí y convocarla solo para que pudiera escupirte.

Jamie me esperaba en mitad del cementerio. Frances se quedó atrás en el borde del árbol, con el vestido volando alrededor de sus piernas, el pelo flotando en el viento nocturno. Se agarraba la cintura con las manos a la altura del fajín, del mismo modo que había descrito Gracie a su madre en la foto. Las sombras del árbol no me dejaban verle la cara. Me imaginé la cabeza de un muerto, un cráneo cubierto por una fina capa de piel, una víctima demacrada de un campo de concentración. Intenté verla por encima del hombro de Jamie, mientras escuchaba a medias lo que me decía, pero cuando dijo «Nos quedaremos en el establo», captó toda mi atención.

—¿El establo? —dije, girándome hacia él.

—Sí. El establo. Parece derrumbado, pero hay mucho sitio y nos protegerá del viento. No querrás pillar un resfriado. Además, así no te verán desde la carretera si pasa alguien.

—Vale —dije, luego volví a centrar mi atención en la chica de las sombras. Estaba quieta y callada—. ¿No vas a presentarnos?

—Claro —dijo Jamie, mirando hacia atrás—. Lo siento. Es tímida, así que dale una oportunidad.

—Yo también soy tímido —le dije, y Jamie levantó la ceja del lado de la sien herida.

—Vamos —dijo. Y fuimos donde Frances nos esperaba.

No había ninguna cabeza de muerto debajo de aquel árbol como me había imaginado. Al acercarme, vi a una chica pequeña, con la cara redonda, los labios gruesos y el pelo enredado de no haberse peinado en años. El vestido estaba hecho un harapo, como en la historia que me había contado Gracie. Pero aparte de eso, parecía normal. Simplemente pobre y sucia. Creo que me decepcionó un poco. ¿Esa era la loca que había matado a sus padres? Pues no daba miedo. Solo parecía triste.

—Frances —dijo Jamie—. Este es mi buen amigo Adam. Adam, esta es Frances.

—Es un placer conocerte —le dije, pero la tristeza de su rostro se convirtió de pronto en un ceño fruncido.

—Encantada —contestó—. Te lo aseguro. —Jamie le dijo que no empezara, y justo en ese momento decidí que era mala y loca, no rara y trastornada, y que tendría que dormir con un ojo abierto si no quería acabar destripado como sus padres.

No se disculpó, simplemente se sentó en el suelo delante de su lápida y se colocó bien el dobladillo de la falda. Se podría decir que en su día había sido bonito, con un estampado claro de flores y el cuello de encaje. Pero en ese momento era de un gris amarillento, como las hojas de la biblia de mi abuela. Las florecitas se habían desteñido y no se podía distinguir de qué color habían sido.

Jamie se sentó al lado de Frances, con las piernas cruzadas al estilo indio. La hierba estaba mojada. Cuando me senté, la humedad se filtró por los vaqueros. No

quería parecer un desagradecido, así que no dije nada. Frances me miró, tanteándome, hasta que al final dijo:

—Bueno, me han dicho que estás de camino.

Yo diría que estaba lista para atacarme en cuanto viera en mí el menor indicio de estupidez, así que le contesté:

—Sí, no estoy muy seguro de en qué punto estoy, pero ya no huelo las cosas muy bien, y la sombra de la amiga de mi madre no para de acosarme.

Frances se encogió de hombros.

—No estás muy lejos. Aún te queda algo de tiempo para disfrutar de la vida. Después, ya todo es cuesta abajo, y luego te quedarás atascado como Jamie y yo.

—Yo no estoy atascado —dijo Jamie—. Quiero decir, Adam y yo no estamos atascados, ¿verdad?

—Pues claro que no estamos atascados —dije, y él sonrió.

Frances puso un gesto de desprecio.

—Demasiado optimismo infundado tenéis vosotros —dijo—. Pero bueno, es problema vuestro.

—Pues sí, nadie te ha dado vela en este entierro —dije, dándome cuenta justo al decirlo de que no había sido lo más acertado. Frances se quedó perpleja.

—Claro —dijo—. Solo eso. Claro.

—Aquí fuera hace frío —dije cambiando de tema. Abrí la mochila y saqué la manta que había metido. Aunque era gruesa, el viento azotaba con fuerza, me entraron ganas de haberme quedado en casa metido en la cama.

—¿No es genial? —dijo Frances levantándose, rodeándome como un sargento de instrucción—. Ojalá yo pudiera sentir el frío. Venga. Quéjate. Pobrecito. Qué frío hace, ¿verdad? No tienes ni idea de lo bien que sienta, ¿verdad? No sabes lo que tienes, el frío. Ignorante. Los vivos sois unos idiotas. De verdad, Jamie, no sé por qué te empeñas en jugar así con él.

Jamie se levantó y dijo:

—Ya es suficiente, Frances.

Se sacudió el polvo de la parte de atrás de mis pantalones —bueno, de los suyos, porque se los había dado— que estaban mojados como los míos, y dijo:

—Vamos, Adam. Encenderé un fuego para que entres en calor.

Agachó la cabeza para pasar por lo que había sido la entrada del establo y lo seguí hacia la oscuridad, donde mis ojos eran inútiles y lo único que podía sentir era el ruido de animalitos que se movían. Me recordó al espacio muerto. Me entraron escalofríos. El suelo era desigual y estaba lleno de bultos. Tropecé con algo, una piedra seguramente, y pensé que tenía que decirle a Gracie que allí podría encontrar piedras para su colección.

Jamie dijo:

—Voy a coger un poco de madera seca y heno. —Su voz retumbaba y hacía eco, como si estuviéramos en una cueva—. Vamos —dijo. Me cogió de la mano y me sacó

afuera.

Fuimos detrás del establo, donde emprendió la tarea de enseñarme cómo encender una tabla de madera con una ranura. Me hizo atar una cuerda a los dos extremos de una vara arqueada. Luego puse heno en medio de la tabla, clavé la vara en la ranura de la madera y lo hice girar utilizando la vara con la cuerda atada a los dos extremos. Al cabo de unos minutos, un hilillo de humo surgió del heno y apareció un resplandor naranja en el centro. Jamie dijo:

—Ahí está. Por fin. Fuego.

Me quedé impresionado. Se me había olvidado que Jamie había sido un *boy scout* y que sabía tácticas de supervivencia. Al final iba a resultar que los *boy scouts* no eran tan patéticos.

Puse más heno y avivé el fuego, luego coloqué en el suelo unas tablas del establo para que pudiéramos sentarnos sin mojarnos. También hice una especie de cama con los tablones para poder acostarnos. La verdad es que fuimos bastante eficaces, los dos. Unos supervivientes. Podríamos haber salido en ese programa de televisión de una isla en mitad de la nada y vivir felices para siempre. O tan felices para siempre como se puede ser cuando estás muerto.

Después de habernos pasado como una hora intentando convertir aquel sitio en un lugar cómodo, Frances volvió paseando para unirse a nosotros. Jamie estaba sentado a un lado del fuego, yo estaba tumbado en la cama tapado con la manta, y Frances nos miró, primero a uno, luego al otro, con una sonrisilla gatuna de satisfacción.

—Jugando a las casitas, ¿no? —dijo, sentándose al lado de Jamie.

—No, no estamos jugando a las casitas —le dije—. Solo intentamos hacer que esto sea más cómodo. Perdona por...

—¿Por qué? —soltó Frances. Pero ella ya sabía perfectamente lo que le iba a decir. Solo estaba jugando conmigo—. ¿Perdona por qué, Adam? ¿No querrás decir que te perdone a ti por vivir?

—¡Eres una arpía! —dije.

Frances bufó.

—Puede que yo sea una arpía —dijo—, pero tú eres un llorica. ¡Un llorica que no aprecia las cosas buenas que tiene! ¿Qué te crees que estás haciendo? Afróntalo. Estás cayendo en lo más bajo.

—Cállate, Frances —dijo Jamie. Al contrario que yo, él estaba tranquilo y sosegado. Yo ya estaba harto de Frances y eso que no hacía que la conocía ni dos horas.

Y entonces le dijo a Jamie:

—No, cállate tú. Esta es mi propiedad, soy yo la que os está haciendo un favor. ¡No lo olvides!

Fue entonces cuando tuve que saltar. Me levanté y le dije:

—Pero ¿tú que te crees? ¿Te crees mejor que nadie? Que estés loca no te da derecho a tratar mal a los demás. ¡No puedes hablarle a la gente como si no fueran

nada!

—Tú no tienes ni idea —dijo Frances—. Te aconsejo que vuelvas a acostarte y que hables cuando se te pregunte, llorica.

—¡Eres una flipada, Frances! —grité, y vino hacia mí con el puño levantado.

Me puse en posición de defensa, pero antes de que Frances me alcanzara, Jamie la cogió de la cintura por detrás. Ella forcejeó, dando patadas y chillando, el vestido se agitaba, pero Jamie la sujetaba con fuerza.

—¡Largaos de aquí! —gritó—. ¡Largaos de una puñetera vez! ¡No tengo por qué soportar esto!

Justo en ese momento, escuchamos un golpetazo, luego a alguien que murmuraba una palabrota, y dejamos de pelearnos, los tres, para ver de dónde venía.

Venía de la casa. Había alguien allí. Se escuchaba el ruido de cosas que se caían y se estampaban estrepitosamente contra el suelo de madera. La voz de un hombre, grave y áspera, chillando algo que no conseguía entender. Sus gritos me hicieron temblar. Y a Jamie también. La única que no se inmutó fue Frances, que entrecerró los ojos como un halcón que divisa a su presa.

—Es él —dijo con un tono gélido.

—¿Quién? —pregunté.

—Su padre —dijo Jamie.

—Perdonadme —dijo Frances, y se dirigió hacia la casa. Al marcharse, me di cuenta de que llevaba un enorme cuchillo de carnicero en la mano. No tenía ni idea de dónde lo había sacado. De repente estaba ahí, sin más, como si el cuchillo formara parte de ella, una parte que ella sabía cómo hacerla invisible a su antojo.

Atravesó el jardín trasero y rodeó un lado de la casa hasta llegar a la parte delantera.

—¿Qué va a hacer? —le pregunté a Jamie.

—Lo que hace todas las mañanas —contestó.

—¿Y qué hace todas las mañanas?

Jamie se miró los zapatos que yo le había dado y paseó la mirada de uno a otro. Me di cuenta de que sabía de qué se trataba, pero que no quería decirlo. Empecé a preguntarme qué más sabría que no quisiera contarme. ¿A quién más conocería igual que conocía a Frances?

—Mata a sus padres —dijo al final.

En ese momento los gritos y las palabrotas retumbaron por toda la casa. Jamie y yo nos acercamos, y al llegar a la parte delantera, escuché un chapoteo de agua. Me imaginé que esa era la parte en que Frances acababa con la vida de su madre.

—¿Por qué lo hace?

—Eso es cosa suya, Adam —dijo Jamie—. Déjalo estar.

Al rato, Frances salió a trompicones por la puerta con mosquitera del porche, con el vestido cubierto de sangre, las manos cubiertas de sangre, la cara veteada de sangre. Respiró profundamente, con la boca abierta, como un perro en un día de

verano. Tenía los ojos entornados, como si estuviera drogada, y nos miró de reojo como si no estuviera segura de si de verdad nos estaba viendo. Luego cogió el cuchillo ensangrentado y se lo clavó en el estómago. Retorciéndose, se desplomó en el porche cubierto de moscas. Y cuanto más la miraba, más parecía encogerse, haciéndose un ovillo alrededor del cuchillo clavado en el estómago, como un trozo de papel quemándose hacia dentro por los bordes.

—¡Dios! —grité—. ¿Por qué coño hace eso?

Jamie me puso la mano en el hombro.

—Tranquilo —dijo—. Es asunto suyo.

—¿Cómo puedes decir eso? —le dije—. ¡Menuda putada!

—Dale tiempo —dijo Jamie. Deslizó la mano por mi espalda y empezó a frotarla—. Estoy seguro de que responderá a tus preguntas.

Una hora más tarde, Frances consiguió levantarse del suelo del porche, se sacó el cuchillo de estómago haciendo una mueca cuando el metal se deslizó por la herida y avanzó hacia el cementerio, donde se sentó en su tumba, en silencio, hasta que llegamos Jamie y yo.

—¿Os ha gustado el espectáculo? —preguntó.

—¿A ti qué coño te pasa? —le dije en seguida.

—Esa no es la pregunta que de verdad quieres hacerme —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que realmente quieres preguntarme —dijo Frances, apartando la mirada de su tumba para fijarla en mí— es algo totalmente diferente. Adelante —dijo—. Pregunta.

—¿Por qué lo sigues haciendo?

Hasta el momento había estado sonriendo maliciosamente, pero ahora parecía triste y desesperada.

—Bueno —dijo—, la respuesta es complicada. Mira, mi padre no es que fuera el hombre más honrado del mundo. De hecho, la verdad es no tenía ni una pizca de honradez. Todos los de por aquí le tenían miedo. Aunque mi madre apareciera en la iglesia con moretones, nadie hacía ni decía nada. Yo no tenía moretones, la verdad. A mí no me pegaba como pegaba a mi madre. Pero me tocaba de otra manera.

Frances bajó la mirada hacia su regazo, donde tenía apoyadas las manos. El cuchillo había desaparecido y yo no había visto que lo moviera.

Retomó la historia que estaba contando, y cuanto más contaba, más empeoraba la historia. Lo pasé mal escuchándola. No entraré en detalles porque ya sabemos la historia. La sabemos mejor de lo que deberíamos. Pero aunque hubiera querido, no habría podido evitar que la contara. Las palabras caían rodando de su lengua una tras otra, se podría decir que llevaba años contándola, la había convertido en algo redondo y liso, como uno de los guijarros de Gracie. Mientras la contaba, su rostro

permaneció sereno. Sin lágrimas. Ni un quiebro de voz. Nada. Era extraño ver cómo contaba esas cosas tan tranquila. Tan extraño que, cuando por fin acabó, le dije:

—No lo entiendo. ¿Por qué no lloras?

Levantó la mirada de sus manos vacías. Ahora le tocaba a ella preguntar.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no lloras? —le repetí, y esta vez empezó a temblarme la voz.

Frances no dijo nada. Se quedó ahí sentada con esa sonrisilla gatuna otra vez. Al rato, se lo volví a preguntar.

—¿Por qué no lloras? Si yo contara una historia así, lloraría. No, de verdad, en serio que lloraría, joder. Lloro de una vez, ¿por qué no lloras?

—Ya sabes que no puedo —dijo con los dientes apretados—. ¿Por qué no lloras tú por mí? ¿Por qué no lloras como un bebé por mí? ¿Qué pasa? ¿Solo lo haces por Jamie? ¿Es eso?

—Cállate —le dije—. No tienes ni idea.

—¿Ah, no? —dijo con una sonrisa burlona. Cuando se dio cuenta de lo mucho que me fastidiaba, me miró con gesto de pena y continuó—: ¿Qué te pasa, chico? ¿Es que tienes calor? Será mejor que te vayas a que te dé el aire.

—Yo te enseñaré lo que es calor —le dije, y me levanté.

—Adam, ¿qué vas a hacer? —dijo Jamie.

No le contesté. Iba a hacer lo mismo que ella. Le seguiría el juego, a ver si le gustaba. La Reina del Infierno. A ver lo que decía cuando sintiera un poco de calor de verdad.

Noté que se me envenenaba la sangre, que cada vez era más espesa, fluía despacio pero con agilidad, como si se estuviera encendiendo un fuego en mi interior. Y cuanto más sonreía Frances, más pensaba en lo que había dicho. Y cuanto más pensaba en lo que había dicho, más me quemaba.

Se hizo de día. El sol estaba en el horizonte, las copas de los árboles brillaban. El canto de los pájaros había comenzado, palomas y urracas azules, un arrullo y un graznido. Cuando llegué al porche delantero, saqué el mechero de mi abuelo y giré el chispeador con el pulgar. Salió una llama, roja y amarilla, curvándose por el viento. La acerqué a un trozo de madera que colgaba del tejado del porche y la mantuve ahí hasta que la madera empezó a arder. Avivé la llama para que subiera más rápido por el tablón hasta que se mantuvo sola y, finalmente, se encendió el fuego.

Luego vi que Frances venía corriendo.

—¡Para! —gritó—. ¡Para, hijo de puta! ¡Deja mi casa en paz!

Pero ya era demasiado tarde. Primero se incendió el porche, luego la entrada delantera. Después la casa entera chispeó y humeó y estalló como si hubieran colocado fuegos artificiales dentro. La casa estaba tan seca y podrida que en menos de un minuto las ventanas ya estaban llenas de humo.

—¡Hijo de puta! —exclamó Frances. Me golpeó con los puños, tenía los ojos arrugados aunque no fuera a salir ni una lágrima—. ¡Era mía! —chilló—. ¡Era lo

único que tenía!

Jamie la apartó de mí. Cuando lo miré, vi oscuridad en su mirada, decepción.

—Será mejor que te vayas, Adam —dijo muy bajito. Luego rodeó con el brazo a Frances, que se agitaba y sollozaba, y la llevó de vuelta al cementerio. De vuelta a su tumba.

Jugando a las casitas

Cogí la mochila y me marché de la granja de los Wilkinson en cuanto Jamie me dijo que me fuera. *Cabrón*, pensé mientras subía a la bici y bajaba por la carretera. ¿Cómo ha podido ponerse de su parte? Estaba que echaba chispas mientras me alejaba, pero poco después de girar por Fisher Corinth, escuché sirenas resonando a lo lejos y apoyé el pie en el suelo para frenar. Alguien había visto las nubes de humo saliendo de los árboles que tenía detrás, una mancha negra en el amanecer, y había llamado a los bomberos.

Joder. No había pensado en eso. Me metí rápidamente en el bosque para esconderme, tenía miedo de que alguien me viera desde la carretera. Lo último que necesitaba era que me pillaran y tener que aguantar más sesiones con el doctor Phelps, por no mencionar la variedad de posibles infracciones por delincuencia juvenil que estaba acumulando. No dejaba de imaginarme que me encerraban en uno de esos centros de detención donde van los chicos malos. Y una mierda, eso no formaba parte de mi futuro.

Un hora más tarde, seguía esperando dentro del bosque al otro lado de la calle donde estaba la casa de Gracie. Sus padres todavía estaban en casa, así que esperé a que se fueran a trabajar para salir corriendo del bosque y llamar a la puerta. Cuando Gracie me abrió, todavía con cara de sueño, le dije:

—¿Puedes esconderme?

—¡Por el amor de Dios, Adam! —dijo, abriendo mucho los ojos—. Entra. Rápido. Antes de que te vea alguien.

Estaba siendo una carga, lo sabía, pero tenía algo que darle a cambio por acogerme, un regalo que siempre había querido, como una de sus piedras preciosas. La verdadera historia de Frances *la Flipada*. Así que no me sentí tan culpable cuando pasé por la puerta para entrar en zona segura.

—Estás todo manchado de barro y sangre —dijo Gracie mientras me subía por las escaleras hacia el cuarto de baño. Arrugó la nariz, lo cual me hizo sentir mal, estaba siendo uno de esos que provoca que la gente arrugue la nariz. Esperaba que Gracie solo pensara que olía mal y no estuviera pensando que era una mala persona.

—*Joder*, Adam —dijo, abriendo la ducha—. ¿Qué coño has estado haciendo?

Estaba demasiado cansado para responder. Mi sangre seguía fluyendo lentamente, espesa, después de haber incendiado la casa de los Wilkinson, así que simplemente me encogí de hombros y dejé que ella tomara el mando. Me quitó la camiseta empapada de sudor por la cabeza y me desabrochó los pantalones, luego dijo:

—Quítatelo todo y métete en la ducha. —Se marchó y me quitó los vaqueros, los calzoncillos, y me puse debajo de la alcachofa, apoyándome en los fríos azulejos para no caerme.

Con los ojos cerrados, escuché cómo salpicaba el agua, y al cabo de un rato, empecé a sentirme más tranquilo. Demasiado tranquilo, creo, porque al momento volvió a ocurrir. De repente noté ese *¡pam!*, y salí de mi cuerpo.

Al chocar contra el techo, miré hacia abajo y vi el cuerpo apoyado en la pared de la ducha. El barro y la sangre resbalaban por la carne como si fuera una vaca muerta colgando de un gancho en un matadero. Puede que un poco de aquella sangre fuera de la pelea con Frances y otro poco de chocar contra un matorral de espinas en el bosque de camino a casa de Gracie, pero toda la sangre caía a la vez, coloreando de rosa el agua al rodear el desagüe.

El cuerpo parecía estar a punto de desplomarse, pero se mantuvo de pie mientras yo me arrastraba por el techo, buscando una salida. Al final di un empujoncito y me colé por el techo en el desván, que estaba lleno de cajas y espirales de polvo girando en los rayos de luz, y entonces *¡pam!*, salí por el tejado a la mañana otoñal.

No sentía el frío. No sentía el viento que despojaba los árboles de las últimas hojas que quedaban unos días antes de Acción de Gracias, cuando la gente daría gracias por la comida que tenían que comer y el agua que tenían que beber y el amor que tenían que profesar con el fin de hacer que las familias a las que necesitaban estuvieran protegidas de la muerte y de quedarse solas en este mundo. No sentía nada de eso mientras flotaba por encima de la casa de los Highsmith, por encima del cuerpo en el que había vivido durante quince años.

Allí arriba me estaba expandiendo, mis brazos se alargaban hacia ambos lados del horizonte, mi cabeza se hacía cada vez más amplia y plana, mientras mis piernas se movían como la cola de una ballena detrás de mí. Al mirar abajo, vi la casa de los Highsmith como si fuera una casita de muñecas. Le faltaba una de las paredes, revelando su interior: la sala de estar y los dormitorios; la escalera que unía los diferentes pisos; varias muñecas en varias habitaciones, viviendo sus vidas de plástico con sus perros de plástico y sus gatos de plástico y sus botellas de leche de plástico y sus sartenes de plástico friendo sus huevos de plástico en la cocina.

En el sótano de la casita de los Highsmith, la chica estaba metiendo la ropa del cuerpo en la lavadora. Echó un cacito de detergente y cerró la puerta de un golpe. Después subió corriendo la escalera hacia la cocina. Luego subió corriendo de la sala de estar al pasillo del primer piso, por donde fue corriendo hacia el cuarto de baño, moviendo sus diminutos labios. Estaba diciendo el nombre del cuerpo, estaba diciendo:

—Venga, Adam. Sal de ahí. Necesitas meterte en la cama y dormir.

En cuanto dijo el nombre del cuerpo, la gravedad tomó el mando y caí en picado como una roca lanzada desde el cielo. Caí, otra vez por el desván polvoriento, por el techo, y entré en el cuarto de baño, de vuelta al cuerpo, como un ascensor que se para bruscamente. Parpadeé y la escuché llamarme.

—Venga, Adam. Sal de ahí. Necesitas meterte en la cama y dormir.

Cerré el grifo. Al abrir la puerta de cristal esmerilado, me encontré a Gracie esperándome con una toalla. Me la eché por encima, me sequé el pelo y la cara, y luego me la enrollé en la cintura. Gracie me cogió de la mano y me llevó a su habitación, me metió en la cama, y me dejó allí, apagando las luces antes de marcharse.

Hacía semanas que no dormía tan profundamente. Pero ni durmiendo pude deshacerme de lo que había ocurrido. No dejaba de soñar que incendiaba la casa de los Wilkinson. Seguía encendiendo ese trozo de madera que colgaba del techo del porche, Frances seguía llamándome hijo de puta y Jamie seguía diciéndome que debería marcharme. Cada vez que lo decía, el estómago se me encogía y yo me encorbaba, esperando que lo retirara. Pero nunca lo hacía. Simplemente volvía a darse la vuelta y a llevar a Frances de vuelta a su tumba.

Agradecí despertarme a media tarde con la cara de Gracie sobre la mía, con sus mechones castaños rozando mi cara.

—Despierta, Adam —susurró—. Mis padres están a punto de llegar. Despierta.

Me incorporé, frotándome los ojos, y le pregunté qué hora era.

—Ya son más de las cuatro —dijo Gracie—. Necesito que seas invisible cuando mis padres lleguen a casa.

—¿Y dónde me tengo que esconder?

Señaló su armario vestidor.

—Ahí —respondió—. Por si alguno entra en la habitación para algo. Lo más seguro es que no pase, pero es mejor prevenir que curar.

Yo no quería esconderme en el armario. No quería sentarme a oscuras y pensar en carne mojada o lobos aullando, pero Gracie llevaba razón. Teníamos que tener cuidado o no escaparíamos nunca. Así que cuando su madre llegó diez minutos más tarde, me metí en el armario. Antes de que Gracie cerrara la puerta, le dio a un interruptor y se encendió una luz en el techo, por lo menos no me quedaba a oscuras.

Estuve allí dentro durante lo que me pareció una eternidad, y la verdad es que aquello era lo más aburrido del mundo. Sin libros, sin música, sin juegos. Como tenía tantas cosas en la cabeza y algo de tiempo que consumir, me puse a pensar en mis problemas, a atarlos bien, como diría mi abuela. Uno, dos, tres. Los puse en orden y fui uno por uno.

Lo primero en lo que pensé fue en que me había convertido en un delincuente de un modo lento pero seguro. No en el mal sentido, tipo asesino o violador. Sino en un sentido que la gente realmente no entendía o del que no se hablaba mucho. Había cometido el delito de no seguir la norma. Había cometido el delito de no hacer. La mayoría de los delitos se cometen cuando la gente hace lo que dicen que no se tiene que hacer, pero mi delito fue no hacer lo que se supone que tenemos que hacer. No escuchaba a mis padres. No acudía a las citas con el doctor Phelps. No me quedaba en casa como un buen chico de quince años. Me escapé corriendo de mi casa en vez de correr en el equipo de atletismo. Era un no hacedor, en vez de un malhechor,

aunque de algún modo ambas cosas se habían agrupado. Y ahora, además de no hacer, había incendiado una casa. Aunque la casa había estado abandonada durante unos setenta años, no era excusa. Según las normas de los vivos, incendiar casas, incluso las abandonadas, no es un buen comportamiento.

Lo segundo en lo que pensé fue en lo leal que era Gracie. Para ser una chica con la que casi no había hablado durante la mayor parte de mis quince años de vida, para ser una chica que parecía desconfiar de la gente en general y que sospechaba lo peor en cualquier situación, en seguida compartió sus secretos, en seguida rozó su cuerpo contra el mío, en seguida entendió desde el punto de vista correcto que mis cagadas no eran en realidad cagadas. No se suele encontrar a gente así demasiado a menudo. Por lo menos, no tan fácilmente.

La verdad es que me sentía mal. Me refiero a que es muy fácil ver los errores al mirar atrás. Después de plantarme en la puerta de su casa, apestando a humo y todo arañado de chocar contra los árboles, me sentí como el tonto que decía que era desde que nos conocimos en la tumba de Jamie. Hasta el momento, ya le había robado una piedra en forma de corazón, puede que le hubiera robado a Jamie (de eso no estaba muy seguro, ya que no parecía que él fuera a quedarse con ella) y lo peor, había ignorado sus llamadas después de que casi hubiéramos tenido sexo. Y durante todo ese tiempo, ella se había estado abriendo a mí, había estado haciendo planes para escapar juntos, me había dejado entrar cuando había necesitado un lugar para esconderme. La verdad, eso sí que era amistad y amor en uno. Gracie estaba de mi lado, no como otros. Y no me refiero solo a mi familia. Tenía un dato más que añadir a la lista de mis conocimientos sobre la muerte, así que cogí el cuaderno de la mochila y, escondido en el armario, apunté:

13. Los muertos son tan poco de fiar como los vivos. Cerrarán filas cuando llegue el momento de escoger un bando.

Después de pasarme unas horas pensando en todo aquello, Gracie volvió con un bocadillo de jamón, que para mí fue lo más maravilloso del mundo. No había comido en más de veinticuatro horas y, aunque tampoco es que estuviera muerto de hambre, lo devoré. Más tarde, nos acurrucamos en el suelo del armario, nos besamos y nos acariciamos hasta quedarnos dormidos con algo de ropa de Gracie amontonada bajo la cabeza como si fueran almohadas. Gracie puso el despertador a las cinco de la mañana, así podría meterse en la cama antes de que sus padres entraran para despertarla. Ella siempre pensaba en ese tipo de cosas. Me alegraba que estuviéramos juntos; por primera vez en mi vida, sentí que podía depender de alguien.

Por la mañana, la alarma pitó como si se fuera a acabar el mundo y Gracie se fue tambaleando a su cama como había planeado. Una hora más tarde, tal como también predijo, sus padres ya estaban en pie. Se escuchó el ruido de la ducha y el silbido del hervidor en el piso de abajo. Luego se escucharon pasos en la escalera y de pronto

alguien llamó a la puerta de Gracie, y antes de que ella dijera nada, la señora Highsmith entró.

—Grace —dijo—. Levanta, Grace. Es hora de empezar el día. Tienes que terminar la lección de álgebra y no te olvides del trabajo sobre *El diario de Ana Frank*. Lo quiero hecho antes de que nos vayamos a casa de tus tíos. Venga, vamos. Muévete, Grace.

Uf, qué pesada. Me refiero a que mi madre también me despertaba, pero simplemente se aseguraba de que me levantaba a tiempo para irme en coche con Andy. No me planificaba los tres días siguientes como si fuera mi secretaria o algo así.

Cuando la señora Highsmith se fue a la biblioteca, Gracie abrió el armario, y antes de que empezáramos el día, nos metimos en la cama y la palabra girasol volvió a abrirse. En ese momento, las letras brillaban en tonos dorados y marrones en mi cabeza, y se habían hecho más grandes desde la última vez que las vi. Girasol era ahora del tamaño de las letras en las cubiertas de mis libros del instituto. Me imaginé que seguirían creciendo hasta alcanzar un día el tamaño de una valla publicitaria. Sería un anuncio enorme. En la valla no aparecería nada más que la palabra girasol. La gente pasaría con el coche y, de pronto, le entrarían ganas de salirse de la carretera y parar en un lugar a cinco minutos de la autopista donde se pudiera aparcar en una zona semiprivada con sombra y pasar un rato con quien estuvieras en ese momento para entender lo que significaba aquella palabra.

Después bajamos al piso de abajo, nos sentamos en el sofá de la sala de estar y nos pusimos a charlar.

—No son tan malos —dijo Gracie, refiriéndose a sus padres—. Es solo que no me captan. —Su madre era bibliotecaria en la pequeña biblioteca de una sala que había en la plaza del pueblo, al lado de la farmacia Rexall, y su padre era el encargado de los mecánicos de Amtrak, en Cleveland, a una hora y media de camino—. Antes mi padre también era mecánico —dijo—, pero ahora tiene a los demás a su cargo.

Por el aspecto de la casa, se ganaban bien la vida. Los tapizados eran de piel y tenían una de esas alfombras blancas en las que queda un rastro de huellas aún más blancas al pisarlas. Y todas esas plantas y helechos en las esquinas, al lado de la escalera y entre las sillas. También tenían cuadros de paisajes colgados. Y el comedor ocupaba una habitación entera, no estaba dividido por una cocina tipo isla. Y en la cocina, todo era de acero. Todo lo que había allí relucía.

A mi madre le habría encantado una cocina como la de los Highsmith. Nuestra cocina era toda armarios de madera falsa de color claro con enormes tiradores de los ochenta, que fue la última vez que mis padres se pudieron permitir hacer reformas, y la isla que dividía la cocina y el salón estaba toda marcada de señales de cuchilladas. No me había dado cuenta de esas cosas las primeras veces que había estado por allí, la verdad es que solo había visto la entrada principal durante los dos segundos previos a que Gracie me llevara corriendo a su habitación para ver las piedras y

conocer nuestros cuerpos. Pero en aquel momento tenía la oportunidad de ver la casa mientras ponía a Gracie al corriente de lo que había pasado la mañana anterior. Ella me dijo: «Detalles, Adam», así que yo se los di, incluyendo la verdad sobre Frances. Lo único que no comenté fue que Jamie se había puesto de parte de Frances. Cuando pensaba en eso, se me hinchaba la garganta y notaba como si los ojos se me fueran a salir de las cuencas, así que me salté esa parte.

Después de contarle lo de Frances, Gracie simplemente se quedó mirando la alfombra.

—¡Vaya! —exclamó—. Pues sí que es flipante lo de Frances *la Flipada*.

Yo sabía que Gracie estaba pensando en lo que había hecho el padre de Frances, en que nadie la había ayudado, ni a ella ni a su madre, en que nuestra historia no se acercaba ni de lejos al porqué de lo que había hecho. La llamábamos loca y nunca nos preguntamos qué le había hecho comportarse así. Pude ver que la historia iba cambiando en su interior. Se le movían los ojos, le temblaba el labio inferior. Luego Gracie dijo:

—Pobre chica.

—Tampoco le tengas demasiada lástima —dije—. También se comportó como una arpía.

—Bueno, ¡pero eso es porque estaba muy jodida! Yo también sería una arpía si me ocurriera toda esa mierda y luego, encima, tuviera que matarlos todas las mañanas durante toda la eternidad.

—No —dije—. No me has escuchado bien. Ella no tiene que matarlos. Lo hace porque le encanta. Es lo único que tiene, eso dijo. Podría parar si quisiera.

Gracie me miró fijamente, luego volvió a mirar al suelo. Al cabo de unos minutos, levantó la mirada como si aquella conversación nunca hubiera tenido lugar y me preguntó si quería desayunar algo.

Hizo tostadas, salchichas y huevos, y nos sentamos a comer en el salón como si fuéramos sus padres: yo en un extremo de la larga mesa negra brillante, ella en el otro extremo mirándome de frente. Estábamos muy callados, solo se escuchaba el sonido de los tenedores contra los platos y el de los vasos de zumo de naranja al dejarlos después de beber. Había manteles individuales debajo de los platos a juego con las paredes color borgoña, y esos servilleteros pequeños de madera que sujetan las servilletas de tela hasta que las sacas y las despliegas para ponértelas en el regazo. Lo hice todo correctamente, me coloqué la servilleta en el regazo, comí a bocados pequeños, bebí a sorbos en vez de a tragos, fui atento al pasarle la sal. Simplemente imité el modo en que pensaba que comía la gente como los Highsmith. Y tenía razón. Imité cada gesto de Gracie y ella ni se inmutó.

Después de desayunar, Gracie se llevó mi plato a la cocina. La seguí y me encontré con que ya estaba fregando las cosas.

—Vaya, qué rápida eres limpiando.

—No quiero dejarlo ahí. Si mis padres llegan a casa y ven dos platos, seguramente se preguntarán por qué estoy ensuciando tantos platos.

—¿De verdad que se darían cuenta de algo así?

—¡Ajá! —dijo—. Son grandes observadores. Pero solo se dan cuenta de las cosas pequeñas. No te preocupes. Soy buena ocultando las cosas de las que se dan cuenta. Nunca se darán cuenta de que hay una persona viviendo en el armario de su hija.

Nos echamos a reír. Luego Gracie cerró el grifo y se secó las manos con un paño.

—¿Cómo lo hizo? —me preguntó. Fijó la mirada en el paño mientras lo retorció entre los dedos—. ¿Qué puso tan nerviosa a Frances como para matarlos?

—Yo diría que simplemente tuvo suficiente —dije—. Todo el mundo tiene un límite.

—Ya lo sé. Aun así. Era muy joven. Tuvo que ser horrible. Tuvo que sentirse muy sola.

—Para —dije, y Gracie levantó la mirada.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

—No, es solo que... ten cuidado. Este es el tipo de conversación que nos metió en esto en primer lugar.

—Solo estaba pensando.

—Ya lo sé. No te lo digo por eso, te lo digo por el cariño.

Ella asintió.

—Ya lo sé —dijo, se apartó y enganchó el trapo en el pomo del armario—. Ya lo sé.

Al final, solo hizo falta una hora para que la casa de los Wilkinson se redujera a cenizas. Lo leí en el periódico después de desayunar. El incendio de la casa salía en la página tres. En la página uno, en la mitad superior de la hoja, salía una fotografía de Jamie. «Detenido posible sospechoso del asesinato de un menor», decía el titular, y me dio un vuelco el corazón. La única información real era la que aparecía en el titular, que habían encontrado a un hombre de unos treinta años que podría haber sido el asesino de Jamie y que continuaban con la investigación.

En primera plana, en la mitad inferior, aparecía mi foto. El titular decía: «Desaparece un joven de la zona». También mencionaban a Jamie y que mis padres tenían miedo de que pudiera ocurrirme lo mismo que a él. También decían un montón de tonterías sobre que yo estaba hecho un lío y que estaba yendo al psicólogo, y sobre cómo ponerse en contacto con la policía si alguien me encontraba. No había recompensa, ni tampoco esperaba que la hubiera. Mis padres no tenían suficiente dinero para recompensar a nadie por encontrarme aunque quisieran.

—Parece que te estás haciendo famoso —comentó Gracie, leyendo por encima de mi hombro.

—Sí —afirmé—. Famoso por ser raro.

—Tú no eres raro —dijo, levantando la mirada del periódico—. Son ellos. Ellos son los raros. Solo que ellos te superan en número. Que sean más no los convierte en normales.

Fue extraño pasar un día entero sin padres alrededor que nos molestaran. Vimos la televisión, yo en una punta del sofá y Gracie estirada con la cabeza apoyada en mi regazo. Me dejó tener el mando a distancia, lo cual resultaba algo violento. Por primera vez en mi vida tenía el control de los canales y ni siquiera era en mi propia casa.

Estuvimos viendo concursos, pero cuando dieron las noticias locales a mediodía empezamos a espabilarnos. Fue cuando la presentadora esa empezó a hablar sobre el sospechoso del asesinato de Jamie que habían detenido y nos incorporamos para escuchar mejor. Queríamos algo de información que cambiara el modo en que nosotros entendíamos la historia. Pero aquella señorita no tenía mucho que decir, excepto que había un hombre de unos treinta y pico años que había sido detenido, posiblemente un vagabundo, y que informarían en cuanto fuera posible. Lo mismo de siempre.

Después entrevistaron a la madre de Jamie. No había hablado en los últimos dos meses, desde que empezó todo, pero ahora parecía que se hubiera vuelto loca y que al final sí tenía algo que decir.

La entrevistaron en casa de los Marks, en la que en realidad no había estado nunca, estaba bien ponerle un interior al exterior que siempre había visto al pasar por allí corriendo. Al principio la cámara mostró la casa gris sin pintar con todas esas casetas para perros alrededor. La paja amarilla se salía de las casetas y los perros corrían de acá para allá por el patio embarrado. También tomaron un plano de los surcos de los neumáticos del tráiler de dieciocho ruedas del señor Marks, una imagen penosa, pero fue incluso más penosa cuando entraron.

Estaba sentada en la sala de estar, que era más o menos del tamaño de mi habitación. Había una televisión vieja con una antena encima, un sofá andrajoso con un estampado de flores descoloridas, una silla que no hacía juego y un estante para libros con figuritas de un nacimiento en vez de libros: María, José y el niño Jesús en el pesebre. Todo parecía apelotonado, como si no hubiera suficiente espacio, pero quisieran que todo lo que formara parte de una sala de estar normal encajara.

La señora Marks llevaba un jersey gris con agujeros, y mientras hablaba se escuchaba a los perros de afuera, ladrando y aullando. Dijo cosas que me hicieron pensar que aquella mujer era cuestionable. Dijo cosas que me hicieron pensar que no conocía de verdad a su hijo.

—Entonces, dígame, señora Marks —dijo la presentadora—. ¿Cómo describiría a Jamie?

—Era un niño encantador —explicó la señora Marks—. Siempre estaba intentando ayudar con cualquier cosa. Nunca tenía que preocuparme por si hacía cosas que se suponía que no debía estar haciendo, como algunos jóvenes de hoy en

día. Era *boy scout* y siempre estaba metido en algún proyecto, siempre consiguiendo esas insignias. Le confieso que nunca entendí por qué le gustaba tanto ese grupo. Pero suponía que algo estaría haciendo bien si mi hijo quería pertenecer a los *boy scouts*.

—¿Y cómo se siente ahora que han detenido a un sospechoso?

—Solo le digo una cosa —dijo la señora Marks. Se puso derecha y se colocó los dobles del jersey lleno de agujeros—. Espero que hayan encontrado al hombre que mató a mi niño, porque entonces la venganza de Dios se podrá llevar a cabo. La muerte de Jamie ya no será en vano. Él lo habría agradecido.

La señora Marks mostró una sonrisa engreída después del discursito. Yo puse los ojos en blanco.

—Menuda sarta de gilipolleces.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gracie.

—Esa mujer está utilizando totalmente la muerte de Jamie para dar testimonio de su éxito como madre. Que era encantador, dice, y por supuesto nosotros tenemos que decir: «Pobre mujer». Que era *boy scout*, dice, y por supuesto nosotros tenemos que decir: «Qué pena». Solo le ha faltado pedirle a todo el mundo que se compadezca de ella. Pues claro que Jamie es encantador, pero ¿qué tiene que ver eso con ella? La gente es o no es encantadora. Y lo que ha dicho de que su muerte tendría sentido si llevaban al asesino ante los tribunales. Mira, ¡qué montón de gilipolleces! Aunque ese hombre resultara ser el asesino, no haría que las cosas tuvieran sentido. Jamie no habría muerto de repente por ninguna buena razón. Seguiría estando igual de muerto. Joder, y para mí que ese es un detalle importante. No cambiaría su historia.

—Vale —convino Gracie—. Tranquilízate.

Nos pasamos el resto del día comiendo patatas fritas y bebiendo cola, viendo telenovelas como si fuéramos mi madre y Lucy. Jugando a las casitas. Yo no tenía ni idea de lo que pasaba en las telenovelas, pero cuando acaba cada episodio, ya me había enterado de las relaciones entre todos y de las putadas que se hacían. Había muchos divorcios y romances secretos e hijos que habían sido criados por un padre, pero que en realidad eran de otro. Y gente en coma que había estado en coma como cinco veces más, como si ese fuera el curso normal de los acontecimientos. Además, en todas había un hombre o mujer malvada que vivía exclusivamente para arruinarles la vida a los demás, algo que tenía cierto sentido, creo. Una de las malas, que se llamaba Gina, me recordaba a Lucy. No paraba de intentar romper esa típica familia americana a la mínima oportunidad, pero ellos se mantenían unidos contra sus complots para destrozarse el amor que se tenían. Al final siempre acababa pareciendo una tonta, algo que me sacaba de quicio, porque yo era igual. *Joder*. Los de las telenovelas pueden mantener su mierda unida, pero los tontos del culo de mi familia no.

A eso de las cinco de la tarde, Gracie dijo que su madre llegaría pronto a casa y que sería mejor que volviera al armario. Esta vez cogí un libro del estante de la sala de estar, así que no tendría que pensar en nada.

Me puse cómodo en el armario y empecé a leer el libro que había cogido, que iba sobre ese chaval que va a un colegio privado y que siempre se está metiendo en líos y que odia al mundo en general, pero que puede permitirse gastarse un montón de dinero en viajar a la ciudad de Nueva York, para escapar de sus problemas. Era interesante, pero no dejaba de preguntarme, *¿de qué coño se queja?* No le resultó nada difícil llegar adonde iba. No tuvo que mentir, ni robar, ni estafarle dinero a nadie. Simplemente se fue y nadie le echó de menos porque iba a un internado y eran vacaciones de Navidad, y sus padres no lo echaban de menos porque estaban acostumbrados a que otra gente cuidara de sus hijos. Así que el chaval tiene su propio dinero y puede gastarse la pasta cuando quiera, en trenes o en taxis, o en emborracharse, o en alquilar una habitación y llevarse a prostitutas para manosearse. Por supuesto que después se arrepiente de todo, pero entonces simplemente va y vuelve a hacer algo estúpido, aunque la verdad es que no tiene que preocuparse porque tiene suficiente dinero para fabricarse una vida nueva y olvidar la que acaba de joder. Al final, va a terapia. Pues vale.

Fue después de que hubiera acabado de leer cuando escuché a gente gritar en el piso de abajo. Intenté pegar la oreja al suelo, pero el sonido se amortiguaba, así que al ver que los gritos no paraban, me levanté, me deslicé hacia la puerta y la abrí un poquito. Pude escuchar mejor las voces, pero todavía no lo suficiente, así que la abrí un poco más y escuché más atentamente.

Era el señor Highsmith gritándole a Gracie y ella gritándole a él. En seguida quedó claro que estaban gritándose por mí. La voz del señor Highsmith subía resonando y retumbando por el hueco de la escalera, deteniéndose estrepitosamente detrás de la puerta de Gracie, pero lo único que podía hacer yo era quedarme quieto y seguir callado, porque si se enteraban de que estaba allí, se acabaría todo. No habría escapatoria a lo desconocido, donde quizá las cosas fueran mejores.

Estas son algunas de las cosas que se dijeron:

—¡Si sabes dónde demonios está, será mejor que nos lo digas, jovencita!

Y:

—Solo tienes que echar un vistazo a esa maldita familia McCormick para ver que ahí hay un problema. Esa Linda es una chiflada, siempre por ahí con Lucy Hall, que la dejó paralítica, ¡por el amor de Dios! Y el padre sin duda no se merece trabajar ni un solo día.

Y:

—No quiero ni escucharlo. ¡A mi hija no se la va a relacionar con una basura como Adam McCormick!

Ese tipo de cosas son suficientes para hacer que una persona se sienta bastante mal y empecé a sentirme así bastante rápido. Agarré el pomo y lo giré mientras el

señor Highsmith seguía metiéndose conmigo y con mi familia, su voz iba retumbando como un borracho por el pasillo. Algunas de las cosas que decía eran ciertas y eso me provocó náuseas. Yo me consideraba un buen observador de mis defectos, pero no me había dado cuenta de muchas de las cosas que él había mencionado, lo cual me hizo pensar que quizá hubiera incluso más cosas malas sobre mí y mi familia que yo no sabía. Lo único que me detuvo de estallar como un loco y salir disparado de la casa de Highsmith en ese mismo instante fue lo que le contestaba Gracie gritando.

—¡No tengo ni idea de dónde está Adam y aunque lo supiera, no te lo diría!

Y:

—¡Es que eres tan ignorante que ni siquiera te das cuenta! ¡Solo eres un mecánico de trenes viejo y tonto que se cree mejor que los demás!

Y:

—Adam McCormick es una buena persona. Es honrado, no como otros. Tú no sabes nada de él. Si lo conocieras, cerrarías la boca y te darías cuenta de que lo que dicen todos esos periódicos y esos estúpidos cotilleos es una sarta de gilipolces. Pero es mucho más fácil juzgar a los demás, ¿verdad, papá? ¡Eres tan idiota! ¡A veces desearía que no fueras mi padre!

La señora Highsmith interrumpió la pelea.

—¡Basta! —gritó—. Esta pelea no tiene razón de ser. Gracie, tu padre simplemente te ha hecho una pregunta porque está preocupado. Ese chico anda suelto por ahí. Estamos preocupados. No hay razón para enfadarse.

—Adam no anda suelto por ahí, mamá —corrigió Gracie. Podía escuchar cómo apretaba los dientes al hablar—. Simplemente es otro de esos chicos a los que la gente trata mal porque pueden, justo lo que me estáis haciendo vosotros ahora mismo.

—¿Piensas que estamos siendo duros contigo? —gruñó el señor Highsmith—. Será mejor que respetes a los mayores, jovencita, o acabarás llorando y con razón.

De repente, Gracie subió la escalera dando golpes, así que me metí corriendo al armario. Cerré la puerta justo cuando entraba en la habitación. Fingí que estaba durmiendo, así que cuando Gracie abrió la puerta, con las mejillas llenas de lágrimas, hice como si me despertara y dije:

—¿Qué pasa?

—Nada. —Se sentó a mi lado con las rodillas contra el pecho—. Son los idiotas de mis padres. Saben quién eres, y hace un par de semanas que me voy por ahí a pasar el rato, y están preocupados por ese estúpido artículo del periódico.

—No es para tanto —dije—. Solo son padres. —No dejé que notara que estaba molesto porque nunca había escuchado lo que otra gente pensaba de mi familia. A ver, ya me olía algo, pero es muy duro escucharlo directamente de la boca de alguien que lo dice pensando que no estás cerca.

Gracie sorbió, así que le di una palmadita en la rodilla y le di un beso. Después me aparté, me miró con los ojos brillantes por las lágrimas y me dijo:

—Adam, te quiero.

La miré con un gesto vacío, estoy seguro, porque al final bajó la mirada y dijo:

—Solo quiero que lo sepas.

—Gracias —dije. No podía decirle lo mismo, pero la cogí, la palabra «querer», y la coloqué al lado de «girasol» y «*ad infinitum*». En cuanto lo hice, empezó a latir un pulso débil contra mi pierna. Miré hacia abajo y vi el contorno del cuarzo rosa con forma de corazón de Gracie en mi bolsillo, que no dejaba de emitir un ruido sordo cada vez más suave y más cálido. Cada latido era la palabra «querer», una y otra vez, y a partir de entonces, no dejó de latir contra mi pierna.

Gracie no pasó la noche en el armario. Tenía miedo de que sus padres entraran para querer disculparse o esperando una disculpa. Así es como funcionaban las cosas en su familia. En la mía no pedíamos perdón, ni siquiera cuando sabíamos que no teníamos razón o que nos habíamos portado mal con el otro, así que en realidad no creí a Gracie hasta que, una media hora después de que subiera corriendo por la escalera, alguien tocó a la puerta. Gateó por el suelo del armario y cogió un pijama que había colgado en la parte de atrás de la puerta. Así que cuando su madre entró un segundo después, pareció que se había metido al armario para prepararse para ir a la cama.

—Grace —dijo la señora Highsmith—. ¿Estás bien, cariño?

—¿Qué quieres?

—Tu padre lo siente mucho, cielo. Por favor, baja a ver la televisión con él un rato e intentad limar asperezas.

—Estoy cansada —dijo Gracie. Podía verla por el espejo, de pie al lado de la cama, apretando el pijama contra el pecho.

—Bueno, baja y dale las buenas noches por lo menos —le suplicó la señora Highsmith—. Ya sabes que tu padre no dormirá hasta que sepa que habéis hecho las paces.

Gracie suspiró.

—Vale —dijo—. Bajaré en un minuto.

Cuando su madre se fue, volvió al armario.

—Esta noche tengo que quedarme en la cama —dijo—. Pero escucha. Por la mañana, mis padres y yo nos vamos a desayunar con mi tío y mi tía a Youngstown. Luego seguramente iremos de compras o a ver una peli. Es lo que hacemos los sábados. Pero tú y yo tenemos que estar en Youngstown poco después de medianoche para coger el tren de la una. Así que necesito que hagas un par de cosas mientras estamos fuera.

—Claro —dije—, lo que quieras.

—Vale —dijo Gracie—, pues esto es lo que quiero que hagas.

Por la mañana, los Highsmith se fueron tal como dijo Gracie, y cuando vi que ya era seguro, salí del armario y fui a la habitación de sus padres para abrir el cajón de en medio del tocador como me había dicho ella. Dentro había un motón de ropa interior

blanca doblada del señor Highsmith, pero en cuanto levanté la capa de arriba, encontré el sobre blanco que me había dicho Gracie. Era delgado, así que no esperaba que hubiera mucho dinero dentro, pero cuando me senté en la cama de matrimonio extragrande y sacudí el sobre para que el dinero cayera en la colcha, lo que salió fueron billetes de cincuenta y de cien dólares. Mil quinientos dólares. No había visto tanto dinero junto en mi vida.

Intenté calcular cuánto coger. Gracie no lo había especificado. Tenía que dejar un poco para que el señor Highsmith no se diera cuenta, pero tenía que coger suficiente para asegurarme de que estaríamos bien. Decidí que quinientos. Eso dejaba una cantidad considerable en el sobre, así si el señor Highsmith lo abría, vería suficientes billetes como para pensar que nadie había metido la mano. Calculé que quinientos dólares sería suficiente.

Después de meterme el dinero en el bolsillo delantero al lado del corazón de Gracie, introduje el resto en el sobre y lo volví a poner en el cajón con mucho cuidado, colocando la ropa interior doblada como si fuera la mismísima señora Highsmith. Aquello había resultado bastante sencillo.

Durante el resto del día, piqué un poco de las sobras que había en el frigorífico y miré la televisión hasta que se hizo la hora de volver a esconderse. Cuando los Highsmith volvieron por la noche, yo ya estaba durmiendo en el suelo del armario. Gracie me dejó dormir hasta casi medianoche y entonces me despertó zarandeándome y me dijo:

—Adam, es la hora. Vamos.

Había llenado una mochila morada con ropa, comida y algo de dinero suyo. Se la colgó a la espalda y se llevó el dedo a los labios mientras se dirigía hacia la puerta. Yo la seguí, bajamos la escalera a paso ligero, cruzamos la sala de estar y la cocina, y salimos por la puerta de atrás.

—¿Y ahora qué? —susurré, y Gracie sonrió abiertamente, sus dientes brillaron bajo la luz de la luna. Levantó un juego de llaves que brillaron tanto como sus dientes.

Se metió en el coche de su madre y lo puso en punto muerto. Luego lo empujamos agarrándolo de las puertas. Gracie cogió el volante con una mano y cuando ya estuvimos en la carretera, se metió y yo empujé el coche un poco más hasta estar del todo seguros.

—Ya estamos lo bastante lejos —dijo al final Gracie, y cuando arrancó el motor, yo también me metí de un salto. Luego encendió las luces, metió la marcha y de repente el ruido sordo del cuarzo rosa de mi bolsillo empezó a escucharse más fuerte y más rápido—. Agárrate —avisó, pisando el pedal. Y así fue como salimos del pueblo para introducirnos en la oscuridad de un país desconocido.

Un lugar en el que nunca has estado

Salimos del pueblo en menos de cinco minutos, después bajamos por Vienna, el siguiente pueblo, pequeño como el nuestro, con la misma plaza del pueblo y el mismo cañón de la Segunda Guerra Mundial en mitad de un campo de césped; el mismo quiosco para conciertos en el que ya no se daban conciertos y la misma tienda de la esquina donde todo el mundo iba a por gasolina los domingos por la tarde; las mismas carreteras secundarias que salían como capilares de los caminos rurales a las calles principales y las mismas iglesias con la misma gente dentro los domingos, rezando o arrodillándose o santiguándose; los mismos campos de maíz que, conforme nos alejábamos, empezaban a desvanecerse lentamente hasta desaparecer por completo.

Pasado el aeropuerto local, ese triste pretexto para hacer una terminal en mitad de un campo de heno, el paisaje empezó a cambiar y entramos en Liberty, un pueblo en el que, hasta donde alcanzaba la vista, solamente había restaurantes de comida rápida y centros comerciales. Según Gracie, ahí era donde vivía la comunidad judía en nuestra parte de Ohio. Bueno, ahí y en Cleveland, se corrigió a sí misma un momento después. Traté de encontrar algún detalle judío en particular, pero no estaba muy seguro de cómo eran las cosas de los judíos.

Luego Gracie giró a la izquierda por un callejón que se llamaba Gypsy y a la derecha por Quinta Avenida, y ahí fue cuando empecé a darme cuenta de que cuando las calles se llaman callejones, avenidas o bulevares, es que ya no estás en Kansas. Los árboles y las farolas ocuparon las aceras, y así, sin más, llegamos a Youngstown.

Al pasar por los complejos de apartamentos y las casas que parecían villas españolas y mansiones góticas, me acordé de la clase de la señora Motes sobre *La caída de la casa de Usher* y me pregunté cuánto tiempo tardarían en desmoronarse. A la izquierda apareció un parque, una plaza con árboles y zonas de recreo y pistas de tenis, como un oasis en medio de todas aquellas enormes casas victorianas, que ocupaba una manzana entera. Y justo al otro lado de la calle, había un edificio enorme con columnas de piedra que sostenían el techo y amplios escalones que bajaban hasta la acera. «Ese edificio parece griego, no judío», dije, y Gracie me contestó que era el Stambaugh Auditorium, a donde ella y su familia iban a ver alguna obra de vez en cuando.

Después bajamos una cuesta y de pronto nos vimos rodeados por el campus universitario. No era gran cosa. No era como me había imaginado que sería. Edificios de cuatro o cinco pisos sin ningún adorno, no eran tan elegantes como el que parecía griego. Había visto anuncios de la universidad en la televisión desde que era pequeño, pero parecía más grande en la tele que en la realidad. En un abrir y cerrar de ojos, ya habíamos atravesado todo el campus. En la otra parte, en el centro, tampoco había

mucho que ver. Daba la impresión de que la mayoría de los edificios los habían construido hacía un siglo y estuvieran a punto de derrumbarse. Como la granja de los Wilkinson, estaban a la espera de ser incendiados.

Nos paramos en un semáforo en rojo en la esquina de Comercio con la Quinta, donde había algo de gente vagando por las calles, saliendo de los bares o paseando sin rumbo fijo, gorroneando tabaco o dinero. Había un chico sentado contra la pared del teatro, debajo del letrero que decía «Entrada al escenario», y aunque nunca había visto a un sin techo de verdad, en cuanto lo vi, supe que lo era. Estaba ahí sentado, con la barbilla contra el pecho, como si estuviera durmiendo o se hubiera drogado hasta perder el sentido, y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, el sin techo desaparece y aparece otro chaval en su lugar.

El chaval llevaba la ropa sucia, unos vaqueros rotos y la capucha amarilla de la sudadera puesta en la cabeza como si fuera un boxeador. Me quedé observándolo durante un momento, hasta que de pronto se quitó la capucha y me miró. Cuando nuestras miradas se encontraron, me dio un vuelco el estómago. No tenía palabras para describir aquella sensación. Fue como un *déjà vu*, pero en dirección opuesta. Porque lo que vi cuando el chaval se quitó la capucha, fue a mí.

Luego el semáforo cambió, Gracie pisó el acelerador y la miré un momento para ver si había visto a mi otro yo. Pero tenía la mirada fija en la carretera. No estaba seguro de si quería que me hubiera visto también, o si era mejor que yo hubiera sido el único en darse cuenta.

Cruzamos un puente de hierro verde y entramos en una zona en la que simplemente parecía haber aparcamientos vacíos, túneles y bares con motos aparcadas en la puerta y hombres y mujeres con chalecos de cuero que entraban y salían.

—Tenemos que darnos prisa. El tren llegará en diez minutos.

Al no ver ninguna vía, le dije:

—Y entonces ¿por qué no vamos a la estación?

Pero Gracie ya estaba saliendo del coche y echando a correr.

—Está al final de la calle —gritó mirando hacia atrás—. No quiero dejar el coche cerca de la estación. Eso les daría una pista de hacia dónde hemos ido. ¡Vamos!

Me sorprendía el modo en que funcionaba su mente. Pensé que tenía mucha suerte de que alguien como Gracie me hubiera regalado la palabra «querer». Si tuvo claro cómo planear algo así —escaparnos y hacer que fuera posible—, tuvo que tenerlo claro también cuando me regaló esa palabra.

Aquel lugar era raro: una extraña mezcla de hormigón y naturaleza. El cielo se extendía sobre nosotros como papel carbón, pero las farolas ahogaban la luz de las estrellas. A un lado, el contorno de la ciudad surgía del horizonte, las azoteas sobresalían y se hundían como una fila de dientes cariados. Al otro lado, fluía un río color negro petróleo, la luz de la luna ondulaba la superficie. Los árboles se alineaban

a lo largo de la orilla, las ramas sin hojas se extendían hacia el cielo como brazos de mendigos.

Gracie me llevaba un poco de ventaja, pero la alcancé sin problemas. No sabía cómo marcarse un ritmo. Avanzó demasiado rápido durante demasiado tiempo, así que le fallaba la respiración. Cuando volvimos corriendo por el túnel por el que habíamos pasado, sus Dr. Martens resonaron. *Clonc, Clonc, Clonc, clonc*. Como un caballo tirando de un carruaje.

—No corras tanto —grité, el sonido de mi voz retumbó junto al de sus botas. Y cuando se dio la vuelta, vi que me miraba con los ojos entrecerrados.

—¡No tenemos tiempo! —resopló por encima del hombro.

Cuando salimos del túnel, cruzamos la calle y bajamos corriendo por un caminito con un letrero en la entrada: «Estación de Youngstown». Y al doblar la esquina, apareció el edificio: dos pisos de ladrillo marrón blanquecino encajados en la ladera donde los rieles se asentaban sobre sus traviesas.

Me paré delante de la entrada principal que tenía dos puertas bordeadas de cristal esmerilado con dibujos y cerradas con grandes cadenas enrolladas en los pomos de latón. El sitio parecía bastante elegante. Junté las manos y pegué la cara al cristal, pero lo único que pude ver fue la sombra de una barra circular con algunos taburetes alrededor.

—La planta baja es un restaurante —dijo Gracie, cogiendo aire—. Es en el piso de arriba donde tenemos que esperar el tren.

La seguí por una serie de peldaños acoplados que subían a los rieles de la ladera.

—Las puertas de arriba estarán abiertas, así que podremos esperar dentro —dijo—. Habrá un vigilante y algún baño, pero no hay suficiente gente que utilice esta parada como para que merezca la pena abrir una estación con empleados de Amtrak. Mi padre solía trabajar aquí, pero cerraron y lo trasladaron a Cleveland.

Llegamos al final de la escalera y al momento se escuchó un silbido que desgarró la noche. A lo lejos, vimos la luz redonda en la rejilla. Nos quedamos allí de pie con las mochilas colgadas al hombro, comportándonos de un modo normal, y por un instante pensé: *Lo vamos a conseguir, vamos a escaparnos*. Pero en seguida salió un vigilante del edificio para preguntarnos si estábamos esperando el tren. Antes de darme la vuelta para mirarlo, cerré los ojos durante un segundo, preguntándome por qué coño la gente tenía que meterse siempre en nuestras cosas.

Gracie apartó la mirada, así que el vigilante se giró hacia mí. Lo saludé con la cabeza y le mostré una gran sonrisa, con la esperanza de que aquello nos hiciera parecer menos sospechosos. Era un tipo negro y pequeño, y llevaba una insignia de seguridad en el antebrazo, como la de un policía, que me puso nervioso. Su sombra no dejaba de moverse, arrastrándose por el andén, cogiendo la funda de la pistola que llevaba en la cadera. Tenía un transmisor-receptor. El transmisor-receptor también me preocupó. Sobre todo cuando chirrió y una voz preguntó algo que no pude entender. Pensé que podría transmitir por radio que dos chavales estaban tratando de coger un

tren sin sus padres, así que decidí que lo mejor era hacerme amigo de él durante los siguientes cinco minutos.

—¿El tren tiene vagón restaurante? —le pregunté.

Él asintió y dijo que sí. Pero aquello fue un error por mi parte, porque entonces se sintió con derecho a preguntarnos más cosas.

—¿Habéis venido solos, chicos? —preguntó. Pero antes de que pudiera responder, Gracie se giró hacia él y tomó el mando.

—No —dijo—. Nuestros padres están abajo en el aparcamiento, esperando a que subamos al tren. Nuestra madre va en silla de ruedas. —Lo dijo como si mi madre fuera su madre, y eso me hizo sentir como si estuviera intentando robarme a mi madre, pero se me pasó en seguida—. A mi padre le costaría mucho subirla hasta aquí —explicó—. Vamos a visitar a nuestros abuelos por Acción de Gracias.

—Eso está muy bien —dijo el vigilante.

Eché un vistazo por la esquina, buscando a la madre atada a una silla de ruedas esperando en un coche con el sumiso marido que Gracie había introducido en nuestra historia. Pero cuando el vigilante volvió a mirarnos, dijo:

—¿Y decís que están ahí abajo?

Gracie y yo asentimos.

—Bueno, pues yo no veo ni un alma en el aparcamiento —nos dijo—. Lo siento, chicos, voy a tener que meteros dentro hasta que resolvamos todo esto.

Ya *está*, pensé. Se acabó. En un minuto, el tren llegaría y nosotros no estaríamos dentro cuando saliera. Ya me estaba imaginando a mis padres viniendo a recogerme, a mi madre con gesto de dolor, a mi padre con ese hoyo que se le formaba en la frente cuando se enfadaba, a Lucy arrastrándose por detrás y moviendo la cabeza con gesto de decepción mientras su sombra se regocijaba. De pronto noté como si fuera a vomitar y me puse la mano en el estómago revuelto. Pero mientras yo me preparaba para rendirme, Gracie abrió la boca y dijo:

—No es necesario, señor. Están ahí abajo. De verdad. Podemos ir a por ellos si quiere.

El vigilante le echó a Gracie una mirada recelosa, con una ceja arqueada, como debatiéndose entre la desconfianza y no querer meterse en líos si no llevaba razón. Vi la luz redonda de nuestro tren acercándose, noté el temblor en las vías. Deseé que se inclinara por la opción de no querer meterse en líos, como haría la mayoría de la gente. Pero después de un momento, habló por el transmisor-receptor.

—Sí, aquí Gordon en la estación de Youngstown. Tengo aquí a un par de chavales que dicen que se supone que van a visitar a sus abuelos por Acción de Gracias y que sus padres están abajo en el aparcamiento, pero yo no veo a nadie allí. ¿Podéis mandar a un agente?

Se escucharon silbidos e interferencias por la radio, y luego una voz.

—Por supuesto, Gordon. Mantente firme y en un minuto tendrás a alguien ahí.

—Gracias —transmitió Gordon por radio.

—De nada —dijo la radio.

—Lo siento, chicos —nos dijo—, pero si se verifica vuestra historia, aún quedará tiempo para que vayáis a ver a vuestros abuelos.

—Gracias —dije débilmente, balanceándome sobre los talones. Gracie me hizo una mueca como si fuera estúpido. Y cuando Gordon fue a colocarse el transmisor-receptor en el cinturón, me señaló con la cabeza la escalera por la que habíamos subido y entonces, en un segundo, ya las estaba bajando a toda velocidad. Miré a Gordon, que se había quedado con los ojos como platos—. No se preocupe, ¡la cogeré! —Y eché a correr también, dejándole allí arriba mientras nos gritaba que volviéramos.

Antes de llegar abajo, la escalera empezó a retumbar, y cuando llegué al aparcamiento, noté que el suelo temblaba. Levanté la mirada y vi que nuestro tren llegaba con gran estruendo por el este, deslizándose por la vía por detrás de Gordon como una cortina plateada. Cuando se detuvo y dejó de chirriar, escuché que Gracie me llamaba por delante.

—¡Por aquí, Adam! —gritó. Ella ya estaba en la otra punta del aparcamiento, corriendo de vuelta al lugar donde nos habíamos deshecho del coche de su madre. Corrí tras ella, vi que entraba en el túnel parpadeante antes que yo. *Clonc, Clonc, clonc, clonc*, las botas volvieron a retumbar, y cuando la alcancé en el aparcamiento vacío, ya estaba dentro del coche encendiendo el motor. A lo lejos, escuché el silbido de las sirenas de la policía y me di prisa. Gracie metió la marcha en cuanto entré y salimos zumbando con mi puerta todavía abierta. Primero bajamos una calle lateral, luego otra y otra, izquierda y derecha y otra vez izquierda, hasta que nos alejamos de la estación, perdidos en el laberinto de calles gemelas a las afueras de Youngstown.

Cuando por fin nos dirigimos hacia una calle que Gracie conocía, paró el coche un momento, apoyó la cabeza en el volante y dijo:

—Joder, joder, joder, joder. No me lo puedo creer. ¡Joder!

—Tranquilízate —dije—. No es el fin del mundo.

—Pero ¿qué vamos a hacer, Adam? —dijo subiendo el tono de voz en cada sílaba—. Estamos jodidos. Ya está. Se acabó. Ese tren era nuestra única oportunidad de salir de aquí y la hemos cagado.

—No la hemos cagado —dije—. Además, nos hemos escapado. Algo es algo.

—¿Desde cuándo eres Adam *McOptimista*? —dijo.

—La verdad es que la gente no suele llamarme así —dije. Viniendo de Gracie, no sé por qué me entraron ganas de reír—. Por cierto —dije en vez de reírme—, ¿dónde estamos?

Gracie señaló con la cabeza una vieja casa victoriana que había al otro lado de la calle donde estábamos aparcados y dijo:

—Ahí es donde viven mis tíos.

Hasta ese momento había estado enfadada consigo misma, pero de repente, al mencionar a sus tíos, se dejó llevar, entrando en un campo brumoso de recuerdos, y

empezó a contarme historias. Fue como si las hubiera estado reservando para otro momento, pero no estuviera segura de si tendría la oportunidad, así que todas salieron en tropel de su boca a toda velocidad. Si hubiera sido mi hermano, habría pensado que estaba colocado, pero Gracie ya tenía algo de colocada por naturaleza. Me contó que su padre canta ópera cuando se ducha, pero en ningún otro momento. Que su madre amenaza con marcharse cuando cree que el señor Highsmith no le presta la suficiente atención. Que su tío y su tía están todo el tiempo borrachos y se pasan los fines de semana sumidos en un sopor etílico, y que casi se pueden ver los vapores saliendo de sus bocas cuando hablan. Que todos los sábados su madre, su padre y ella van a visitarlos, y que sus padres beben con ellos, y que le dan dinero para coger el autobús que va al centro para que vea una película mientras los mayores juegan a las cartas y se ponen hasta arriba de alcohol. La interrumpí en ese punto y dije:

—¿Me estás diciendo que antes de marcharnos, cuando viniste con tus padres a Youngstown, fuiste sola a ver la película?

Gracie asintió.

—Pensaba que hacíais esas cosas en familia —comenté—. Según lo dijiste, eso es lo que parecía.

—Sí, ya —dijo Gracie—. Perdona si te di una falsa impresión. Así son los sábados. Mamá, papá, la tía June y el tío Eddie sentados alrededor de la mesa de jugar a las cartas con sus copas. —Se rio—. ¡Ja, ja, ja! —Luego movió la cabeza, con el ánimo por los suelos—. Lo siento, Adam —dijo—. Las cosas no tenían que salir así.

—No me importa —afirmé—. Me refiero a que nunca he estado en Youngstown. Yo diría que ha salido bien. Podemos dejar lo de California para otro momento.

Se giró hacia mí y vi que me estaba mirando como me miraban los chavales del instituto cuando les preguntaba por Jamie.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —preguntó.

Negué tímidamente con la cabeza, luego me miré las manos que tenía apoyadas en el regazo y fingí que en ese momento eran la cosa más importante del mundo.

—¿Me estás diciendo —insistió— que vives aproximadamente a una hora de Youngstown y nunca, ni siquiera una vez, has venido aquí?

Volví a negar con la cabeza.

—Pero ¿qué les pasa a tus padres, Adam?

—Eso nos llevaría toda la noche —contesté, volviendo a levantar la mirada.

Ella asintió, como si le hubiera quedado clarísimo, y volvió a poner el coche en marcha. Antes de pisar el acelerador para volver a recorrer las calles vacías, Gracie me miró y dijo:

—Tenemos toda la noche. Y quiero saberlo. Así que venga, ¿por qué no me lo cuentas?

Mientras ella conducía de vuelta a casa desde Youngstown, empecé a hablar. Al principio fui despacio, intentando decidir lo que iba a contar, cómo lo iba a contar y por dónde empezar. Al rato, todo empezó a fluir convirtiéndose en una sola historia, todas las hebras que yo creía que pertenecían a diferentes hilos se unieron y entonces empecé a contarle cosas de las que nunca había hablado, excepto alguna con Jamie.

—La verdad es que mis padres no están bien —le conté—. Están todo el rato discutiendo y son completamente idiotas. Es como si fueran incapaces de hablar o algo así. Solo se gritan y se chillan, se insultan y se cagan el uno en el otro, y luego se piden perdón. Por eso se quedó paralítica mi madre.

Gracie me miró durante un segundo, interesada.

—¿Qué quieres decir?

Así que se lo conté.

—Se habían pasado todo el día discutiendo, mi madre y mi padre. Que si mi madre no trabajaba y se pasaba el día en casa sin hacer nada, que si mi padre pensaba que eso no era justo, que si trabajaba como un negro en la constructora para una mujer que no dejaba de engordar y dos hijos que eran unos estúpidos y unos inútiles, que si ojalá no hubiéramos nacido, que ojalá nunca la hubiera conocido y nunca la hubiera dejado embarazada como a una vaca, que es lo que era. Y entonces llegó y soltó: «No eres más que un despojo, Linda», y mi madre dijo: «¿Ah, sí? ¿Eso crees? Bueno, pues ahora lo veremos». Luego se metió en el coche y se marchó a toda velocidad. Se iba al bar Abel, o eso dijo, a tomarse una cerveza y a buscar a un hombre de verdad.

—No me lo puedo creer —afirmó Gracie, con los ojos como platos.

—Pero a mitad de camino, chocó de frente con Lucy Hall, que aquella noche iba de camino a su casa, borracha, eso es lo que pasó, venía del Abel. También se había peleado con su marido aquel día, se había ido al bar, se había emborrachado hasta el sopor y se había restregado con todo pueblerino seboso que se le había puesto por delante. Y después, al marcharse para volver a casa con el idiota de su marido, chocó contra mi madre y la dejó paralítica. La odio.

—Adam —dijo Gracie—. ¿Por qué no me lo has contado antes? —Me tocó la rodilla con la mano, con la otra sujetaba la parte de arriba del volante.

Yo me encogí de hombros.

—Creo que porque pensaba que todo el mundo lo sabía —dije, recordando todo lo que el señor Highsmith había dicho sobre mi familia.

Ella negó con la cabeza.

—No, Adam. No todo el mundo lo sabe.

—De todas formas, ¿a quién le importa todo eso? —dije—. Nos tenemos el uno al otro. Eso es lo importante.

Gracie sonrió. Yo sabía que aquello era lo más cerca que podía llegar de decirle lo que ella quería escuchar. Asintió y dijo:

—Tienes razón. Nos tenemos el uno al otro.

Después de pasarnos un rato en silencio y de que yo me quedara mirando por la ventanilla los campos que íbamos pasando y que un par de horas antes había pensado que no volvería a ver nunca, me giré hacia Gracie y dije:

—¿Qué crees que estará haciendo en este momento? ¿Tú crees que está bien?

—¿De quién estás hablando? —me preguntó Gracie. No me miraba. Mantenía la mirada fija en la carretera.

—Ya lo sabes —dije—. De él. Ya no hablas de él. ¿Qué ocurrió?

—Tomé una decisión, Adam. Decidí que no.

—¿Que no qué?

—Que no iba a verlo más. Le dije que se marchara. Le dije que no lo quería. Le dije que había escogido otra cosa.

—¿Y qué escogiste?

Gracie me miró durante un segundo, los girasoles de sus ojos brillaron, los pétalos se desplegaron.

—A ti —dijo.

—Pero podías tenernos a los dos —precisé, y volvió a mirar hacia delante.

—Yo no tengo lo que él necesita, Adam —respondió ella—. Y tú tampoco.

—Él solo necesita que le quieran —le indiqué—. ¿Es que no te acuerdas?

—Necesita algo más que amor —dijo Gracie—. Tú no puedes darle lo que realmente quiere. Nadie puede.

Después de aquello nos quedamos callados durante un rato. Volví a mirar por la ventanilla los campos y los ayuntamientos, los arcos y el breve destello de Sugar Creek al pasar por uno de los muchos puentes que lo cruzaban, y cuando ya se hizo obvio que estábamos volviendo a casa, le pregunté a Gracie:

—¿Ahora qué?

—Ahora solo podemos hacer una cosa —dijo—. Reorganizarnos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tú vuelves a mi armario —respondió—, mientras yo finjo que lo de esta noche no ha ocurrido.

—¿Eso es un plan? —pregunté.

Gracie asintió, girando el volante para tomar una curva.

—Por ahora es lo que hay, Adam —explicó—. Tendremos que esperar hasta que se nos ocurra otra cosa. Si no lo hacemos, se enterarán de que nos hemos escapado juntos y entonces sí que estaremos jodidos.

—Vale —dije—, al armario. —De todas formas, ya me estaba acostumbrando.

Volvimos a casa despacio, tomándonos nuestro tiempo para no parecer sospechosos si pasaba algún coche de policía, hablando únicamente cuando alguno pensaba que nos habíamos equivocado al girar o conocía un camino mejor. A eso de las cuatro de la madrugada ya estábamos de vuelta en el pueblo, suspirando mientras pasábamos por el instituto y la plaza del pueblo y los campos de maíz segados, con los tallos rotos y apisonados. Gracie sabía dónde se escondían los policías locales

para pillar a los que conducían a más velocidad de la permitida, así que en esos puntos —en el Cuerpo de Bomberos voluntarios, en la entrada al pozo de petróleo que había justo en la curva de la autopista 88, en el aparcamiento de la iglesia— condujo con mucha más prudencia. Cuando por fin entramos en su calle, pensamos que habíamos llegado sin problemas, pero cuando íbamos por las vías de al lado de su casa, vimos un coche de la policía parado en la entrada circular que teníamos delante.

—¡Joder! —exclamó Gracie en voz baja—. Ya están ahí. Esto no está pasando. No puede ser. —Paró el coche y apagó las luces.

—No te preocupes —dije—. Contaré que yo te obligué. Me echarán la culpa a mí. Cámbiame el asiento. Yo ya estoy metido en un lío por escaparme de casa. Así será más fácil. —Iba a enumerarle más razones para que dejara que me echaran la culpa, porque estaba seguro de que había suficientes razones, pero antes de que pudiera decirle la siguiente, levantó la mano y negó con la cabeza.

—Para —me interrumpió—. Tengo una idea mejor. —La miré con la boca pausada a mitad de una buena razón. Me miró con el gesto más serio que había visto nunca y continuó—. Sal del coche y métete en el bosque, Adam. Ya. Deprisa. Antes de que salgan y nos vean.

La miré fijamente durante un segundo, luego alargué el brazo hacia el asiento de atrás y cogí la mochila. Cuando abrí la puerta, me giré y dije:

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a intentar convencerlos de que he hecho un viajecito de placer. No tienen por qué saber que has venido.

—Pero entonces vas a asumir tú toda la culpa.

Gracie puso los ojos en blanco.

—Pues sí, pero es mejor que la asuma yo que los dos. ¡Vete ya! Busca algún sitio donde quedarte. Luego, en un par días, ponte en contacto conmigo como puedas, ¿de acuerdo?

—¿Cómo?

—Y yo qué sé —dijo Gracie—. Tú hazlo y ya está. Yo te buscaré.

Iba a volver a irme, pero sentía que aquello no era lo correcto. Me volví a girar y dije:

—Gracias. —Simplemente eso. ¿Qué más podía decir? Por lo menos su plan me daría algo de tiempo para que se me ocurriera otra cosa. Así que me incliné y le di un beso rápido. Su corazón latió con fuerza en mi bolsillo mientras me retiraba y me colgaba la mochila en el hombro. Menos mal que estaba listo para echar a correr, porque en ese mismo momento, de repente, la luz del porche de la casa de los Highsmith se encendió, iluminando el césped delantero, y un segundo después, salió un policía, seguido por el señor y la señora Highsmith.

—¡Vete! —susurró Gracie bruscamente. Y eso hice. Me fui. Corrí tan rápido como pude; solo miré hacia atrás una vez, brevemente, y vi que Gracie metía el coche en la entrada mientras sus padres y el policía salían a toda prisa del porche para

recibirla. Luego me di la vuelta y bajé corriendo por las vías, introduciéndome en la gélida noche de noviembre.

Solo me hicieron falta unos cuantos minutos de recorrido por aquellas vías para darme cuenta de que corría directamente hacia el lugar donde los asesinos de Jamie lo habían enterrado, y pensar en aquello me recordó la noche en la que vi el dedo de Dios dirigiéndose hacia mi familia, lo cual me hizo sentir incluso más desesperado. En aquel momento, al mirar hacia arriba, casi no podía ver las estrellas, así que menos aún el dedo de Dios. Me pregunté adónde habría ido. Seguramente ya habría llegado a la Tierra y estaba buscándome, esperando tenerme a tiro para dar rienda suelta. Aquello me hizo pensar en la faceta de cazador de mi padre y en las tácticas y estrategias de supervivencia que solía enseñarnos mientras nos contaba lo que sucedía en sus expediciones de caza, y que cuando un ciervo se daba cuenta de que le estaba apuntado, corría en busca de la zona más espesa posible para esconderse. Justo en ese momento pensé que lo mejor era que hiciera lo mismo que el ciervo antes de que Dios me tuviera a tiro, así que salí corriendo de las vías y me introduje directamente en la oscuridad cegadora del bosque que había más abajo.

Estaba totalmente oscuro, era como cuando Jamie me llevó al espacio muerto. Mantuve los brazos extendidos hacia delante, apartando las ramas cuando me arañaban la cara, asustándome con cada chasquido de las ramitas, tropezándome con las ramas que había esparcidas en las cuestas y los hoyos del bosque. Me entraron ganas de parar y negociar con Él, me entraron ganas de decirle: «Mira, Dios, no hace falta que uses tu dedo conmigo, dime lo que quieres, solo tienes que bajar el dedo y hablaremos tranquilamente». Pero sabía que aquello era inútil. Mi abuelo había sido un buen negociador y mi abuela siempre decía que no le había servido de nada con el cáncer y que sufrió dolores hasta el final de sus días. Ella siempre intentaba contarle sus diferentes trucos para deshacerse de la desgracia, pero lo único que conseguía era enfadarlo, porque él no creía que fregar el suelo con agua salada o quemar en el horno cosas que apreciabas fuera a hacer que desapareciera lo que te enfermaba. Aquello no hacía más que revivir la misma discusión que habían tenido desde que se casaron, cuando ella tenía dieciséis años y él le dijo que tenía que hacerse de la iglesia protestante y ella le contestó que de ningún modo, que si quería que se llevara a sus hijos, pero que ella no pondría un pie en aquel lugar. Ella era católica, pero de esa extraña manera que mi madre dice que son los católicos en general, porque suelen creer en un montón de cosas mágicas en las que ella no cree, aunque para mí no es que sea el argumento más inteligente del mundo, porque ella no tiene pruebas de que en este mundo no exista la magia y está confiando en una fe invisible de que la magia no existe, que en mi opinión es lo mismo que tener fe en que sí que existe. En cualquier caso, era una vieja lucha familiar, y yo sabía por las oraciones frustradas de mi abuelo que negociando no se conseguía nada. Dios haría lo que a Él le diera la

gana. Con mi abuelo, resultó ser que quería que sufriera durante meses y meses antes de dejarlo marchar.

Ya me había adentrado bastante en el bosque y había parado de correr durante un rato porque no tenía ni idea de dónde estaba y no dejaba de tropezarme, de caerme de boca y acabar con la nariz metida en un montón de hojas húmedas que olían a mantillo y de quitarme insectos de las mejillas, así que pensé que lo mejor era reducir la marcha. De todas formas, aunque los polis supieran que estaba allí, no me iban a encontrar en seguida. Me refiero a que, coño, tardaron dos semanas en encontrar el cadáver de Jamie. No es que fueran muy eficientes.

Pero lo único que conseguía pensando en eso era empeorar un poco más las cosas; parecía tonto, porque estar en el bosque ya entrada la noche, sin poder ver nada, rompiendo ramas, quebrando ramitas y crujiendo las hojas que me rodeaban hacía que todo fuera incluso más espeluznante de lo que ya era de por sí. Ahora no podía dejar de pensar en los asesinos de Jamie, en el asesinato de Jamie y en que allí era donde le habían hecho lo que le hicieron... quién sabe, incluso en el mismo lugar en el que me encontraba en ese momento. Le habían roto un cristal de las gafas, le habían hecho ese corte tan profundo en la sien izquierda, lo habían arrastrado hasta que le sangraron las rodillas, además de los moretones en el cuello hechos por las manos que no lo dejaron respirar. Me pregunté si, de haberme encontrado en esa situación, habría escapado. Eché un vistazo alrededor, no veía nada a un palmo de distancia, y entonces me quedó claro que me podrían haber hecho exactamente lo mismo.

Me puse de cuclillas, observando lo poco que veía del vapor de mi aliento. Empezaba a hacer frío, pero eso no me preocupaba demasiado. Lo notaba, pero por alguna razón me daba igual. Quizá fuera porque tenía demasiada adrenalina recorriéndome el cuerpo, y eso me mantenía caliente. *¿Y ahora qué vas a hacer, McCormick?* Ni siquiera podía encontrar mi propia sombra entre tanta oscuridad para pedirle consejo. Tampoco es que me hubiera sido de gran ayuda antes.

Pero cuando mi mente empezó a tranquilizarse, escuché algo. Al principio pensé que era luz. Ni siquiera sabía lo que significaba, pero pensé: *Escucho luz. ¿Dónde está?* Y cuando mantuve la respiración durante un minuto para escuchar más atentamente, me di cuenta de que lo que escuchaba era el ruido de una corriente de agua. Un chorrito pequeño. Me puse de pie, intentando escuchar de qué dirección venía, porque la única corriente de agua que pasaba por el pueblo era Sugar Creek, y si lo que escuchaba era Sugar Creek, podía encontrar un refugio. Un lugar que solo yo conocía. Eso era justo lo que necesitaba. Un lugar que nadie supiera que existía, excepto yo.

Caminando despacio, tratando de no hacer ningún ruido, me abrí paso con cuidado hacia el sonido de la corriente. Se escuchaba cada vez más fuerte, hasta que al final noté como si el ruido del agua me rodeara, di un paso más y entonces... ¡chap!, ya estaba dentro del agua, hasta las manos y las rodillas, y diciendo: «Joder,

joder, joder», como había dicho Gracie antes, pero de alegría. Cuando salí del riachuelo y volví a la orilla, me quedé allí esperando, a oscuras, hasta que empezó a salir el sol un rato más tarde, lanzando sus rayos a través de las hojas que todavía no habían caído. Y entonces me levanté y seguí la luz que brincaba por la oscura superficie de Sugar Creek, hasta llegar al puente cubierto que atravesaba el riachuelo y por donde pasaban las viejas vías del tren; y por allí cruce al otro lado y continué, cada vez más lejos, hasta llegar al campamento maderero amish.

El campamento era simplemente un círculo recortado en medio del bosque donde trabajó un grupo de amish al que habían contratado para talar árboles cuando yo era pequeño. Después de que acabaran el trabajo, iba a jugar mucho a aquel campamento, me imaginaba que estaba en otro mundo, que era un astronauta en la superficie de Marte intentando encontrar un modo de hacer habitable aquella tierra y de construir casas para que la gente viviera allí. Los leñadores habían construido un cobertizo para refugiarse de la lluvia, que se convirtió en mi fortaleza después de que abandonaran aquel lugar. Todavía seguía allí, apoyada contra un olmo, y también estaban los tres enormes montones de serrín naranja a los que me solía subir para luego bajar rodando, solo que ahora eran más marrones y más pequeños y olían a podrido.

No me acordaba de la última vez que había ido, pero me encantaba estar allí otra vez, de vuelta en mi vieja fortaleza en el bosque donde nadie me encontraría. No era un lugar en el que nunca hubiera estado, como habíamos planeado, no se parecía para nada a California. Pero pensé que quizá fuera mejor estar en un lugar donde nadie que conociera hubiera estado nunca.

Sombras bajo la luz de la luna

La choza no era gran cosa. Estaba construida con tablones de madera vieja sin pintar, ya gris por el paso del tiempo, y estaba un poco más combada hacia un lado que la última vez que la había visto. Eso había sido unos cinco o seis años atrás, cuando todavía iba al bosque para escapar de todo, antes de que empezara a correr. Aparte de estar combada, también había desaparecido la puerta de la entrada, ya solo quedaba un par de bisagras. La ventana recortada en una de las paredes seguía allí, pero habían quitado la hoja, o lo más seguro es que una tormenta la hubiera arrancado y hubiera salido volando. El techo plano cubierto de cartón alquitranado estaba en buen estado en su mayor parte, excepto que ahora era verde por el musgo. Cuando era pequeño, solía subir hasta allí arriba saliendo por la ventana y poniéndome de pie en el alféizar, así cogía impulso para llegar y tumbarme a leer un cómic en el cálido cartón alquitranado. En aquel momento también me apeteció subir, pero seguramente estaría húmedo por todo aquel musgo, y ya estaba bastante mojado por haberme caído en el riachuelo.

En vez de eso, entré y me senté en un taburete de tres patas, y me puse a pensar en la casa del árbol que mi padre había construido para mi hermano y para mí cuando yo tenía seis o siete años. Andy y yo íbamos allí en verano a leer cómics, nos los intercambiábamos. Nos daban dos cómics a cada uno al mes. Yo cogía *Spiderman* y *La Patrulla X*, Andy siempre cogía *Capa y Puñal* y *El increíble Hulk*. Era lo único por lo que nunca discutíamos, la única época de nuestras vidas en la que nos comportamos como verdaderos hermanos. Aun así, cuando encontré la choza en el bosque después de que se marcharan los leñadores amish, aunque pensé que quizá podría ser otro lugar adonde poder escapar los dos, nunca se lo conté a Andy. Éramos capaces de compartir cuando se trataba de cómics y de la casa del árbol que mi padre había construido, pero yo sabía, tal como mi abuela me había enseñado a entender las cosas, que algún día necesitaría un lugar propio adonde escapar.

Observé por la entrada la dorada luz otoñal que iluminaba el claro, las hojas rojas y naranjas que brillaban como estrellas desprendiéndose y cayendo al suelo forestal. El viento era gélido a esas alturas de noviembre, pero solo me di cuenta cuando pensé en por qué no lo notaba tanto como debería. Aunque llevara los vaqueros rotos y rasgados, aunque todavía llevara las zapatillas empapadas por haberme caído en Sugar Creek, aunque solo llevara una cazadora vaquera y una sudadera con capucha debajo como abrigo, si me lo hubiera quitado todo, habría seguido sin tiritar tanto o tan seguido como seguramente debería.

Había un viejo catre de acero en una esquina de la choza que ya no tenía ni colchón, básicamente era un rectángulo largo de muelles oxidados, pero pensé que quizá, con un poco de esfuerzo, podría convertirlo en una cama. Así que salí afuera,

cogí algunos tablones y los metí para ponerlos encima de los muelles. Luego abrí la mochila, saqué la ropa de más que llevaba y la extendí encima de los tablones para que la superficie fuera más blanda. Pero cuando fui a sentarme, la cama chirrió como si estuvieran matando a alguien, así que me agarré y poco a poco fui dejando el peso en la cama hasta asegurarme de que no se iba a caer a pedazos. Luego subí también las piernas.

Al mirar al techo, vi un laberinto de telarañas en un rayo de sol, brillando de esquina a esquina, y en el centro una enorme araña negra que tenía toda la pinta de poder patearle el culo a Carlota, la araña que ayudaba al cerdito Wilbur en el libro ese, *La telaraña de Carlota*, que leí cuando tenía unos diez años y que en su época me pareció bastante chulo, excepto que siempre me sentía mal porque Carlota era muy buena e intentaba que la gente le prestara más atención a Wilbur tejiendo telarañas encima de él donde escribía cosas como «¡Menudo cerdito!», y todo el mundo leía sus mensajes en la telaraña y se ponían como locos con Wilbur por lo que decían los mensajes. Pero yo siempre pensé que lo realmente sorprendente era que una araña supiera leer y escribir. Sin embargo, nadie parecía pillarlo. Luego tuvo hijos y murió, otro sacrificio por el que se supone que tenemos que sentirnos bien, pero que para mí fue una enorme desilusión y de algún modo me recordaba a mi madre, excepto que mi madre tuvo hijos y no murió. En vez de eso, nos tuvo a Andy y mí y se quedó paralítica.

Bueno, por lo menos no estaba solo. Estaba viviendo con *Carlota*. No suponía mucho problema. Podía compartir una choza con una araña.

Al hurgar en mi bolsa, me di cuenta de que todavía tenía los quinientos dólares que había cogido del cajón de la ropa interior del señor Highsmith, además de un cuchillo, una linterna, una bolsa de cereales y una manzana. No tenía mucha hambre, así que dejé los cereales en la bolsa y cogí la manzana, mordí y mastiqué la mitad, pero empecé a notar que estaba ácida y la dejé. Aquella mitad me sentó mal, y al hacer el más mínimo movimiento en la improvisada cama, rulaba por el estómago como un enorme montón de grava, haciendo que me retorciera de dolor, así que lo de dormir aquella tarde como había planeado no pudo ser.

Como no podía dormir, decidí pensar en cosas que quería. Esperanzas. Deseos. En aquel momento de mi vida, no tenía demasiadas esperanzas ni deseos, y la mayoría eran cosas como que esperaba poder correr lo bastante rápido y lo bastante lejos para escapar del alcance del dedo de Dios, así como del alcance de mi chungu familia. Aparte de eso, también esperaba que Gracie estuviera en casa haciendo el trabajo sobre *El diario de Ana Frank* justo en ese momento, porque si lo estaba haciendo significaba que había conseguido convencer a sus padres y a los policías de que había hecho un viajecito de placer sola y no tendrían ninguna pista sobre dónde encontrarme. Por ahora lo único que sabían es que estaba lejos, que ya no estaba cerca del pueblo. Los chavales son capaces de llegar bastante lejos cuando huyen. La policía lo sabe. Si fueran policías inteligentes (lo cual creo que es bastante raro, y por

eso lo añadí a mi lista de esperanzas y deseos), supondrían que ya no estaba cerca y Gracie podría volver a estudiar en casa sola y sus padres empezarían a confiar en ella, y en un par de días, quizá, podríamos volver a vernos.

Había pasado como una semana desde que me había marchado de casa, un día más o un día menos, pero ya había empezado a perder la noción del tiempo. Caí en la cuenta de que me fijaba en la intensidad de la luz para calcular si era por la mañana, por la tarde o por la noche. La noche era fácil. No se pueden confundir la luna y las estrellas, dispersas sobre los árboles como banderas, con otra cosa que no sea la noche. Así que cuando la luz del atardecer fue debilitándose para dar paso a la oscuridad de la noche y los pájaros nocturnos comenzaron a mover ligeramente las ramas, guardé mi lista de esperanzas y me dormí con mayor facilidad. Por lo menos hasta que empecé a soñar.

En mi interior se desplegó un lugar que parecía exactamente igual al lugar donde mi cuerpo se estaba escondiendo en la choza del bosque rodeada de árboles que perdían sus hojas y de un viento de colores variables. Me desperté dentro de esa choza, solo que esta vez la choza estaba dentro de mí, y salí al bosque y bajé hasta Sugar Creek, donde me arrodillé y cogí un montón de agua fría con las manos y me la bebí lamiendo como un perro.

También había más perros. Los lobos estaban aullando. Sus voces se escuchaban por todo el bosque, ya era tarde, y estaba a punto de caer la noche. Pronto oscurecería y los hombres sin piel que habían estado por allí la primera vez que Jamie me llevó al espacio muerto saldrían y me encontrarían donde no estaba preparado para estar, como había dicho Jamie. Y entonces llegaron, gateando entre la maleza y apartando las ramas al pasar, hasta situarse a ambas orillas de Sugar Creek, extendiendo los brazos hacia mí.

—Di algo. Di lo que sea —dijo uno con la voz de alguien que acabara de despertar de una pesadilla, y extendió las manos temblorosas como si esperara que le diera algo de comer. Me aparté de él, pero tan solo corrí un par de pasos antes de darme cuenta de que no iba a poder escapar. Me habían rodeado, me suplicaban que hablara mientras abrían y cerraban sus puños extendidos.

—¡Son mías! —grité—. ¡Mías! —Y entonces se abalanzaron sobre mí, y no podía respirar ni gritar porque me sujetaban mientras el que me pedía que dijera algo me cosía la boca con aguja e hilo.

—Si no las compartes —dijo—, entonces tampoco podrás tenerlas.

Y de pronto volví al mundo real, con temblores y escalofríos que también eran reales, pero no era porque el viento fuera frío, ni por la falta de una manta u otra cosa real que me abrigara en el bosque. Eran por los hombres sin piel, que me habían tocado y me habían hecho temblar. Igual que me había hecho temblar Jamie la primera noche que se acercó a mí.

Me incorporé y la cama chirrió. Ya estaba bien entrada la noche, eché un vistazo y creí ver unas sombras borrosas moviéndose bajo la luz de la luna que se filtraba por

los árboles. No les dije nada. No estaba preparado para estar donde estaban ellas, así que lo mejor era hacer como que no existía y no decir nada en absoluto. Me guardé dentro todo lo que quería decir. En vez de decirlas, pensé las palabras en mi mente, donde nadie excepto yo podía escucharlas.

¿*Sois vosotros?*?, pensé fuerte, mirando las sombras que había fuera. ¿*Estáis ahí?*

A la mañana siguiente, me despertó la luz del sol que se filtraba por las ventanas. En el bosque ya se escuchaban los gorjeos y, cuando me levanté y fui a la entrada, vi la cola blanca levantada de una cierva que se metía de un salto en un matorral de maleza espinosa y árboles y se iba a toda velocidad. Debió de escuchar el ruido de la cama cuando me levanté.

—Perdón —dije. Ya no la escuchaba moverse entre las hojas del matorral, así que o bien estaba fuera de mi radio de escucha o bien estaba siendo prudente, escondiéndose.

Tenía un poco de hambre, así que saqué la bolsa de cereales de la mochila y cogí un par de puñados antes de que se acabara. Por suerte ya estaba empezando a sentirme lleno otra vez. Dos puñados de cereales azucarados no tendrían que hacerme sentir lleno, pero la otra opción era comerme la media manzana que había intentado comerme el día anterior, que estaba al fondo de la bolsa y que cogí y tiré al matorral por donde había escapado la cierva. A lo mejor se la comía y así no me sentiría tan mal por haberla asustado. Otra de las cosas que me desesperaban eran las personas que asustan a los demás. Como Frances, a quien le encantó dejarme alucinado con su historia sobre por qué mataba a sus padres todas las mañanas, y la verdad es que no mola nada. Es una locura.

La verdad es que estaba un poco preocupado porque sin los cereales y sin la manzana no tenía nada para comer, y empecé a preguntarme si tendría que comer cangrejos de Sugar Creek, o descifrar qué raíces y plantas se podrían masticar bien. A lo mejor en este programa de supervivencia no lo hacía tan bien. No sabía hacer muchas cosas que me ayudaran a sobrevivir en este mundo. La que mejor se me daba era correr y no me estaba ayudando a llegar muy lejos. Quizá si Jamie estuviera todavía conmigo, podríamos haber intercambiado ideas y proponer algo. O Gracie. Ella siempre parecía saber qué hacer. Yo siempre era el que no tenía ni idea. Pero no estaban conmigo y sabía que lo mejor era que pensara algo rápido porque en algún momento, al final, necesitaría volver a comer.

Ya no me apetecía quedarme en la choza, así que agarré la mochila y empecé a caminar hacia Sugar Creek. El bosque estaba tranquilo aquella mañana. Solo soplaba una ligera brisa, pero se podría decir que transportaba el invierno en ella, que en algún punto la nieve le seguía el rastro. Solo era cuestión de tiempo que llegara hasta allí. Un par de semanas, supuse. Y para entonces, con suerte, ya habría encontrado algún lugar para quedarme que no fuera el viejo campamento maderero amish. Pero

aunque todavía estuviera allí cuando llegara la nieve, seguiría siendo mejor que mi casa, donde básicamente no había nada más que problemas esperándome.

Mientras caminaba por el puente cubierto, golpeando con los zapatos los tablones de madera, y después por Sugar Creek, donde la orilla bajo mis pies era blanda, pensé en mi casa, en mi hogar. No sabía qué sentir con aquella palabra. Me refiero a que tenía la choza en el campamento maderero, que era una especie de hogar, pero no del todo, porque más que nada era una casa donde resguardarme del viento y de la lluvia. No había comodidades y tampoco es que fuera un lugar muy seguro. Y entonces fue cuando me di cuenta de que las dos cosas más importantes en un hogar son la comodidad y la seguridad. Y saber que esas dos cosas son una parte importante de la palabra hogar me ayudó a entender que la casa de la que me había marchado tampoco había sido mi hogar porque no era ni cómoda ni segura, y no lo había sido durante un tiempo. Si antes de aquel momento hubo alguna posibilidad de que añadiera la palabra hogar a mi colección de palabras, ya se había esfumado. Hay demasiadas cosas en esa palabra de las que no te puedes fiar, así que a partir de ese momento iba a escoger palabras que no contuvieran falsas promesas. *Refugio*, pensé. Eso era lo que tenía ahora. Esa era la palabra que añadiría a las demás.

Estaba empezando a entender a qué se refería mi abuela con sus advertencias antes de morir. Se había dado cuenta de que se estaba aproximando, pero ni siquiera yo, que normalmente entendía todo lo que decía, incluso sus extrañas visiones, pude ver lo que vio antes de morir. ¿Y cómo íbamos a darnos cuenta? No estábamos en el camino en el que ella se encontraba en ese momento. Pero ahora sí que estaba, ahora veía el sendero que ella había podido ver cuando la vida la estaba abandonando.

Pero aunque hubiera podido ver lo que ella vio, daba igual. Nadie excepto mi abuela me escuchaba, y si yo hablara sobre visiones y esas cosas como solía hacer mi abuela, habría sido incluso peor. Mi padre siempre decía que si la escuchaba, se me pudriría la cabeza. Probablemente, incluso lo estaría diciendo en ese mismo instante. «¡El crío tiene la cabeza podrida por todas esas locuras de tu madre!». Seguro que también pensaba que me había metido en el hoyo de Jamie por eso. Pero meterme allí no fue por mi abuela. Aquello no tuvo nada que ver con ella. Nada en absoluto.

Me senté en un tocón al lado de Sugar Creek y me puse a pensar en cuando me sentaba al lado de él en clase de informática, en los dos últimos ordenadores de la esquina del fondo del aula donde nadie podía molestarnos y donde, aunque habláramos, nuestro profesor, el señor Gardner, no podía escucharnos. Y si nos escuchaba, no decía nada. Seguramente deduciría por mis exámenes que no entendía la informática tan fácilmente como Jamie, así que quizá el señor Gardner pensó que al menos era lo bastante inteligente como para buscar ayuda. Y en ese caso, entonces fue el señor Gardner quien nos concedió aquel periodo de poder hablar sin que nadie se metiera en nuestros asuntos.

Hubo un día que acabé la tarea bastante rápido y, como el señor Gardner nos dejaba hacer lo que quisiéramos después de terminar nuestro trabajo, entré en un programa de *chat* al que pertenecía para jugar a un juego de puzle que había. Apenas había empezado a jugar, cuando, de repente, apareció una ventanita con un mensaje de alguien llamado Lobosolitario que decía: «Mueve el cuadrado verde a la última fila de abajo a la derecha de la pantalla».

Noté como si las cejas se me entrelazaran sobre los ojos y pensé: *¿Qué coño es esto? A mí nunca me manda mensajes nadie.* Pero de todas formas moví el cuadrado y gané, prácticamente antes de que empezara incluso el juego.

Así que le escribí lo siguiente: «¿Cómo sabías q staba jugando?».

Y Lobosolitario contestó: «Xq t staba observando».

Giré poco a poco la cabeza hacia la derecha y Jamie se giró en mi dirección, con una sonrisa en la cara.

—Gilipollas —resoplé, y le di un puñetazo en el brazo por reírse de mí, pero él simplemente movió a cabeza y siguió sonriendo.

—No eres muy rápido pensando, ¿verdad, McCormick?

—Creo que no. Quiero decir, no. No en todo.

—Menos mal que me tienes cerca para vigilarte las espaldas.

Volvió a lo que fuera que había estado haciendo antes y yo me quedé pensando en que me observaba sin que yo lo supiera, y no sé por qué, aquello me hizo sentir seguro, quizá porque pensé que alguien estaba cuidando de mí.

Pero había sido él quien hubiera necesitado ayuda. No yo.

Ya entrada la tarde, me levanté de mi asiento en Sugar Creek y empecé a caminar hacia las vías. La luz empezaba a debilitarse dando paso al crepúsculo. Era lo que mi abuelo siempre llamaba la parte del día en que no hay ni sol ni luna, pero de algún modo era la luz de ambos la que iluminaba, una luz dorada purpúrea y parda, una luz parecida a un moretón, decía él. Yo creía que había algo de cierto en eso, en que la luz puede ser como un moretón, dolorosa como un moretón, al mirarla directamente, sin entrecerrar o taparse los ojos. Mi madre solía decirnos que no miráramos al sol o nos quedaríamos ciegos, pero a veces yo lo miraba directamente, aunque dijera que era peligroso. Al pensar en aquello me sentí como un imbécil, porque lo único que hacía era recordarme todas las demás cosas que hice que se suponía que no tenía que hacer, y eso me convertía en una especie de criminal o algo así. Siempre hacía lo incorrecto en cuanto se me presentaba la oportunidad. Me metía en tumbas. Escuchaba sombras. Me peleaba con mi hermano. Incendiaba casas. Me escapaba de casa. No sé por qué siempre intentaba llegar al límite, pero al final llegaba. Y lo más desesperante era que la mayoría de esas cosas no las planeaba. Simplemente ocurrían, lo cual era todavía más frustrante porque no había remedio. Se me escapaba de las manos.

Me obligué a dejar de pensar en eso. Estaba en las vías del tren, con las manos en los bolsillos, arrastrando los pies hacia casa de Gracie. Cuando llegué a la carretera donde las viejas vías cruzaban y hacían curva detrás de la casa de los Highsmith, me quedé cerca de la arboleda, aunque estuviera oscuro, por si todavía hubiera policías esperándome.

Pero no estaban. De hecho, no había nadie esperándome fuera del bosque. El coche de la señora Highsmith estaba en la entrada circular de la casa y las luces de dentro estaban encendidas, haciendo que las ventanas parecieran dados de mantequilla. Vi pasar al señor Highsmith por la ventana delantera de camino a la cocina y pensé en lo reluciente que era todo en su cocina, en lo nuevo y tremendamente limpio que estaba todo. Me lo imaginé preparándose un bocadillo, aunque ya se hubiera comido la magnífica cena de su magnífica esposa, la bibliotecaria del pueblo, que también daba clases en casa a su magnífica hija y mantenía su magnífica casa en magnífico orden. ¿Acaso se podía pedir más que su pequeña, tranquila y maravillosa familia? Se sentía tan feliz untando mayonesa en el pan, sonriendo como un bobo. ¿Cómo podía ser tan afortunado?

Bajé la mirada y negué con la cabeza. ¿En qué estaría pensando Gracie al dejar que la pillaran con alguien como yo? Aquella situación la ponía en peligro, y entonces me di cuenta de que eso era algo que yo sabía y ella no.

Empecé a caminar hacia el pueblo, sin salir del bosque, donde podía esconderme y nadie podía verme.

Media hora después, estaba detrás de la alambrada en la parte de atrás del instituto, mirando la pista al otro lado de donde solía correr. El instituto estaba oscuro y vacío. Todo el mundo se había ido a casa y todos los entrenamientos se habían acabado. Subí y salté la alambrada, metiendo la punta de los zapatos en los agujeritos en forma de rombo hasta llegar arriba del todo, donde me volteé y caí de cuclillas como Spiderman, mirando alrededor por si alguien me había visto. Cuando vi que era seguro, eché a correr por la pista hasta quedarme sin aliento.

Paseé por el campo de béisbol y de fútbol, paseé por el perímetro del gimnasio octagonal, me quedé un rato en el aparcamiento vacío del profesorado que había en la parte de atrás, y miré por las ventanas del taller de carpintería, donde todas las máquinas con las que era posible cortarse estaban en silencio, con sus filos relucientes y hambrientos del siguiente chaval que pusiera un dedo demasiado cerca al deslizar un trozo de madera por sus dientes. Andy era bueno en carpintería, pero yo solo asistí un semestre porque era obligatorio, y después cambié a mecanografía. Cuando le dije al profesor de carpintería que me iba a cambiar, quiso saber por qué. Le dije que estaba pensando en ir a la universidad y necesitaba saber mecanografía. Fue muy amable al dejar que me fuera, y me dijo que en ese caso la mecanografía sería una habilidad que necesitaría sin lugar a dudas. No le dije que en realidad no quería ir, pero de todas formas seguro que se imaginó que le estaba mintiendo o

engañando. Nadie de mi familia había ido a la universidad, y estoy bastante seguro de que era algo obvio para todo el mundo. Estaba incluso más seguro después de escuchar al señor Highsmith hablar sobre nosotros cuando no sabía que estaba viviendo en el armario de su hija.

Me estaba empezando a entrar hambre, así que fui a los contenedores de basura que había detrás de la zona de carga y descarga de la cafetería, abrí una de las tapas y miré dentro. Todavía había porciones de *pizza* y hamburguesas envueltas, y patatas fritas en cajitas de la comida de aquel día, así que me subí a la parte cerrada del contenedor y metí el torso y la cabeza en aquel espacio oscuro para pescar algo de comida.

Olía como cualquier contenedor, pero no tan mal como recordaba. Me imaginé que si cogía solo las cosas que todavía estaban envueltas, como las hamburguesas, no sería tan malo. Así que cogí tres hamburguesas y una ensalada en un envase de plástico con un paquete de aliño italiano y unos cubiertos de plástico encajados en la tapadera, saqué mi botín, me senté encima del contenedor y me puse comer.

Empecé con una hamburguesa, que estaba fría y parecía chicle, pero me llenó más rápido de lo que pensaba. Guardé las otras dos y la ensalada en la mochila, me bajé y volví a meterme en el bosque, así podría llegar hasta la plaza del pueblo oculto por las sombras de los árboles.

Lo bueno de vivir en un pueblecito de Ohio donde casi todo el mundo trabaja en fábricas o en granjas es que la mayoría ya está durmiendo a las diez de la noche. Así que para cuando llegué a la plaza del pueblo, con su cañón al lado del muro de piedra donde se leía el listado de los nombres de los veteranos de guerra que habían muerto en sus respectivas guerras, para cuando llegué al quiosco para conciertos situado al lado del estanque de patos cuya única misión era esperar una ocasión para tener a la banda del instituto tocando algo alegre dentro de él, casi todo el mundo estaba o bien preparándose para irse a la cama o bien fuera de juego y soñando ya. Así que pude atravesar la plaza sin que nadie me viera hasta llegar a la cabina de delante de la tienda de comestibles y llamar a casa de los Highsmith con la esperanza de que fuera Gracie la que cogiera el teléfono cuando sonara.

Pero la voz preocupada que contestó cuando llamé, diciendo «¿Dígame?», y luego otra vez «¿Dígame? ¿Quién es?» al ver que no contestaba, pertenecía a la madre de Gracie. Supe que era ella por la voz de adulta. Siempre hay un cierto tono de preocupación y demasiada inquietud en las voces adultas. Si se escucha con atención, se nota. No hay mucha diferencia entre las voces infantiles y las voces adultas aparte de ese temblor en la garganta. En las mujeres, es lo que hace que la voz maternal gruñona exista. En los hombres, es lo que hace a la voz atroz gruñona. Probablemente esa tribu africana que chasquea para hablar también tiene chasquidos maternos gruñones y chasquidos atroces gruñones. Algo le pasa a la voz cuando la gente se hace adulta que *¡pum!*, de pronto eres una persona con voz preocupada. Estoy bastante seguro de que tiene que ser algo universal.

Así que cuando escuché la voz preocupada de la madre de Gracie, colgué y puse los ojos en blanco, suspirando. Santo Dios, señora, pensé. ¿Por qué no se va a la cama como todo el mundo y deja que su hija conteste el puto teléfono? ¿Es que no tiene que trabajar por la mañana o qué?

Esperé un par de minutos, observando la plaza por si había algún coche, en particular de policía, y luego volví a descolgar el teléfono, eché las monedas y marqué una vez más. Se escucharon dos tonos y luego una voz, solo que no me hablaba a mí, estaba a media frase.

—Es mi amiga Melissa. ¿No te acuerdas de Melissa? Vino con nosotros a lo de Estrellas sobre hielo hace dos años. Sí, esa Melissa. Vale, le diré que no vuelva a colgar así. Es que es muy tímida. Perdona. Vale, no estaré mucho rato. Vale, yo también te quiero. ¡Buenas noches!

—¿Hola? —pregunté cuando la voz dejó de hablar.

—Buena jugada, Melissa —contestó Gracie—. A ver, no le cuelgues así a mi madre. No muerde, ¿sabes?

—Lo siento —dije—. Es que me asusté.

—Bueno, suerte que les caes bien, Melissa. —En ese punto, la voz de Gracie pasó a ser un susurro—. Aunque seas una puta y haya dejado de hablarte porque fuiste cotilleando por ahí sobre mí y este tío del equipo de béisbol de Lakeview el verano pasado. Joder, ¡si ni siquiera me gusta el béisbol! Tiene que ser el deporte más aburrido del mundo.

—En fin —dije.

—En fin —repitió Gracie—, ¿dónde estás?

—Estoy en la cabina de teléfono delante de la tienda de comestibles.

—¿En la plaza? —preguntó Gracie subiendo un poco el tono de voz, pero se dio cuenta y volvió a bajarlo—. ¿Y qué coño haces ahí? Te va a ver alguien.

—No pasa nada, no hay nadie. La tienda está cerrada. Es entre semana. Y tampoco es que los sábados haya mucha gente danzando por aquí.

—Sí, este pueblo es de lo más animado —dijo Gracie.

—Sí —dije—. Bueno, ¿qué tal? ¿Se lo creyeron?

—Pues claro que sí, Melissa. ¿Por qué lo dudas? A ver, están sumamente decepcionados y disgustados, pero de algún modo lo hicieron. Me perdonaron.

—Bien —dije, aunque me costó un momento darme cuenta de que Gracie estaba cambiando mis palabras porque uno de sus padres estaba rondando por ahí.

—¿Y qué tal tú? ¿Qué tal el instituto?

—Estoy en el bosque.

—¿Que qué? ¿Por qué?

—Estoy durmiendo en un viejo campamento maderero amish a una hora a pie más o menos de tu casa. Allí hay una choza. Está bien. Es mejor que la granja de los Wilkinson.

—Bueno, supongo que eso es verdad —afirmó Gracie—. ¿Y la comida? Lo digo porque que estés a régimen no significa que tengas que dejar de comer.

—La comida del instituto ha sido la cena de esta noche —dije, y casi se vuelve loca.

—¡Melissa! —exclamó—. ¿Qué coño haces comiéndote la comida del instituto? Quiero decir, ¿cómo puedes comértela? ¿Lo dices en serio? De verdad, no sé cómo puedes comértela.

—La saqué del contenedor. No te preocupes. Solo fue una hamburguesa y todavía estaba envuelta. No es el fin del mundo.

—Aun así, es todo grasa. Tú no sabes lo que ponen en esas hamburguesas, Melissa. En serio, mis padres me han sacado del instituto y lo único que no echo de menos para nada son esas hamburguesas.

—¿Tienes alguna idea mejor? —le pregunté—. ¿Conoces algún contenedor exclusivo en el que debería mirar?

—Pues de hecho, sí —contestó Gracie.

—Estaba esperando que dijeras eso. ¿Dónde podemos vernos?

—A ver... —dijo Gracie—. Ahora mismo no te lo podría decir con exactitud, Melissa. Mis padres están ocupadísimos.

Me imaginé a la señora Highsmith de pie en el pasillo con el camisón, tratando de aparentar que estaba haciendo algo y no fisgoneando, simplemente preguntándose qué hacer con aquella luz del pasillo. Quizá debería cambiarla aunque todavía funcionara. O aquel estante para el teléfono, quizá tendría que pasarle el trapo, aunque estuviera a punto de irse a la cama.

—Ya entiendo —respondí—. ¿Qué me dices mañana en la entrada del bosque cerca de tu casa? A eso del mediodía. Mi bici está allí.

—Me parece genial —dijo Gracie—. Y me alegro muchísimo de que hayas llamado, Melissa. Hacía una eternidad. A ver si nos vemos pronto, ¿vale?

—Vale —respondí.

Luego Gracie colgó y yo me quedé delante de la tienda de comestibles sujetando un teléfono con la línea muerta y deseando poder seguir hablando con ella, pero de verdad, no mediante ese estúpido código de Melissa. Me quedé allí de pie con el teléfono en la oreja como un idiota durante un minuto entero, hasta que me di cuenta de que estaba mirando mi propio reflejo en el escaparate de la tienda de comestibles y sintiendo lástima por el chaval del cristal.

Era deprimente verlo sujetando aquel teléfono muerto, con el pelo totalmente despeinado como si acabara de levantarse de la cama, con los ojos amoratados y con bolsas como si acabara de pelearse o no hubiera dormido en semanas. Llevaba la sudadera y los pantalones agujereados, y los vaqueros y la cazadora estaban llenos de manchas raras. Quizá se los manchó cuando se zambulló en el contenedor de basura buscando la cena. Quizá se los manchó en el bosque. Parecía que había sacado la ropa

del armario de Jamie. Parecía que él fuera el cadáver del chaval al que habían encontrado en un hoyo poco profundo cerca de las vías del tren.

Solté el teléfono y lo dejé oscilando en el cordón metálico. Le rodeé el pecho con mis brazos para abrazarlo, porque allí no había nadie más que lo hiciera, y me entraron un poco de ganas de llorar al ver a aquel chaval con esas greñas mierdosas y los ojos amoratados en el reflejo del escaparate de la tienda de comestibles, con mis brazos rodeándolo, al lado de un letrero que anunciaba la oferta de un limpiador de cristales y de tomates. Por un momento, al mirar aquella imagen, llegué a pensar que no estaba solo, pero al final no conseguí convencerme.

—No —dije, apartando los brazos—. Sin lloros. Sin estupideces —le dije a mi reflejo. Pensé que de todas formas así estaba mejor, con la ropa manchada y llena de agujeros. Nunca había estado mejor, ni siquiera cuando la ropa estaba nuevita e impoluta. Con aquella ropa reflejaba cómo me sentía por dentro: destrozado, hecho polvo, como si mi sitio estuviera en el contenedor con la comida que había cogido. *Ahora, pensé, cuando la gente me mire, podrá verme de verdad.*

Al día siguiente, llegué donde había escondido la bici, en el arbolado cerca de la casa de los Highsmith, un poco antes de la hora que había quedado con Gracie. Aquella noche no había dormido mucho, pero me encontraba bien cuando me desperté. Y tampoco tenía hambre, así que todavía tenía las hamburguesas y la ensalada del contenedor para más tarde. Lo que de verdad necesitaba en aquel momento era ver a Gracie, así que cuando apareció por la puerta de atrás echando un vistazo en busca del arbolado y se dirigió hacia allí, cuando sus ojos se encontraron con los míos y sonrió y vino corriendo, me sentí inmediatamente mejor. Llegó tropezándose y saltando por encima de las ramas que había en el suelo, la agarré cuando se lanzó a rodearme con sus brazos y nos abrazamos todo lo que no me dejé abrazar la noche anterior.

—Adam —dijo—. No me lo puedo creer. ¿Por qué tiene que ser todo tan jodido?

—No lo sé.

—Creo que a lo mejor tendrías que ir a casa. No puede ser tan malo, ¿no?

Me aparté y no contesté, simplemente me di la vuelta, cogí la bici del suelo y empecé a mirarla como si le hiciera falta algún arreglo, quizá aceite en la cadena, quizá una rueda nueva.

—Adam, escucha —dijo. Levanté la vista y la miré—. Lo siento, ¿vale? Solo estoy preocupada. En casa tengo comida. ¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza.

—¿Cómo puede ser que no tengas hambre?

Me encogí de hombros y volví a apartar la mirada. Podría haberle explicado con detalle por qué no tenía hambre, pero seguramente la habría preocupado más de lo que ya estaba.

—Vale —dijo—. Voy a coger un poco de comida. Luego la llevaremos a tu casa en el bosque. ¿De acuerdo?

Volví a mirarla.

—Vale —respondí.

Volvió a los diez minutos con la mochila morada que llevaba la noche que planeamos escaparnos a California.

—Listo —dijo—. Vamos. —Y la llevé por la carretera, bajamos por las vías del tren y nos metimos en el bosque, el mismo camino que seguí la noche que me dijo que corriera y dejara que ella se las arreglara con los polis y sus padres.

Mientras andábamos por Sugar Creek, Gracie señaló varios letreros de «No pasar» que el propietario, el señor Osborne, había puesto en los troncos de los árboles.

—Quizá no sea la mejor zona del bosque para quedarse —comentó, pero le dije que el señor Osborne era tan viejo que casi nadie lo veía ya salir de su casa.

Así que continuamos hasta llegar al campamento maderero, y cuando Gracie vio la choza y los montones de serrín y los enormes árboles que rodeaban el lugar, abrió la boca sorprendida y luego sonrió.

—No es lo que pensaba. La verdad es que está genial.

La llevé dentro y nos sentamos en mi improvisado catre, y lo primero que vio fue a *Carlota* en su telaraña, que la dejó un poco alucinada.

—Es *Carlota* —le expliqué—. No te hará daño si tú no se lo haces a ella. Menuda araña, ¿eh?

Gracie quiso saber de qué conocía aquel lugar, así que le expliqué cómo encontré el campamento cuando era pequeño, después de que se marcharan los amish. Mi padre se había quejado porque el señor Osborne los había contratado a ellos para talar algunos de los árboles más grandes, y mi padre pensaba que debería haber contratado a gente del pueblo. Eso significaba que mi padre pensaba que el señor Osborne debería haberlo contratado a él, porque técnicamente los amish formaban parte del pueblo, lo único es que solo se mezclaban entre ellos y no se juntaban demasiado con nosotros. Todo el mundo sabía que mi padre hacía pequeños arreglos cuando no tenía trabajo, así que estaba disgustado porque no le habían dado el trabajo. Y después de escucharlo durante semanas con lo de los amish en el bosque, después de escucharlo con lo de que por fin se habían ido, volví para ver el lugar por mí mismo, siguiendo los surcos de extracción forestal que dejaron desde el borde de la carretera hasta el interior del bosque.

Me encantaba dar vueltas por allí sigilosamente las primeras veces, sentir todavía su presencia en el campamento, ver las bolsas de patatas fritas y las botellas de cola vacías que habían dejado, encontrar el martillo que habían olvidado y el botón de los tirantes de alguien en el suelo debajo del catre. Aunque los amish que habían estado allí seguían vivos, de algún modo parecía como si estuviera visitando un lugar embrujado, como si en cualquier momento uno de sus fantasmas fuera a aparecer y

darme un susto de muerte o contarme un oscuro secreto. No se me ocurrió hasta ese momento, mientras se lo contaba a Gracie y veía que su gesto de preocupación se acentuaba al escuchar lo que hacía durante el tiempo que pasaba allí, que yo había sido el fantasma, que ya entonces estaba de camino a morir.

—Adam —dijo Gracie. Solo eso. Después no dijo nada más durante bastante rato. Mientras esperaba a que me dijera lo que estaba pensando, inclinó la cabeza hacia un lado y se quedó mirándome fijamente a la cara, como si fuera un cuadro colgado en un museo que tuvieras que mirar atentamente y durante mucho rato para empezar a verlo de verdad. Muy despacio, alargó la mano y me tocó la mejilla con la punta de los dedos. Tenía la mano muy caliente. Me apreté contra ella como un animal, acariciándola con el hocico—. Eres muy raro —me dijo.

Sin dejar de mirarme fijamente, se inclinó, haciendo que la cama chirriara, y me besó. Luego nos tumbamos en los tablones, sobre la ropa de sobra que hacía de colchón, y seguimos besándonos y tocándonos, y aunque estábamos a finales de noviembre y el viento ya estaba arrancando las hojas de los árboles y trayendo la nieve en su estela, yo solo veía girasoles creciendo en el suelo sembrado de hojas, brotando y abriéndose como en una película vista con avance rápido. Conforme crecían, la luz del sol se debilitaba, pero sus pétalos seguían brillando bajo la oscuridad que empezaba a cubrir el bosque.

Nosotros también nos abrimos y nos quitamos la ropa. La luz salía de nuestros cuerpos como la luz de los girasoles de afuera, dorada y oscura como la miel.

—Tengo mucho frío, Adam —dijo Gracie, así que la apreté contra mí más fuerte. Pero no creo que pudiera calentarla por muy fuerte que la apretara. Mi piel ya estaba fría, sin importar el tiempo que hiciera.

—¿Tú también los ves? —susurré.

—¿Ver qué? —De pronto parecía nerviosa.

—Los girasoles —dije—. Rodeándonos.

Sonrió, pero no me dijo si los veía o no.

—Eres muy raro —repitió. Luego me tumbó para que la besara una y otra vez, donde ella quería, hasta que se hizo tan de noche que ya no podía ver los girasoles desplegándose, solo podía ver las sombras moviéndose afuera bajo la luz de la luna mientras nosotros nos movíamos dentro, creando nuestra propia luz para encontrar nuestro camino.

Allanamiento de morada

Ya era tarde cuando Gracie se dio cuenta de que se había quedado demasiado tiempo, de que sus padres estarían en casa y preocupadísimos al no saber adónde había ido, y mientras la guiaba fuera del bosque, iluminándole el camino con la linterna, estaba tan enfadada que no paraba de decir que no tendría que haber ido, que sus padres iban a matarla, que no sabía por qué no dejaba que me fugara solo y que hiciera lo que yo quisiera.

—No sé por qué me preocupo —dijo—. Eres igual que él. Yo no puedo seguir con esto, Adam.

Miré hacia atrás mientras subíamos una cuesta de grava hacia las vías y le dije:

—Si te supone mucho problema, quizá deberíamos dejarlo.

Estaba haciendo que me sintiera culpable por todo. Demasiada gente me había hecho sentir así últimamente y no estaba dispuesto a que Gracie me hiciera sentir igual. Ella podía elegir. No tenía la obligación de acompañarme. Y si lo hacía, se suponía que tenía que asumir la culpa de los líos en los que se metiera.

Cuando se lo dije, se paró y se quedó con la boca abierta.

—No me lo puede creer —dijo—. Adam McCormick, eres un imbécil.

—Lo último que necesito es que alguien me haga sentir peor —le dije.

—No estaría aquí si quisiera hacerte sentir peor —dijo—. No lo pillas, ¿no? —Seguí caminando. Al cabo de unos minutos, Gracie continuó—: Lo siento. Es que... no sé qué les voy a contar esta vez.

—Cuéntales algún disparate —dije—. Cuéntales algo tan disparatado que no tengan más remedio que creérselo.

—¿A qué te refieres?

—No sé. ¿Qué les alegraría? Podrías contarles que fuiste a la iglesia para hablar con el pastor. ¡No, espera! ¡Ya lo sé! Diles que fuiste a la tumba. Para despedirte de él.

—Adam, se van a quedar flipados si les digo eso.

—Quizá —dije—. Pero quizá piensen que es algo bueno también. Ellos creen que te has estado comportando de un modo extraño por haberlo encontrado, así que si les dices que te estabas despidiendo de él, puede que les parezca bien.

—Bueno, creo que es mejor que cualquier cosa que se me pueda ocurrir —dijo Gracie.

Cuando nos acercamos a su calle, nos paramos y le pregunté:

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

Gracie negó con la cabeza.

—Después de llegar tan tarde esta noche, no lo sé. Pero yo iré a verte, ahora ya sé dónde estás. Iré en cuanto vea que es seguro.

Le di la linterna para que pudiera ver el resto del camino. Intentó devolvérmela, pero le dije:

—A mí no me resulta tan difícil ver en la oscuridad, en serio.

Me dijo que me iba a matar al intentar volver, pero insistí, tanto que al final cogió la linterna y echó a correr. Y entonces me quedé allí, observando el rayo de luz moviéndose en la oscuridad hasta que giró en su calle y la luz desapareció a lo lejos.

La verdad es que no le había mentado. Cada vez me era más fácil ver en la oscuridad. Aquella primera noche en el bosque me había resultado difícil encontrar el camino a Sugar Creek, pero después había empezado a reconocer las sombras moviéndose bajo la luz de la luna, y cuando Gracie volvió y ambos perdimos la noción del tiempo, las había visto tan claras como el día, deambulando entre los girasoles que habíamos cultivado en la oscuridad del campamento maderero amish. Así que cuando me di la vuelta y volví por las vías y por dentro del bosque, encontré el camino sin demasiados problemas. Solo tropecé dos veces y no tuve que esquivar ninguna sombra, aunque una alargó la mano y me hizo señas como si me estuviera llamando para que me acercara. Mantuve la cabeza erguida, la mirada hacia delante, hasta que encontré la superficie de Sugar Creek con sus ondas de luz de luna y seguí su curso hasta el puente cubierto y de vuelta al campamento maderero. De vuelta a casa.

Al día siguiente, eché un vistazo a las cosas que había traído Gracie, pero no me apetecía nada. Todo parecía estar bueno, pero no tenía mucho apetito, y además no podía dejar de pensar que todo aquello venía de la reluciente cocina del señor Highsmith y eso me fastidiaba, y cuanto más pensaba en él, menos hambre tenía. Así que bajaba al riachuelo cuando tenía sed, y cuando me apetecía algo de comer, sacaba la caja de galletitas saladas que Gracie había traído y picaba unas cuantas hasta que me llenaba. Cedí al comerme las galletitas, pero parecía algo bastante trivial en lo que transigir.

Lo de transigir por unas galletitas puede parecer estúpido, pero ya me habían dicho antes lo estúpido que era, no era ninguna novedad. Gracie y mi familia pensaban que era un despistado, y también las personas como el señor Highsmith, que lo decían a mis espaldas en vez de a la cara, así que probablemente mucha más gente pensaba lo mismo. Apuesto a que incluso existía un club llamado «Adam McCormick es un despistado» que se reunía mensualmente, simplemente para comentar lo despistado que era a veces. Pero la verdad es que no soy tan despistado. Yo sabía que la razón de que no tuviera hambre y no necesitara tanto la comida era que me estaba muriendo. Mis sentidos del olfato y del gusto no podían estar funcionando correctamente si fui capaz de comerme esas hamburguesas del contenedor del instituto y pensar que estaban buenas. Ni siquiera estaban buenas cuando estaban medio recién hechas bajo las lámparas de calor de la cafetería. Yo lo

sabía, pero un chaval hace lo que tiene que hacer. Y eso no lo convierte en un estúpido.

Mi verdadero problema era que no reaccionaba a tiempo. Era incapaz de obligarme a parecer gracioso cuando estaba desconcertado. Era incapaz de fingir que todo me daba igual o de aparentar que estaba a gusto cuando todo lo que hacíamos parecía estar escrito en un guión. La gente intercambiaba palabras que no significaban nada por otras palabras que tampoco significaban nada, y si querías ser considerado un miembro de su grupo, tenías que hacer lo mismo. «¿Cómo estás? Bien, ¿y tú?; qué buen día hace hoy, ¿verdad?; buenos días, buenas tardes, hola, ya nos veremos, que vaya bien, pórtate bien; ¡diviértete!; ¡cuídate!; ¡volved aquí ahora mismo!, ¿me oís?».

«Chasqueo, chillido, chasqueo, chasqueo».

Resulta difícil creer que esas palabras significan algo. Simplemente son una parte más de la farsa. La gente las dice automáticamente. ¿Cómo pueden significar algo las palabras si no piensas al decirlas, si no las sientes cuando las dices? Y por alguna razón, la gente cree que son las palabras más importantes del mundo. Si las dices, eres normal. Resulta gracioso que la gente se sorprenda al enterarse de que su vecino es un asesino en serie. Teniendo en cuenta que los estándares de normalidad son si dices «buenos días» o si comentas el tiempo que hace, ¿por qué se sorprenden tanto? Quizá la sorpresa también forma parte del teatro. Quizá es que no quieren atraer la atención hacia sus propias rarezas. Si es otra persona, no eres tú.

Así que transigí aceptando las galletitas del señor Highsmith, pero nunca aceptaría esa clase de palabras sin sentirlas de verdad, y son las más difíciles de sentir cuando nadie en el mundo puede sentirlas contigo. No es ninguna estupidez. Simplemente es tener principios.

Gracie volvió unos días más tarde con más comida, aunque no me había comido casi nada de lo que había traído la primera vez. Solo se quedó un par de horas y se fue directa a casa después de sentarnos y charlar un rato, porque tenía a sus padres encima todo el tiempo por el extraño comportamiento que estaba teniendo últimamente, que para ellos simplemente significaba que no les gustaba un pelo que tomara sus propias decisiones y que hiciera cosas sin contar con ellos. A veces los padres son más egoístas que los hijos y lo justifican diciendo que se preocupan por nosotros. Seguramente incluso se lo creen porque suena bien.

Pero Gracie volvió un par de días después, y después siguió viniendo todas las tardes, porque al haber pasado una semana y no haber robado el coche de sus padres ni haber desaparecido durante un tiempo, estaban empezando a volver a confiar en ella. La mentira sobre despedirse de Jamie en su tumba había funcionado. Gracie me contó que el consejero matrimonial de sus padres les había dicho que era una buena señal, así que pensaron que podían aflojar un poco y volver a preocuparse por ellos mismos.

Nos pasábamos las tardes acurrucados en el catre. Gracie trajo mantas y una almohada para que fuera más cómodo. No entendía cómo podía soportar el frío, ella siempre estaba tiritando. Cuando me lo comentó, eché un vistazo y me di cuenta de que todas las hojas habían caído y que estábamos hacia mitad de diciembre. Llevaba casi un mes fuera de casa y, por alguna razón, nadie me había encontrado.

Y así pasaban los días, y aunque en algunos sentidos era aburridísimo —quería mi ordenador para jugar al *Sin mañana*, o poder utilizar la pista del instituto para echar una buena carrera—, también es verdad que por una vez estaba bastante tranquilo. No echaba de menos a mi familia y muchísimo menos el instituto y a los idiotas como Matt Hardin. Pero entre las horas de aburrimiento y tranquilidad, seguía sin poder dejar de pensar en Jamie y preguntarme dónde estaría, lo que habría sido de él, por qué se había puesto de parte de esa loca que asesinó a sus padres. Aunque estaba a punto de morir, todavía no entendía del todo la muerte.

Cogí el cuaderno de la mochila y escribí:

14. Por cada cosa que entiendes sobre la muerte, siempre hay algo incomprendible.

Un día me senté en el catre con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados detrás de la cabeza, e intenté tener una conversación con *Carlota*. Estaba comiendo algo que había atrapado en su telaraña, pero escuchaba atentamente mientras chupaba.

—*Carlota* —le dije—, si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Pero simplemente se encogió de hombros y siguió chupando. Tuve la sensación de que para empezar, ella nunca habría llegado a mi situación. Ella se quedaba sentada en su telaraña y dejaba que los demás se enredaran en ella. «¡Qué pena, qué lástima! Acabas de convertirte en mi cena. Así funciona la cadena alimenticia, amigo, apáñatelas como puedas». Deseé tener su capacidad para aceptar la injusticia de la realidad tan fácilmente.

Mientras estaba sentado charlando con *Carlota*, una extraña niebla empezó a entrar a raudales en el campamento, acumulándose en la choza, amontonándose alrededor de mis pies. Aquello hizo que me espabilara. Empecé a pensar que habían cogido a Gracie volviendo a casa el día anterior y que el SWAT había venido a gasear la choza para obligarme a salir de allí, y arrojarme a sus impacientes brazos. Pero cuando me levanté y eché un vistazo por la puerta, no escuché ni vi a nadie. Así que bajé por el camino hasta el puente cubierto y lo crucé, recorriendo el manto de niebla que cubría Sugar Creek. Y entonces, de pronto, oí voces y vi dos siluetas en la blanca neblina que venían hacia mí desde la dirección contraria. *Joder*, pensé. *Alguien se ha enterado de que estoy aquí.*

Corrí para esconderme detrás de un viejo montón de maleza tan rápido como pude. La maleza estaba toda negra, humedecida y cubierta de enormes bancos de

hongo blanco. Arrodillado, eché un vistazo a través de las ramas y vi que se acercaban. Y cuando me di cuenta de quiénes eran, cuando vi que seguían juntos, me quedé con la boca abierta, echando vapor de un blanco más denso que la niebla, que vagó por las ramas y se introdujo en la maleza como el humo, como si la maleza estuviera prendiendo y en el centro se estuviera encendiendo un fuego.

Era él. Y ella. Juntos. Jamie y Frances. Venían caminando, él la cogía de la mano mientras le hablaba en voz baja, con ese tono suave que utilizaba cuando yo estaba disgustado o asustado, y él intentaba que me sintiera mejor. No podía oír lo que le estaba diciendo exactamente, pero me entraron ganas de salir corriendo, tirarle al suelo de un empujón y darle hostias, igual que hice con mi hermano en la entrada de casa. ¿Quién era ella para que él me abandonara después de decirnos que nunca nos dejaríamos el uno al otro?

—Todo irá bien —le decía mientras caminaban por delante de mí, su muslo a la altura de mis ojos. Todavía llevaba mi ropa—. Ahora ya no puedes hacer nada —dijo—. Tienes que hacerlo. O si no serás como ellos. —Se calló nada más decirlo y giró la cabeza a ambos lados, como si notara mi presencia. Luego continuó—: No quieres acabar como ellos, ¿verdad? —Y entonces supe que no me había descubierto.

Frances sorbió. Se secó la cara con una de sus sucias zarpas y dijo:

—Ya lo sé. Tienes razón. Es solo que... tengo miedo, eso es todo.

—Yo también. No me puedo creer que hiciera eso. Lo siento, Frances. Lo siento mucho.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Ya te lo dije, Jamie. Los vivos son muy ignorantes. No es culpa tuya. Tampoco tenías muchas opciones.

Luego siguieron andando cogidos de la mano por la orilla del riachuelo. Los seguí, salí de detrás del montón de maleza y me moví a hurtadillas de árbol en árbol. *Hielo, roca, aire, respira*, pensé. *Que no te vean*. No sabía qué haría si se giraran y me vieran. Quizá me abalanzaría sobre él para tirarlo al suelo como pensé al principio, o puede que me abalanzara sobre él con la esperanza de que quisiera que volviera a estar a su lado.

Me quedé lo bastante detrás como para observarlos recorrer Sugar Creek hasta que llegaron al viejo puente cubierto, y entonces fue cuando me di cuenta de lo mucho que había oscurecido. La única iluminación era la de la luz de la luna sobre las ramas de los árboles, como un huevo blanco en un nido.

Las sombras también habían salido. Permanecían cerca de la entrada del puente, moviéndose de acá para allá, mascullando, moviendo la cabeza con tristeza. Una estaba sentada en un tocón y sollozaba en silencio. Otra murmuraba: «¿Cuánto tiempo? ¿Un día? ¿Una semana? ¿Un mes?». Una estaba apoyada en el arco de la entrada del puente, fumándose un cigarrillo, hasta que al final lo lanzó al riachuelo y se ocultó, desapareciendo en la niebla que llenaba el pasadizo.

Me quedé detrás del árbol y vi que Jamie llevaba a Frances hasta el puente, allí se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Vi que le apretaba la mano. Vi sus dedos entrelazados durante un momento, pero cuando por fin ella se dirigió hacia la entrada, solo se paró una vez para mirar hacia atrás antes de entrar.

La niebla la devoraba conforme se introducía. Y cuando ya no pude verla, Jamie se giró en mi dirección.

Me apreté contra el árbol, intentado formar parte de la corteza y del musgo. Cerré los ojos. *No me ves, no me ves*. Justo en ese momento, le rogué a la oscuridad: «Haz que no me vea», y cuando abrí los ojos, pasó justo por mi lado sin descubrirme.

Esperé un poco, no quería que supiera que había estado allí, y al rato dejé de verlo caminar por el agua ondulada de luz de luna. Se había alejado lo suficiente para poder empezar a volver al campamento maderero sin preocuparme de que me encontrara.

No sabía qué acababa de ver, pero sí sabía que parecía algo extraño y desagradable. Era como esa palabra que la gente repite todo el tiempo, pero que en realidad no la dicen en serio: «Adiós». Muchísima gente la utiliza sin pensar. Solo se trata de una de esas palabras comodín que casi nunca significan nada. A mí no me gustaba decirla a no ser que estuviera furioso, y aunque me pidió que me marchara de la granja de los Wilkinson, no sé por qué, pero no estaba enfadado con él. La verdad es que no. Me marché de la granja cuando me lo dijo, pero no pronuncié esa palabra. No pude.

Estuve pensando que quizá debía dar el paso y disculparme por ser un imbécil e incendiar la casa de los Wilkinson. Me refiero a que cuando lo pensaba me daba cuenta de que había hecho algo bastante malo. Pero no por las razones que la mayoría de la gente pensaría. Me daba igual lo que los vivos pensarán de mí por haber incendiado una granja abandonada en la que no había vivido nadie durante décadas. Me sentía mal porque la casa era de Frances. No era cosa mía incendiarla. Debí haber tenido más juicio. Si quería matar a sus padres todas las mañanas, ¿quién era yo para detenerla?

Quizá no fuera demasiado tarde. Todavía podía pedirle perdón. Así que saqué las manos de los bolsillos, levanté la cabeza y eché a correr en dirección a donde había visto a Jamie marcharse por última vez, y aunque había una oscuridad brumosa y las sombras patrullaban el bosque como guardias de asalto, no me caí ni una sola vez.

Sin embargo, entré corriendo en algo. O en alguien. Al principio no lo pude distinguir porque me estrellé contra alguien muchísimo más grande que yo, y supe que no era un árbol porque era blando y mullido. Y pegajoso. Cuando me levanté del suelo, aún tuve que levantar la mirada para poder ver las cuencas hundidas de sus ojos y su oscuro rostro veteado de venas. Abrí la boca para decir algo, pero no salió nada. Ni siquiera el grito que sentía en el estómago.

—Ayúdame —dijo al principio. Y entonces, al ver que no me movía y que simplemente seguía mirándolo con la boca abierta y los ojos seguramente

desorbitados como los de un loco, continuó—: Solo una palabra. Algo que puedas concederle a un amigo. Por favor.

Luego escuché otra voz a lo lejos, llamándome una y otra vez.

—¡Adam! —gritaba. Era Gracie. Vi la luz que la rodeaba antes de ver su cuerpo encendido atravesando la niebla. Brillaba como uno de esos ángeles de los manuscritos iluminados de los que la señora Motes nos enseñó ilustraciones en clase de lengua inglesa. Quería decirle que dejara de chillar porque ya no estábamos en nuestro bosque. Al final me había dado cuenta. Y si yo no estaba preparado para estar en el espacio muerto, mucho menos Gracie. Pero cuando vino hacia mí y dijo: «¡Estás aquí!», y se puso justo al lado de él, me di cuenta de que no podía ver al hombre sin piel. Solo me veía a mí.

Me puse el dedo en los labios y negué con la cabeza, intentando que me entendiera. Pero me miró extrañada, frunciendo el ceño y ladeando la cabeza. Se calló, pero el hombre sin piel ya había perdido su interés por mí. Ahora la miraba a ella, moviéndose ligeramente mientras se giraba en su dirección. Extendió el brazo hacia ella, y cuando sus dedos sangrientos le rozaron la mejilla, Gracie empezó a temblar. Luego su rostro se crispó y gritó.

Me abalancé y me puse entre los dos, la cogí de los brazos para tranquilizarla un poco mientras ella decía:

—¡Joder, joder, joder! ¿Qué coño ha sido eso? —Le fallaron las piernas y nos caímos al suelo, y cuando volví a mirar hacia arriba, vi que intentaba cogernos.

—Gracie —dije—, te quiero —y entonces él se irguió y suspiró.

—¡Assssshhhhh! —siseó, como si acabara de beber algo frío en una calurosa tarde de verano. Una fina capa de piel empezó a crecer sobre su cuerpo, pero todavía veía sus tripas por debajo. Cuando volví a mirarlo a la cara, de la cabeza le nacieron unos mechones de pelo negro, como brotes desplegándose; también volvía a tener ojos, que rondaban por las cuencas.

—Más, por favor —pidió—. Alguna cosita. Seguro que puedes desprenderte de algo, hijo. Algo bueno y dulce.

Alargó el brazo y abracé fuerte a Gracie mientras sollozaba y decía:

—Adam, ¿qué pasa? ¿Qué está ocurriendo?

Cerré los ojos, no quería sentir cómo me arrancaba nada más de lo que quería. Pero pasó un rato y lo único que sentía era el corazón de Gracie latiendo con fuerza contra el mío. Entonces, escuché otra voz que conocía, igual que conocía la de Gracie y la mía.

—Para —dijo—. Son míos. No puedes tenerlos.

Levanté la mirada y ahí estaba, de pie entre nosotros y el hombre que se había hecho una piel nueva con las palabras que había intentado entregarle a Gracie, mi «te quiero». Se había apoderado de esas palabras y ahora miraba a Jamie con sus nuevos ojos entrecerrados, como si fuera un insecto zumbando a su alrededor.

—En este bosque no hay derechos —dijo.

—Ya has cogido algo que no te pertenece. Márchate —le conminó Jamie.

—Podría coger más —continuó el hombre, bajando la cabeza como un toro.

—Ya casi tienes la piel suficiente para mantenerte unido —dijo Jamie—. No compliques más las cosas.

El hombre me miró con el ceño fruncido y Gracie se acurrucó haciéndose un ovillo en el suelo. El hombre respiró profundamente, sorbió y tosió, pero al final dio un par de pasos y se marchó arrastrando los pies, murmurando en voz baja como cualquier otra sombra.

Ahora Jamie también nos miraba desde arriba. Extendió la mano y dijo:

—Vamos. Os sacaré de aquí, chicos.

Lo seguimos por el riachuelo durante un buen rato, alejándonos del puente cubierto, yendo en dirección a las viejas vías del tren hacia casa. Y cuando vi aquellas vías y pensé en la vuelta a casa y en todo lo que me estaba esperando allí, abrí la boca y dije:

—Ahí no es donde vivo ahora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Ahora vivo en el bosque.

—¡Ah, eso! —dijo—. Ya lo sabía, pero tenemos que salir por aquí. Luego podemos volver.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Gracie, que caminaba con paso cansado por detrás de nosotros—. Adam, ¿dónde estábamos hace un minuto?

—Estabais en el espacio muerto —contestó Jamie.

—No te he preguntado a ti —dijo Gracie.

—No lo sé —respondí—. Jamie sabe más que yo.

—Todo el mundo sabe más que tú, McCormick —murmuró Gracie. Cuando miré hacia atrás, la vi andando con la cabeza agachada, observándose los pies, uno detrás de otro.

—¿Qué pasa, Gracie? —preguntó Jamie.

—¿Que qué pasa? —dijo Gracie—. Lo que pasa es que te dije que no quería verte nunca más, pero aquí estás de todas formas. Eso es lo que pasa. —Me miró e hizo un gesto con la cabeza, como si de algún modo la hubiera traicionado.

Cuando llegamos a las vías, caminamos hacia la carretera de Fisher Corinth durante un rato, donde Gracie vivía justo en la curva de las vías. Conforme bajábamos por las vías, la niebla y la oscuridad empezaron a disiparse, y me di cuenta de que todavía era media tarde. Al acercarnos a su calle, pensé que Gracie continuaría, que se iría a casa después de lo que había ocurrido, pero en su lugar se dio media vuelta con nosotros y volvió a bajar por las vías para meterse en el boque.

—Tendría que haber sabido que venir hasta aquí y luego volver nos podría sacar de allí —reflexioné.

—Pero tienes que ir en una dirección diferente en el camino de vuelta —comentó Jamie.

Levanté la mirada, sorprendido al oírle decir aquello.

—Eso es lo que mi abuela siempre decía que se tenía que hacer —dije—. ¿Dónde lo has oído?

—Se van cogiendo cosas de camino —contestó.

—¿De camino a dónde? —preguntó Gracie.

—De camino a morir —contesté.

Después de aquello nos quedamos en silencio. Por un camino que no conocía, Jamie nos condujo hasta el puente cubierto y, cuando por fin llegamos a la choza, nos sentamos en el chirriante catre y nos quedamos mirando al suelo durante un rato. Gracie suspiró. Yo diría que porque estaba agotada.

—Bonito lugar —comentó Jamie, y se levantó para echar un vistazo. Gracie bufó—. ¿He dicho algo gracioso? —preguntó.

—¿Bonito lugar? —dijo Gracie—. Bueno, supongo que está ligeramente por encima del nivel de la granja de los Wilkinson.

—Dejemos ese tema —pedí.

—Vale —dijo Jamie. Se dio la vuelta y me miró—. Hay cosas mejores de las que hablar —añadió con ese tono suave y dulce, lo cual hizo que Gracie bufara incluso más fuerte.

—¿Como qué? —exclamó ella—. ¿Como el hecho de que estés muerto y sigas insistiendo en quedarte por aquí?

—Para, Gracie —le ordené. No lo dije con mal tono, pero puso una cara como si le acabara de dar una bofetada.

—¿Yo? —dijo—. Adam, esto es un follón. Todo se ha ido al traste. ¿Es que no te das cuenta?

—No se ha ido al traste —le respondí—. Podemos arreglarlo. Juntos.

Gracie volvió a fruncir el ceño, igual que cuando había intentado callarla en el espacio muerto.

—Adam, esto no se puede arreglar. Sería genial si pudiéramos, pero no podemos. Estoy preocupada por ti. Por favor.

No dijo nada más. Solo eso. Por favor. Por favor, qué. ¿Qué quería que hiciera? ¿Qué quería? ¿Que abandonara a Jamie? Era incapaz de mirar a Jamie a los ojos y decirle que se fuera, incluso después de lo que me había hecho en la granja de los Wilkinson.

—¡Joder! —lanzó Gracie—, ya se está haciendo de noche. Mis padres me van a matar. Tengo que irme.

La cama chirrió cuando se levantó. Al salir de la choza, miró hacia atrás y dijo:

—Volveré mañana. ¿Vale, Adam?

—Vale —afirmé—. Ten cuidado de camino a casa.

—Adiós, Gracie —saludó Jamie después de que ya hubiera empezado a alejarse. Pero no se dio la vuelta, simplemente levantó la mano y se despidió con un gesto.

Después de que se marchara, Jamie y yo nos quedamos levantados hablando. Me dijo que yo lo había entendido mal, que se había enfadado, pero no tanto como para no querer volver a verme. Cuando me dijo que me marchara de la granja de los Wilkinson, fue porque no quería más problemas entre Frances y yo. Que no había sido porque se pusiera de su parte. Le conté que los había visto en el bosque y que me había escondido de ellos cuando estaban en el puente cubierto.

—¿Qué estabais haciendo allí? —le pregunté. Pero simplemente negó con la cabeza—. ¿Sigues furiosa conmigo? —proseguí. Pero simplemente volvió a negar con la cabeza.

—No creo —contestó—. Seguramente ahora estará bien. Eso espero.

Nos acostamos juntos en el catre, apoyados en las almohadas y bajo las mantas que había traído Gracie. Ya no nos servían de mucho, pero de todas formas las usamos, fingiendo que quizá fuera algo que todavía necesitábamos.

Jamie quería hablar de los viejos tiempos. Del instituto. Al decirlo, se puso melancólico y contento, elevando esa estúpida sonrisa ladeada.

—¿Harías algo por mí? —dijo, y yo asentí—. Voy a contarte una historia —dijo—, y luego tú me cuentas otra, ¿vale?

—Claro —le contesté—. ¿Qué clase de historia?

—Una historia sobre mí —me dijo—. Algo que recuerdes. Como esta —dijo, y empezó a contarme la historia sobre la vez que fue al concurso de atletismo cuando gané el primer puesto e iba a correr en el campeonato estatal, sobre cómo todos los del equipo me habían levantado a hombros y yo había sonreído y reído. Nunca me había visto tan contento como cuando crucé como un rayo la línea de meta. Le pregunté que cómo podía acordarse de aquella carrera—. Porque estaba allí —me contestó—. Solía ir a verte correr.

—¿En serio? No me acuerdo de verte allí. ¿Cuándo ibas?

—Empecé a ir cuando íbamos a clase de informática juntos.

—Nunca me dijiste nada.

—Fue porque no quería molestarte. Siempre estabas rodeado de gente y todo eso.

—No me habrías molestado —le dije. Lo rodeé con el brazo, volvió la cara hacia mí y sonrió.

—Siempre me gustaba verte correr —dijo—. Tenías esa cosa. Era como leer un poema. Corrías como si fueras el verso de un poema.

No supe qué decir, así que lo abracé. Nadie había hablado de mí así antes. Me hizo sentir más importante incluso que cuando gané aquella carrera. Me lo imaginé en el concurso de atletismo sentado en la cuesta que había detrás de la pista, apoyado en los codos, observando cómo corría y pensando que parecía un verso en un poema. Ya estaba en mi vida entonces, en un segundo plano, esperando a que me diera cuenta

de que estaba allí. Y me había dado cuenta. Solo que no le había dicho nada. Luego se hizo demasiado tarde para decir nada.

Pero en aquel momento sí que le dije algo.

—Gracias —le susurré al oído mientras estábamos tumbados en el catre, y al pronunciar aquella palabra, supe que era mía, que la había dicho por primera vez en mi vida y con sentido. Mi colección estaba creciendo. El hombre sin piel me había quitado el «te quiero», pero seguía teniendo «*ad infinitum*», «girasol», y ahora «gracias». *Quizá pueda volver a encontrar el «te quiero»*, pensé. Solo tenía que buscar con la suficiente atención.

—Ahora tú —dijo—. Cuéntame una historia.

Así que le hablé de cómo había corrido la primavera anterior después de que mi abuela muriera y de cómo había pasado corriendo por su casa y le había visto en la ventana de su cuarto, la habitación que estaba encima de la cocina. Le conté que no lo había saludado y que él tampoco me había saludado a mí, pero que cuando pasaba corriendo por allí, nos mirábamos, y que yo no apartaba la mirada hasta que ya estaba lo bastante lejos como para tener que girarme casi por completo y correr de espaldas para mirar a su ventana y verlo dentro todavía observándome.

—Me acuerdo de eso —dijo, apoyando la cara contra mi pecho—. Cuéntamelo otra vez —dijo—. Cuéntame todo lo que recuerdes. ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué ropa llevaba? ¿Parecía triste o contento? —Así que volví a contárselo, intentando recodarlo todo, y mientras hablaba, se agarró a mí y olí ese aroma a pelo quemado, y sentí que su cuerpo se calentaba contra el mío. Cuando acabé, soltó un suspiro grande y fuerte, y levantó la mirada, con las mejillas sonrosadas y los ojos chispeantes—. Me gusta esa historia —dijo—. ¿Te acuerdas de más?

Miré a *Carlota* en su telaraña. Nos observaba con todos sus ojos como si nos estuviera tanteando.

—Recuerdo alguna más —le dije.

—Genial —dijo—. No las olvides. Alguien tiene que recordar. Alguien tiene que ser el recordador.

Aquella noche dormí, pero solo un poco. Fue un sueño tranquilo, algo que no había tenido en mucho tiempo, pero cuando me desperté por la mañana y me incorporé frotándome los ojos por la luz, toda la tranquilidad se esfumó. Había alguien en la puerta de mi choza, con un pie en mi suelo y un brazo doblado para apoyarse en la rodilla. Un hombre con uniforme. Un poli. Me hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—Ya puedes empezar a recoger tus cosas, vamos, pero tranquilito. Ahora ya no tienes adonde escapar. ¿Entendido?

Cuando se hizo a un lado, vi a otro poli esperando afuera, con las manos apoyadas en las caderas. El señor Highsmith estaba detrás de él, mirándome fijamente con el ceño fruncido. Y delante del señor Highsmith estaba Gracie, envuelta con una chaqueta militar de invierno. Cuando la miré, apartó la vista, incapaz de enfrentarse a

mí. *Traidora*. ¿Cómo había sido capaz de delatarme? Aquello era incluso peor que cuando Jamie me dijo que me marchara de la granja de los Wilkinson.

—Vamos —me dijo el policía—. No nos lo pongas más difícil, chaval. Tú deja que te lleve a la comisaría y todo irá bien.

Deja que te lleve

Los polis me sacaron del bosque, se pusieron uno a cada lado, mientras que el señor Highsmith y Gracie caminaban delante, a la cabeza. El señor Highsmith seguía rodeando a Gracie por los hombros, todo el rato, como si ella hubiera sido una especie de víctima; pero cuando llegamos a la carretera y luego a su casa, donde esperaba el coche de policía, le dijo a Gracie que tenía que ir con ellos, igual que yo. Ella lo miró, con los ojos como platos, sorprendida.

—¿Qué? —le dijo él—. ¿Acaso crees que no estás metida en un buen lío, jovencita? Eres lo que se llama una cómplice.

—¡Papá! —dijo. Yo puse los ojos en blanco. Pero ¿es que no lo pillaba? Segurísimo que estaba intentando asustarla. Probablemente pensaba que una visita a la comisaría de policía y un duro interrogatorio asegurarían que su hijita no anduviera con tonterías en el futuro.

Les hizo un gesto de aprobación a los policías, y a pesar de las protestas de Gracie, nos metieron a los dos en la parte de atrás del coche.

No nos miramos, aunque sentíamos la proximidad de nuestros cuerpos. En vez de eso, miramos por nuestras respectivas ventanillas el bosque, las vaquerías y los pastos que íbamos pasando y que conocía desde niño. Era un diciembre desapacible, todo era de color marrón, negro y gris. Los campos marrones, las nubes grises y las bandadas de pájaros negros en ambos lugares.

—¿Adam? —dijo Gracie, pero no contesté. No podía. En ese momento estaba demasiado enfadado. Todo lo que había hecho, cada paso que había dado para correr tan rápido y tan lejos como fuera posible, había sido inútil. El dedo de Dios estaba cayendo sin remedio.

Fue en el coche, de camino a comisaría, cuando volvió a ocurrir. ¡Pam! Salí volando de mi cuerpo. Pero el coche de policía continuó, y fui dando volteretas de acá para allá hasta llegar al cielo junto a esos cuervos que había visto. Estaba flotando como una cometa hacia las nubes. Pasó un rato hasta que ocurrió, pero cuando vi que estaba lo bastante alto como para mezclarme con las nubes, no tuve miedo. Había llegado a la muerte y había vuelto. Solo me preocupaba perder el cuerpo que se había desprendido de mí y que ahora se alejaba en el coche de policía hacia la comisaría, donde lo más probable era que lo condenaran a ir a un centro de menores y luego lo enviaran a casa; allí caminaría y hablaría y se ducharía y volvería al instituto para hacer exámenes y sacaría buenas notas y continuaría su camino hacia la muerte hasta el final, y entonces le crecerían las uñas hasta enroscarse sobre sí mismas, y sería un santo, un santo de cuerpo, mejor de lo que yo podría ser nunca, un hijo del que cualquiera podría estar orgulloso, que haría todo lo que se suponía que tenía que hacer, un hijo que empujaría la silla de ruedas de su madre y le daría caldo junto a su

cama, que le frotaría los pies hasta que los sintiera, que le diría «por favor» y «gracias» a la mujer que la dejó paralítica, la mujer que debería estar agradecida de que el cuerpo guardara silencio, que no dijera nada de sí mismo. Nada. Ni lo más mínimo.

Por un momento pensé que lo mejor sería dejarles el cuerpo, quitármelo de encima, ser libre para volar sobre las terrenales luces de la ciudad. ¡Adiós! ¡Encantado de haber estado dentro de ti! Pero en mi interior surgió un extraño sentido del deber y pensé: *No lo entregues*. A mí no podían tenerme porque estaba volando en libertad, muy alto sobre sus cabezas, pero ¿por qué debería dejar que se quedaran con el cuerpo? Era mío, así que volé tras él. Más rápido que a la velocidad de la luz, volé a la velocidad del pensamiento y lo recuperé justo cuando los policías llegaban a comisaría. ¡Pam! Volví a entrar, echándomelo sobre los hombros como un abrigo, justo a tiempo para escuchar el susurro de Gracie.

—Me pillaron cuando iba a verte. Yo no quería. Ya no podía mentir más, Adam.

—Hiciste lo que tenías que hacer. —Me encogí de hombros.

Yo diría que no le satisfizo la contestación y que quería que yo fuera un gran indulgente y le dijera que todo estaba bien y que no se preocupara, pero eso era demasiado para mí justo cuando me estaban sacando de un coche de policía y metiéndome en una comisaría donde durante las dos horas siguientes me interrogarían sobre un millón de cosas que no tenían nada que ver conmigo y unas cuantas cosas que tenían todo que ver conmigo. Principalmente, querían averiguar por qué me había escapado y por qué le había robado al señor Highsmith los quinientos dólares que habían encontrado en mi mochila. Pero no hablé. Así que llamaron a mis padres.

Había visto a Gracie sentada con un agente en un despacho acristalado durante un rato y luego, mientras esperaba con una taza de chocolate a que aparecieran mis padres, salió del despacho poniéndose el abrigo, y el señor Highsmith dobló la esquina donde debía haber estado esperando todo el tiempo para recogerla. Me puse de pie y dije:

—Gracie —pero no supe qué decir después. Era difícil con todos aquellos teléfonos sonando y los polis hablando con su tonito de «Sé perfectamente lo que ocurre en este mundo» y el señor Highsmith mirándome fijamente. No podía decirle lo que quería, pero tenía la esperanza de que lo entendiera con mi mirada. Que lo sentía, que la quería, aunque el hombre sin piel se llevara aquellas palabras cuando las dije. Que aquello no era el final de nuestra historia.

Una vez vi una película sobre dos amigos que estaban unidísimos. Me refiero a que en realidad eran más que amigos. Eran amigos pero también eran amantes, y se querían más que a nada en el mundo. Pero era como si todos conspiraran contra ellos, y al final había una escena donde sus padres los separaban. Los dos amigos no paraban de estirar los brazos para intentar cogerse, daban patadas y chillaban y gritaban: «¡No conseguireis separarnos! ¡Nunca!». Me había imaginado que si mis

padres y los de Gracie intentaran alguna vez separarnos, reaccionaríamos así, gritando con todas nuestras fuerzas mientras nuestros padres tiraban de nosotros.

Pero lo que me encontré cuando ocurrió, lo que me encontré cuando el señor Highsmith me echó una mirada que derretiría los casquetes polares, lo que me encontré cuando dijo, con los dientes apretados, «Ni se te ocurra acercarte a mi hija, McCormick», fue que Gracie no dijo nada. Nada en absoluto. Durante un instante, me miró y negó con la cabeza. Después se secó los ojos brillantes y salió de la comisaría con su padre, sin decirme ni una sola palabra. Ni siquiera esa que siempre se dice: «Adiós».

A los pocos minutos de que dieran la vuelta a la esquina, mi familia apareció allí mismo, en esa esquina. Primero vi a mi padre, moviendo la cabeza de acá para allá hasta que me vio y me lanzó una mirada de odio. Después, los pies de mi madre aparecieron por la esquina detrás de él, luego las ruedas, y luego mi madre con las mejillas surcadas de lágrimas, y un jersey verde muy navideño abotonado hasta el cuello. Estuve a punto de echar correr hacia ella, estuve a punto de gritar: «¡Ya estoy en casa! ¡Te quiero!». Porque la quería y porque quería que me quisiera, aunque sabía que era difícil. Quería echarme sobre sus rodillas y abrazar sus piernas sin vida, y apoyar la cabeza en su regazo mientras me acariciaba la cabeza con aquellas manos que todavía tenían vida, quería tener ese reencuentro que, de algún modo, mejoraría todas las partes muertas que había en mí. Quería decir: «¡Solo era una broma!», y que me perdonara en el acto como los Highsmith hacían siempre con Gracie. Di un paso rápido hacia ella, casi echando a correr, pero me paré antes de dar el segundo.

Detrás de mi madre, con las manos sobre la silla como las patas articuladas de una araña, venía la paralizadora. Y al ver aquella mano, al seguirla hacia arriba, hacia el brazo, hacia la cabeza y los hombros, al ver la cara de Lucy Hall, al ver la punta rosa de su lengua sobresaliendo para chuparse los labios, al ver aquellos labios convirtiéndose en una sonrisa al verme, al ver cómo seguía formando parte de mi familia después de todo aquel tiempo, mi momento de esperanza se marchitó.

Así de sencillo, ya no quería una reconciliación. Justo en ese momento me di cuenta de que tenía unos límites. Tendría que negociar para obtener mis peticiones. Pero para mi familia las negociaciones solo ocurrían en las películas sobre terroristas que tenían rehenes. Yo me tenía a mí como rehén, pero sabía que seguirían sin escucharme. Sería a su manera o nada. No había conseguido encontrar una solución como había planeado.

El policía que me había estado vigilando desde su mesa dijo:

—Parece que hay alguien que quiere verte. Será mejor que vayas a recibirlos, hijo.

Lo miré e intenté lanzarle una mirada de odio como la de mi padre. Me dieron ganas de decirle que yo no era su hijo. Pero me sobrepasaban en número, incluso más que en mi casa, así que puse los ojos en blanco, asentí como si pensara que aquel

hombre era el mayor imbécil del mundo y fui a recibirlos, sin estar muy seguro de cómo abordar el saludo.

Pero al final dio igual. En cuanto me acerqué a mi madre, extendió las manos esperando un abrazo sin decir ni una palabra, así que me agaché y la abracé. Noté las lágrimas en sus mejillas, pero no dije nada. Simplemente nos quedamos abrazados y entonces, justo cuando iba a hacerlo, justo cuando iba a decirle cuánto lo sentía y cuánto la quería, y que esperaba que todavía me quisiera, justo cuando la miré, mi padre me agarró del hombro y me dio la vuelta para que lo mirara a él. Me estaba mirando fijamente a los ojos por primera vez en años, apuntándome con el dedo como si me estuviera regañando delante de todo el mundo.

—Escúchame, chaval —dijo con la voz temblorosa—. Ya te has divertido bastante. Ya has causado suficientes problemas. Ahora has vuelto y las cosas van a ser como yo diga. Ahora mando yo, ¿me oyes? Y si no dejas de comportarte como un crío, te vas a meter en un buen lío. ¿Lo pillas? ¿Lo has pillado?

—John —dijo el policía que me dijo que fuera a recibirlos—. ¿Qué quieres? ¿Qué vuelva a escaparse?

Mi madre se tapó la cara con las manos.

—¡Genial! —gritó mi padre a todo el mundo—. ¿Es que uno ya no puede castigar a su propio hijo? ¡Mirad lo que me importa!

Estaba seguro de que no le importaba. Por primera vez en mi vida pude verlo de verdad. Pude ver lo mucho que me odiaba y que ya no le asustaba mostrarlo. Le había dado suficientes razones para justificar sus sentimientos y ahora podía decir lo que quisiera. Podía decirme que era un inútil y que deseaba que no hubiera nacido, y todo el mundo lo entendería.

Entrecerré los ojos, mirándolo fijamente para hacerle saber que lo entendía mejor de lo que él pensaba. Para dejarle claro que quizá ahora me tenía en su poder, pero no para siempre. *Ya me estoy ocupando de ese deseo*, quise decirle. *Me estoy ocupando de olvidar la vida que me diste*.

Fuimos a casa en la furgoneta, mi padre y Lucy delante, mi madre y yo detrás. Ninguno hablaba. Solo escuchábamos la emisora de radio de música *country*.

Cuando llegamos a la entrada, esperé a que alguien dijera algo, a que alguien hiciera algo exagerado como había hecho yo la noche que mi padre me sacó de la tumba de Jamie, pero nadie dijo nada. Ni siquiera cuando salimos de la furgoneta y bajamos a mi madre, ni siquiera cuando entramos arrastrándonos por la puerta del garaje a la cocina. Estábamos condenados a repetirnos, a permanecer en un estado constante de regreso. Me pregunté si alguna vez sería posible cambiar de verdad. ¿En algún momento conseguiríamos esforzarnos lo suficiente como para ser diferentes a los que lanzan botellines de cerveza e insultan a los demás?

El señor Highsmith tenía razón y lo supe incluso cuando escuché su voz subiendo por el hueco de la escalera de su casa. Éramos gentuza. Yo no era bueno. Solo había

que echarme un vistazo. Echar un vistazo a mi familia. Todas las pruebas iban en nuestra contra. Ya podía correr todo lo que quisiera, que nunca escaparía de la verdad.

Lucy empujó a mi madre hasta la mesa del comedor, luego volvió al lado de la cocina para prender el fuego. Andy salió de su habitación y se quedó de pie en una esquina, lanzando un bostezo emporrado. Sonrió al ver que había vuelto, que había estado totalmente equivocado, igual que lo había estado mi madre.

Lucy repartió tazas de café a todos y nos quedamos en la cocina con los ojos vidriosos, como si fuéramos una secta preparándose para beber cianuro. Todos menos yo se bebieron el café a grandes tragos, luego dejaron las tazas en el fregadero y se fueron a hacer lo que tuvieran planeado hacer a continuación. Ver la televisión, cazar, fumarse otro porro en el campo de atrás.

Nadie preguntó nada sobre dónde había estado durante todo aquel mes. Me quedé solo en la cocina con mi café aún por beber, preguntándome por qué nadie hablaba. Porque justo en ese momento, aunque significara que me gritaran, quería escuchar sus voces.

Pero era inútil. Mi familia no tenía suficientes palabras. O no habían coleccionado las suficientes o habían dejado de coleccionarlas en algún momento, y así era como teníamos que funcionar, con ese vacío.

Cuando al final dejé la taza en el fregadero y me fui a mi habitación, me encontré a Lucy doblando su ropa encima de mi cama.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, y Lucy me miró.

—Me mudé hace unos días —dijo—. Me estoy divorciando de Doug. Se enfadó porque nunca estaba en casa y dijo que pasaba demasiado tiempo con tu familia.

—Y es verdad —le dije. No me moví de la puerta.

—Bueno, eso sí que es gratitud —dijo Lucy, amontonando una toalla doblada encima de otra—. Con todo lo que he hecho yo por tu madre. Y ahora tu pobre padre va y pierde el trabajo, y todo por ti. Por no mencionar a esa trabajadora social que ha estado husmeando por aquí desde que desapareciste. Volverá, así que prepárate para tener una charla bastante animada. ¿Tú sabes el dolor que has causado? Eres muy egoísta. ¿Lo sabías?

—No tendrías que haber intentado ayudarnos —dije—. Tendrías que haberte quedado con tu marido, o por lo menos no aquí.

Las palabras salían sin que tuviera que pensarlas. Pero no salían con un tono de enfado o disgusto. Simplemente decía lo que sentía y empezó a tener sentido, incluso para mí mismo. Me sabía mal que mi padre hubiera perdido su trabajo, pero había perdido muchos trabajos antes y lo más probable es que no fuera porque yo me escapara. La gente comentaba. Comentaba cosas como las que el señor Highsmith había dicho sobre el tipo de trabajador que era. Se tomaba largos descansos. Lo encontraban lejos de cualquier tarea que le hubieran asignado. Era un buen trabajador

cuando se lo proponía. Lo malo es que mi padre no era bueno a la hora de proponerse las cosas.

Quizá tuviéramos eso en común.

—No lo entiendes, Adam —dijo Lucy—. Ya te darás cuenta de lo que yo he pasado cuando crezcas y pases por algunas de las cosas que yo he visto.

—No soy un niño —dije—. He visto cosas. Cosas que ni siquiera te imaginas.

—¿Qué has visto, Adam? —dijo Lucy, con un tono tan suave y empalagoso que me di cuenta de que estaba pensando que quizá yo sabía algo que pudiera perjudicarla. Su enorme sombra negra estaba apoyada en la pared detrás de ella, más grande que cuando me marché. Se cruzó de brazos y esperó mi respuesta.

Pero no dije nada. Me di la vuelta y me marché.

Intenté dormir en el sofá aquella noche, pero al igual que muchas de las noches desde que me metí en la tumba de Jamie, el sueño me rechazaba. Me estaba acostumbrando al rechazo, pero aun así estaba cansado. Mirar las luces parpadeantes del árbol de Navidad, su brillante espumillón y las bombillas satinadas, no me hipnotizó como lo hacía cuando era pequeño, así que me tumbé en el sofá, cogí el mando a distancia y enchufé la tele, con la esperanza de encontrar algo que me agotara.

Inmediatamente apareció el canal del tiempo, inundando el salón con su pantalla azul, como una ola oceánica. Pensé en las últimas semanas y cerré los ojos, deseando volver a estar lejos. Estaba claro que en algunos aspectos había sido una mierda, pero al menos no había sido ese agujero negro en el centro de mi familia que absorbía todo lo bueno y solo dejaba las cáscaras de lo que se suponía que teníamos que parecer moviéndose por el mundo. Ahí afuera, fuera de aquella casa, era yo mismo a todo volumen. Dentro, tenías que bajarte o apagarte del todo.

Me pasé unas cuantas horas cambiando los canales, sin ver ningún programa. Estaba pensando en Jamie. Confiaba en que volvería en cualquier momento, aunque se hubiera ido cuando la policía me cogió aquella mañana, y ese pensamiento hacía que mantuviera la esperanza de que no me iba a quedar solo para siempre. Gracie había resultado ser una persona que cambiaba de lealtades cuando le convenía, pero todavía lo tenía a él. Me siguió cuando pensé que no estaba conmigo. Me había salvado cuando necesité que me salvaran. Lo único que tenía que hacer ahora era esperar a que me encontrara otra vez.

Observé las agujas del reloj propagándose por la noche y al final me quedé dormido a eso de las seis de la mañana. Pero una hora más tarde, mi padre me despertó.

Mi padre tenía callos en las manos de trabajar en la construcción. Tenía unas zarpas enormes, capaces de tragarse una pelota de béisbol o de cubrir casi por completo una cara. La piel de sus palmas eran como la piel de las plantas de mis pies: gruesa y áspera. Yo tenía los pies así por todo lo que había corrido y mi padre tenía las manos así por las cargas que le hacían levantar y por las superficies rugosas que

tenía que mantener firmes. Manos de carpintero, decía él. Llenas de astillas. Una vez llegó a casa con una uña negra por haberse golpeado con un martillo. La uña estaba llena de sangre y se le cayó al día siguiente, y luego el dedo se le quedó un tiempo al descubierto. Al final la uña volvió a crecer, pero en ese intervalo de tiempo, le pregunté si le dolía no tener la uña que lo protegía.

—Qué va —dijo—. Estas manos están acostumbradas al dolor. No sienten nada.

Y ahí estaban, ese par de mecanismos entumecidos, levantándome del sofá. Las deslizó bajo mis axilas y me levantó como a un gatito.

—¡Caga, dúchate y afeitáte! —gritó. Le salió un escupitajo, pero no lo noté cuando me salpicó—. Se acabó eso de hacer lo que te dé la gana —dijo—. Ahora mando yo. ¡Y no la inútil de tu madre!

Lucy y Andy entraron en la sala de estar dando tumbos.

—¡John! ¿Qué diablos pasa? —dijo Lucy.

—Se va al instituto —dijo mi padre, esforzándose por no apartar la mirada de mí—. No se va a quedar en casa durmiendo todo el día.

—Papá —dijo Andy—. Estamos de vacaciones, es Navidad.

Mi padre miró a Andy. Se le inundó la mirada de rabia, pero rápidamente desembocó en vergüenza.

—¡Mierda! —susurró sin soltarme—. ¡Joder! —dijo antes de volver a lanzarme al sofá como si fuera un montón de basura.

—¿Qué está pasando ahí? —La voz de mi madre llegaba desde la habitación.

—Nada —gritó Lucy por encima del hombro. Se cruzó de brazos—. Bueno, ya que estamos todos levantados, creo que debería preparar el desayuno.

Media hora más tarde, estábamos todos sentados en la mesa del comedor por primera vez en no sé cuánto tiempo, comiendo huevos revueltos y salchichas, tortitas y plátanos. No podía saborear nada, pero seguí pinchando la comida y metiéndomela en la boca para tenerlos contentos.

Odiaba el mecanismo forzado de nuestros movimientos, no solo en la mesa del comedor donde el único sonido era el de nuestros tenedores, sino el movimiento mecánico de nuestras vidas. El modo en que todo el mundo dice y hace siempre lo mismo y finge que no se da cuenta del cambio de estaciones o del modo en que cambian los demás. ¿Por qué el canal del tiempo todo el rato? ¿Por qué decidirse por la silla de ruedas en vez de la fisioterapia? ¿Por qué un porro todos los días después de clase, justo a la hora prevista? ¿Por qué venía a verme correr un chico muerto, pero ninguno de vosotros os preocupasteis?

Estaba pensando en aquello, mirando mi plato, cuando la sombra de Lucy dijo:

—Así es la vida. Acostúmbrate.

Levanté la mirada y vi su sombra extendida en la pared que tenía delante, pero la propia Lucy estaba en el lado de la cocina haciendo más tortitas. Miré a una y luego a la otra. Un fino zarcillo recorría la habitación desde Lucy hasta su sombra. Parecía

como si, en cualquier momento, su sombra pudiera sacar unas tijeras y cortar la cuerda.

Aquel día, más tarde, mi padre nos metió en tropel en la furgoneta y fuimos al cementerio para limpiar las lápidas de mis abuelos y poner coronas navideñas en sus tumbas. Me acordé de los cementerios mexicanos de los que Gracie me había hablado y me pregunté cómo serían los cementerios mexicanos en invierno. Seguramente allí hacía sol todo el año; de ser así, seguro que ayudaría a que la gente quisiera que todo estuviera decorado y lleno de colorido.

Nos costaba empujar la silla de ruedas de mi madre por la nieve, así que Andy y yo la levantamos y la llevamos a peso hasta las tumbas, como si nosotros fuéramos esclavos egipcios y mi madre nuestra Cleopatra en una litera. Mi madre se rio y se llevó la mano al pecho. Nos miró desde arriba, sonriendo por estar flotando en el viento de diciembre, rodeada de copos de nieve.

—Tened cuidado —nos regañó—. No os hagáis daño. —Me entraron ganas de decirle que ya era demasiado tarde. Que ya nos habíamos hecho daño. Todos estábamos heridos y la sangre seguía chorreando.

Después de despejar las lápidas y sustituir las flores por coronas, nos retiramos como siempre para dejar que mi madre estuviera a solas con sus padres. Corrección: nos retiramos todos excepto Lucy. Ella se quedó al lado de mi madre cogiéndola del hombro. Mi padre, Andy y yo nos quedamos juntos, mi padre en medio de los dos. Cada vez que respiraban, les salía vapor de la boca, pero mi respiración seguía siendo invisible. Mi aliento era tan frío por dentro como por fuera. Yo era la muerte ambulante que caminaba desgarrada por sus vidas. No entendía el secreto de cómo seguir hacia delante como los demás. Podía seguir corriendo, pero solo por fuera. Por dentro, era un cadáver que esperaba el cuerpo al que agarrarse.

Más tarde, fuimos a comer al pueblo. Mi padre aparcó la furgoneta cerca del bordillo de la plaza y todos cruzamos el parque andando. El suelo estaba cubierto de nieve y la gente había salido a hacer las compras de última hora porque solo quedaban tres días para Navidad. Fuimos al Wildwood Café y nos sentamos en una mesa con sillas en vez de en los bancos, para que mi madre pudiera ponerse en un lado con la silla de ruedas.

El Wildwood Café era la cafetería preferida de mi padre. En verano, estaba llena de moscas y olía a aceite y patatas quemadas. En otoño, servían sidra de manzana caliente. En invierno, hacían chocolate a la taza y chili con carne de venado en vez de con carne de vaca picada. En primavera, la cafetería cerraba durante un mes porque los dueños, los Winterson, se iban de vacaciones a Florida. Mientras estaban fuera, en la pizarra del cristal delantero siempre ponía en tonos pastel: «¡Volvemos en un santiamén! ¡Felices Pascuas!».

Pedimos la comida y nos sentamos como una auténtica familia, y, al mirar de reojo, me di cuenta de que todo el mundo estaba echándole un vistazo a la familia

McCormick, juntos de nuevo, y, como estrellas invitadas Lucy Hall y el hijo fugitivo, aquel que una vez fue un buen corredor y sacaba unas notas decentes pero la cagó. *Qué patéticos*, pensaban todos. Sus sombras decían lo que sus caras nunca dirían.

Mi padre seguía sonriendo y saludando con la cabeza a esa gente, a esos farsantes que no tenían nada bueno que decir sobre nosotros a nuestras espaldas. No entendía por qué quería la aprobación de esa gente que pensaban tan mal de nosotros, incluso cuando sus vidas también eran una mierda. El señor Winterson y su colección de pornografía, que escondía de su mujer en el cobertizo de detrás del establo. Alice Chapman y su amante del pueblo de al lado. ¿Qué pensaría su marido si supiera que le estaba engañando con el hombre que le vendió el tractor nuevo? Y luego el reverendo Mann y su obsesión por los chicos de mi edad. Tanto su sombra como algunos de los chicos del instituto tenían mucho que decir al respecto, pero solo la gente como yo les escuchaba.

Mi padre nunca había sido muy bueno escuchando a los vivos y aún menos a las sombras, así que no se daba cuenta de que éramos tan malos como cualquier otro. Pensaba que su familia se había descontrolado y que ahora tenía que volver a ponernos a raya, como si alguna vez lo hubiéramos estado. Quería presumir. «¡Mirad! ¡Aquí están! ¡Los he reunido a todos!».

Me entraron ganas de reírme en su cara. ¿Cómo podía sentarse ahí, comerse ese chili de mierda y pensar que aquella gente ayudaría a que mejoraran las cosas? A ellos les encantaba ver que los demás estaban hundidos. A todo el mundo le gusta ver a alguien hundido, eso te hace olvidar tus propias cagadas. ¿Ayudar a alguien que lo necesite? Ni hablar. Dejémoslos así, eso es lo que piensa la gente. Pero mi padre no se había dado cuenta.

Me guardé aquellos pensamientos para mí. No serviría de nada contarle a nadie lo que sentía. La vida en la familia McCormick no era negociable. Así que me comí el queso tostado y la sopa de tomate, tratando de imaginarme la tostada con mantequilla en mi lengua, el pan desmigándose y el queso caliente y blando. Pero daba igual cuánto me concentrara, no podía saborear ni sentir nada. Comía porque se suponía que tenía que hacerlo.

A la mañana siguiente, me despertó el ruido de un coche que hacía crujir la gravilla de la entrada. Me froté los ojos para despertarme y me acerqué al ventanal. Tras el espumillón y las ramas del árbol de Navidad, pude ver a una mujer negra que salía de su coche con un maletín. Llevaba una falda oscura hasta las rodillas, una blusa blanca con una tira de volantes en el centro y una chaqueta oscura abotonada hasta arriba. Tenía aspecto de funcionaria, lo que debería haber sido mi primera pista de que traería problemas. Después de respirar profundamente y erguirse más de lo que estaba, se dirigió con paso firme hacia la puerta delantera y tocó.

No contesté. Seguí mirando entre las ramas del árbol de Navidad y, al rato, volvió a tocar. Se escuchó movimiento en la habitación del fondo y un minuto después

apareció mi padre en ropa interior.

—¿Por qué no abres la puta puerta? —preguntó.

—Es una mujer negra con traje —le contesté.

—¡Joder! —dijo—. Es la trabajadora social.

—Vamos a ignorarla —le dije—. Se marchará.

Volvió a tocar, más fuerte y más rápido.

—¡Lucy! —gritó mi padre.

—¿Qué? —contestó Lucy desde mi habitación.

—¿Puedes abrir la puerta mientras yo me visto?

Lucy entró en la sala de estar en camisón y los tres nos quedamos mirándonos como idiotas.

—¿Quién es? —preguntó.

—La trabajadora social —le dije.

—Entretenla mientras me pongo algo y visto a Linda —dijo mi padre.

Dobló la esquina y me di cuenta de que era la primera vez que lo había visto casi desnudo desde que yo recordara. Y luego me di cuenta de que Lucy también lo había visto casi desnudo. Aquello me hizo sentir raro. Como si fuera el principio de una nueva serie de señales que buscar.

La trabajadora social llamó una vez más y Lucy abrió la puerta pidiéndole disculpas por no abrir antes. Le explicó que lo que pasaba es que todos estábamos durmiendo. Pero la trabajadora social se quedó como si nada.

Escuché su voz antes de verla.

—Siento molestaros, familia —confesó—. Soy de Servicios Sociales. ¿Fue con usted con quien hablé por teléfono la semana pasada? La policía llamó para decir que habían encontrado a Adam McCormick. Solo necesito hacerles algunas preguntas, señora McCormick.

—¡Por Dios! —exclamó Lucy, con las mejillas sonrosadas—. Yo no soy la señora McCormick. Solo soy una amiga. Me llamo Lucy Hall.

Condujo a la trabajadora social a la sala de estar y añadió:

—Pues aquí está nuestro pequeño desaparecido. Saluda, Adam.

Todavía llevaba la camiseta y el pantalón del chándal, y la verdad es que no era el tipo de blindaje que elegiría para enfrentarme a aquella señora, pero sabía que tenía que deshacerme de ella para compensar a todo el mundo. Así que le dije:

—Hola, señora. —Como un buen chico, y ella sonrió. Tenía los dientes blancos y enormes.

—Encantada de conocerte por fin, Adam —dijo con una voz melodiosa que me hizo querer confiar en ella. Pero yo era más listo. Siempre cogen a personas con ese tono de voz para hablar con la gente problemática, pero en realidad son tan malos como los demás.

Mi padre entró con mi madre en la sala de estar, empujando la silla; los dos parecían cansados, como si los hubieran sacado a rastras de la cama. A mi padre ya le

había empezado a salir la barba, aunque se había afeitado la noche anterior. Mi madre le ofreció la mano a la trabajadora social y le dijo:

—Por favor, siéntese. —La mujer se sentó, y luego les dijo que necesitaba hablar un momento conmigo a solas.

Me pasé la hora siguiente con ella, contestando preguntas. ¿Por qué me había escapado? ¿Me sentía amenazado por algún miembro de mi familia? ¿Con qué me había encontrado mientras estuve fuera? ¿Podía explicarle mi comportamiento para que ella pudiera entender mis sentimientos? ¿Por qué escogí quedarme en el armario de Gracie Highsmith en vez de en otro lugar? ¿Por qué incendié la granja de los Wilkinson?

¡Joder! Gracie les había contado más de lo que pensaba. ¿Cómo puede alguien tan inteligente asustarse tan fácilmente? A ver, tampoco hay tanta diferencia entre ellos y nosotros. Simplemente ellos son mayores. No puedes dejar que te intimiden.

Contesté de la manera más evasiva posible. Le dije que simplemente estaba pasando por un mal momento y no quería pagarlo con mis padres. Le dije que quizá necesitara medicación. Le dije que me sentía amenazado, pero no por mi familia (aunque no era verdad). Le dije que me había quedado en el armario de Gracie porque ella me dejó. Bueno, aquella pregunta era bastante tonta. Cuando me preguntó por la granja de los Wilkinson, le contesté:

—No sé de qué está hablando. —Y levantó la mirada de su cuaderno para echarme un vistazo.

—¿No tienes nada que ver con ese incidente?

—No sabía que la habían incendiado hasta que me lo ha dicho usted.

—¡Ajá! —dijo. Volvió a bajar la mirada y empezó a escribir algo en su cuaderno. Cuando me preguntó por Gracie, le respondí:

—Ella me dijo que me quedara allí. Solo pensaba escaparme durante un par de días, ya sabe, para estar un poco a solas, pero me convenció para que me quedara en su armario.

—¿Eso es verdad? —preguntó la trabajadora social. Me había dicho cómo se llamaba, pero ya se me había olvidado. No quería conocerla. Para mí, siempre sería la trabajadora social. Con ese tipo de gente, lo mejor son las formalidades.

—Es verdad —le respondí. Podría haberle ahorrado aquello a Gracie, pero después del modo en que se había alejado de mí sin decir ni una palabra, después de enterarme de que lo había contado todo, tenía motivos. ¿Por qué tenía que librarse solo por pertenecer a una buena familia?

Cuando me preguntó por qué había cogido el dinero del señor Highsmith, le dije:

—Gracie me dijo que lo cogiera. Quería que nos fuéramos en tren a California y me dijo dónde encontrar el dinero mientras ella y sus padres se iban a Youngstown a visitar a sus tíos.

—¿California? —preguntó la trabajadora social, con mirada dudosa.

—Me dijo que escogiera un lugar en el que no hubiera estado nunca —le expliqué —, así que escogí California. Allí es donde vive mi tía Beth.

—Ya veo —dijo la trabajadora social, garabateando frenéticamente en su bloc.

Al final, la trabajadora social dejó de tomar nota de la sesión y trajo a mi familia de vuelta. Nos agradeció nuestro tiempo y dijo que se pondría en contacto con nosotros, y que posiblemente tendría que acudir a los tribunales.

—¿A los tribunales? —dijo mi madre, perpleja.

—¿A los tribunales? —repetí yo, hecho una furia.

—Sí —confirmó la trabajadora social—. Es el procedimiento habitual con los fugitivos y delincuentes. Y me temo que su hijo es precisamente eso. Tendrás que reunirte con un juez de un tribunal de menores.

—Esto es patético —apostillé, pero Lucy me hizo callar.

—¿Qué podría pasarle? —quiso saber mi madre.

—Podrían enviarle a un centro de detención de menores, o puede que a un centro de acogida.

—¿Un centro de acogida? —gritó mi madre.

—Sí, señora —dijo la trabajadora social—. Eso me temo.

Cuando conseguimos que saliera por la puerta, mi madre se echó a llorar.

—¡Ay, Dios mío! —gimió—. ¿Qué es lo que he hecho mal?

—No llores, Linda —dijo mi padre. Pero mi madre siguió llorando. No podía pararla, lo cual creo que debió hacerle sentir que había perdido el control, porque se puso a gritar—. ¡Para! ¡Deja ya tanta puta lágrima! —Y mi madre se fue rodando a su habitación, sin dejar de llorar.

Mi padre se giró hacia mí con el mismo gesto de rabia con el que me había despertado aquella mañana. En un instante, vi que levantaba la mano, pero no pude apartarme. La bajó rápidamente, el dorso de su mano contra mi boca, y ya estaba tirado en el suelo, mirándole desde abajo.

—¡Todo esto es culpa tuya! Si alguna vez se te ocurre volver a hacer una tontería así, ¡reza para que la poli te encuentre antes que yo!

Me quedé en el suelo. Si me movía, volvería a pegarme, así que me quedé ahí tumbado, lo miré y dije:

—Lo siento, papá, fue sin querer —Al oír aquello, salió corriendo de la habitación. Conocía bastante bien sus debilidades. Sabía qué palabras podían herirlo.

Después me toqué los labios con los dedos, no sentía ningún dolor, pero al mirarlos vi que tenía sangre. Levanté los dedos y observé el rojo que humedecía las yemas. *Mira, ahí lo tienes*, pensé.

Soy yo.

Llegó Nochebuena y durante casi todo el día tratamos de no mirarnos ni hablarnos por miedo a que si lo hacíamos, empezáramos a pelearnos. Cuando nos dimos los regalos, fue como si las cosas casi estuvieran volviendo a la normalidad. Se respiraba

alegría en la sala de estar. Probablemente ayudó el café con un toque de güisqui que había hecho Lucy.

Mi madre me regaló unas zapatillas de deporte y mi padre me regaló uno de sus viejos rifles de caza. *Justo lo que necesito*, pensé. *Un fusil*. Intenté ser agradecido, como cuando le di las gracias a Jamie, porque ahora que mi padre no tenía trabajo, no había mucho dinero. Le di un beso a mi madre y unas palmaditas en el hombro a mi padre, a cierta distancia, y después abrí el regalo que me había enviado mi tía Beth desde California. Aquel año no había venido. Después de todos los problemas que había causado, pensó que quizá lo mejor sería que viniera a vernos en Pascua.

Su regalo estaba en una cajita envuelta con papel brillante y dorado, y al abrirla me encontré una cadena de plata con un amuleto de unas zapatillas de deporte con alas, y también una nota.

Querido Adam:

Pase lo que pase, recuerda que eres un corredor.

Nadie te puede arrebatar eso.

Besos,

tía Beth

Ya sé que era un buen regalo y todo eso, pero me dieron ganas de decirle a mi tía que era un poco idealista y que quizá no estaba tan informada de la situación en la que me encontraba en ese momento como ella pensaba. Mi madre no podía correr. Mi madre ya ni siquiera podía andar. Nadie podía asegurarme que no pudieran arrebatarle mi talento para correr. Aun así me puse la cadena y se la enseñé a todos.

—Es preciosa —dijo mi madre, sujetándola con la palma de la mano mientras me inclinaba hacia ella—. Ay, Beth siempre acierta con los regalos.

Mi padre gruñó y dijo que mi tía Beth era una jipi y una rarita, y mi madre le contestó:

—Me da igual lo que digas, John. Mi hermana es mejor que diez de vosotros juntos.

Lucy estaba sentada al lado de mi padre en el sofá y se rio.

—Ah, tú no, Lucy —dijo mi madre.

—Lo siento, Linda, pero en serio, tu hermana nunca debería haberse marchado de Ohio. Te digo que la costa oeste es diferente. Allí hay locos de todo tipo. Ese lugar cambia a las personas. Te lo aseguro, cambia a las personas.

—No son muy distintos de nosotros —comenté, acariciando las zapatillas de la cadena.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó mi padre—. Tú no sabes nada de nada. Solo eres un imbécil sabelotodo.

—John, es Navidad —dijo mi madre.

—Aún faltan tres horas —rebatí Andy.

—Ya sabes lo que quiere decir, idiota —le espeté.

—Vete a la mierda, maricón —replicó Andy.

—Que te jodan —le contesté.

—No empecéis —dijo mi padre.

Andy y yo nos quedamos mirándonos fijamente durante un rato, pero al final lo dejamos. Al final de la noche, incluso le devolví su mechero, al fin y al cabo era Navidad.

—¡Me preguntaba dónde habría ido a parar! —exclamó—. Ladronzuelo. —Me dio un puñetazo flojo en el hombro—. Si ni siquiera fumas.

—Lo utilicé para incendiar la casa de la Flipada.

—¿De quién? —dijo.

—De Frances.

—¿Te refieres al abuelo?

—No, idiota —le contesté—. Frances, Frances Wilkinson, la de la granja de los Wilkinson.

—¡Ah, sí! —profirió, sonriendo como si estuviera orgulloso de mí—. La granja de los Wilkinson. Todo el mundo se imagina que fuiste tú.

—Sí —le confirmé—, pero no se lo digas a nadie. Le conté a la trabajadora social que no fui yo.

—No hay problema —respondió Andy, lo cual me hizo sentir ese sentimiento familiar tan extraño. ¿Andy iba a mantener la boca cerrada por mí? A lo mejor las cosas sí que podían cambiar.

Dada la situación, con todo el mundo comportándose lo mejor que podía para conseguir que las cosas funcionaran, casi tuve la esperanza de que lo que había ocurrido el mes anterior hubiera sido simplemente que me había vuelto temporalmente loco, que todos lo entendían, como Andy, y que me iban a perdonar.

Pero entonces Andy soltó:

—Dame el fusil y quedamos en paz.

Tenía que haber trampa, claro. ¿En qué estaría pensando?

No conseguía entender por qué mi hermano podía tratarme como si fuera un simple desconocido, pero había muchas cosas que no entendía. Aunque ya me estaba acostumbrando a no entender nada. Cuando algo sucede con bastante regularidad, acabas por hacerte casi insensible y luego ya no vuelves a sentirlo nunca más. Como las manos de mi padre.

Volví a pasar la noche en el sofá, mirando el parpadeo del árbol de Navidad. Normalmente mi madre nos hacía apagar las luces antes de irnos a la cama, pero el día de Navidad las dejaba encendidas toda la noche. Estaba observando el patrón parpadeante de las luces, cuando sentí su aliento frío en el hombro. Y cuando me di la vuelta, me lo encontré arrodillado en el brazo del sofá donde tenía apoyada la cabeza.

Cuando levanté la mirada, me apartó el pelo de los ojos.

—Bienvenido a casa —le dije.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —le respondí, encogiéndome un poco de hombros—. Pero Gracie...

—Ella no lo entiende —dijo, dando la vuelta para sentarse a mi lado—. Es egoísta, eso es todo. No te preocupes. Yo te quiero.

Se deslizó y apretó su cuerpo contra el mío, pero lo que dijo me recordó algo.

—Espera —dije, y bajé corriendo al sótano, y busqué en la cesta de la ropa sucia hasta que encontré los vaqueros donde estaba el cuarzo rosa con forma de corazón de Gracie.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó Jamie.

Metí la mano en el bolsillo y encontré el corazón donde lo había dejado. Solo que no estaba igual que la última vez que lo revisé. No latía. Ya no estaba suave ni caliente. Volvía a estar frío como la piedra, y cuando lo saqué, vi que tenía una raja en el centro.

Un momento después, mientras lo sujetaba en el centro de la palma de mi mano, se partió en dos.

Traté de no mirarlo. *No era un corazón de verdad*, me dije. Solo era una piedra. Debió de romperse cuando estuve durmiendo en el bosque, o cuando nos metimos sin querer en el espacio muerto. No sabía cómo. Cuando vives sin las comodidades básicas, las cosas se rompen. Me metí los trozos en el bolsillo y subí la escalera.

—Era de ella, ¿verdad? —preguntó Jamie.

Asentí.

—Te lo dio ella, ¿verdad?

—Lo cogí —le contesté—. Luego me lo dio.

—No pasa nada —dijo—. De todas formas puedes pasar sin uno de esos.

—Ya lo sé.

—Ya sé que lo sabes —repuso, y dibujó esa sonrisilla en un lado de su cara. Todavía tenía aquella sonrisa torcida. Consiguió que no estuviera tan triste, y le sonreí.

—Mucho mejor así. Odio verte triste —afirmó—. Te mereces algo mejor. Te mereces que te quieran.

—Eso es lo que ella decía —le comenté.

—Fue una egoísta, eso es todo.

—La echo de menos.

—No te preocupes —me aseguró—. Allá donde vamos, no tendrás que pensar en eso. Tengo un plan. Creen que nos tienen, pero no es así.

—Pero nos volverán a coger.

—Ni hablar —aseguró—. Esta vez somos solo nosotros dos. Tú escúchame a mí y todo irá bien.

—Pero ya he causado bastantes problemas.

—Las cosas no mejorarán si nos quedamos aquí —dijo.

—Ya lo sé —le respondí—. Confío en ti. —Necesitaba confiar en alguien con todas mis fuerzas.

—Entonces, arreglado. —Se sentó a mi lado en el sofá. Me rodeó con los brazos y me tumbó de espaldas para ponerse encima. Las luces del árbol de Navidad se proyectaban en su piel pálida. Examinó mi cara mientras yo le tocaba la cuchillada cerca de la sien, el bulto gelatinoso lleno de sangre. Aquella herida simplemente formaba parte de él. Y no me daba escalofríos.

—Feliz Navidad, Adam —susurró, apoyando su mejilla contra la mía mientras las luces navideñas parpadeaban en su coronilla.

—Feliz Navidad, Jamie —le dije.

En el valle

Espacio muerto. Necesitábamos un poco. Pero Lucy estaba en mi habitación y mis padres en la suya y mi hermano en la suya, así que fue por el armario del pasillo por donde tuvimos que entrar. Nadie entraba nunca en el armario del pasillo. Era donde metíamos todas las cosas que ya no queríamos. Las chaquetas de caza viejas de mi padre y los abrigos viejos de mi madre con cuello de piel falsa, la chaqueta de Andy con el símbolo del instituto —un cohete lanzándose hacia el cielo nocturno—, botas con agujeros y mis viejos guantes y el bate de béisbol, de cuando era pequeño y pensaba que jugar al béisbol haría feliz a mi padre. Si metías algo en el armario del pasillo, nunca más volvía a salir. Lo que ya no tiene vida acaba en los armarios. Las cosas que usamos todos los días tienen vida propia, como la gente.

Jamie abrió la puerta y nos abrimos paso por los abrigos; al meternos, las perchas chocaron y chasquearon.

—¡Chsss! —dije—. No hagas ruido, nos van a oír. —Pero Jamie solo hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Aunque nos oyeran —dijo—, para cuando lleguen, ya nos habremos ido.

Me cogió de la mano y me llevó al fondo. Y entonces, la ropa quedó atrás y la oscuridad del espacio muerto delante. Estiré el brazo hacia atrás para cerrar la puerta y echar un último vistazo a las tres luces que parpadeaban en el temporizador —encendido, apagado; encendido, apagado—, como un estribillo de colores. Estuve a punto de despedirme de todo como hice la última vez que había intentado escaparme, pero como al final me habían encontrado y había vuelto, me imaginé que «adiós» no era la palabra que necesitaba en ese momento.

Cerré la puerta y me giré hacia Jamie.

—No te preocupes, Adam —dijo, como si me leyera el pensamiento—. Esta vez somos tú y yo. Será diferente. Confía en mí.

Y entonces, un remolino de viento frío nos rodeó. Pude oler la luz de la luna en la nieve que caía sobre el campo congelado en el que nos encontrábamos. Las siluetas de los árboles punteaban el horizonte púrpura, y detrás de ese muro de tinieblas, los lobos aullaban. Sus voces se acumulaban sobre los árboles como montones de gavillas de trigo. No podía ver ningún lobo, pero podía sentir como nos observaban mientras corríamos hacia el bosque, esperando a que entráramos.

Y eso fue lo que hicimos; las ramas nos golpeaban los brazos y la cara al pasar a toda velocidad por un camino sin señalizar que conocía Jamie. Según él, era mejor alejarnos del sendero. Había menos posibilidades de tropezamos con una de las señoras que se arrodillaban bajo los árboles y se desenredaban el pelo con los dedos, gimiendo. Menos posibilidades de encontrarnos con hombres sin piel, con sus montones de músculos sangrientos, deambulando como modelos biológicos del

cuerpo humano. La primera vez que Jamie me llevó allí, no fui capaz de ver nada, pero ahora sí podía. Ahora lo veía todo.

Aun así, Jamie me llevaba de la mano adonde nos dirigíamos. Yo le seguía, observando como se movían mis pies entre las hojas secas que cubrían el suelo del bosque, espolvoreadas con dibujos formados por los copos de nieve que se habían congelado en la maraña de sus venas. Pensaba que había avanzado en mi camino a morir porque por fin podía ver en el espacio muerto, pero luego me di cuenta de que había oído la luz de la luna en la nieve y que al correr había notado el frío filtrándose a través de la ropa y que me había hecho tiritar.

—Jamie —dije susurrando para no llamar la atención—. Algo va mal. Estoy sintiendo.

Pero no dejó de correr. Simplemente asintió y entonces... ¡zas!, salimos del bosque, las ramas de los árboles rebotaron de repente hacia atrás. Luego subimos una cuesta empinada, hacia donde las vías del tren descansaban en lo alto.

Al subir, la hierba fue desapareciendo y un manto de gravilla comenzó a crujir bajo nuestros pies. Volví a echar un vistazo a mis zapatos. Estaban rajados, gastados; debería haberlos tirado ya. Pero me habían llevado hasta allí. No podía abandonarlos. Los conservaría hasta que se me cayeran de los pies, los conservaría hasta que no les quedara vida.

En lo alto de la cuesta, nos paramos y me incliné hacia delante, agarrándome los muslos con las manos como hacía después de una carrera, sintiendo como el viento me cortaba la garganta como una cuchilla. Dolía, pero también era agradable, sentirse un poco humano. Y fue entonces cuando vi el vapor saliendo de la boca de Jamie por primera vez. *Está vivo*, pensé.

—¿Hemos salido ya? —le pregunté.

Jamie negó con la cabeza.

—Todavía estamos dentro. —Señaló unos caminitos pasadas las vías—. Allí es donde nací.

Volví a ponerme de pie y miré hacia donde estaba señalando. Primero vi las cintas amarillas de la policía ondeando en el viento, luego el hoyo que rodeaban. El hoyo en el que lo habían enterrado. El hoyo en el que nos habíamos metido juntos.

El viento atravesó la chaqueta vaquera y me abracé, me castañeaban los dientes.

—Allí es donde nací yo también —le dije. Pero Jamie negó con la cabeza.

—Tú no has nacido todavía —dijo. Tenía el gesto triste, la boca se le torcía hacia abajo—. Yo salí por este lado. Tú no.

—Entonces, ¿qué soy?

Me puso la mano en el hombro.

—Me alegro de que hayas venido, Adam. No sabes lo mucho que significa para mí. —Lo dijo con un tono como si fuéramos a combatir juntos, o a entrar en el espacio exterior para destruir un meteorito antes de que chocara contra la Tierra. Al ver que yo no decía nada, dibujó esa sonrisa torcida y vi que, aunque allí pareciera

más vivo, estaba cambiando. Le estaba saliendo podredumbre marrón entre los dientes y los ojos se le estaban hundiendo en las cuencas. Su piel tenía un brillo ceroso, como si lo hubieran llenado de líquido embalsamador, y también había algo en su mirada. Una lejanía crecía en él, como un horizonte lejano.

Se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección contraria al hoyo, y yo lo seguí por detrás, sin dejar de abrazarme. Le pregunté adónde íbamos, pero simplemente me contestó:

—Ya lo verás. —Y siguió andando. Empecé a observar el movimiento de mis pies otra vez. Guijarros y tablillas, guijarros y tablillas. *Hielo, roca, aire, respira*, pensé. Prohibida la entrada.

Mientras caminábamos, seguí pensando en Gracie, en cómo habían acabado las cosas entre nosotros sin discusión alguna. Sin palabras. En el modo en que simplemente me miró y se marchó con su padre. Sin volver la vista atrás, sin un hasta luego. Fue como si de pronto no me conociera de nada. Cuando pensaba en ella, sentía como si tuviera un montón de cristales rotos en el estómago y me cortaran. Aunque a veces era más como si un lobo me desgarrara las entrañas, tratando de salir. En cualquier momento, subiría por mi garganta, me abriría la mandíbula y saldría por mi boca aullando, listo para destruirlo todo a su paso.

Llegamos a un punto en el que la vía se dividía en dos direcciones que se separaban por una curva. Una línea conducía al viejo puente cubierto sobre Sugar Creek, la otra continuaba adentrándose en la oscuridad que había ante nosotros. Algunas sombras se dirigían hacia la entrada del puente, como abejas introduciéndose rápidamente en un panal. Otras permanecían fuera.

—¿Qué es este sitio? —le pregunté al pasar, pero Jamie no me contestó hasta que no estuvimos bastante alejados.

—El paso.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Solo sé que es adonde se supone que tienes que ir. Ya sabes, después.

—¿Y por qué no vas? —le pregunté.

—¿Por qué no vas tú al instituto? —fue su respuesta.

—Vale —asentí—. Muy bien, pero ¿por qué aquí?

—No lo sé. Muchos de los otros vienen aquí también. Es donde llevé a Frances.

—¿Frances?

Él asintió.

—Después de que incendiaras su casa, no tenía dónde vivir. Necesitaba venir aquí y cruzar.

—Pero ella está muerta —le dije—. No necesita ningún lugar donde vivir.

—Venga, Adam —dijo—. La muerte no es solo una cosa corporal. Ya lo sabes.

—¿Y cómo estaba? —le pregunté, aunque lo había visto llevarla a aquel lugar. Quería escuchar lo que decía, ver si me ahorraba los detalles de lo que yo le había

hecho a ella.

—Estaba furiosa —dijo.

—Pero ¿cruzó?

Él asintió.

—¿Crees que ya estará bien?

—No lo sé —dijo, moviendo la cabeza, bajando la mirada hacia las traviesas del tren por las que caminábamos—. Eso espero.

Después no hablamos mucho más, simplemente continuamos nuestro camino por las vías. Parecía que nos movíamos sin dirección, pero Jamie insistía en que sabía adónde íbamos, así que acabé por no preguntarle más, y al final dejamos de hablar.

Allí era difícil mantener la noción del tiempo. La noche nunca perdía intensidad, las estrellas no se iluminaban ni se oscurecían, el día nunca llegaba. Hubo un corto periodo en el que el color del cielo se iluminó alcanzando un tono púrpura más claro, pero aparte de eso, ya podían pasar años que nunca notaríamos la diferencia.

Y entonces de pronto, a lo lejos, después de haber andado durante lo que pareció más de una hora, empezaron a surgir de la oscuridad bancos y edificios corporativos, con sus nombres parpadeando en letras rojas y brillantes. Y conforme nos acercábamos, fui reconociendo algunos.

—Eh —dije—, eso es Youngstown, ¿verdad?

Jamie asintió.

—Pero si apenas hemos andado una hora. Eso fue lo que tardó Gracie en coche.

—El tiempo aquí es diferente —dijo—. Ya lo sabes, Adam.

Señaló a lo lejos, hacia uno de los edificios más altos con unas letras rojas en uno de los muros que decían «Ahorros Vivienda». Ahí era adonde nos dirigíamos. Vivienda, hogar; me la repetí varias veces, pero seguía sin confiar en esa palabra, así que mientras la repetía, la dejé atrás, en las vías por las que caminaba.

Youngstown. No parecía ni lo bastante grande ni lo bastante alejada como para hacerme sentir seguro, pero recordé que era mejor que el lugar del que me estaba yendo.

Las vías llegaban hasta el centro de la ciudad, atravesando un valle repleto de viejas fábricas oxidadas, y continuamos avanzando por ellas hasta salir del espacio muerto. Al amparo de la noche real, entramos en la ciudad y las luces comenzaron a propagarse en todas direcciones, como un mar de extrañas perlas relucientes.

El valle en sí era un páramo. Fábricas vacías con ventanas destrozadas. Huellas negras en el suelo donde las acererías habían sido demolidas por sus dueños hacía años. Hierbajos de un marrón amarillento y arbustos espinosos. Piezas de maquinaria sobrante. Motores y armazones de coche podridos. Mecanismos metálicos oxidados. Retretes llenos de manchas raras. Litronas rotas. Sofás con los muelles por fuera. Y demasiadas piedras que mirar y que me recordaban a Gracie.

Los muertos también estaban allí, caminando con pesar por la fina capa de nieve que había caído. Vagaban por los escombros de las fábricas sin dejar ni una huella a

su paso. Permanecían en las puertas, fumándose un cigarrillo, saludándonos con la cabeza cuando pasábamos. La mayoría eran hombres con monos manchados de grasa; también había mujeres jóvenes con faldas largas de lana que llevaban carpetas apretadas contra el pecho.

Sonó un pitido, una, dos, tres veces, y los muertos levantaron la cabeza en esa dirección. Un momento después, salieron a raudales de las fábricas abandonadas, y aparecieron otros para ocupar su puesto y comenzar su turno. Las fábricas habían cerrado hacía muchos años, pero los muertos seguían yendo allí, aunque estaba claro que lo que ellos querían no los quería a ellos.

—Mi abuelo solía trabajar en estas fábricas —le conté a Jamie. Y entonces empecé a preguntarme si mi abuelo estaría allí, entre ellos. No lo conocí igual que conocí a mi abuela. Era bastante bruto y casi nunca tenía nada bueno que decir de los demás, así que mientras vivió, mantuve las distancias. Cuando estuvo en el hospital enfermo de cáncer, el año antes de que mi abuela se viniera a vivir con nosotros, y sus quejidos resonaban por los pasillos, solo entré en su habitación una vez para decirle que le quería, antes de que fuera demasiado tarde, tal como mi madre me dijo que debía hacer. Cada vez que mi abuela hablaba de él, siempre decía: «Cuando las fábricas estaban abiertas, le rompieron la espalda; cuando cerraron, le rompieron el alma». En la época en que lo conocí, parecía tan despiadado que solía desear haberle conocido antes de que cerraran las fábricas, cuando solo tenía rota la espalda.

Si no hubiera sido por mi abuela, no sabría lo que sé de mi abuelo; tampoco es que sepa mucho, pero es mejor que nada. Mi abuela fue quien me contó la mayoría de las cosas del mundo. Cuando murió, me sentí como si ya no fuera a aprender nunca más algo real. Me dije a mí mismo que por lo menos tenía que recordar todo lo que ya me había contado. Como que solía preocuparse muchísimo por cómo acabaría su vida. No quería, bajo ningún concepto, morirse y dejar algo a medias. Decía que si te morías sin dejarlo todo arreglado, te quedabas atascado intentando solucionar las cosas.

—¡Y eso no va conmigo! —había gritado, sonriendo, haciendo que se le plegaran las arrugas—. ¡Lo tengo todo bien atado!

Si mi abuela estuviera conmigo, entrando en aquella ciudad en ruinas, diría: «Todo fuera de su sitio. ¿En qué estarían pensando?».

La verdad es que la echaba mucho de menos.

—Por aquí —dijo Jamie, su voz se escuchaba muy lejana. Eché un vistazo y vi que estaba subiendo unos escalones de cemento construidos en un muro del valle. Los subía corriendo, golpeando la barandilla de hierro a ambos lados de la escalera con un trozo de cañería.

¡Clonc, clonc, clonc! El choque del metal contra metal retumbaba por todo el valle. Pero los muertos no prestaban atención. Tenían que terminar su trabajo.

Corrí para alcanzarlo y subí la escalera a toda velocidad hasta el final, donde me lo encontré sentado de cuclillas, dándole vueltas al tubo entre los dedos como si fuera

un bastón.

—Había un montón de muertos ahí abajo —le dije—. Pensaba que estábamos fuera del espacio muerto.

—Bueno, y lo estamos, en cierta manera —dijo mientras soltaba el tubo y se ponía de pie—. Aquí el mundo es muy fino. Puedes ir y venir más fácilmente.

Se levantó viento cuando empezamos a entrar en la ciudad. La nieve se arremolinaba a nuestro alrededor y, al pasar bajo los conos parpadeantes de las farolas del centro, los copos parecían diminutas galaxias girando bajo ellos.

Subimos por la calle Hazel, inclinándonos hacia delante por la pendiente de la cuesta. De las tapas de las alcantarillas salían pilares de vapor y, cuando los copos caían en las columnas de vapor, se derretían en el aire. Una catedral de piedra marrón granulada apareció ante nosotros, el campanario seguía encendido a pesar de ser tan tarde. Avanzamos hacia allí hasta que llegamos al final de la calle y nos encontramos de frente con la estatua de piedra de un chaval vestido con una túnica, cerca de la puerta principal de la catedral. Tenía una mano levantada como si estuviera en clase, esperando a que le cedieran la palabra; en la otra llevaba un libro, seguramente la Biblia. Tuvo que haber sido una especie de santo. No lo sabía. Mi madre tampoco sabía diferenciar a los santos, pero cada vez que se metía en el coche, se santiguaba como si fuera católica, algo que heredó de mi abuela sin darse cuenta.

Nos resguardamos bajo las sombras que proyectaba la catedral y subimos un poco por la calle Elm hasta que Jamie se paró y dijo:

—Es aquí. A casa por vacaciones.

Eché un vistazo, pero no veía dónde se suponía que nos íbamos a quedar. En aquella calle no había ningún edificio que pareciera habitable. Pero ya había vivido en un armario y en un cobertizo en el bosque. Si tuviera que hacerlo, me las arreglaría con cualquier cosa.

Había una vieja iglesia con aspecto de haberse incendiado hacía mucho tiempo y un edificio enfrente que parecía unido a la catedral. Delante, más arriba, en el siguiente cruce, pude ver unos cuantos edificios nuevos que seguramente formaban parte de la universidad. ¿De cuál estaría hablando? ¿No estaría diciendo que nos íbamos a quedar justo ahí en la calle como si fuéramos unos sin techo? Como ese chaval que había visto cuando Gracie y yo pasamos en coche por la ciudad. El que tenía mi cara. Estábamos solo a un par de manzanas de aquella esquina. Solo tenía que bajar corriendo la cuesta que acabábamos de subir, girar a la derecha en Commerce y seguramente allí estaría, sentado en cuclillas apoyado en la pared del teatro. Deseé no haberlo visto nunca. Pensar en él solo me recordaba todo lo que había estado haciendo, y si había aprendido una cosa desde que había empezado a huir del dedo de Dios, era que la persona que podía frustrar tus planes mejor trazados porque lo conocía todo sobre ti eras tú mismo.

Jamie señaló la vieja iglesia quemada. Yo odiaba las iglesias, incluso las abandonadas. Me imaginaba que Dios podría seguir viviendo allí y lo último que

quería era escapar de una casa para vivir en otra gobernada por un lejano dictador.

Aquella iglesia parecía una de las grandes casas victorianas por las que Gracie y yo habíamos pasado al entrar en Youngstown. El humo había manchado los muros exteriores y había torrecillas con una cruz en lo alto en las dos esquinas delanteras. También había un campanario en el centro del tejado, entre las torrecillas. Algunas de las tablillas que cubrían los laterales del campanario se habían desprendido. Las puertas principales estaban cerradas con cadenas; las ventanas, tapadas con madera contrachapada. Excepto el campanario destrozado, aquel lugar estaba totalmente sellado para que no pudiera entrar nadie.

Me giré hacia Jamie, pero antes de que pudiera decir nada, me dijo:

—Para nosotros siempre hay una entrada. No te preocupes.

Dimos la vuelta para ir a la parte de atrás, escondiéndonos como ladrones, y en la ventana del sótano Jamie se arrodilló para quitar la cubierta de madera contrachapada. No forcejeó, simplemente la quitó del marco como si nada. Alguien debió de levantarla haciendo palanca y la dejó apoyada en el marco para que pareciera que estaba tapada, lo cual me hizo pensar que podría haber más gente allí de vez en cuando. Pero antes de que pudiera decir nada, Jamie se puso boca abajo y se deslizó por la ventana, metiendo primero los pies. Cuando aterrizó salpicó algo y al momento asomó la cara por la ventana.

—Venga —dijo—. Rápido. Antes de nos vea alguien.

Colocó un cajón de madera debajo de la ventana para que pudiera bajar sin caer en el agua que cubría aquella esquina del suelo. El sótano estaba iluminado por una simple bombilla que colgaba del centro del techo y debajo de ella había una mesa de trabajo, con herramientas esparcidas por encima como si fuera material quirúrgico. Pensé en científicos locos y en manicomios en las profundidades de extraños bosques, en relámpagos de luz rajando el cielo abierto. Ni en la granja de los Wilkinson, ni en el campamento maderero amish, ni siquiera cuando me perdí en el espacio muerto y un hombre sin piel me robó las palabras para Gracie, había sentido ese miedo.

—Parece como si ya hubiera alguien utilizando este lugar —dije, esperando que Jamie cambiara de opinión, pero no sirvió de nada.

—Mira —señaló—. Hay hasta un generador.

Había un aparato enorme en una esquina del sótano, que ocupaba la altura de media pared. Tenía botones e interruptores y cables que sobresalían, y Jamie los toqueteó al azar hasta que un chorro de aire salió a través de unas rejillas ocultas y la luz se filtró por los huecos de las tablas del suelo en el techo. Me miró por encima del hombro con su sonrisa torcida y dijo:

—Venga, vamos a investigar.

Subimos corriendo la escalera y giramos una esquina para entrar en la zona de la entrada principal, luego pasamos por lo que solía ser una serie de puertas dobles para entrar en la capilla, que no era más que el caparazón de lo que una vez debió ser.

Todas las tablas del suelo habían sido arrancadas, el humo había manchado de negro las paredes y las vidrieras de colores estaban rotas. Había un órgano por encima del altar, pero cuando Jamie puso los dedos en las teclas, no emitió ningún sonido. Solo se escuchó el *clic* de las teclas. Había perdido todas las notas. Unas jaulas de metal con bombillas colgaban del techo con cuerdas amarillas y debajo de ellas había un montón de caballetes de serrar uno al lado de otro. No había bancos ni cuadros de Jesús. No había ninguna señal de vida en absoluto.

Entonces, se escuchó un ruido por encima de nuestras cabezas. Quizá me equivocaba. A lo mejor sí que había algo vivo allí. Se escuchó un golpetazo por arriba; una, dos, tres veces. Luego silencio. Jamie y yo nos miramos, luego miramos al techo, como si nos fuera a dar la respuesta.

—Seguramente será solo el viento —dijo Jamie—. Ya sabes, que se filtra por las contraventanas rotas del campanario.

—Seguramente —respondí, con la esperanza de que si estábamos de acuerdo, sería verdad. Pero cuando se volvieron a escuchar los golpetazos, decidí investigar.

Había una puertecita al fondo de la sala, al lado del altar. La abrí y, efectivamente, había una escalera que crujió en el mismo instante en que empecé a subir por ella. No había luz, así que el camino estaba oscuro. Aparté unas cuantas telarañas y el polvo me hizo estornudar. Y entonces levanté el pie para subir el siguiente escalón y vi que ya había llegado al final. Un minuto después, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude ver el contorno del campanario dibujado por la luz de la luna que se filtraba por las contraventanas rotas.

Simplemente era una sala octagonal con capacidad para una campana y una persona que la tocara. El viento se filtraba por las contraventanas rotas, y la nieve se introducía en su corriente. Afuera, una tajada de luna adornaba el cielo abierto, plata sobre negro. En la habitación no había nada más que el gancho de la campana y la polea. Ni siquiera estaba la propia campana, seguramente estaría sonando en el campanario de otra iglesia. Eché un vistazo para ver qué podía haber hecho el ruido que habíamos oído, pero no encontré nada. Eso me dio más miedo que el hecho de estar en la iglesia al principio y de pronto me entró esa sensación de huida. La misma que había sentido cuando vi que se aproximaba el dedo de Dios. Empecé a retroceder despacio, sin hacer ruido, pero antes de que pudiera darme la vuelta y bajar por la escalera, se volvió a escuchar el golpetazo.

Un cuervo se estaba lanzando contra el techo, revoloteando a ciegas por las vigas una y otra vez, hasta que al final cayó al suelo delante de mí, donde se sacudió por la caída y se levantó para subir de un brinco al cristal de la ventana. El viento hacía volar la nieve alrededor de sus lustrosas plumas negras y el cuervo abrió las alas como si fuera a salir volando, luego cambió de idea y las volvió a recoger. Inclinandose hacia delante y hacia atrás en el alféizar, me clavó sus ojillos negros y brillantes y graznó, luego desplegó las alas como un abanico y voló directo hacia mí. Agaché la cabeza justo a tiempo para escuchar cómo pasaba rozándome la oreja antes

de que girara en círculo para volar contra el viento, salir por la ventana e introducirse en la noche.

Una sola pluma volvió flotando en el viento y aterrizó a mis pies. Me agaché para recogerla. *Uno por la pena*, pensé para mí, deseando que apareciera otro cuervo.

Pero solo había habido uno. Solo uno.

Me quedé en el campanario pensando en la foto de Jamie y de mí que había enterrado, pensando en el cuarzo con forma de corazón que le había robado a Gracie. Las cosas malas llegan de tres en tres. El asesinato de Jamie, el accidente de mi madre, y luego lo de meternos en el hoyo. Ahí estaba el resultado de mi comportamiento: una única pluma negra.

Mientras estaba allí, deseando con todas mis fuerzas poder retroceder en el tiempo, Jamie gritó desde abajo:

—¿Has encontrado algo?

Cuando miré, no pude verlo al final de la escalera, estaba oscuro, pero aun así negué con la cabeza.

—Nada —le grité, sabiendo que estaba ahí.

Tiré aquella palabra como si fuera una moneda sin deseo, «nada», luego me metí la pluma en el bolsillo delantero, junto con los trozos rotos del corazón de Gracie, y lo seguí escalera abajo.

Nos tumbamos en el altar con mi mochila y un saco de tierra para macetas del sótano como almohadas. No teníamos mantas, pero de todas formas no podíamos sentir el frío, y tampoco es que Jamie pudiera dormir. Incluso yo solo podía dormir una hora o dos cada noche, me despertaba casi en cuanto me dejaba llevar, incapaz de volver a bajar aunque quisiera. Pero aun así acabamos colocándonos en la posición habitual, mordisqueando unas chocolatinas que había cogido sin que me vieran de la cocina de mi madre, inventándonos unas camas improvisadas como si fuéramos capaces de dormir como chicos normales.

Otra cosa para apuntar en mi cuaderno:

15. Cuando estás muerto, haces las mismas cosas que cuando estás vivo, por eso a veces crees que sigues vivo.

Solo habían pasado unas cuantas semanas desde que nos habíamos separado en la granja de los Wilkinson, pero Jamie hacía que pareciera una eternidad.

—Te he echado mucho de menos —musitó, moviendo la cabeza y bajando la mirada como si le diera vergüenza admitirlo—. Fue como si te hubieras muerto y te hubieras marchado. No sabía qué hacer.

—Lo siento —le respondí—. Pero en serio, ¿a qué lugar podría haberme ido que tú no pudieras encontrar?

Se encogió de hombros, girando la cabeza para esquivar mi mirada.

—Hay cosas que pasan —razonó—. Cosas que no controlas. Hasta donde yo sé, podrías haber muerto y cruzado.

—Tú no lo hiciste —le dije. Pensé que estaba destacando algo importante, localizando un defecto en sus temores, pero en su lugar hizo una mueca, como si hubiera dicho algo doloroso.

—Sí —dijo suspirando—. No lo hice. —Hablar sobre él parecía molestarlo y dejé que cambiara de tema. Quería hablar sobre mí—. Eres muy bueno —dijo—. Eres muy listo y muy valiente. Te has escapado de ellos. Lo conseguiste.

—No lo conseguí —le recordé—. Y no lo hice solo. Gracie me ayudó.

—Bueno, entonces prácticamente solo.

—Solo estaba asustada —observé, sintiendo como si tuviera que defender un poco a Gracie. A pesar de que no me contestara cuando la llamé en la comisaría de policía. A pesar de que se marchara y saliera de mi vida sin decir ni una palabra.

—Aun así —dijo Jamie—, lo que hiciste fue genial. Es como cuando corres. Como aquel día. ¿Cuándo fue? Pasó algo.

—Corrí una carrera.

—Corriste una carrera —repitió—. Y entonces ganaste y te subieron en hombros. Fue como aquel día, te escapaste, ganaste, ¿verdad?

—Un poco sí —convine—. Sí, se pareció un poco a ganar.

No podía evitar coger sus cumplidos y guardarlos en un bolsillo privado y sentirme bien por las cosas que me decía. Cada vez que decía algo bonito, me halagaba de un modo que me resultaba extraño y maravilloso. Quería escuchar más y más. *Continúa*, estaba pensando. *Dime cualquier cosa buena sobre mí de la que te hayas dado cuenta*. Pero no podía hacer eso, así que me hinchaba con sus palabras cuando me las daba, cuando me decía que era bueno.

—¿Adam? —dijo antes de que me durmiera durante un par de horas.

—¿Qué?

—Gracias por venir.

—Gracias por traerme —indiqué.

—No, en serio. No habría podido venir sin ti.

—Pues claro que habrías podido —le dije, intentado hacerlo sentir mejor consigo mismo, como siempre hacía él conmigo.

Pero simplemente sonrió de lado, mirando fijamente por el hueco que quedaba entre nosotros y el altar, y me deseó buenas noches antes de que mis ojos comenzaran a parpadear y a cerrarse.

Durante los días siguientes recorrimos la ciudad, llegando a conocer sus calles y puentes, sus callejuelas y callejones sin salida, sus tiendas de comida rápida y bebidas alcohólicas en las que se podía comprar desde el coche, sus cines abandonados, sus parques llenos de matorrales con vallas a punto de caerse, y sus bares y aparcamientos vacíos. Aquel era un mundo de hormigón agrietado y aceras torcidas,

un mundo donde los árboles que ocupaban las aceras se pudrían y los edificios desaparecían todos los días. Jamie dijo que se sentía como si allí pudiera estar más vivo.

—Esta es mi ciudad —dijo—. Aquí me siento más fuerte. Más fuerte que cuando visitaba mi casa.

Se refería a su antigua casa. Me contó que su madre seguía hablando con él todas las noches antes de irse a dormir, lo llamaba para que acudiera al lado de su cama y así poder contarle todas las cosas que nunca le había dicho cuando estaba vivo. Te quiero, te echo de menos, eres un buen chico, lo siento, lo siento mucho, ¿por qué no te quise más?, ¿me perdonas?, ¿me harás una señal, una pequeñita, para que sepa que todavía me quieres?

Aquello lo enfadaba, pero de todas formas iba.

—Solo se siente culpable —dijo—. Pero no es por lo que siente por mí. Es por lo que solía hacerme cuando era pequeño.

—¿Qué hacía?

—A veces se volvía loca. Ya sabes, oía voces y a veces se enfadaba, o a veces se volvía loca y me atacaba por nada. Una vez me golpeó en la cabeza con una espátula metálica hasta que la sangre me chorreó por la cara. Todavía recuerdo el sabor. Aún no he quemado ese recuerdo.

—¿Una espátula metálica? —dije—. ¿Por qué te pegó con una espátula metálica?

—Mientras ella estaba haciendo unas hamburguesas, rompí una de sus figurillas de la sala de estar. Siempre tenía un nacimiento en el estante, aunque no fuera Navidad. Yo había estado lanzando un balón de baloncesto al techo, solo lanzándolo e intentado recogerlo con las puntas de los dedos. Quería jugar a algún deporte, como tú. Pero cuando rompí el tercer rey mago, salió de la cocina con la espátula ya levantada.

—¿Cuándo pasó eso?

—Cuando tenía doce años, creo. —Me miró sin pestañear. Su gesto vacío lo embellecía. Yo también quería eso, pero no sabía cómo lo hacía.

—¿Te golpeó en la cabeza con una espátula metálica cuando tenías doce años? —le dije subiendo la voz—. Menuda putada. A ver, mi padre me pega de vez en cuando, pero no es algo que le guste, te lo aseguro, y la mayoría de las veces nos golpea sin fuerza y solo intenta asustarnos por haberla cagado en el instituto o algo así. Pero no coge una espátula. ¿Qué le pasa a tu madre?

—No le funciona bien la cabeza —dijo, dándose un golpecito en la sien con dos dedos—. Eso es todo.

Estuvimos paseando por el puente de los Veteranos, que se extendía por el valle por donde entramos a la ciudad. Desde allí, pude mirar hacia abajo y ver el páramo que habíamos atravesado en Nochebuena. Los muertos seguían deambulando por allí, hurgando en la basura, pero desde el puente no eran tan perceptibles. Parpadeaban

haciéndose visibles e invisibles, como si supieran cómo deslizarse por las grietas del viento.

Durante un rato no dijimos nada, simplemente seguimos caminando, pero el incidente de la espátula seguía rondándome la cabeza como la escena de una película de miedo, así que al final le pregunté cómo había sido su padre. Para mí era su padre el que estaba muerto, en tiempo pasado, y Jamie era el que estaba vivo.

—Era un buen tipo, creo. No estaba mucho en casa. Casi siempre estaba en la carretera. Conducía un tráiler de dieciocho ruedas para una compañía de aquí, de Youngstown. Creo que a veces no venía a casa aunque tuviera tiempo libre. Pero cuando venía, mi madre siempre iba corriendo de acá para allá como una loca, tratando de arreglar los follones que hubiera armado durante las semanas que él había estado fuera. Lo quería más a él que a mí. Me lo dijo un día que él llegaba por la noche mientras yo desayunaba antes de ir al instituto. Yo no creo que fuéramos rivales, pero quizá ella sí. No sé. Se ponía muy triste cuando él se marchaba, no podía salir de la cama en días.

—¿No podía salir de la cama?

—Bueno, sí que podía, pero solo si se obligaba. Es como esto, ya sabes, ¿cómo se llama? —Hizo un gesto con la mano, mirándola como si no la reconociera—. Ya sabes, esto que tiene dedos.

—¿Una mano?

—Una mano —dijo—. Sí. Es como si una mano la presionara, reteniéndola en el colchón.

—¿Qué mano? —le pregunté. Pensé que podría ser la mano de Dios la que la presionaba, igual que señalaba con el dedo a mi familia.

—Ya sabes —dijo Jamie—, como un peso enorme que no puedes levantar. Así es como lo describía ella. Creo que solo está en su cabeza, pero no significa que no sea real.

—Mi madre tampoco puede salir de la cama —dije—. Pero es por Lucy.

—El accidente —dijo Jamie muy serio. Se le daba bien hacerme sentir que tenía derecho a ponerme triste por eso. Él lo entendía. Las tragedias ocurren y, a veces, se pueden pasar con la persona indicada. Para mí, él era esa persona indicada.

Los coches pasaban zumbando mientras caminábamos por el puente, el estruendo de los motores nos retumbaba en los oídos. Caminábamos con la cabeza agachada, todo el rato contra el viento, que se nos metía por la ropa y por el cuello. Una de las cosas de Youngstown de la que en seguida me di cuenta era que el paisaje se adaptaba a las laderas que se ondulaban como olas hacia la frontera con Pensilvania y, aunque caminar era el único modo que teníamos de llegar a los sitios, no era el tipo de ciudad en la que se podía pasear sin ningún problema por cualquier lugar. Quizá años atrás, en sus buenos tiempos, se podía encontrar cualquier cosa que necesitaras a tan solo un par de manzanas de tu casa, pero en aquellos momentos, la ciudad se componía en su mayor parte de escaparates entablados y edificios abandonados con letreros

descoloridos que decían: «Vuestras casas, vuestros trabajos, vuestra dignidad». Conocía aquellas palabras. Mi abuelo había puesto uno de esos letreros en el jardín delantero cuando yo era bastante pequeño y todos los de su fábrica estaban en huelga.

De vez en cuando nos encontrábamos con tiendecitas de productos gurmé, pero si mirabas las latas y las cajas en los estantes, solo veías el polvo que se acumulaba día tras día, como si las latas y las cajas hubieran estado en los estantes durante años, las mismas latas de sopa y cajas de cereales que habían sacado cuando cerraron las fábricas.

La mayoría de las tiendas las llevaban árabes y cada vez que veía a alguien que se había trasladado aquí desde algún país lejano, me preguntaba por qué habría venido. No me refiero a América, sino a por qué había venido a Youngstown. Imposible que fuera por una oportunidad de hacer dinero. Pensaba en lo mal que tenían que ir las cosas en sus países de origen para que un día se levantaran y se marcharan a una ciudad que parecía haber sido ocupada durante una guerra.

Fue en uno de esos sitios donde me entró un poco de hambre, y fui a comprarle una chocolatina a una mujer que llevaba un pañuelo blanco en la cabeza y no hablaba muy bien mi idioma, excepto para decir cuánto le debía. Ahí fue cuando me di cuenta de que apenas llevaba dinero. Busqué en los bolsillos y saqué casi lo justo para pagar. Aparte de la pluma de cuervo y los trozos del corazón de Gracie, tenía los bolsillos vacíos.

No había pensado en el dinero cuando Jamie me dijo de ir con él, y los quinientos dólares que le había cogido al señor Highsmith habían sido devueltos cuando la policía los encontró en mi mochila. *Muy listo, McCormick*, pensé. Pero tampoco era tan malo. Una cosa que tenía de mi parte era que no me entraba tanta hambre como antes de empezar mi camino a morir y, normalmente, con una chocolatina ya me quedaba lleno durante un buen rato. Iba a hacer que las cosas funcionaran, me dije a mí mismo. De algún modo lo conseguiría.

Jamie hablaba por las noches, con los brazos detrás de la cabeza y mirando al techo ennegrecido por el hollín.

—Pues ya está —dijo una semana o así después de que hubiéramos convertido la iglesia en nuestra casa—. Ahora tendremos un poco de tranquilidad.

Lo de tranquilidad sonaba bien, yo diría que muy bien, porque durante los dos meses anteriores se me había hecho cada vez más difícil tratar con gente que intentaba educarme como si fuera su hijo, o ser mi amigo, o mi amante, o algo que requería que me preocupara por ellos. Me daba igual lo que dijeran, no me creía la mentira esa que contaban, la de que el amor es la cosa más maravillosa del mundo. No lo es. El amor solo significa que tienes algo que perder.

Pero para Jamie, lo más importante eran sus propios planes. A él no le interesaba el amor, solo vivir.

—Y ahí es donde entras tú —dijo—. Juntos, somos intocables. Solos, me harán desaparecer. —Pero lo que decía no tenía sentido, y cuando le dije que siguiera contándome, le costó encontrar las palabras—. Ya sabes —dijo—. Este sitio me recordará si tengo algo que... ya sabes, ¿cómo era? ¿Hablar?

—¿Decir?

—¡Exacto! —afirmó—. Este sitio me recordará si tengo algo que decir.

Cuando soltaba esas cosas, yo me callaba. Simplemente lo escuchaba y asentía.

Me dormí mientras él seguía charlando a mi lado, y cuando me desperté a la mañana siguiente, esperaba encontrármelo todavía comentando su futuro, pero cuando me di la vuelta, solo encontré el saco de tierra para macetas en el que se había apoyado y que todavía conservaba la marca de su cabeza.

Al cabo de un minuto, unas llaves tintinearón en la cerradura de las puertas delanteras y unas voces apagadas se introdujeron desde afuera mientras el candado se movía en la cadena. Cogí la mochila, me levanté de un salto y eché un vistazo en busca del lugar más cercano donde esconderme. El campanario era el sitio ideal, así que subí la escalera corriendo, aunque no me gustara subir allí, y me quedé quieto como una estatua, rodeado de polvo y oscuridad, agudizando el oído para ver si me habían escuchado, mientras las puertas delanteras se abrían con un chirrido y los que venían, entraban.

Era la gente de la iglesia. Sus voces se escucharon mejor cuando entraron en la sala principal. Una retumbaba fuerte, resonando por toda la sala de abajo, subiendo hasta mí por la escalera.

—¿Qué es todo eso? —dijo—. ¿Quién ha tirado envoltorios de chocolatinas en el altar? ¡Estamos intentando arreglar este lugar, no convirtiéndolo en una papelera!

Murmullos. Luego alguien dijo:

—Yo no he sido, pastor.

Unos pasos se acercaron a la puerta del campanario. Luego alguien la abrió del todo, haciendo que las bisagras chirriaran, y una pequeña sombra apareció al pie de la escalera. Pensé que me habían encontrado y que me volverían a llevar a rastras a mi casa, esta vez solo unos días después de escaparme, pero fuera quien fuera el propietario de esa sombra, no me vio de pie en lo alto. Detrás de la sombra, el pastor dijo:

—Tia, ven aquí y ayúdame a limpiar esta porquería. Solo Dios sabe que estoy trabajando con un puñado de guarros.

Pero la sombra llamada Tia contestó:

—A lo mejor no fueron ellos, papá —y el pastor se rio y dijo que si no habían sido los miembros de su congregación los que habían esparcido aquella basura, ¿quién había sido?

La sombra no se movió. Siguió mirando a lo alto del hueco de la escalera en mi dirección.

—No lo sé, papá —contestó—. Quizá tengamos un fantasma.

La norma de las puertas

Los sábados era cuando normalmente el reverendo y su grupo trabajaban para arreglar la iglesia. Llegaban a las nueve o a las diez de la mañana y trabajaban hasta por la tarde, dando golpes, serrando y tirando escombros todo el tiempo. A menudo, cuando me despertaba, Jamie ya se había ido, así que empecé a pasar el rato yo solo, normalmente en la manzana que separaba la iglesia de la universidad, donde los fines de semana las calles estaban desiertas, no había ni estudiantes ni trabajadores de bufetes, bancos y compañías de negocios del centro de la ciudad que caminaran por las aceras riendo, bromeando o quejándose de sus directores y profesores. Entre semana, columpiaban sus carteras con determinación, iban con sus mochilas y sus bolsos colgados al hombro, buscaban cambio en el monedero cuando se acercaban al vendedor de perritos calientes, el cual les saludaría con un «¿Qué tal va?», como siempre hacía el bueno de Marty Chapman. Excepto cuando se trataba de mí. Cuando yo pasaba al lado del tío de los perritos calientes, me miraba con el ceño fruncido, como advirtiéndome de que no me acercara, y al final me di cuenta de que estaba empezando a parecerme a un chico de la calle. A partir de ese momento, cuando miraba alrededor, veía que un montón de gente que miraba hacia delante con determinación cuando pasaba por mi lado, sin fijarse en mí.

Aunque no todo el mundo fingía no verme. A veces, había gente que se quedaba mirándome fijamente y me decía cosas del tipo «Oye, hijo», o «Eh, chico», o «Eh, chaval, ¿estás bien? ¿Necesitas algo?». Sus palabras me obligaban a reaccionar, y entonces me di cuenta de que había estado abandonando mi cuerpo sin ni siquiera darme cuenta. Me decían: «Eh, chico», y yo me precipitaba desde el cielo o el espacio exterior, desde donde había estado observando todo lo que ocurría a mi alrededor en vez de mirarlo desde detrás de mis ojos, como se suponía que tenía que hacer.

Se estaba convirtiendo en algo habitual, lo de abandonar. Había abandonado mi familia, había abandonado mi pueblo, había abandonado todo lo que conocía. Así que desprenderme de mi propia carne, ya no me impresionaba. Era capaz de estar volando muy alto, donde nada podía ni rozarme, y al mirar hacia abajo no poder siquiera distinguir cuál de los diminutos humanos que se movían por allí era el que me pertenecía.

Y así, en vuelo rasante por el campanario, como el cuervo que me dejó una única pluma, era como observaba el trabajo que hacía la gente de la iglesia los sábados por la mañana.

Todas las semanas venían los mismos, junto con el pastor, el reverendo Taylor, que era un tipo negro, bajito y achaparrado, como un tonel. Siempre llevaba un abrigo largo de lana negro y unos zapatos de vestir lustrados hasta el resplandor. Por lo que

yo veía, no realizaba ningún trabajo real. Solo daba órdenes a todo el mundo, entrando y saliendo por las puertas delanteras, gritando todo el tiempo: «¡Haz esto! ¡Haz aquello! No, ¡ahí no! ¡Ahí!».

Y todo el mundo corría de acá para allá, siguiendo sus instrucciones.

Unos cuantos tipos negros de mediana edad y un par de chavales negros más jóvenes, más o menos de mi edad, venían siempre a ayudar, y excepto cuando el reverendo traía a su hija, ninguno parecía muy contento. La hija del reverendo se llamaba Tia y todo el mundo pronunciaba su nombre como si fuera sagrado. Aunque el reverendo estuviera furioso con alguien por haberla cagado, siempre decía su nombre en un tono suave como la seda, incluso si la propia Tia hacía algo mal, todos le decían que no pasaba nada y que no se preocupara, como si dirigirse a ella de un modo que no fuera el apropiado supusiera caer fulminado por un rayo divino. Tenía el pelo negro, perfectamente recogido hacia atrás en un moño, y la piel color caramelo. Seguramente sería herencia de su madre, porque el reverendo era bastante negro. «Como el as de picas», habría dicho mi padre con una sonrisa que nunca entendí. Tenía un montón de dichos raros como ese para la gente que no era blanca. No sé por qué. Tampoco es que conociera a mucha gente que no fuera blanca.

La mirada del reverendo siempre estaba rondando, evaluando el trabajo, inspeccionando su propiedad. Yo diría que ni siquiera veía las manchas que había dejado el incendio, que no detectaba las vidrieras de colores rotas ni el campanario vacío. En su cabeza, era la misma iglesia en la que todavía predicaba, grande y de estilo Victoriano, con relucientes muros blancos y una campana que colgaba en el campanario y convocaba a la gente para el rezo. Daba igual que estuviera hecho polvo, el reverendo seguía escuchando el órgano. Daba igual que las misas se hubieran estado celebrando en un gimnasio a varias manzanas de allí durante el último año, él solo veía una multitud de fieles y sus voces retumbando en la iglesia. Yo casi lo veía también; casi escuchaba el órgano y todas esas oraciones. *Aquí está la iglesia, aquí está el campanario*, pensé uno de esos invernales sábados por la tarde. *Abre las puertas y habrá gente.*

Estaba al lado de una boca de riego pintada para que pareciera la mascota de la universidad, un pingüino, observando como la gente de la iglesia recogía sus cosas y cerraba las cadenas de las puertas antes de marcharse. Jamie no estaba conmigo. Al igual que los últimos sábados, cuando me desperté ya se había marchado. Al igual que lo de abandonar mi cuerpo, las desapariciones de Jamie se estaban convirtiendo en algo habitual. No sabía adónde iba, pero cada día tenía la impresión de estar más solo de lo que pensaba que estaría cuando decidí irme con él. Eso me hacía preguntarme por qué había dicho que me necesitaba. Vale que venía de un sitio donde las cosas no iban bien, sabía que marcharme había sido algo necesario y estaba encantado de haberme marchado con Jamie. Pero no llegaba a entender por qué habíamos ido allí, por qué nos habíamos instalado en aquel atisbo de ciudad, por qué, si me necesitaba tanto como me había dicho, siempre desaparecía.

Cuando por fin volvió más tarde aquella noche, dijo que debíamos salir a buscar comida. Yo no tenía mucha hambre y, la verdad, tampoco podía oler casi nada, pero insistió. Dijo que si dejaba de comer, me pondría enfermo y que qué haríamos entonces. Así que le dije que comería, aunque me recordara a cómo mi madre y mi padre me obligaban a comer después de sacarme de la comisaría y llevarme a casa. Forzado. Como si mi cuerpo les perteneciera o algo así.

Fuimos a la zona residencial de la ciudad, la parte de la zona sur donde todos los edificios eran de dos pisos de ladrillos quemados y ventanas rotas, y casi todas las casas estaban a punto de venirse abajo. Aunque estaba en ruinas y en peor estado que otros barrios de la ciudad que había visto, se diría que en su momento fue una zona acomodada y llena de vida. Aquel día, las calles estaban a rebosar de fantasmas: hacían sus compras, devolvían libros a la biblioteca, se introducían por las puertas podridas y cerradas con cadenas del cine con su marquesina oxidada donde ponía «Próxima», porque se había caído «mente» hacía quién sabe cuánto tiempo.

Próxima, pensé analizando la palabra, preguntándome si tenía algún significado para mí, si debería cogerla porque la habían dejado en la marquesina así, abandonada. Pero en ese momento no me sentía próximo a nada. Me sentía tan alejado de todo como se podía llegar a estar.

Entre todos aquellos edificios que parecían estar a punto de derrumbarse, se podían encontrar discotecas, tiendas de pornografía y garitos de estriptis. Nunca había estado en uno de esos sitios porque no era lo bastante mayor, pero había pasado por ahí cuando había callejeado por la ciudad con Jamie y sin él. Normalmente, en aquellos lugares podía escuchar las sombras de la gente con más claridad de lo habitual. Estaban todo el rato quejándose o discutiendo, buscando pelea, pidiendo clemencia por sus vidas a completos desconocidos. Me ponían nervioso, como si fueran a pedirme ayuda, y como ni siquiera podía ayudarme a mí mismo, procuraba no ir por allí demasiado a menudo.

Las casas allí eran casi todas de estilo Victoriano, algunas con sus vidrieras de colores todavía intactas. No podía evitar pensar en mi padre cuando las veía. Estoy seguro de que nunca había trabajado en una casa de estilo Victoriano, porque no siempre habían estado de moda, pero cuando pensaba en cuánto tiempo habían durado —estaban durando— a pesar de que se estuvieran viniendo abajo, me acordaba de las manos de mi padre. Escuchaba su voz mezclada con las voces de las sombras.

—Yo hice los armarios en esa —decía, mientras yo caminaba por las aceras rotas y agrietadas con la cabeza agachada, mirándome los pies.

Los montones de nieve sucia se apilaban en los bordillos de la calle Market, negros por la ceniza y la sal esparcida durante las tormentas invernales. Al pasar por lo que quedaba de Rendezvous Lounge, un borracho con los ojos amarillentos e inyectados en sangre nos paró.

—Eh, tíos —dijo, su voz era como una vieja grabación con electricidad estática de fondo. Me puso la mano en el hombro como si fuera mi amigo, pero me eché hacia atrás—. Perdona —dijo—. ¿Tienes algo suelto, chaval? —Cuando le dije que no tenía, se giró hacia Jamie—. ¿Y tu amigo? —Pero cuando vio realmente a Jamie, abrió los ojos de par en par y movió las manos como un loco—. Ah, joder. Ningún fantasma en esta ciudad tiene dinero. Olvídalo. —Se tapó la cabeza con el cuello de la chaqueta y echó a andar en la otra dirección.

Jamie parecía más lento de lo normal, como si estuviera cansado, aunque cosas como el agotamiento normalmente no significaban nada para él. Se paró varias veces en la calle Market, como si fuéramos a volver, como si nuestra incursión en busca de comida hubiera fracasado, y miraba alrededor como si no supiera dónde estaba.

—Eso es una... Ya sabes. ¿Qué es? Eso que se oye —dijo, y escuché con atención para oír lo que no podía nombrar.

—¿Una ambulancia? —pregunté, y él asintió, con una sonrisa de alivio.

—Una ambulancia —afirmó—. Es eso, ¿no?

Yo asentí.

—¿Hemos estado ahí alguna vez? —preguntó cuando pasamos por una cafetería donde no habríamos podido pagar la comida en el tiempo que llevábamos allí. Yo negué con la cabeza—. ¿Estás seguro? —dijo—. Pues pensaba que tenían una tarta de manzana muy rica.

—A lo mejor te refieres al Wildwood Café —le sugerí. Pero no, no era el Wildwood Café. Él estaba seguro de que era aquella cafetería de la esquina.

—¿Adam? —preguntó un ratito después, cuando volvíamos por el centro y cuesta arriba hacia la iglesia. Se paró de repente y echó un vistazo—. ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí —dije—. Jamie, ¿qué pasa?

—Nada —dijo, volviendo la cara por fin hacia mí—. Es solo que por un momento no te veía. No es nada. Lo siento.

Ya de vuelta en la iglesia, nos sentamos en el altar debajo del cuadro de la última cena. El reverendo lo había colgado la semana anterior. Era una muestra de fe, un símbolo de que no volvería a ser solo un cuadro de Cristo más colgado en aquel lugar, sino que era el mismísimo hijo de Dios que regresaba. Observé aquel cuadro varios días y me preguntaba por qué aquel hombre no mandó al mundo a freír espárragos. Parecía estar tan solo en aquella mesa llena de gente. Podía entender ese sentimiento, pero lo que no entendía era cómo podía estar rodeado de traidores y aun así preocuparse por todos ellos. Le llamaban el Príncipe de la Paz, pero creo que el nombre no era muy acertado. Hay un montón de cosas en este mundo con un nombre poco acertado. Puede que Jesús quisiera paz para el mundo, pero creo que lo más adecuado habría sido que le llamaran el Rey de la Pena, porque la verdad, cada vez que veía a aquel tipo, parecía terriblemente triste.

Lo que me gustaba de Jesús era que él no era como su padre. Él no enviaba tormentas, ni plagas, ni ángeles que destruían la vida de las personas o ponían a

prueba su lealtad. Él simplemente amaba a todo el mundo. Eso me daba un poquito de esperanza al pensar que un hijo no tiene que seguir los pasos de su padre. Incluso estando sentado justo debajo de su cuadro, no me asustaba como me asustaba el dedo de Dios. Jesús no parecía de esos que te señalan con el dedo. Seguramente me habría llevado bien con él.

Dormíamos en la iglesia; comíamos en la iglesia lo que robábamos de los cubos de basura de McDonald's y Burger King; nos sentábamos a charlar y a pasar el rato en la iglesia; nos echábamos unas risas en la iglesia, recordábamos a nuestras familias en la iglesia, nos contábamos secretos en la iglesia. Veía como Jamie recobraba ese destello en la mirada cuando consumía puñados de recuerdos: una tarta de cumpleaños con forma de Batman que le había hecho su madre cuando cumplió cinco años; la Navidad que su padre no fue a casa y él y su madre pasaron la noche con una tía suya en Bloomfield, un pueblo incluso más pequeño y más en mitad de la nada que el nuestro, y le regalaron solo un calcetín con caramelos; aquel día en clase cuando vio que había sacado sobresaliente en todo por primera vez y luego Matt Hardin y su pandilla de idiotas lo metieron en una taquilla. Veía cómo su mirada perdía intensidad en la iglesia cuando el calor de sus memorias consumidas se enfriaba. Todo lo que teníamos y no teníamos que hacer lo hacíamos en la iglesia, evitando al resto del mundo. Al final, superé mi miedo a que Dios estuviera allí con nosotros. Aparte del cuervo que había encontrado en el campanario la primera noche, a las pocas semanas quedó claro que Jamie y yo éramos los únicos que hacíamos vida allí. Bueno, una especie de vida.

Me daba igual. De todas formas, casi siempre me había sentido solo. Supuse que, por lo menos, aquella soledad era más verdadera. Estar juntos hacía que el mundo tuviera sentido; y mientras tuviera sentido, el mundo seguiría girando. Aunque viviéramos en una iglesia reducida a cenizas en medio de una ciudad que nadie sabía que existía —aunque fuéramos unos críos de los que nadie se preocupaba—, para mí era suficiente que me siguiera haciendo compañía.

Al tiempo empezó a hacerme un montón de preguntas, como si yo fuera a saber algo que él no sabía. No sé cuánto tiempo llevábamos fuera. Seguro que semanas, pero parecían meses. Casi siempre quería hablar del puente.

—¿Crees que solo lo cruza un cierto tipo de gente? —me preguntó, pero yo solo me encogí de hombros—. ¿Crees que tienes que ser buena persona para cruzar? —me preguntó, pero seguía sin saber la respuesta. Era como volver a clase de Lengua Inglesa con la señora Motes, y hablar sobre la muerte y *ad infinitum* y otras cuestiones filosóficas. Ella no nos trataba como si fuéramos unos críos que no tienen ni idea de nada. Ella no hacía como si existieran dos mundos diferentes, el mundo de los adultos y el mundo de los críos, ni actuaba como si solo tuviéramos que pensar en cosas de críos. Estaba guay, aunque fuera difícil, porque yo no creo que los adultos tengan buenas respuestas para cuestiones como la muerte, así que ¿por qué

tendríamos que tenerlas nosotros? Aun así, me gustaba que hubiera planteado esas preguntas, aunque eso no me había preparado para contestar las de Jamie.

Ni las mías, la verdad. Seguía sin saber adónde había estado yendo Jamie y al final decidí averiguar por mi cuenta adónde se iba casi todas las mañanas antes de que yo me levantara y por qué siempre se iba. Así que una noche, en vez de quedarme dormido como un tronco hasta por la mañana, cerré los ojos, fingiendo. Y cuando escuché sus pasos en el suelo a mi lado, bajando del altar, abrí un poquito los ojos, esperando a que se adelantara, y luego me levanté y lo seguí en la oscuridad.

Al salir afuera, vi que era bastante temprano y que todo estaba en completo silencio, como si nosotros fuéramos los únicos habitantes del mundo. No había coches ni gente en la calle. El reloj del edificio de Ahorros Vivienda marcaba las cinco de la mañana y yo estaba siguiendo a Jamie a una distancia suficiente como para no perderle de vista. Era como si nos hubiéramos intercambiado los papeles, como si yo fuera el fantasma, siguiéndole, casi deseando que se diera la vuelta y me viera.

Al ver que Jamie no bajaba al valle de las fábricas abandonadas por el que habíamos ido la primera noche, y que se metía por el centro y salía hacia la parte este de la ciudad, me pregunté adónde iría. Nunca había explorado aquella zona de la ciudad, ni con él ni sin él, y él nunca había mostrado ningún interés en hacerlo, así que había supuesto que allí había incluso menos que ver que en las zonas en las que nos metíamos. Las calles bajaban y giraban alejándose del centro, que yo había pensado que era la zona más baja del valle, pero en ese momento pude ver que el lugar que todavía no había descubierto estaba al fondo.

Pasamos calles peatonales abandonadas y desiertas, donde los solares eran campos de pavimento y los postes de luz de los aparcamientos sobresalían enroscándose en las grietas del suelo, desplegándose como flores nocturnas y convirtiéndose en lámparas de tres pétalos. Delante, más lejos, vi que Jamie giraba por una calle lateral, y cuando lo alcancé y giré también, vi que en realidad no era una calle de verdad, sino la entrada a un enorme aparcamiento vallado lleno de tráileres.

La verja delantera estaba abierta, las cadenas se combaban hacia el suelo. Jamie estaba de pie con la mano en la puerta, entrelazando con fuerza la cadena, mirando los camiones y el almacén que había en la parte de atrás.

Yo me quedé escondido en las sombras de los árboles que crecían alrededor de la calle y la verja, y avancé un par de pasos cuando Jamie se apartó de la verja y entró en el recinto. Había luz en el edificio principal y vi que había unos cuantos hombres en uno de los despachos, tenían el ceño fruncido y estaban diciendo algo, seguramente se estarían quejando por tener que trabajar tan temprano. Jamie fue directo y miró por la ventana, con las manos contra el cristal. Pero no lo vieron. Solo se echaron a reír por algo que había dicho uno de ellos.

Al final, uno salió del despacho, poniéndose una cazadora deportiva bastante gastada. Llevaba un parche de baloncesto cosido en una manga. Seguramente fue uno

de esos deportistas que había pensado que ya tenía la vida resuelta, hasta que se graduó y se dio cuenta de que había un montón de tíos que habían pensado lo mismo. Jamie lo siguió desde el edificio hasta uno de los tráileres, donde el tío sacó un bolígrafo y empezó a apuntar cosas en un portapapeles. Jamie estiró la mano para tocar los anchos hombros del hombre y dijo algo que no pude escuchar. El tipo levantó la mirada, giró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como si hubiera escuchado algo, pero en seguida volvió a mirar el portapapeles.

Jamie se colocó delante de él, y puso la mano encima del portapapeles, mirando al hombre a la cara, diciendo algo en voz baja. Me acerqué, pero seguía sin poder escuchar nada.

El hombre no podía ver la mano de Jamie ni escucharlo. Era evidente por el modo en que seguía revisando y escribiendo cosas. Lo que veía era el folio y las palabras que había escritas, no al chico de quince años que tenía delante hablándole, y al final dejó de escribir y se dio la vuelta para abrir la puerta de la cabina y subir. Ahí fue cuando vi el cohete lanzándose hacia el cielo cosido en la parte de atrás de la cazadora. Y justo encima, el apellido Marks.

Ya había visto suficiente. Me di la vuelta y salí por la puerta, hacia la calle, y volví por donde había ido. Esperé a Jamie al principio de la calle Hazel, bajo la sombra de la catedral. Al rato, cuando por fin vi que venía hacia mí con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos, con el sol a su espalda, que ya empezaba a ribetear las esquinas de los edificios, dije:

—¡Eh! —Y levantó la mirada, parpadeando como si no me reconociera.

—¡Eh! —dijo al final.

—¿Fue por él? ¿Vinimos aquí por él?

Jamie no trató de fingir que no sabía de lo que estaba hablando.

—Tenía la esperanza de que pudiera verme o escucharme —dijo—. Igual que Gracie y tú. Igual que podía mi madre.

Le pregunté por qué había dicho podía en vez de puede.

—Ha dejado de escucharme —me contestó.

—¿Qué quieres decir?

—Hace como un mes y medio. Solía acercarme a ella cuando rezaba antes de irse a dormir. Siempre tenía algo que decir, normalmente que lo sentía. Siempre me escuchaba y yo podía hacer que en ese momento me viera. Pero ya no puede. O no quiere. Ha dejado de intentarlo.

—¿Por qué?

—Es lo que hace la gente, eso es todo.

—¿El qué?

—Olvidar.

—¿Y él?

Jamie negó con la cabeza.

—No. Él ni siquiera podía verme cuando...

Apartó la mirada, en dirección a donde había venido.

—Ya sabes —dijo—. Antes. No podía verme entonces. Debería haber sabido que ahora tampoco podría.

—Yo sigo viéndote —le dije.

Me sonrió con su sonrisa torcida.

—Sí —dijo—, tú sigues viéndome. Gracias, Adam. Si no lo hicieras, no sé que pasaría.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso —dijo, y empezó a subir la calle hacia nuestra iglesia quemada.

Después de aquello, ya no volvimos a hablar de su padre. Pero siguió desapareciendo, volviendo allí, siguió intentando conseguir que su padre le viera antes de que fuera demasiado tarde.

Yo lo observaba. Lo seguía y me quedaba entre las sombras, sin quitarle la vista de encima, me preocupaba que si dejaba de verle, podría marcharse para siempre.

Un día de pleno invierno, cuando ya se habían formado carámbanos en los aleros de los tejados e incluso la gente de la iglesia se había saltado dos sábados seguidos para quedarse calentitos en sus casas, se acercó a mí, con la piel de un gris azulado, como uno de los trozos de mármol de Gracie, los ojos muy hundidos en el cráneo y los dientes llenos de podredumbre.

—Adam —dijo, su voz era casi un susurro—. Adam, necesito tu ayuda.

Lo ayudé a subir al altar para que pudiera tumbarse con la cabeza apoyada en el saco de tierra para macetas, y le pregunté qué podía hacer. No dijo nada durante un rato, y no estaba seguro de si era porque no sabía las palabras para decir lo que necesitaba o si solo era que estaba demasiado débil para decirlas.

—Jamie —dijo—. ¿Qué puedo hacer?

—Necesito una cosa —contestó—. Es algo pequeñito. Te prometo que te lo devolveré en cuanto pueda.

—Lo que sea —le aseguré, e inclinó la cabeza para mirarme.

—Necesito algunas de tus palabras —dijo.

No respondí nada inmediatamente. No pude evitar pensar en el hombre sin piel que me había quitado mi «te quiero» cuando intenté dárselo a Gracie, y no quería pensar así de Jamie. Así que aparté ese recuerdo y asentí. Era lo menos que podía darle.

Me pidió que me tumbara a su lado, así que me tumbé. Luego me cogió de la mano.

—Se parece un poco al espacio muerto —explicó—, pero no tienes que preocuparte por los hombres sin piel. Cierra los ojos —me dijo, y los cerré—. Imagina una enorme luz blanca y escucha mi voz para no perderte.

Cuanto más hablaba, más se alejaban sus palabras, pero podía seguir escuchándolas. Me imaginé la enorme luz blanca en mi cabeza y, de pronto, sentí el

ipam!, de salir del cuerpo. Abrí los ojos, por miedo a haberme dejado llevar, pero seguía en la sala con Jamie, que me cogía de la mano como si me sujetara con una correa. De «mi» mano, no de la del cuerpo. El cuerpo estaba tumbado en el altar medio muerto, con la mano caída hacia un lado y los dedos hacia dentro. El cuerpo parecía estar durmiendo tranquilamente, y sentí una chispa de felicidad al verlo. Hacía mucho tiempo que no sentía tranquilidad y, aunque seguía sin sentirla, parecía como si el cuerpo sí lo hiciera. Sentí como si yo fuera el siguiente en la lista para conseguir la tranquilidad o algo así.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Jamie.

Me quedé pensado durante un momento. Podía sentir su mano, su calor, la textura de su piel, como si en el espacio muerto fuera capaz de sentir. Podía olerlo. Todavía llevaba los vaqueros, las zapatillas viejas y el jersey de los Indians de Cleveland que le había dado hacía meses. Pensaba que oleríamos fatal después de no habernos lavado la ropa en quién sabe cuánto tiempo, pero no. Olía a lirios del valle y a tierra, y a hojas otoñales quemándose. Pensaba que su carne estaría fría, pero estaba caliente. Pensaba que tendría los ojos hundidos y huecos, pero los tenía totalmente azules.

—Puedo sentirte —le comenté—. Puedo olerte otra vez. Al tú real.

Se inclinó y me besó en la boca, y una enorme luz blanca apareció sin que yo la imaginara. Me cegó durante un segundo, y parpadeé hasta que pude mirarla directamente.

Me di cuenta de que era la luna. Una luna llena brillante y cegadora, cayendo sobre mí en la oscuridad. Crepitaba. Estallaba por el calor frío, latiendo una y otra vez. Luego, lentamente, empezó a apagarse tan rápido como había surgido.

«Luz de luna», estaba pensando cuando recobré el conocimiento. Pensaba en las palabras, no en la luz en sí. Las coloqué al lado de «girasol», y parecía que estuvieran pensadas para sostenerse entre ellas, o para sostener algo entre ellas, como si estuvieran hechas las unas para las otras más que cualquier cosa en el mundo.

—Gracias —le dije, porque esa era la palabra que sentía, que quería que tuviera por encima de cualquier otra.

—En la boca —pidió—. Dímelas en la boca.

Puse mi boca sobre la suya y lo besé. Susurré «gracias» en aquella cueva caliente y él bebió mi palabra, la lamió de mi lengua y entonces pasó a ser suya. Suya, para cuidarla.

Más tarde, después de que volviera a sentirse más como él mismo, le dije:

—¿Por qué no nos quedamos así? Me gusta más.

—Porque no estás muerto —me contestó—. Tienes que volver a tu cuerpo, Adam. No puedes quedarte fuera para siempre. Tienes que quedarte dentro.

Rodeé el cuerpo, pensativo. Era poca cosa. Solo era un triste saco de carne. Solo era un conjunto de huesos que crujían, sangre que susurraba y sesos que pitaban.

Maquinaria. ¿Por qué era importante? ¿Por qué no podía vivir como Jamie, sin todo eso?

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Jamie, poniéndome la mano en la espalda—. Pero no funciona así. Si te quedas así, habrá un montón de cosas que no podrás hacer.

—¿Como qué?

—Como ir al instituto y aprender cosas nuevas, o comer cuando tengas hambre. ¿Tú ves que yo haga algo de eso?

—No —dije—. Pero no te hace falta.

—Exacto. Y hay una razón. No te sirve de nada cuando estás...

Apartó la mirada, echando una ojeada a la iglesia carbonizada antes de continuar.

—Cuando estás como estoy yo.

No dije la palabra que acababa la frase que quería decir. No sabía si necesitaba que se la recordara o si no podía soportar decirla, así que no dije nada de nada. Volví a introducirme en el cuerpo, un poco enfadado con él por obligarme, de vuelta a aquel pesado abrigo, de vuelta a no sentir nada.

Cuando volví a estar dentro, abrí los ojos del cuerpo y dije:

—Yo ya no voy al instituto.

—Eso es verdad —dijo Jamie, parpadeando con tristeza—. Eso sí que es verdad.

«Llévame. ¿Podrías? Sí. Hace mucho tiempo. ¿Te acuerdas cuando? *Chsss*. Escucha. Mírame. Cerca. Más cerca. Dime lo que ves. ¿Cuál es la palabra para eso? ¿Cuál es la palabra para mí? ¿Puedes dármela?».

Le daba lo que podía. Tras aquella primera vez, cada vez que empezaba a debilitarse y a olvidarse de sí mismo, me pedía que le diera más. A veces una palabra. A veces toda una frase. Algo que pudiera vivir durante un rato. Algo con lo que pudiera hacerle entrar en calor. Una vez, le di una historia entera. Me la inventé mientras estábamos tumbados en el altar el uno al lado del otro, observando la oscuridad que se acumulaba bajo el techo. No me acuerdo mucho de la historia. Solo que iba de dos chicos que vivían en una iglesia, como nosotros. Pero ellos eran chicos normales. Comían y dormían ocho horas. Se duchaban y llevaban ropa decente, y la iglesia no era en realidad una iglesia, solo se parecía. Todos los días se sentaban juntos en el altar y rezaban para que la iglesia se incendiara, y entonces, un día, se produjo de verdad un incendio y murieron allí dentro, y nadie supo que fue de ellos. Al final, los dos vivieron felices para siempre. Había más detalles, pero se los di todos a él, con la esperanza de que eso lo mantuviera conmigo más tiempo. Pero daba igual cuánto le diera, con el tiempo empezó a consumirse.

Desaparecía durante algunas horas, a veces durante días. Una vez, estuvo fuera casi una semana entera. Y cuanto más tiempo pasaba fuera, más palabras me pedía al volver. Yo quería ser capaz de no preocuparme por el hecho de que no estuviera allí, pero me preocupaba. Era espantoso el modo en que su ausencia me hacía sentir como

mi madre cuando se volvía loca cada vez que mi padre se iba de juerga y no volvía a casa. No me gustaba sentirme así, pero me ayudó a entenderla mejor. Me ayudó a entender cuánto la necesitaba mi padre. Y aunque seguí preocupándome por Jamie, al tiempo empecé a preguntarme por qué lo necesitaba yo.

Pero no quería responder aquella pregunta. Solo quería que él se quedara.

Un día me acurruqué en el suelo del campanario, con las rodillas contra el pecho y abrazándome las piernas. Él llevaba fuera casi una semana y yo me preguntaba qué palabras me pediría esta vez cuando volviera. Estaba empezando a adoptar una actitud protectora con ellas. Ya le había dado muchas. «Correcto, equivocado, callar, marcharse, continuar, por favor, por favor no, gracias, ¿puedes?, ¿querrías?, ¿podrías?, ¿puedo?, luchar, valiente, conservar, siempre, peligro, fe», y siempre necesitaba más. Yo mismo estaba empezando a no entender algunas cosas. Con la cabeza apoyada en las polvorientas tablas del suelo y los ojos abiertos como platos, esperaba a que volviera, suplicándome con la mirada incluso antes de hablarme. No había dormido en días y después de tres noches sin cerrarlos, los ojos me dolían demasiado como para ver algo.

Así que a mitad de alguna semana en mitad de algún mes de invierno, me levanté en mitad del día y me marché sin saber adónde iba. No podía quedarme más allí sin él, así que me fui con la esperanza de que acabara donde acabara, sería la respuesta, una señal que me dijera lo que hacer, hacia qué dirección correr.

Acabé en la zona norte de la ciudad, volviendo hacia casa, hacia Liberty, donde Gracie me había dicho que vivía toda la población judía de nuestra parte de Ohio, donde los caminos rurales se convertían en calles de la ciudad y todas las casas victorianas había sido desmenuzadas en apartamentos para estudiantes universitarios, donde seguían estando el parque Wick y el edificio que parecía sacado de Grecia, recordándome la noche que Gracie intentó llevarme a un lugar donde nunca hubiera estado. ¿Cuánto tiempo hacía de aquello?

Estaba perdiendo la noción del tiempo. Al mirar mi calendario mental, lo veía lleno de cuadrados en blanco que había intentado fingir que no existían. Algo estaba pasando. Algo estaba cambiando en mí, como la noche en que mi sangre cambió y la muerte empezó a recorrer las curvas y recodos de mis venas y arterias. Ya no podía oler, ni saborear ni sentir nada, pero aún notaba que algo en mí se desintegraba. Entendía cómo se sentían los edificios y las casas que se desplomaban, el modo en que los muros se torcían, el modo en que los tejados de los porches se combaban por el peso excesivo. Aquel día, cuando me colgué por las rodillas de las barras infantiles del parque y miré el mundo al revés, cobró sentido para mí.

Un hombre que pasaba por allí mientras yo estaba colgado se paró y me preguntó si quería dar una vuelta.

—Tengo el coche en la esquina —dijo, echando un vistazo al parque para ver si había alguien observando. Le miré sin decir nada y llegué hasta su sombra.

—La muerte se aproxima —le susurró a su sombra—, la muerte se aproxima. —Y echó a correr, asustado, como si hubiera visto un fantasma.

Mi sombra se había hecho más alta y más oscura sin que yo me diera cuenta. Se extendía bajo mis pies mientras me columpiaba en las barras del parque. Intenté hablarle, pero no me respondía. Me había dado la espalda para siempre. Me había dado de lado. Mi sombra había alcanzado el tamaño de tres como yo, así que cuando andaba, la arrastraba como un saco de piedras detrás de mí.

Cuando me disponía a volver a la iglesia, creyendo que ya no había más señales que observar, me encontré con una tiendecita llamada Dorian Books encajonada en el primer piso de un edificio, justo después de la residencia. Vi que dentro había todo tipo de lámparas extravagantes encima de unas mesas donde la gente se podía sentar y leer algo de las filas y filas de estanterías. Las lámparas iluminaban la ventana delantera y el interior parecía cálido. Recordaba un poco aquella sensación, calidez, y se me ocurrió que debía entrar y buscar el libro que había leído en el armario de Gracie. Quizá me recordara aquel momento, aquel momento en el que aun estando bastante solo, no era un completo solitario, cuando Gracie todavía estaba al otro lado de la puerta, durmiendo o defendiéndome en una pelea a gritos con su padre.

Cuando abrí la puerta, escuché un tilín sordo que venía de algún sitio. Habían hecho un apaño para que sonara una campanilla al abrir la puerta y un tío salió de detrás del mostrador dispuesto a ayudarme. Estaba a punto de decirle que solo iba a echar un vistazo cuando me di cuenta de que no salía ninguna palabra de su boca cuando la movía.

—Perdona —le indiqué—. ¿Qué has dicho? —Pero volvió a mover la boca sin hablar. Tenía el pelo canoso y llevaba unos vaqueros, una camisa azul abotonada hasta arriba y calcetines negros, no llevaba zapatos, como si estuviera en su casa. Llevaba unas gafas de pasta negras y sonreía amablemente, pero por más que lo intentaba, no podía oírlo.

Y entonces me di cuenta.

Había desaparecido. Así, sin más. Mi audición me había abandonado.

—Lo siento —dije, mi voz sonaba como si estuviera bajo el agua—. Lo siento —repetí, y fui hacia la puerta, como si aquella fuera la única palabra que sabía.

Salí corriendo de la librería tan rápido como pude, sin escuchar el viento que azotaba mis oídos, sin escuchar siquiera mi propia respiración. Pero cuando llegué a la iglesia, el reverendo y su equipo estaban metiendo bancos nuevos por las puertas delanteras, así que esperé al lado de la iglesia católica que había al otro lado de la calle, cerca de la estatua de María. Recorrí con los dedos los pliegues de su vestido de piedra, con la cabeza levantada para ver sus ojos vacíos mirando fijamente al niño que sostenía como si fuera la cosa más especial de mundo, un niño milagro.

—No le cuentes nada —le susurré—. No dejes que se entere de nada sobre este mundo.

Cuando por fin se fue la gente de la iglesia, entré y me senté en uno de los bancos nuevos a esperar a Jamie. Él volvería y entonces todo estaría bien, me dije. Podríamos cuidar el uno del otro. Éramos supervivientes.

Estaba convencido, aunque ya no pudiera escuchar nada. Ni los pájaros invernales que anidaban en el campanario, ni los ratones que se arrastraban por el suelo por la noche, ni el viento que silbaba en el alero, ni las ramas que arañaban las ventanas, ni las interminables sirenas de la ciudad. Esperé en los bancos nuevos y, después de que pasara otro día sin que regresara, noté que ocurría algo. Sentía el cuerpo tan pesado que casi no podía moverme, y otra vez volvía a pensar continuamente en un modo de salir de aquel lugar, en un modo de salir de todo, de toda nuestra puñetera y desastrosa vida. Solo tenía que moverme un poco, solo tenía que encontrar el tipo adecuado de puerta, y entonces podría salvarnos a ambos.

Tenía que haber una puerta en aquella iglesia que se abriera a un tipo de mundo diferente, uno donde la muerte no pudiera alcanzarnos. Pero antes incluso de que pudiera empezar a mirar, me acordé de mi padre, de cómo le gustaba contarnos a Andy y a mí su filosofía sobre la arquitectura.

—Solo hay una norma en lo que se refiere a las puertas —dijo en uno de nuestros paseos en coche por uno de sus edificios—. Tienen que llevar a algún sitio.

Me moví hacia el altar, me dejé caer de rodillas, y pensé en lo que había dicho. ¿De qué servía buscar esperanza donde ya todo estaba muerto? Aunque lo encontrara, aunque me encontrara buscándolo, pasar por una puerta para entrar al espacio muerto no era la salida a ningún sitio. Era la entrada a ningún sitio. Y esa era una puerta que ya había cogido demasiadas veces.

El último aliento

No estoy seguro de cuánto tiempo esperé en el altar. Los días pasaron, el sol salió, la luna resplandeció, la luz en las vidrieras de colores rotas brilló y luego ya solo reflejó oscuridad. Estaba cansado. No cansado de sueño, sino que lo único que podía hacer era quedarme tumbado en el altar sin moverme. No tenía ganas de nada, se me estaba apagando la chispa, pero aun así seguía consciente.

Un día vi un pájaro, un cardenal, revoloteando tras las vidrieras rotas, de la rama al tejado y a la rama otra vez. Era como una manchita de sangre moviéndose de acá para allá por la deslumbradora luz invernal. Me gustaba que le diera igual el tiempo que hacía y que hiciera lo que tenía que hacer para sobrevivir. Estaba observando cómo se movía por el viento frío de fuera cuando, de pronto, parpadeó y desapareció. Cerré los ojos un segundo para descansarlos, pero cuando los volví a abrir, el árbol en el que había estado el cardenal también desapareció. Parpadeé y la iglesia católica de enfrente ya no existía. Luego la calle ya no estaba. Parpadeo. Y entonces la ventana. *¡Pum, pum, pum!* Se me apagó la luz.

No podía oler, ni saborear, ni oír, ni sentir, ni ver. Era como un feto flotando en un tarro de formaldehído. Me quedé así durante no sé cuánto tiempo. Ahora que no había luz que distinguiera la noche del día —ningún cadáver al que ver descomponerse delante de mí, ninguna campana a la que escuchar marcar las horas, ningún dolor que indicara mi apetito, ningún trozo de beicon que me despertara—, ahora que todo eso había desaparecido, el tiempo ya no existía.

Solo estaba yo. Solo yo, sin un mundo que me marcara los límites.

Y entonces volvió a ocurrir: *¡pam!*

Salí volando del cuerpo.

Y de pronto podía ver y oír, oler, tocar y saborear de nuevo. Me había desprendido de ese caparazón que ya no servía para nada. Ahí estaba, tumbado en el altar, con la cabeza apoyada en el saco de tierra para macetas, tan muerto como se puede llegar a estar, con el corazón inútil, como el corazón roto que guardaba en el bolsillo delantero.

—¡Oh, no! —La voz de Jamie venía de detrás de mí—. Adam. ¿Qué has hecho?

Me di la vuelta y lo vi bajo el arco de la entrada principal, con las manos caídas, casi incapaz de mantener la cabeza levantada. Había perdido todo su color. Incluso sus ojos eran negros como el carbón que formaba el lecho de las viejas vías. Estaba de pie delante de mí con la ropa que le había dado, solo que ahora la cara del indio de Cleveland en la parte izquierda del jersey ya no era roja, sino blanca como el cuerpo casi descompuesto de Jamie. Podría haber salido perfectamente de una vieja foto en blanco y negro.

—Creo que he muerto —dije.

Vino hacia mí con paso cansado, arrastrando los pies por las tablas de madera, levantando las manos conforme se acercaba, como hizo aquella primera noche, después de que saliéramos de su hoyo.

—No, no, no —dijo—. Esto no es lo que suponía que tenía que pasar. No te puedes morir, Adam. Tienes que vivir.

—Simplemente ha ocurrido —le dije.

—Podemos arreglarlo —dijo. Me rodeó los hombros con el brazo—. Rápido. Si lo haces ya, puedes vivir. —Quise decirle que él ya estaba muerto, pero antes de que pudiera decir nada, puso su boca en la mía.

—¿Puedo? —susurró dentro de mí, su aliento fluía en mi interior—. ¿Puedo?

Sentí un tirón en el estómago y al bajar la mirada vi un cordón que salía de mí y entraba en el ombligo del cuerpo. El cordón se estaba encogiendo, arrastrándome de vuelta hacia el cuerpo, daba igual lo mucho que luchara, era más fuerte que yo. En un momento, me puso encima del cuerpo, y desde ahí me miré a mis propios ojos saltones y sin vida. Luego dio un tirón brusco y volví a estar dentro, intentando encajar los brazos, las piernas, las manos, los pies y la cabeza en aquel viejo abrigo; deseando morirme de una vez porque llevar encima algo como la carne era demasiado doloroso.

—Comida —dijo—. Ya. Tienes que comer.

Me levantó y me sacó a rastras del altar, me bajó por la escalera y me llevó hasta la ventana trasera del sótano, donde me ayudó a subir al cajón que había puesto para mí la primera noche que llegamos allí.

—Para —le dije cuando ya estábamos en la calle, pero me agarró de la mano y tiró de mí hacia el carrito del vendedor de perritos calientes de la esquina. Había una papelería al lado. Jamie sacó un perrito caliente medio mordido que todavía llevaba *ketchup* y mostaza. Me lo puso delante y casi me abre la boca antes de yo me lo metiera y empezara a masticar.

—¡Santo Dios! —dijo el vendedor detrás de mí—. Si la cosa está tan mal, chaval, ¿por qué coño no vas al centro de acogida?

Lo miré y parpadeé.

—¿Estás metido en drogas?

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Me estoy muriendo.

Por un momento no me entendió, pero entonces, rápidamente, su gesto de indignación desapareció y empezó a prepararme un bocadillo. También me dio un refresco.

—No te mueras, chaval. En serio, ve al centro de acogida. Allí te cuidarán. ¿Quieres que te lleve?

Negué con la cabeza, pero le di las gracias entre bocados de salchicha y tragos de refresco. Me pasaban por la garganta como si nada, solo me llenaban, me rellenaban

como a un espantapájaros. Pero tragué y tragué, alejándome cada vez más del puesto de perritos calientes conforme iba dando bocados o bebiendo.

Por fin satisfecho, Jamie dijo:

—No vuelvas a hacerlo nunca más. Tienes que cuidarte, Adam. Te necesito.

Yo negué con la cabeza.

—No —le dije, y empecé a alejarme.

—¿No?

Miré por encima de hombro y la repetí, negando con la cabeza mientras la decía: «No». Aquella palabra no se la había dado. Era una palabra que había guardado solo para mí.

Volví a la iglesia, donde los bancos nuevos relucían frente al altar. La iglesia seguía estando hecha un completo desastre, sobre todo por fuera, pero en unos cuantos meses más, si la gente de la iglesia seguía cuidándola así, supuse que volvería a ser como antes del incendio. Quizá un poco diferente, pero habitable.

Nos sentamos en el primer banco de cara al altar. Habían colgado una gran cruz en la pared del fondo. Jesús con los brazos totalmente extendidos y la cara apoyada en el hombro. No nos miramos. Miramos a Jesús. Al final, aún sin mirarlo, le pregunté por qué.

—No lo entiendes, Adam. Tú todavía estás vivo.

Estuve a punto de decirle: «Si lo deseas, tienes una oportunidad», como le habría dicho meses atrás, cuando lo encontré, para darle algo de esperanza, para intentar ayudarlo. Pero cuando le miré, cuando miré sus ojos hundidos y el corte cerca de la sien, cuando miré su piel pálida y plisada, me di cuenta de que me había estado engañando a mí mismo durante todo ese tiempo. Me acordé de cuando Frances *la Flipada* nos dijo que teníamos demasiado optimismo infundado. En aquel momento había pensado que lo decía por envidia, pero llevaba razón. ¿Qué nos hizo pensar que podíamos devolverlo a la vida?

Esperanza. Estúpida esperanza.

—Pero tú me encontraste —dijo—. Tú me encontraste. Y si Gracie y tú podéis verme, significa que todavía estoy vivo. No mientas, Adam. No después de todo lo que hemos pasado. No hagas como ella. No finjas que ya no estoy aquí. —Lo abracé y apoyé su cara en mi pecho—. ¡Ay, Dios! —dijo—. Adam, lo siento mucho.

—No estoy fingiendo —le dije—. Yo te veo, Jamie. Yo te encontré. Nos encontramos el uno al otro. Pero aun así...

—¿Qué quieres decir? —me preguntó, temiendo levantar la mirada, temiendo lo que le iba a decir.

—Tienes que ir —le dije—. Al puente. Tienes que cruzarlo. Como ella. No te puedes quedar, Jamie. Así no.

Volvió a apoyar la cabeza en mi pecho y sollozó. Me aferré a él, lo agarré igual que hice en la tumba, igual que hizo él cuando vino a mí. Me cogió los brazos y los

hombros, apretando. Negó con la cabeza.

—No quiero —dijo—. Tú no lo entiendes.

—No puedo mantenerte aquí durante más tiempo —le dije—. No puedo darte lo que necesitas.

—¿Y qué pasa con él? —dijo. Me hablaba al hueco de la garganta, sin soltarme.

—¿Con quién?

—¡Con el que me hizo esto!

—¿Quién es?

—No es justo. ¡Él no está muerto! ¿Por qué me hizo esto? ¿Por qué me la quitó?

—¿Quién es?

Jamie se echó hacia atrás, secándose los ojos sin lágrimas con las manos.

—No puedo acordarme. Todo está borroso.

—Tienes que acordarte.

Pero simplemente negó con la cabeza y se miró las zapatillas de deporte que le había dado.

—Es demasiado tarde —dijo—. Consumí ese recuerdo. Fue el primero en irse.

Luego nos quedamos callados y los ruidos de la ciudad aumentaron a nuestro alrededor: los autobuses resoplando entre el tráfico vespertino, los trenes silbando conforme llegaban y salían, las sirenas vociferando sus emergencias, el viento susurrando por la ventanas rotas de la iglesia. Y conforme fue oscureciendo, la ciudad empezó a quedarse en silencio.

Jamie se puso de pie.

—Venga, vamos —dijo.

Lo cogí de la mano, entrelazando mis dedos con los suyos.

—¿Estás seguro? —le pregunté. Después de que lo dijera, no quería que se marchara. Una parte de mí todavía quería mantenerlo allí el mayor tiempo posible, pero me di cuenta de que sería tan egoísta como él al coger mis palabras.

Él asintió.

—Tienes razón —dijo—. Es lo único que puedo hacer.

Así que me levanté y salimos de la iglesia, nos adentramos en las calles de Youngstown que ya oscurecían, bajamos por el valle donde el mundo era muy fino y volvimos a introducirnos en el espacio muerto, juntos.

Mientras seguíamos los oxidados raíles de las vías que serpenteaban por el valle, de vuelta al bosque, los aullidos de los lobos nos rodearon. Más abajo de las vías, en el laberinto de árboles, los hombres sin piel daban vueltas tropezándose en su propia oscuridad personal. Me di cuenta de que eso era lo que le pasaría a Jamie si no llegábamos al puente. Se iría descomponiendo hasta que la piel se le cayera y los ojos se le salieran de las cuencas, y entonces se quedaría atrapado allí, como ellos. Él no poseía nada tan fuerte y vinculante que lo mantuviera allí, como Frances. De pronto

me sentí mal por incendiar su casa, por incendiar lo único que albergaba todos sus recuerdos. Aunque fueran malos recuerdos, eran suyos, y yo se los había quitado.

Llegamos a la curva de las vías donde unos carriles continuaban hacia el pueblo, de vuelta a mi padre y a mi madre, y otros giraban hacia la neblina donde el puente cubierto cruzaba sobre Sugar Creek. Las sombras continuaban permaneciendo cerca de la entrada: una mujer con un vestido y una cofia amish; un anciano con un mono y una camisa de franela; un joven vestido de traje, que llevaba su maletín y seguía mirándose el reloj; un niño o niña con un mono de nieve, con la capucha forrada de piel puesta, que miraba a su alrededor y lloraba buscando a su madre.

Conforme nos acercábamos, Jamie me apretaba más la mano. Podía notar cómo temblaba.

—¿Adónde crees que llevará? —susurró.

—A casa —respondí—. Sea lo que sea. Al lugar de donde venimos.

No sentamos en las vías durante un rato, observando cómo los demás daban vueltas, con los ojos muy abiertos y temerosos, como si fueran ganado asustado. No había modo de hacerlos entender de que el tiempo era importante. El crepúsculo allí era eterno, solo oscurecía y clareaba unos pocos grados de vez en cuando.

Teníamos los codos apoyados en las rodillas, sujetándonos la cabeza con las manos, y seguíamos sin hablar. La verdad es que no quedaba mucho que decir. El niño seguía llorando buscando a su madre, el chico del traje seguía mirándose el reloj. *Colega, pensé. Fuera cual fuera la hora a la que llegaste aquí, es la única que vas a ver.* Pero no se podía razonar con los muertos tan fácilmente.

Jamie observaba en silencio a los demás. El niño con el mono de nieve gritaba cada vez más alto, apretando los ojos con fuerza mientras chillaba: «¡Mami!», una y otra vez. Me acordé de mi madre, que estaría en casa sentada en la silla de ruedas. Me pregunté si habría dejado de buscarme, si me habría dado por perdido.

Entonces Jamie se levantó, se limpió la parte de atrás de los vaqueros que le había dado y se puso bien el jersey. Me dio la mano. La cogí y tiró de mí, diciendo:

—Creo que esto es lo que significa adiós.

En la entrada del puente, volví a abrazarlo. Temblaba igual que había temblado yo la primera noche que vino a mí, así que lo abracé más fuerte hasta que paró.

—No pasa nada —le dije—. Todo irá bien. Volveré a verte. No es un adiós para siempre.

Me temblaba la voz, así que no estoy muy seguro de si fui convincente, ni siquiera de si yo estaba convencido, pero era lo único en lo que nos podíamos basar, en la idea de que al final todo saldría bien, de que cuando cruzara el puente, iría a un lugar maravilloso, o por lo menos adonde tenía que ir. ¿Quién sabe? Yo no crucé aquel puente. Lo llevé allí para ver cómo se marchaba y prometerle que algún día volvería a verlo. Se lo susurré al oído.

—Te quiero. Te veré pronto. Ya sabes que aquí el tiempo vuela.

Soltó una risilla y me rozó el hombro con la cara.

—Yo también te quiero —dijo—. Díselo también a Gracie de mi parte, ¿vale?

Asentí y lo solté, y se dirigió hacia la entrada del puente. En el último momento, cogió al niño de la mano.

—Vamos —le dijo—. Es por aquí. —El niño dejó de gritar y se quedó mirando fijamente a Jamie, como si fuera a echar a correr, pero al final asintió y se secó la cara con la mano, preparado para ir adonde iba Jamie.

Ya en el umbral, Jamie miró hacia atrás y, conforme entraba, conforme el niño y él desaparecían por aquella entrada oscura, grité:

—¡No te preocupes! ¡Volveré a encontrarte! ¡No te preocupes, Jamie! —Levanté una mano blanca y pálida para despedirlo. Luego la neblina y la oscuridad lo rodearon, y se marchó.

Después de que Jamie desapareciera, volví por el espacio muerto al valle, de vuelta a la iglesia de la calle Elm. Entré por la ventana del sótano, subí la escalera que llevaba al campanario y me senté, con las rodillas contra el pecho. No sabía qué más hacer aparte de sentirme mal, triste y enfadado. Le di patadas a las contraventanas que quedaban de las vidrieras del campanario. Grité. Como los lobos del espacio muerto, una especie de aullido. Mi grito se alzó sobre la ciudad, uniéndose al de mi madre y al de Gracie, uniéndose a las voces de todos los que habían gritado sus tragedias. Mi grito se quedó colgando sobre las azoteas, como una nube negra extendiéndose.

De aquella nube salieron varios cuervos. Se lanzaron en picado y aterrizaron en la calle de debajo, luego levantaron la mirada para examinarme con sus ojillos brillantes. Conté siete. Siete por un secreto que jamás será contado.

No era justo. Quería saber quién le había hecho aquello. Quería equilibrar la balanza. Me imaginé a mi padre levantándose de un salto del sillón, poniendo las manos como si sujetara una pistola. ¡*Bang, bang, bang!* Habría matado a ese hijo de puta si se hubiera tratado de su hijo.

Pero no había ningún hijo de puta al que buscar. El que lo había hecho continuaría su camino, como todo el mundo.

Me dormí en el suelo del campanario, temblando. Por la mañana casi no podía hablar. Tenía la garganta irritada. Estaba empapado de sudor. No podía levantarme. Tenía escalofríos. Eché un vistazo buscando algo con lo que abrigarme, pero no había nada. Y justo en ese momento, me di cuenta de una cosa.

Tenía frío. Me dolía todo. Podía sentir las cosas. Volvía a sentirme.

Luego me desmayé y cuando me desperté quién sabe cuánto tiempo más tarde, la cara de la hija del reverendo flotaba sobre mí.

—Calla —susurró—. O te oirán.

Así que cerré los ojos.

Más tarde, cuando volví a despertarme, era de noche y estaba envuelto en una manta bien ajustada. Había una jarra de agua y un frasco de pastillas de plástico marrón al lado de mi mano extendida. Miré la etiqueta. Era una receta para Tia

Taylor, la hija del reverendo. Tomar dos cada seis horas. Abrí el frasco y me tragué un par con agua, luego volví a dormirme.

Por la mañana ella volvió, y cuando vio que parpadeaba, me dijo:

—Sin duda estás enfermo, pero no como cuando te encontré. —Sonrió. Sus dientes eran grandes y blancos, su piel de aspecto suave y agradable. Tener su cara sobre la mía me hizo pensar en girasoles. Pero los girasoles me recordaron a Gracie y noté que mis ojos empezaban humedecerse, pero me contuve.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Ay, Dios, ¿he dicho algo malo?

Negué con la cabeza.

—No pasa nada —conseguí susurrar.

Me puso la mano en la frente y dijo:

—Te he traído algo de comer. —Me ayudó a sentarme sobre las mantas y me di cuenta de que había colocado madera contrachapada en las ventanas rotas para que no entrara el viento. Abrió un termo, llenó una taza con caldo humeante, y me la acercó. Me bebí una taza, luego otra. Se me cerró el estómago y por poco vomito.

—Espacio —dijo—. No corras tanto, cielo. Todavía no estás bien del todo.

Tomé más de su medicina y unas horas más tarde me ayudó a bajar al altar donde hacía más calor. Había encendido la calefacción y las luces.

—Mi padre no volverá hasta dentro de unos días —explicó—. Pero volverá. Así que tienes que ponerte mejor muy rápido.

—Lo intentaré —dije—. Dame solo un minuto.

Hizo una cama con las mantas en el altar y me dejó allí para que descansara. Miré fijamente a Jesús en su cruz. Tan triste. Tan triste por el mundo. Tenía la cara apoyada en el hombro como si ya no pudiera soportar mirar nada más. *Lo entiendo*, pensé. *Yo tampoco quiero mirar el mundo*.

Tía volvió al día siguiente, y al otro, y pronto fui capaz de levantarme y caminar sin ayuda. Le pregunté por qué ayudaba a alguien que estaba ocupando ilegalmente la iglesia de su padre.

—Eso me recuerda —comentó— que mañana vendremos a trabajar. Tendrás que irte como hacías antes. ¿Crees que podrás?

Yo asentí.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Bueno, los envoltorios de las chokolatinas y de las hamburguesas fueron la primera pista, pero tampoco te ayudó mucho que siempre estuvieras rondando por ahí afuera, con ese aire ausente y extraño. Tienes suerte de que mi padre no se diera cuenta.

—¿Por qué me estás ayudando? —le volví a preguntar.

—Me gusta el modo en que te quedas mirando al infinito —dijo, sonriendo—. Como mi padre. Nunca le quita a Dios el ojo de encima.

—Yo no creo en esas cosas —dije—. No del mismo modo que tú. No quiero que Dios piense que porque uno de los suyos me esté ayudando, Él y yo vamos a

llevarnos bien.

—Está bien —convino—. Me da igual que creas o no en Él. Dios cree en ti.

—Gracias —dije. Recordaba aquella palabra. Aunque se la hubiera dado a Jamie, apareció en mi lengua en cuanto la sentí. Volvía a tenerla. Sabía lo que significaba.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Adam.

—Adam —repitió—. Es un buen nombre. Así se llamaba el primer hombre.

Al día siguiente me desperté temprano y al salir me encontré con una ciudad cubierta de nieve. Me eché la capucha amarilla por la cabeza y me abroché la cazadora vaquera hasta lo más arriba que pude. Pero los vaqueros tenían agujeros en las rodillas, así que seguía sin librarme del frío. Y también llevaba un agujero en la puntera del zapato izquierdo. Se me veía el calcetín sucio cuando movía el dedo gordo. Caminé con dificultad entre los árboles decorados con copos y los aparcamientos arados de nieve de la universidad, hasta que conseguí llegar la zona norte de la ciudad.

Los habituales de la calle ya estaban fuera: las personas sin hogar, los loquitos que hablaban solos murmurando sus sufrimientos, algunos que pedían cigarrillos, otros que pedían dinero para pasar por la tienda de comestibles de la esquina a comprar una botella de litro y ahogar sus penas. Hacía bastante frío, la luz era de un gris amarillento y se respiraba una mezcla de polvo y gasóleo. Todo estaba al límite, como si el mundo estuviera cansado y sucio, pero siguiera intentándolo.

La nieve caía en copos pesados y húmedos, formando espirales, llenando el aire de plumón. Me sentía como en una de esas bolas de cristal, una ciudad pequeñita dentro de una burbuja de agua. Antes de llegar a Dorian Books, ya estaba calado hasta los huesos. Me castañeaban los dientes. Aunque llevara la sudadera amarilla y la camiseta debajo, estaba congelado. Una parte de mí deseaba estar todavía de camino a morir, porque entonces no tendría frío. Pero ya no estaba de camino a morir y tenía que abandonar ese deseo porque, al fin y al cabo, era algo que no quería realmente. No estaba seguro de camino a dónde iba ahora, pero no era a morir. *Tienes que cuidarte. Tienes que empezar a querer cosas*, me seguía repitiendo.

Así que abrí la puerta de la librería y entré, esperando encontrar aquel libro que había leído en el armario de Gracie. La campanilla de la puerta tintineó, el interior olía a té y a canela. Aspiré profundamente. Llevaba bastante tiempo sin oler las cosas y ahora que había recuperado mis sentidos, me sorprendía hasta la cosa más insignificante. El aroma de la nieve, el sonido de las alas revoloteando. Se me rompía el corazón en mil pedazos solo con sentir el viento introduciéndose por el cuello de la chaqueta. Si hubiera tenido un corazón de cuarzo rosa como el de Gracie, en aquel momento se habría desintegrado como la arena.

Había toneladas de libros por todas partes y empecé a bajarlos de uno en uno para leer una página o dos al azar, preguntándome qué les habría pasado a los personajes

de aquellas historias para hacer o decir o pensar las cosas que hacían. Como esa mujer que había abierto todas las jaulas de su casa y había ahuyentado a los pájaros para que salieran por la ventana en mitad del invierno, incluso al loro que siempre le decía que la quería. Y ese otro tío que se peleó con su exmujer y antes de marcharse de la casa (que ella se había quedado en el divorcio) le robó el cenicero. Y luego estaba ese chico que tenía un padre borracho y que le decía que su amiguito y él parecían hermanas, y luego el padre se imaginaba a Bessie Smith, esa vieja cantante de *blues* de allá de principios del siglo xx, sentada en la cama con los chavales, y el padre les decía que parecía que los tres fueran hermanas. Era bastante raro, sobre todo porque ellos dos eran chicos y blancos, y Bessie Smith era una mujer y negra, pero en cierto modo era verdad, no sabría explicar por qué, simplemente lo presentía.

Estaba leyendo fragmentos de libros, cuando me di cuenta de que una sombra se tropezaba con la mía en el suelo. Cuando levanté la mirada, vi que el tío que había salido a recibirme la última vez que había estado allí estaba detrás de mí.

—Es un libro genial —dijo. Seguía sin llevar zapatos, solo unos calcetines negros. Llevaba unos vaqueros, un jersey negro y gafas de pasta negra con la montura cuadrada. Parecía uno de esos profesores universitarios que merodean por el campus, tenía un aire distinguido y las manos apoyadas en la barriga, subía y bajaba levemente el tono de voz al hablar del libro que yo sujetaba, contándome que era una buena lectura y que la había leído en su día y le había encantado. Al principio solo podía mirarlo fijamente mientras hablaba, pero al rato, cuando vio que no contestaba, me preguntó:

—¿Estás bien?

En cuanto lo dijo, cerré los ojos y volví a colocar el libro en el estante. De repente me sentí débil, como si fuera a vomitar. Yo no quería hablar, pero esa simple pregunta hizo que me acordara de Jamie, y precisamente en ese momento quería olvidarme de que existía. Porque si no hubiera existido, no tendría que sentirme mal porque ya no estaba allí.

Tenía que salir. Era o eso, o vomitar todo el suelo de cuadros negros y blancos, y eso haría que me sintiera como un verdadero estúpido y muy asustado porque algo habría salido de mí delante de aquel tío y entonces todo sería real, sería mucho peor si contestaba.

Negué con la cabeza, un poco tembloroso, probablemente andando como mi padre en un día de resaca, y me dirigí hacia la puerta.

—*¡So, so, so!* —dijo el tío—. Me parece que necesitas sentarte y descansar un poco. No deberías salir vestido así con el tiempo que hace.

—¿Por qué no?

—Porque seguro que estás congelado —contestó.

Bajé la mirada y asentí.

—Pues sí —dije.

Dejó que me sentara en un sillón grande y muy cómodo, y me trajo una taza de té en un platillo, y colocó la leche y el azúcar en la mesita de café delante de mí. Se sentó en el sofá de enfrente, soplando su taza. Puse la cara sobre la taza y el vapor me empañó las mejillas. Me dijo que se llamaba Kurt, y por un momento pensé en decirle que me llamaba Andy —bueno, por si se enteraba de que me había escapado—, pero al final decidí ser sincero y le dije mi nombre.

—¿Estás metido en algún lío, Adam? —me preguntó.

Yo no dije nada, solo miré mi taza.

Se cruzó de piernas y extendió los brazos en el respaldo del sofá. Luego empezó a hablar de su librería, lo cual hizo que en cierto modo me sintiera mejor porque era un tema que no tenía nada que ver conmigo. Me dijo que no le daba mucho dinero, pero que le daba igual. Él quería tener una librería y eso es lo que hizo. Siguió con el tema un rato y luego habló de más cosas. Sobre todo de él. Me contó que acababa de cumplir cuarenta años hacía unos meses y que vivía con su compañero, que al principio pensé que se trataba de su compañero de trabajo, pero resultó que se refería a su novio, que era profesor en la facultad de Empresariales, y que la librería seguramente sería un fracaso de no ser por él. Cuando mencionó lo de la universidad, le conté que no me gustaba nada el campus, y quiso saber por qué. Le dije que era por esos chavales de aspecto tan saludable con su ropa limpia y toda una vida por delante que parecían no darse cuenta de una mierda.

—Me alegro de que por fin hables —dijo—. Me preguntaba por qué saliste corriendo de aquí tan rápido el otro día.

Me encogí de hombros.

—No hay ninguna razón —le contesté.

Se puso un poco serio, inclinándose hacia delante para coger su taza de la mesa que había entre los dos.

—Sea lo que sea lo que no va bien ahora —precisó—, puede mejorar. Eso lo sabes, ¿verdad?

Yo asentí, pero no dije nada. Me sentía un poco incómodo al volver a hablar de mí. No me sorprendió que intuyera que algo iba mal por el hecho de que fuera vestido con ropa rota, y porque seguramente era el chico de aspecto más sucio que había visto en mucho tiempo. Me pregunté si seguiría pensando que las cosas iban a mejorar si supiera que veía sombras que no dejaban de hablarme y de contarme cosas que yo no quería saber sobre la gente. Era como esos libros de pasatiempos que solía coger mi madre cuando era pequeño, los que tenían un montón de dibujos y el juego era encontrar un determinado número de objetos escondidos entre ellos. Como por ejemplo, ¿cuántos conejos se esconden en este dibujo? Entonces te pones a mirar y de repente empiezas a encontrar conejos escondidos por toda esa inocente escena. Están en los árboles, en la cesta de la merienda. ¡Incluso en los puñeteros platos de comida hay conejos! Y los estúpidos del dibujo sonríen como idiotas porque no se dan cuenta de una mierda. Cuando ves uno, ya no dejas de verlos. Ya no hay vuelta atrás. Mires

donde mires en el dibujo que tienes delante, no dejas de ver los conejos que esa buena, pero totalmente inconsciente, familia que está merendando no verá nunca.

Miré mi taza vacía, moteada de hojas de té, y me entraron ganas de llorar. Se me empezó a cerrar la garganta mientras luchaba por contener las lágrimas y las obligaba a quedarse dentro.

—Eh, lo siento —dijo Kurt—. No quería molestarte.

—No pasa nada —le dije—. Estoy bien. En serio.

Puse la taza de té en la mesita y me levanté para marcharme. Pero antes de irme, Kurt me dijo que si volvía a la mañana siguiente, me invitaría a almorzar. Lo de la comida sonaba bien, así que le dije que volvería. También le pedí el libro que había leído en el armario de Gracie, pero cuando fue a buscarme una copia, no lo encontró.

—Está agotado —me dijo.

—Ah, bueno —dije—. Tampoco era para tanto. De todas formas solo era un llorica rico.

—¿Te habría gustado más si hubiera sido un llorica pobre? —me preguntó, sonriendo.

—Seguramente no —le dije—. Si fuera pobre...

Entonces me callé e intenté sonreír. Pero no noté que consiguiera una sonrisa de verdad. Seguramente fue una de esas sonrisas torcidas, como la de Jamie.

—Seguramente no —repetí, y salí al frío de la calle.

Volví a la iglesia y vi que Tia me estaba esperando. Estaba sentada en un banco mirando el altar, y cuando subí del sótano, me sonrió y dijo:

—¡Estás aquí! Pensaba que te había perdido.

—¿Y adónde habría ido?

—No sé —dijo—. Tampoco es que sea muy difícil encontrar un lugar abandonado por aquí.

—Ya —dije—, pero que tengan calefacción y electricidad sí.

Se rio con la mano en la boca, como si pensara que la broma era pecaminosa. Me senté a su lado, sin estar muy seguro de qué decir. La verdad es que no nos conocíamos mucho. Me había echado una mano, pero aparte de eso solo era la chica de Youngstown cuyo padre era el pastor de una congregación sin hogar. Bueno, sin hogar no. Creo que su hogar era aquel lugar que estaban intentando arreglar para que volviera a ser habitable.

—Este domingo es el día de las visitas en la iglesia de mi padre —dijo—. Pronunciará un buen sermón. Siempre predica muy bien cuando tenemos visita. Bueno, no es que predique mal cuando no la tenemos, pero de todas formas, me preguntaba si te gustaría venir.

Se quedó allí sentada, con gesto absorto, esperando mi respuesta. A decir verdad, no quería, pero me sentí obligado después de todo lo que había hecho, y si lo único

que quería de mí era que visitara su iglesia, tampoco era tan malo, creo. Así que le dije:

—Sí, claro. Iré.

—No digas que sí por obligación —me indicó.

Durante un segundo pensé que había escuchado mi sombra, porque me había leído el pensamiento, pero creo que, por el modo en que contesté, resultaba obvio que no me hacía mucha gracia la idea.

—¿Y por qué iba a ir si no? —alegué.

—Por ti. Nunca he conocido a nadie que tuviera problemas como tú.

—Yo no tengo ningún problema —aclaré.

—Todo el mundo tiene problemas —dijo—. Yo tengo problemas, te lo aseguro, y soy la puñetera hija del pastor. Joder, si mi padre supiera la mitad de las cosas que hago a sus espaldas, le daría un ataque al corazón. No hay nadie que no tenga problemas.

—Vale —reconocí—. Pero te advierto que no se me da muy bien lo de Dios.

—Da igual. Además, la iglesia de mi padre no es como piensas. No es como las iglesias de los blancos. Demasiado remilgadas. Tú prueba.

Asentí. La verdad es que no tenía muchas expectativas, pero no se lo dije. A ver, no es que no crea en Dios o en lo que sea que viviera en aquel lugar. Es solo que no estoy seguro de que alguien pueda describir lo que es Dios tan fácilmente. Si dependiera de mí, cogería un poco de cada religión, ciencia y filosofía, porque entonces puede que la imagen de Dios fuera más completa, como un mosaico. Creo que la mayoría de la gente opta por una sola idea de Dios, pero cuando hacen eso, acaban viendo únicamente un trocito pequeño de algo que es realmente grande y extraordinario. Miran ese trocito de mosaico y dicen: «Esto es Dios», y no ven el resto de la imagen que lo rodea. Pero también hay gente como mis padres, que no miran para nada la imagen, lo cual es igual de malo. Al pensar en aquello, supuse que no me haría tanto daño por lo menos ir con Tía a ver su tesela.

A la mañana siguiente fui a ver a Kurt y tenía una bolsa de McDonald's esperándome. La comida estaba grasienta y salada y antes, cuando entrenaba atletismo, habría dicho: «¡Ni hablar! ¡Eso no es nada saludable!», pero me lo comí sin pensar en nada de eso. Llevaba mucho tiempo sin saborear algo tanpreciado como la grasa, la sal, el queso, las salchichas y las tortitas con caramelo, aunque las tortitas se me hicieran una bola en la boca y el bocadillo fuera un infarto esperándome dentro de cuarenta años.

Hablamos de más cosas. Le conté un poco sobre Gracie y Jamie, y lo que había ocurrido durante el otoño y el invierno. Y mientras se lo contaba, me di cuenta de que no tenía ni idea de en qué mes estábamos, así que se lo pregunté.

—A finales de marzo.

—No me digas —dije.

—Sí te digo —me dijo, burlándose de mí, pero yo me reí—. Me alegro de escucharla —me dijo—. Tienes una buena risa.

De repente me sentí raro. Nunca me había parado a pensar en mi risa.

—¿Tengo una buena risa? —le pregunté.

—Sí. Muy bulliciosa. Nada consciente.

—Mi padre siempre me grita para que me levante —dije—. Así que creo que eso es lo que soy. Nada consciente. Un inconsciente.

—Los padres son así —dijo Kurt—. A veces no saben qué decirles a sus hijos. Sobre todo a los chicos. Sobre todo a los chicos como tú.

—¿Cómo yo?

—Bueno, no eres muy típico.

—Te refieres a que no se me da muy bien el trato con la gente —le dije.

—Bueno, más o menos. Y también eres diferente en otros aspectos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, para ser totalmente sincero, tienes algún que otro problema, Adam. La gente no siempre puede entenderlo, pero puede notarlo. Les da miedo que se les pueda pegar, así que lo evitan. Pero tampoco les puedes echar la culpa por eso. Y bueno, tampoco eres muy típico en otros muchos aspectos.

Me di cuenta de que quería decirme cuáles eran esos otros aspectos, pero yo no quería que fuera como los demás, tratando siempre de decirme quién era y cómo debería pensar. Era como si todo el mundo quisiera decirme eso todo el rato. Así que, aunque apreciaba la mayor parte de su conversación y lo que estaba intentando decirme, le dije que lo entendía y que no necesitaba escuchar más. Me dijo que no sabía lo que me iba a decir, pero le contesté que fuera lo que fuera, se trataba más de lo que él pensaba que de lo que yo pensaba, y asintió y dijo que era cierto. Ni siquiera aquellos que tienen las mejores intenciones saben lo que es mejor para ti. A veces, tienes que ser capaz de escucharte a ti mismo y estar conforme con que nadie te entienda.

Tia pasó a recogerme el domingo y fuimos al gimnasio donde se reunía la congregación de su padre hasta que la iglesia estuviera arreglada. Estaban todos sentados en sillas plegables de madera en medio de la pista de baloncesto. Me recordó a las reuniones en el gimnasio antes y después del entrenamiento, y me sentí raro y fuera de lugar, como si estuviera visitando a un yo que había olvidado.

Todos eran negros, algo que también me hacía sentir fuera de lugar, pero para nada olvidado. Nos miraban, pero a Tia parecía no importarles. Cantaba y levantaba las manos como si no pasara nada, aunque algunos de los tíos de nuestra edad nos fulminaran con la mirada; aunque algunas de las mujeres mayores nos miraran de reojo y con desconfianza.

El padre de Tia estaba de pie detrás de un podio y el coro estaba en uno de los lados. Llevaba un traje, no una sotana como los sacerdotes. Hablaba en voz muy alta,

que resonaba por todo el gimnasio, haciendo que pareciera más sagrada de lo normal. Seguía diciéndole a la gente lo que tenían que hacer, como cuando chillaba a los que trabajaban en la iglesia lo que tenían que hacer. Tia asentía y gritaba: «¡Sí!», o «¡Aleluya!», igual que hacían los demás. Movían las manos hacia el reverendo Taylor y gritaban: «¡Alabado sea Dios!», y asentían los unos a los otros, tan entusiasmados que pensé que iban a empezar a chocarse las manos. La verdad es que me resultaba un poco extraño. Me refiero a que yo esperaba que en la iglesia el pastor hablara y todo los demás simplemente se quedaran sentados y escuchando.

El padre de Tia dijo algunas cosas buenas, como que todos tenemos que amarnos, que es lo que dijo también Jesús, lo cual no era nada nuevo ni innovador; pero también dijo algunas tonterías, como que todos tenemos que congraciarnos con Dios y aceptarlo y olvidarnos del mundo. Me quedé en plan ¿y cómo se olvida el mundo? Es totalmente imposible. No te puedes separar así sin más. Si lo hicieras, tendrías que vivir en una iglesia día tras día. De lo contrario, tendrías el mundo justo delante de ti y tendrías que interactuar. «Ampárate en Dios y quédate ahí», dijo. Pero pensé que eso era demasiado fácil, igual que esconder la cabeza en la arena como un avestruz, fingiendo que no ves nada. Además, pensar que había vivido en una iglesia durante meses y que no me había relacionado mucho con el mundo me hizo desconfiar más. Yo había hecho lo que él aconsejaba. Había vivido en una iglesia y me había olvidado del mundo, pero solo conseguí ser más incapaz de encontrar un modo de vivir. Pensé que sería mejor que todos miraran el mundo con atención y que trataran de entenderlo, en vez de darle la espalda y escapar de él como si fuera algo que temer.

Cuando acabó el oficio, le dije a Tia que tenía que irme. Quería que conociera a la gente, pero no parecía que ellos quisieran conocer a un chaval blanco y sucio que llevaba unos vaqueros destrozados y unas zapatillas asquerosas. Aunque se suponía que tenían que ser amables con los pobres, según Jesús, seguían mirándome como si fuera gentuza. Igual que me había mirado el señor Highsmith.

—No les hagas caso —dijo Tia, apretándome la mano. Pero negué con la cabeza y le dije que era el momento de que me fuera.

Tia me acompañó a la salida y me agradeció que por lo menos hubiera ido.

—Gracias por cuidar de mí —le dije. Le di un beso rápido en la mejilla y cuando me aparté, creí ver girasoles abriéndose en sus ojos. *Ay Dios, ay Dios, ay Dios*, pensé. Ahora quería quedarme. Pude ver esa posibilidad en ella, un lugar hacia el que correr. Pensé que ella podría ser mi luz, igual que lo había sido Gracie.

Pero eso no era lo que yo necesitaba. Quizá la luz que te da otra persona pueda ser suficiente para seguir viviendo, pero yo quería ser capaz de ver mi propia luz, no la de otra persona. Así que besé a Tia en la otra mejilla, la abracé, y me dirigí hacia la puerta. Salí al mundo.

Volví a la iglesia abandonada para coger mi mochila y echar un último vistazo a aquel lugar. Susurré un adiós al campanario vacío, susurré un adiós a la congregación que

apenas había visto con el reverendo hacía semanas. Pasé las manos por el Jesús que colgaba de su cruz sobre el altar. Le susurré un adiós y luego salí por la ventana del sótano que tenía el cajón debajo.

Atravesé la universidad hasta llegar a Dorian Books, pero estaba cerrado. Cuando miré por la ventana con las manos ahuecadas, vi que tampoco había señales de Kurt, así que saqué un trozo de papel de la mochila y le escribí una nota, dándole las gracias por todo y diciéndole que intentaría seguir en contacto.

Doblé la nota y la metí por debajo de la puerta. Luego caminé hacia el sur, volví a bajar por el valle, donde el mundo era muy fino. Esta vez no entré en el espacio muerto, aunque eso habría hecho el viaje más corto. Esta vez bajé por las vías que recorrían el mundo de los vivos, de vuelta a casa.

La oveja negra

Esta vez la caminata fue más larga. Un día, una noche, otra mañana. Cuando por fin me encontré en territorio conocido, un ciervo macho cruzó desde uno de los lados de las vías, y se paró a mirarme como si yo fuera un enorme demonio que estuviera entrando ilegalmente en su propiedad. Luego, dando coces y al trote, bajó corriendo por el otro lado de la colina con el rabo blanco levantado.

En los últimos días había subido la temperatura y la nieve se estaba derritiendo. Se amontonaba al pie de los árboles y en tierras bajas donde siempre se acumulaba el agua; goteaba de las ramas y se abría camino por los arroyos que corrían hacia la primavera. Conforme el cielo se iba iluminando de gris, las palomas se despertaban y empezaba sus arrullos matinales. Y al rato, las ardillas salían para vocear sus chismes.

Me sentía fuera de lugar allí. La verdad es que nunca me había parado a pensar en el bosque, había entrado siempre que había querido. Pero ahí estaba, pensando que quizá ya no era un lugar por el que pasear. Era como uno de esos lugares en los que reina la felicidad, con un montón de criaturas diferentes viviendo juntas, compartiendo lo bueno y lo malo todos los días. Y yo, yo no formaba parte de eso. Yo simplemente pasaba por allí y lo interrumpía todo.

Y entonces fue cuando la vi. La cinta amarilla de la policía arrancada, tirada en el suelo rodeando el hoyo donde habíamos entrado juntos. Cuando llegué al borde, miré hacia abajo, con miedo a lo que me pudiera encontrar.

Ya no estábamos allí, pero aun así, me sentí raro al mirar dentro. Se despertó en mí una mezcla de nostalgia y miedo. ¿Cómo se puede querer algo y tenerle miedo al mismo tiempo? Seguro que era la sensación más estúpida del mundo. Seguro que era el tipo de sensación que hacía que la gente perdiera el sentido común.

Los montones de tierra y grava seguían rodeando el lugar de donde habían sacado su cadáver, bordeando el hoyo como si fueran flecos. Como el marco de la nada. La cinta de la policía no había alejado a nadie de allí, y tampoco había nada que hubiera retenido a Jamie dentro, y el hecho de mirar el borde de tierra alrededor del hoyo me dolía. Era inútil. Quería borrarlo, dejar de fingir.

No tenía ninguna pala, así que utilicé las manos para recoger la tierra y la grava y volver a echarla dentro. Tardé casi toda la mañana, puñado a puñado, pero al final lo llené. Aunque no conseguí volver a tapanlo por completo. Lo intenté, pero se quedó un poco más hundido que el resto de la colina. Que su cadáver hubiera estado allí había cambiado las cosas. Ni siquiera la tierra podía volver a ser como era antes de que su asesino lo metiera allí.

Pensé en el hombre del que se había olvidado Jamie, el hombre que le había quitado la vida. Él también había estado allí. Había estado donde estaba yo, mirando hacia abajo mientras amontonaba la tierra y la grava con una pala sobre el cuerpo

desnudo de Jamie. ¿Cómo había podido hacer algo así? Y quienquiera que fuera, seguía entre nosotros. No había ningún modo de saber quién era, y al no saberlo, no había ningún modo de protegernos. Eso me puso furioso y triste, y empecé a llorar. Ya podía sentir las lágrimas calientes recorriendo mis mejillas.

Estuve a punto de decirme: «¡Para! ¡No llores!». Pero no lo hice. Lloré. Berreé como un crío. Me sentí ridículo por llorar y cuando terminé, me sequé la cara con la manga de la cazadora vaquera y pensé que llorar no era tan ridículo. Simplemente es algo que hacen las personas.

Solo tardé diez minutos en atravesar el bosque desde aquel punto, de vuelta a la carretera donde vivía mi familia. Y cuando salí del bosque y salté de la cuneta al asfalto, aterricé justo al lado de dos cuervos gordos que picoteaban el cuerpo de una zarigüeya que se estaba descomponiendo. No se movieron ni un centímetro. Simplemente subieron la cabeza como diciendo: «Perdona, pero estamos comiendo. Circula, jovencito. Circula».

Dos por el gozo, conté. Me acordé de mi abuela y tuve la esperanza de que su rima y significado acertaran esta vez. Supuse que si había acertado todo lo malo, ¿por qué no lo bueno? Pero decidí no quedarme esperando de brazos cruzados.

Bajé por la carretera con la mochila colgada a la espalda y, mientras andaba, se me rompió el cordón de la zapatilla derecha, así sin más, así que la lengüeta se iba cayendo a cada paso que daba. Suspiré, preguntándome si a ese paso llegaría algún día a casa. Miré al cielo y busqué el dedo de Dios, y aunque no lo encontré entre las nubes, grité: «¡Venga! ¡Dame un respiro, joder!». Ya sé que aquello no estuvo bien, pero supongo que Dios oye cosas peores, y por lo menos había sido sincero con mis sentimientos. Dios tiene que respetar a los que dicen la verdad, aunque la verdad suponga enfado.

Y entonces la vi. El arbolado disminuyó en el borde de la carretera y la casa de mi familia apareció en su cuadradito de tierra despejada. El rancho que mi padre había construido con sus propias manos. El manzano silvestre y el arce rojo en el jardín delantero, los pinos que se alzaban en la parte trasera como una cadena de cimas.

Todavía era temprano. Esperé un rato en la entrada, jugueteando con la lengüeta de la zapatilla, rascándome los arañazos, observando que la granja de los Peterson, que estaba al final de la carretera, parecía más pequeña que la última vez que la había visto. Antes me parecía una casa enorme con establo y dos imponentes silos con infinitos pastos cercados. Ahora parecía algo que se pudiera comprar en una juguetería. Unas vacas de plástico para colocarlas en el establo y en los pastos. Un granjero y su esposa para ponerlos en el porche delantero. Ese tipo de cosas.

Aunque la granja de los Peterson pareciera más pequeña, la casa de mis padres parecía un lugar donde habitaran gigantes. Avancé un par de pasos, luego me paré, luego volví a continuar, como si fuera uno de esos loquitos que deambulaban por las calles de Youngstown, hablando solos y dudando si avanzar o retroceder, porque en

cualquier caso podría haber algo peligroso esperándolos. Un poli en una dirección, un traficante de drogas en la otra. Las dos cosas suponen algo muy parecido: problemas.

Al final subí la rampa que mi padre había construido para la silla de ruedas de mi madre. Y llegué al porche. Y entonces, cuando ya estaba delante con la mano levantada para tocar, se abrió la puerta y apareció mi hermano con la nariz arrugada y una ceja levantada, como si no estuviera muy seguro de algo. También parecía más pequeño.

—¡Gilipollas! —soltó—. ¡Has vuelto a casa!

—Hola, Andy —le saludé.

—Estás metido en un buen lío —me indicó—. Joder, los tienes a todos superpreocupados. Pero yo lo sabía. Yo sabía que estabas bien y haciendo que todo el mundo se preocupara sin razón. Eres un cabrón, Adam.

—No he vuelto para discutir contigo —le dije—. Solo quiero volver a casa.

Andy parpadeó, parecía sorprendido. Seguramente porque no le estaba siguiendo el juego con eso de los desprecios como solía hacer. Me parecía una pérdida de tiempo. Era una puta pérdida de tiempo insultarnos sin una buena razón. Al final se encogió de hombros quitándole importancia y dijo:

—Es cosa tuya.

—En eso estamos de acuerdo.

Miró hacia atrás y gritó:

—¡Mamá! ¡Adam está en casa!

Y entonces la escuché gritar desde la habitación del fondo.

—¡Andy! ¡Para! ¡No tiene gracia! —Luego entró a la sala de estar en la silla de ruedas, sin dejar de quejarse, pero cuando dobló la esquina y me vio de pie en la puerta, su boca se detuvo y sus manos comenzaron a revolotear, haciéndome gestos para que me acercara a ella—. ¡Ay, Dios mío! —dijo—. ¡Ay, Dios mío, ven aquí! ¡Ven aquí ahora mismo!

Pasé corriendo por el lado de Andy y me arrodillé delante de ella, como un caballero que regresa junto a su reina. Me tocó las mejillas con las manos temblorosas, las lágrimas recorrían su rostro, y esbozó esa especie de sonrisilla loca. Primero una mueca y luego una enorme sonrisa de felicidad. Le rodeé la cintura con los brazos, apoyé la cabeza en su regazo y la abracé. Abracé su mitad inferior. Me pasó los dedos por el pelo enredado y noté que sus lágrimas goteaban en mi cara. Luego me di cuenta de que no eran sus lágrimas, sino las mías. Otra vez. Dos veces en una hora. A ese paso, acabarían por internarme.

—¿Adónde te fuiste? —me preguntó—. ¿Dónde has estado?

—Me escapé y me he estado muriendo.

—¿De qué estás hablando, cariño?

Levanté la mirada, secándome las lágrimas, y le dije:

—Lo siento, mamá. —Y rompí a llorar. Tenía la cara descompuesta, notaba cómo se me deshacía en lágrimas.

—Chsss —dijo—. No pasa nada. Ya estás en casa. Ya estás en casa, cariño.

—¡Pero lo he estropeado todo! —dije llorando.

—No, eso no es verdad —me contestó.

—¡Sí, sí que es verdad! —le dije.

—¡Para ya! No has estropeado nada —me insistió, y me cogió para darme otro abrazo.

—Pero si tienes a un psicópata como hijo —le dije—. Si eso no es estropear las cosas...

Me cogió por los brazos y me echó un buen vistazo.

—No querría otro diferente —alegó—. Además, adoro a los psicópatas. ¿Tú no sabías que adoro a los psicópatas? Los psicópatas son las personas más adorables del mundo.

Después de abrazarme durante un rato más, dijo que nos iba a preparar el desayuno. Tostadas francesas, huevos revueltos y beicon.

—Un buen desayuno para mis chicos —repetía—. Un buen desayuno para mis chicos.

Cuando entramos en la cocina, todo parecía también más pequeño, como la granja de los Peterson, como Andy. Pero esta vez era porque todo era de verdad más pequeño. Y también porque todo estaba un poco hecho mierda. Habían serrado un cuarto de la parte de arriba de las puertas de todos los armarios, para que mi madre pudiera llegar y abrirlas fácilmente, y también había una rampita de madera contrachapada que acababa en una plataforma al lado de la cocina, para que mi madre pudiera sentarse y cocinar. La rampa y la plataforma ocupaban la mitad de la cocina, y yo diría que todo aquello lo había hecho mi padre. Llevaba su marca. Un poco chapucero, pero de corazón.

Andy empezó a andar tranquilamente hacia su habitación, diciendo:

—Creo que voy a echar una cabezadita.

Mi madre levantó la mirada de uno de los armarios con gesto sorprendido.

—¿Que vas a qué?

—A echar una cabezadita —repitió Andy.

—¿Que vas a qué?

Andy volvió a la cocina y se sentó a la mesa, con la cara roja.

—A nada —respondió.

—Ah, ya decía yo —resumió mi madre.

¿Qué coño está pasando aquí?, pensé. Pero ni siquiera tuve que preguntar.

—Supongo que te estarás preguntando dónde está tu padre —comentó mi madre. Echó mantequilla en la sartén y empezó a crepitar.

—¿Dónde?

—Se ha ido —afirmó—. Por ahora. Ponte cómodo y te lo contaré todo.

Así que, mientras iba en la silla de ruedas de acá para allá, del frigorífico a la cocina y de la cocina a la encimera, me contó lo que había pasado.

Lo que pasó fue que seguían peleándose como de costumbre, y que mi padre seguía diciéndole a mi madre que fuera al fisioterapeuta y que dejara de estar dando vueltas por casa como alma en pena con Lucy, y ella seguía enfadándose con él por decirle lo que tenía que hacer, sobre todo porque, como ella me dijo, quizá no estaría en aquella situación si él no se hubiera portado tan mal. Así que al final acabó por quedarse en casa y no intentar ponerse mejor. O eso hizo que pareciera. Era su venganza, según me dijo ella.

Y entonces a mi padre lo volvieron a llamar de la constructora. Resulta que solo lo habían despedido temporalmente, durante cosa de un mes. Yo creo que no lo habían despedido porque fuera un trabajador chungo, sino porque de verdad que no había habido mucho movimiento durante ese mes. Así que volvía a pasarse casi todo el día fuera de casa, y al poco tiempo Lucy empezó a levantarse antes que mi madre y a salir durante el día, a veces iba al Abel para emborracharse y alternar, a veces simplemente se iba a dar una vuelta en coche, para observar el paisaje llano que la rodeaba a ambos lados de la carretera. «Mi cárcel», le decía a mi madre, «esta casa es mi puta cárcel».

—La cosa es —me dijo mi madre— que había estado yendo a escondidas a fisioterapia durante todo ese tiempo.

Había llamado al médico y le había dicho que quería ir a fisioterapia, pero que no quería que nadie lo supiera. El médico le preguntó que cuándo le venía bien y mi madre le dijo: «Por las tardes. Él estará trabajando y mandaré a Lucy a que haga algún recado». Así que el médico aceptó ayudarla.

Le enviaba una furgoneta para gente que no tenía medios para ir al hospital y cuatro días a la semana mi madre hacía su rehabilitación religiosamente, y al tiempo empezó a tener un poco de sensibilidad en las piernas.

—Solo era un hormiguo —me dijo—, pero ahí estaba. Lo sentía. Estuve a punto de andar para vosotros por Navidad, pero me preocupaba que pudiera caerme.

Aun así, siguió esforzándose incluso después de que volviera a escaparme, y el día que iba a sorprender a mi padre, el día que iba a levantarse de la silla ella sola y a arrastrar los pies hasta la cocina para ir a buscarlo antes de que se marchara a trabajar, lo que se encontró fue a Lucy diciéndole a mi padre:

—Ay, John. Qué buen trabajador que eres. ¿Cómo lo consigues?

Y a mi padre contestándole:

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes —dijo Lucy—. Yo lo entiendo. Te pasas el día trabajando para tu familia y ¿qué consigues a cambio? ¿Amor y respeto? No, nada de eso. Solo enfados, regañinas e hijos que se escapan de casa. Bueno, pues una cosa te voy a decir, John McCormick. Que sepas que eres dos veces más hombre que el idiota de mi marido y que te mereces un beso. —Se puso de puntillas para plantarle un beso a mi padre, abrazándole por la cintura. Ya tenía los labios fruncidos, pero antes de que pudiera besarle, mi padre la apartó.

—Lucy —le dijo—. Gracias, pero estoy casado.

Y justo en ese momento, justo allí, presenciando la traición de su amiga, las piernas de mi madre volvieron a convertirse en mantequilla, y se cayó.

Mi padre y Lucy se quedaron sorprendidos y avergonzados, y lo que mi madre dijo en cuanto se acercaron a ella, con sus caras observándola desde arriba, fue: «Largo. Los dos. Largaos de aquí».

No entendía por qué había echado a mi padre. Por una vez en su vida había dicho lo correcto, sin gritar ni insultar a nadie. Así que se lo pregunté.

—No lo eché por lo que vi, Adam. Lo eché porque lo necesitaba. Ya no soportaba sus menosprecios. Y yo tampoco podía seguir así con él. Tiene que aprender a hablarme bien. Y yo tengo que aprender a mantenerme en pie. No puedo hacerlo con él por aquí. Al menos, por ahora no.

Le pregunté dónde estaba viviendo.

—Con un amigo del trabajo.

—¿Volverá a casa?

—No lo sé —me dijo un poco confusa—. Puede que cuando sepa utilizar conmigo las palabras correctas. Puede que cuando yo sepa cómo ser feliz.

No parecía tener mucha esperanza en que alguna de esas dos cosas se hiciera realidad pronto, pero nos puso los platos de tostadas y huevos revueltos con beicon, y los tres nos sentamos a la mesa por primera vez en no sé cuánto tiempo. Pero antes de que pudiera clavar el tenedor en los huevos, mi madre dijo:

—Y usted, señorito, aunque esté tan contenta de que esté en casa, aunque me moriría si volviera a hacernos esto otra vez... Usted, caballero, está castigado.

No dije nada, solo asentí, y luego empecé a comer. ¡Dios, cómo echaba de menos su comida! ¡Cómo la echaba de menos a ella e incluso a Andy! Y al ver que mi padre no estaba como yo había esperado, me di cuenta de que también lo echaba de menos.

Al parecer había tomado la decisión correcta, volver a casa, pero en seguida Andy dijo algo en lo que mi madre y yo no queríamos ni pensar.

—Ya sabéis que la trabajadora social se va a meter por en medio —dijo. Levantamos la mirada de los platos y suspiramos, nos acababa de arrebatarnos toda nuestra alegría.

—Lo solucionaremos —dijo mi madre. Luego cortó un trozo de tostada, y a mitad de metérsela en la boca, se paró y me miró—. Esta vez sí que lo solucionaremos.

Intenté sonreír inocentemente, pero no funcionó. Ya no era inocente. Mi madre se acabó el desayuno y después de fregar los platos dijo:

—Tienes que ducharte.

—Ya lo sé —le contesté.

—Yo solo te lo digo —añadió ella.

—Gracias por recordármelo —le dije.

—De nada —respondió ella—. Y ahora, que corra el agua, venga.

—Vale, vale —dije, y salí pitando hacia el baño, donde pude estar bajo el chorro de agua caliente hasta que volvió a ponerse fría.

Más tarde, mi madre y mi padre hablaron por teléfono, y mi padre se pasó por casa después del trabajo. No nos abrazamos ni lloramos como hicimos mi madre y yo, pero se sentó a mi lado en el sofá mientras comentamos que teníamos que llamar a Servicios Sociales y encargarnos de asegurarnos de que hacíamos todo lo que querían, y así, tal vez, no tendría que ir a un centro de detención. A ver, esta vez había vuelto a casa por mi cuenta, y parecía que en vez de discutir y pelearnos, todos estábamos dispuestos a que las cosas funcionaran entre nosotros. Todos utilizábamos la palabra «nosotros». Seguramente debido a que ya estábamos agotados y dispuestos a bajar las armas; porque estábamos dispuestos a reconocer que estábamos equivocados con nosotros mismos y con los demás por una vez en la vida.

Todo eso me hacía pensar que las cosas seguirían yendo a mejor, así que cuando mi padre se levantó para marcharse, lo acompañé a la puerta. Quería que hiciera algo, que me abrazara como hizo mi madre, o que me dijera algo agradable. Que me mirara y me dijera que estaba contento de que estuviera sano y salvo, algo así. No tenía por qué ser algo revolucionario. Simplemente algo que me hiciera sentir que no se arrepentía de que hubiera nacido. Pero no lo conseguí. En vez de eso, se metió en la furgoneta y yo me quedé en la puerta de la entrada observando cómo daba marcha atrás y se marchaba.

Suspiré, y detrás de mí, mi madre comentó:

—Adam, no esperes milagros. —Y tenía razón. Supuse que aquello era mejor que no me mirara a la cara, o que me dijera que nunca me enteraba de nada. Era mejor que sacarme las cosas a la fuerza. Supongo que podría haber hecho eso en vez de simplemente mantener la boca prácticamente cerrada.

Al día siguiente mi madre llamó a la trabajadora social, y cuando vino un par de días después, esta vez sí que iba limpio y llevaba ropa decente, y mi madre me había enviado a la peluquería para que me igualaran los trasquilones. Esta vez no se lo puse difícil. Le conté la verdad, casi toda. Me refiero a que seguí sin contarle que había incendiado la granja de los Wilkinson. Eso habría sido un billete directo al centro de detención. Ya me sentía lo bastante mal por haberla incendiado, así que yo mismo me di otra oportunidad.

La trabajadora social seguía tan dulce como el merengue, con su voz sedosa y su sonrisa preparada para suavizar cualquier cosa que dijera que pudiera resultar mínimamente ofensiva. En esta ocasión pude apreciarlo mucho más, pero seguía pareciendo falsa. Tomó nota de todo y nos dio las gracias, nos aseguró que se pondría en contacto con nosotros y que si cooperábamos en vez de entorpecer su trabajo, las cosas podrían mejorar. Le dije que haría todo lo que tuviera que hacer y declaró:

—Bueno, parece que alguien va a hacer de tripas corazón. —Sonrió al decirlo, pero de pronto me sentí mal porque tenía razón.

Estaba haciendo de tripas corazón. De hecho, ya no tenía corazón. Estaba hecho trizas, desperdigado por un montón de sitios diferentes y no sabía qué hacer con todos los trozos más que cogerlos y mirarlos como un idiota y sentirme un fracasado. Lo había perdido igual que había perdido todo lo bueno, o casi todo.

También seguía teniendo los trozos del corazón de cuarzo rosa de Gracie. Los había sacado del bolsillo de los vaqueros que había llevado todo el invierno, junto con la pluma de cuervo, antes de que mi madre los tirara a la basura porque los había dado por perdidos. El corazón de Gracie y la pluma de cuervo estaban ahora en mi cómoda, la pluma negra y brillante apoyada en los escombros de cuarzo rosa. Era mi altar. Solía quedarme mirándolo fijamente, preguntándome cómo había conseguido cagarla tanto. Con Gracie, con Jamie, con mi familia, conmigo. Sé que no todo fue culpa mía, pero daba esa impresión.

La mayoría de las noches me costaba dormir, igual que me pasaba cuando Jamie vino a mí la primera vez. Pero ahora no podía dormir porque no podía dejar de pensar en un montón de cosas. ¿Y si hubiera hecho las cosas de un modo diferente? ¿Y si Gracie hubiera dicho tal cosa en tal momento? ¿Y si Jamie no hubiera esperado tanto tiempo para cruzar el puente? Excusas. Solo intentaba encontrar un modo en que las cosas pudieran haber salido mejor. Pensaba en eso durante horas hasta que, de puro agotamiento, me quedaba dormido, aunque no solía soñar.

Pero una noche, varias semanas después de que volviera a casa, me quedé dormido tras mis horas habituales de autotortura, e inmediatamente entré de sopetón en un sueño que, al despertar, recordé con total exactitud.

En el sueño, mi madre, mi padre y yo estábamos fuera, en el porche delantero. En el sueño, nuestra casa era un dúplex, no el rancho de una planta que había construido mi padre hacía años. El cambio no nos sorprendía. Los tres habíamos llegado de nuestros diferentes sueños para encontrarnos allí. No dejábamos de escuchar un montón de ruido dentro de la casa. Había alguien dentro, rompiendo platos y vasos, tirando los muebles. En el primer piso, una ventana se hizo añicos y uno de mis trofeos de atletismo aterrizó a nuestros pies. Mi madre comentó:

—Tu hermano dice que esta casa está encantada.

Mi padre añadió:

—Es verdad. Está encantada. Lo he visto con mis propios ojos. —Lo dijo de un modo natural, pero cuando lo miré a los ojos, vi miedo. Era como si supiera algo y eso lo paralizara.

—Tenemos que ir a ver qué es. Sea lo que sea. No podemos ignorarlo —afirmé.

Mi padre no entró, pero mi madre accedió a acompañarme, así que abrimos la puerta principal muy despacio y entramos sigilosamente.

Nada más entrar, todos los ruidos se escucharon más fuerte. Alguien estaba corriendo de acá para allá por el pasillo de arriba. Sonaba como si ese alguien se estuvieran cayendo y volviendo a levantar, corriendo y cayéndose, una y otra vez, chocando contra todo y gruñendo.

Entonces, de repente, apareció en lo alto de la escalera, una criatura bajita y fornida cubierta de pelo negro, con los ojos rojos y brillantes. El pelo de la cara le colgaba y se movía, como oscuros zarcillos. Bajó corriendo la escalera y, en cuanto llegó a la planta baja, se cayó de boca. Pero se levantó inmediatamente, como si caer y levantarse fueran un único movimiento, el mismo movimiento, orquestado como si la criatura formara parte de un extraño *ballet*. Se dio la vuelta y corrió hacia la cocina.

—Tenemos que detenerlo —dije, así que mi madre y yo lo seguimos, pisándole los talones.

Cuando doblamos la esquina de la cocina, vimos que corría hacia el garaje, buscando una salida. Pero lo único que podía hacer era darle manotazos al pomo, como un animal que no entiende el mecanismo. Entonces nos escuchó, se dio la vuelta y se agachó, gruñendo. Nos mostró una sonrisa torcida y corrió hacia nosotros, enseñando los dientes.

—¡Lánzame sobre él!, —le indiqué a mi madre, que estaba en la silla de ruedas paralizada por el miedo.

—¡No! —respondió—. ¡No dejaré que lo hagas!

—¡Tienes que ayudarme! —le pedí—. ¡Lánzame sobre él, joder!

No le gustaba la idea de que luchara contra aquella criatura, pero aun así se levantó de la silla de ruedas. Se puso de pie, me cogió de los brazos y empezó a dar vueltas en círculo como si fuera una lanzadora de disco. Mi cuerpo se levantó y se alejó de ella, y me acordé de que mis padres me hacían eso cuando era pequeño, me cogían de las manos y me daban vueltas en el aire como a un muñeco. Mi madre giró y giró, y al final me soltó. Volé hasta la criatura, que avanzaba corriendo a toda velocidad, y cuando chocamos —ella cogiéndome de los antebrazos y yo cogiéndola por los hombros, con nuestras caras a escasos milímetros de distancia— empezó a echar pestes en una lengua siniestra que solo entendía a medias. Tampoco tenía que saber mucho para entender que quería matarme, así que yo también empecé a soltar palabrotas, enseñándole los dientes, escupiendo mientras luchábamos en el suelo de la cocina.

Me desperté rechinando todavía los dientes y diciendo palabrotas, luchando contra la almohada, y no pude volver a dormirme. Me di cuenta de que seguía conmigo. Algo siniestro, extraño y mortal persistía. Quizá un hombre sin piel, o una sombra que había cortado la cuerda que le unía a su persona. Yo había entrado en su territorio y me había seguido al salir. Pensé que nunca me iba a librar. Me di cuenta de que nunca estaría lo bastante lejos de aquel hoyo para sentirme a salvo.

Al tiempo, empecé a ir al doctor Phelps otra vez, que en realidad era un tío decente, pero antes que contarle al doctor Phelps mis problemas, prefería llamar a Kurt a la librería. Se alegraba de saber que estaba bien y me decía que podía llamarlo cuando quisiera para hablar sobre cualquier cosa. Me gustaba hablar con él porque casi

siempre decía las cosas tal como eran, igual que hacía mi abuela. Y no intentaba consolarme con falsas esperanzas. Me decía que estaba llevando muy bien las cosas y que siguiera adelante, pero no me mentía diciéndome cosas tipo: «Todo va a salir bien», como hacían los demás. Algunas cosas irían bien, eso ya lo sabía. Pero también había un montón de cosas que se habían jodido para siempre, que se habían ido para siempre, partes de mí de antes de que todo esto empezara que ya nunca volverían. Y lo más desesperante de todo era que a veces, muchas veces, no sabía si el yo de ahora era mejor que el yo de entonces. Era algo que no sabía si alguna vez llegaría a superar.

También volví a ir a clase. Pero no al instituto. Me daba clase un tutor y, para ponerme al día, tuve que ir a la escuela de verano, que básicamente era una mierda. Toda aquella carrera de acá para allá no me había servido de nada una vez de vuelta al mundo de los vivos. Lo bueno, sin embargo, era que era un buen corredor —eso lo había demostrado—, así que no me preocupaba no ser capaz de hacer las cosas que tenía que hacer para ponerme al día. Sería un «chico aplicado». Sería un «estudiante modelo». Supuse que, en un abrir y cerrar de ojos, podría volver a ganarme la confianza de mis profesores.

Y en general, eso fue lo que pasó. Acabé la escuela de verano y me reincorporé a las clases en otoño, aunque todavía tenía un par de materias en las que iba atrasado. Tendría que estudiarlas aparte con un tutor y en la escuela de verano al año siguiente. Volvía a formar parte del sistema, creo.

El instituto seguía igual que cuando me marché. Un poco frío, un poco distante. Casi siempre iba solo por los pasillos. De vez en cuando, alguien intentaba entablar una especie de amistad conmigo y yo intentaba ponerlo todo de mi parte, pero era difícil. Era difícil volver después de haber visto lo que había visto, después de haber perdido lo que había perdido. Era difícil ponerse a hablar con un chaval de un pueblecito de Ohio que nunca se había escapado de casa, o que todavía no sabía de qué iban los girasoles y la luz de la luna. Ellos tenían tiempo. Tenían mucho tiempo. Me daban ganas de decirles que siguieran siendo unos críos todo el tiempo posible, porque yo ya no me sentía como un crío y, en muchos aspectos, era una mierda. Estaba llevando bien las cosas, como decía Kurt, pero había veces que no me encontraba a gusto.

Los echaba muchísimo de menos. Los echaba de menos con todo lo que creo que me quedaba de corazón. Dolía un montón, esa presión en el pecho, volver otra vez a casa, seguir escuchando a mi padre y a mi madre quejándose el uno del otro, insultándose, solo que ahora era por teléfono en vez de en casa. Dolía pasar en bici por los restos de la granja de los Wilkinson. El viejo establo que estaba a punto de derrumbarse también se había incendiado, pero esta vez había sido el cuerpo de bomberos voluntarios. Así que lo único que quedaba era el cementerio familiar, las lápidas inclinadas las unas hacia las otras detrás de la valla de hierro forjado. Dolía pasar por la casa de los Highsmith, con el cartel de «Se vende» delante, mirar las

ventanas delanteras y ver vacía la habitación donde Gracie y yo nos sentamos una vez en el sofá a ver telenovelas, o ver a la madre de Jamie dando la tabarra con que la muerte de su hijo al final tendría sentido. Era duro pasar por casa de los Marks y ver a la señora Marks dando de comer a los perros bajo los sauces llorones, sola, esperando a un marido cuyas visitas se alargaban cada vez más en el tiempo. Era duro pasar por la plaza del pueblo, por el Wildwood Café, y pillar las miradas de la gente cuyas sombras seguían especulando sobre mi desaparición, sobre lo que había pasado entre mis padres, sobre qué papel había jugado Lucy en su separación. John McCormick seguía diciéndole a todo el mundo que él y su mujer volverían algún día, pero las sombras hacían sus apuestas. La mayoría pensaba que la familia McCormick no tenía muchas probabilidades. Aunque quizá fuera cierto. Mi abuela lo había visto venir hacía años. Nuestra familia había sido escogida para la tristeza. Pero, de algún modo, estábamos sobreviviendo. Solo que destrozados. Y aunque las sombras apostaban contra nosotros, yo no pensaba que lo hubiéramos hecho tan mal. Después de todo, habíamos sobrevivido a mi escapada y a mi muerte. Después de todo, habíamos sobrevivido a Lucy Hall. En algunos aspectos éramos fuertes. Igual que esas familias de las telenovelas que siempre estaban en el punto de mira de un villano, al final nos uníamos. Y para mí, eso era una señal de algo prometedor. Me dije que tenía que seguir buscando más señales. Mi abuela no me había dicho que las cosas buenas llegaban de tres en tres, pero suponía que si las cosas malas lo hacían, pues las cosas buenas también.

Volví a pasar mucho tiempo delante del ordenador, jugando en línea como solía hacer. Pero ya no jugaba al *Sin mañana*. Ahora jugaba a cosas tipo *Scrabble* y *La guerra de las palabras*, ese juego en el que tienes que adivinar la definición de una palabra antes que tu contrincante. Mucha gente se metía en salas de juego en línea para matar el tiempo o para relacionarse con la mejor de sus habilidades, y para mí aquello resultaba más fácil que intentarlo con todas mis fuerzas en clase y atraer un montón de atención negativa.

Una noche, estaba jugando al *Scrabble* con varias personas, e iba ganando, hasta que alguien deletreó una palabra que me superó en puntuación y pasé al segundo puesto. La palabra era girasol. Y entonces, saltó una ventanita con un mensaje del ganador: ÍgneaenOhio.

«así q sigues vivo, eh?»

«quién eres?»

«tú quién crees, listillo?»

Me quedé helado. Mis dedos se cernían sobre el teclado como en el limbo. Y luego, al rato, saltó otro mensaje.

«no vas a decir nada?»

«lo siento lo siento lo siento»

Al enviar el mensaje, se me llenaron los ojos de lágrimas. Hacía tiempo que no lloraba. Pensaba que quizá ya lo había llorado todo, pero ahora sabía que

seguramente podría llorar sin parar siempre que me acordara de alguno de los dos. Y ahí estaba ella, saliendo de aquella nube de palabras en la pantalla, preguntándome — a mí— si no iba a decir nada.

«yo tb lo siento, me alegro d haberme tropezado contigo, deberíamos hablar»

«dónde stás?»

«en Cleveland heights. mi padre nos trajo aquí después de lo del armario»

«este verano cumplo 16. iré a clases de conducir y me sacaré el carné, iré a verte»

«yo ya tengo el carné, iré yo a verte»

Y así continuamos hablando. No dejaban de aparecer palabras en la pantalla y sentía que con cada una de ellas se avivaba un calor en mi interior.

Aquella noche me fui a la cama con la cabeza llena de palabras, las suyas, las mías y las de él. Zumbaban a mi alrededor como abejas lanzándose en todas direcciones. No podía dormir. Estaba acostumbrado a no dormir, pero no estaba acostumbrado a que fuera por sentir algo parecido a la felicidad. Y tampoco estaba acostumbrado a que hubiera tanto bullicio en mi cabeza. Normalmente había bastante silencio, simplemente yo mirando al techo en mitad de un atronador y silencioso océano.

Pero aunque resulte extraño, cuando empecé a aclararme un poco, me di cuenta de que había estado escuchando algo durante toda la noche, un ruido de fondo en mitad de tanto desvarío. Al principio pensé que era la música de Andy en la habitación de al lado, pero después de escuchar con atención, me di cuenta de que lo que estaba oyendo eran los latidos de mi corazón. Aquel sonido me resultaba familiar. Era un sonido que solía escuchar al irme a dormir cuando era pequeño. Solía arrullarme hasta que me dormía, hasta que me olvidaba de todo, hasta que me adentraba en un mundo diferente. No sé en qué momento desapareció. Siempre me pregunté qué habría pasado, adónde habría ido a parar. Pero ahí estaba, latiendo una y otra vez, emitiendo su ritmo alocado. Podía sentir la sangre circulando en mi interior. Podía sentirla de nuevo, era mi vida, latiendo.

Justo en ese momento pensé: *Puedes volver a vivir*. Puedes avanzar hacia la línea de meta sin tanto temor ni tristeza. Y que alguna vez te cayeras durante el camino, no significó que todo hubiera acabado. No significó que tuviste la desgracia de caerte, sino que quizá tuviste la suerte de caerte al principio. Que tuviste la suerte de volver a levantarte. De seguir hacia delante. De cruzar la línea de meta sin saber lo que venía después.

Justo en ese momento supe que durante el resto de mi vida tendría que recordar cada instante. Tendría que recordarlo todo para poder contárselo la próxima vez que lo viera. Para poder contárselo todo sobre este lugar. Sobre la vida que venía después.

AD INFINITUM

Agradecimientos

Este libro no se habría escrito sin la ayuda de mucha gente. Mis padres, Donald y Joyce Barzak, me han ayudado a luchar por mi pasión por la escritura sin entender por qué lo hago, y por eso les estaré eternamente agradecido. Allí donde ellos no podían ayudarme, siempre había profesores y amigos. Patricia Kostraba fue la primera en animarme, y mis profesores de la Youngstown State University me dieron los consejos que necesitaba al principio. Philip Brady, Michael Finney, Linda Strom y Rebecca Barnhouse se tomaron muy en serio mis escritos. El taller Imagination de la Cleveland State University me ayudó a conocer escritores que me orientaron. Karen Joy Fowler, Jonathan Lethem, Jim Kelly y Mary Rosenblum me animaron desde el principio. Sin ellos, quizá no hubiera descubierto el taller Clarion en 1998. Gracias a Kelly Link y a Gavin Grant por su amistad y apoyo, por todos los libros y bolas de discoteca que recibí durante años. A Alan Deniro y Kristin Livdahl por cuidarme cuando nadie más sabía cómo hacerlo. A Elad Haber por su tremenda lealtad. A Mary Rickert por su profunda amistad y comprensión. A Yoshio Kobayashi por entablar amistad con este extranjero. A Terri Windling y a Midori Snyder por toda su amabilidad y apoyo. A Charlie Finlay por invitarme al taller Blue Heaven. A Maureen McHugh por decirle que lo hiciera. A Chris Schelling, agente sin igual. A Barbara Gilly, Richard Butner, Christopher Rowe, Gwenda Bond, Scott Westerfeld y Justine Larbelestier, por su tan preciada amistad. A Matthew Cheney por llegar al otro lado del océano. A Juliet Ulman, por hacer que no perdiera mi honradez. A Regina Donaldson por su tiempo. A Ron Gause, por intentarlo siempre. Y a Rick Bowes, que dijo que era el momento de escribir una carta de despedida. Y eso hice.

Muchas gracias a todos.



CHRISTOPHER BARZAK (nacido el 21 de julio de 1975) es un autor estadounidense. Ha publicado muchos cuentos, comenzando con *A Mad Tea Party* en Rosebud Wristlet de Lady Churchill en 1999. En 2007, publicó su primera novela, *One for Sorrow* (De camino al final), que ganó el Premio Crawford 2008, y fue nominada en 2008 para el Great Lakes Book Award, así como los premios NewNowNext de Logo TV. Su segunda novela, *El amor que compartimos sin saber*, fue finalista del Premio James Tiptree Jr. 2008 y finalista de los Premios Nebula 2009 a la Mejor novela. Su primera colección de cuentos cortos, *Antes y después de la vida*, recibió el Premio Shirley Jackson a la Mejor Colección de Autor Único en 2013.